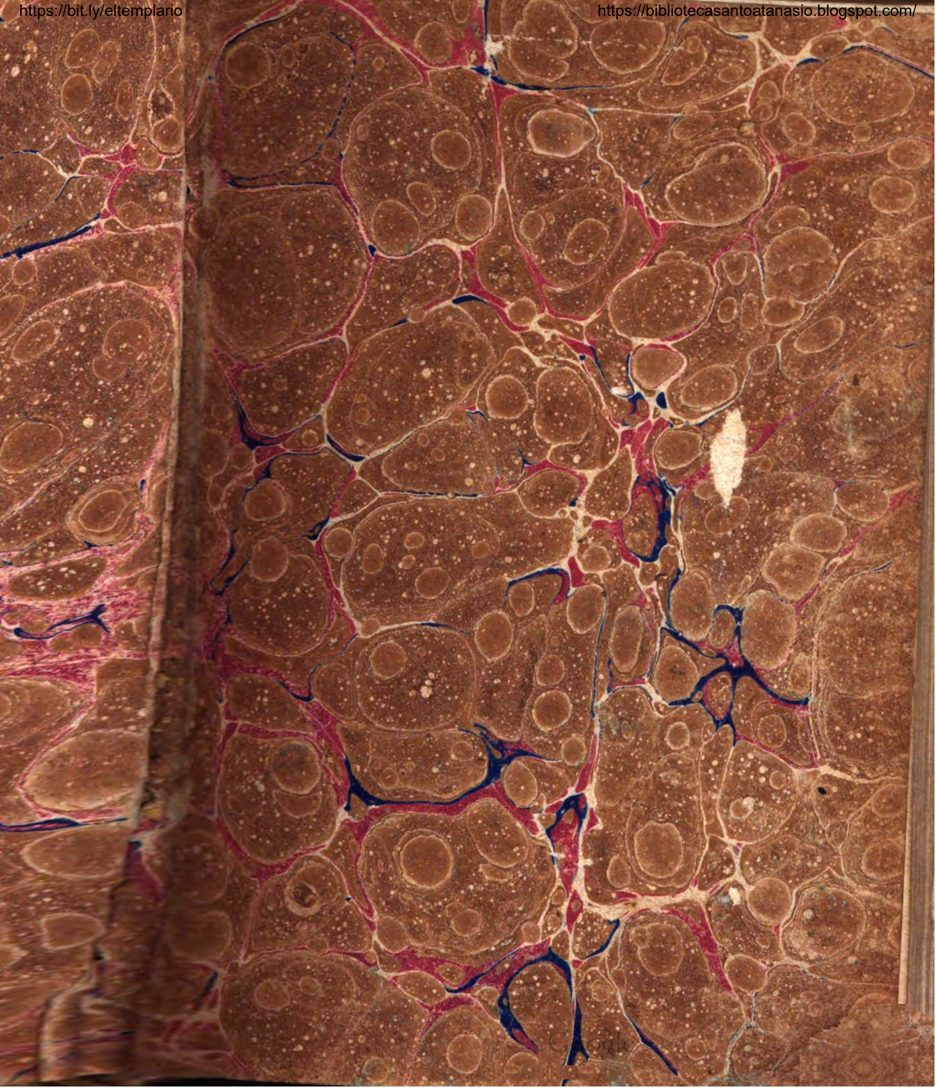

GENERAL
8º
88


https://bit.ly/eltemplario
https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/
JHS
PERTANY
Á
FRANCISCO CODINA
Y SERT, PBRE.
Ex-Libris Biblioteca Central de la Diputación Provincial de Barcelona
Digitized by Google



VELADAS RELIGIOSAS.

BIBLIOTECA POPULAR.

VELADAS RELIGIOSAS

ó

INSTRUCCIONES FAMILIARES

SOBRE

TODAS LAS VERDADES DE LA RELIGION,

POR

MONSEÑOR SEGUR.



TOMO I.

BARCELONA:
CALLE DEL PINO, 5, BAJOS.
1872.

BARCELONA: Imprenta religiosa, Condesa de Sobradiel, 10.

Estas INSTRUCCIONES FAMILIARES, en número de doscientas, forman á mi juicio un curso completo de doctrina cristiana y un conjunto de lecturas elementales muy sencillas, directamente adaptadas á las necesidades religiosas de nuestro tiempo.

Las ofrezco á las familias cristianas que tienen la excelente costumbre de hacer en comun todos los dias una lectura religiosa despues de la oracion de la tarde; á los maestros de escuela de ambos sexos que aman enseñar á sus discipulos algo mas que leer y escribir; á los catequistas y á los buenos sacerdotes que buscan lecturas sólidas, breves y prácticas para ocupar útilmente las reuniones de piedad.

Son el resultado de quince años de predicaciones populares, y me parece tener bastante experiencia de las necesida-



des espirituales del pueblo en nuestro tiempo y en nuestro país para convencerme de que, con la bendicion de Nuestro Señor; muchas almas reportarán de ellas frutos de salud. A nadie asombre la sencillez del fondo y de la forma; pues la juzgo del todo necesaria en un tiempo en que la manía por las lecturas de periódicos, novelas y otras mil publicaciones indigestas hace olvidar muy á menudo el *abecé* de la fe y del buen sentido.

La santa Vírgen, Madre de los pobres y de los pequeñuelos, se dignará, como lo espero, hacer fecundas mis *pobres* y *pequeñas* palabras, y bendecir á todos mis lectores, que serán tambien sin duda pequeños y pobres! A ellos ama Dios mas particularmente, y por esto les dedico mi humilde coleccion.

A 2 de julio de 1863, *fiesta de la Visitacion de Nuestra Señora.*



VELADAS RELIGIOSAS.

PRIMERA PARTE.

La verdadera ciencia.

Hay hombres que saben muchas cosas, y que no obstante desconocen la única ciencia necesaria; mientras otros que apenas nada saben, y á quienes se mira como ignorantes, poseen en realidad la verdadera ciencia. Los primeros son aquellos, demasiado numerosos por desgracia, que no quieren instruirse en la única ciencia necesaria, en la ciencia que conduce á la salvacion eterna, en la ciencia de la Religion, y al par que saben lo que puede ignorarse sin riesgo, ignoran lo que todo hombre debe saber en este mundo, bajo pena de perder su alma.

Los segundos son los verdaderos cristianos, que todo lo posponen á Dios y á su salvacion. Estos poseen la verdadera ciencia, la ciencia á la cual nada puede sustituir, y con la cual se puede prescindir de todas las demás.

Conocer á Dios, instruirse en la Religion de Dios; tal es el primero de nuestros deberes. ¿Cómo hay tantos que faltan á él?

1.° «Porque, se dice, es preciso ser sábio; se necesita tener libros y muy gruesos, para poder estudiar la Religion. Esto es bueno para el señor cura, que sabe latin, y para los ricos, que han recibido buena educacion; pero el pobre pueblo no tiene tanta disposicion, ni el estudio de la Religion se há hecho pára él.»

Los que hablan de esta suerte no comprenden lo que es la Religion. Dios bondadoso, que nos da su Religion, la da principalmente á los pobres y á los pequeños, que son sus hijos predilectos.

Para conocerle, amarle y servirle, no se necesita ser sábio, ni entender griego ó latin, ni siquiera saber leer. Basta solo oir con buena voluntad, y con un espíritu recto y sincero, ló que la Iglesia nós enseña por boca de sus ministros.

Los sacerdotes han recibido de los obispos, pastores de la Iglesia católica y ministros de Jesucristo, el cargo de enseñar á todos los cristianos, ricos y pobres, sábios é ignorantes, lo que se debe creer y practicar para servir á Dios y alcanzar el cielo.

Enseñados á su vez y dirigidos por el Papa, que es el vicario de Jesucristo y el pastor infalible de los obispos y de los fieles, los obispos instruyen á los sacerdotes y á los pueblos. De suerte que el medio de conocer la verdadera fe y la verdadera moral cristianas es oir dócilmente la palabra del sacerdote católico.

Un hombre instruido, que sabe el latin y que puede estudiar en los grandes volúmenes, ciertamente puede adquirir conocimientos que sin esto ignoraria; pero esta ciencia no es *necesaria*, y aunque muchas veces sea utilísima, puédese con todo ser un excelente cristiano y un buen servidor de Dios sin poseerla.

2.° «Pero aun cuándo, se replica, pudiese conocer la Religion sin necesidad de libros, faltaríame tiempo para oir al cura, y yo tengo otros muchos quehaceres; no siendo el menor de ellos tener que trabajar para atender á mi subsistencia y á la de mi familia.»

Ciertamente, nada mejor que la vida laboriosa de un honrado trabajador; pero ¿dirás que es el trabajo el que te impide ir á misa todos los domingos y escuchar la instruccion religiosa de tu buen párroco? ¿Nó es mas bien la indiferencia? ¿Por qué no podrias lo que pueden tantos otros que, como tú, han de ganar el pan con un trabajo sostenido? No robes á la Iglesia y á la palabra de Dios las largas horas que gastas tal vez sin escrúpulo

en la taberna y en el café, y no te faltará tiempo para hacerte un gran sábio en materia de Religion.

No lo olvides: en materia tal, por lo comun se puede lo que se *quiere*. Sírvese á Dios cuando se quiere servirle con una voluntad firme é incontrastable; cuando uno quiere, encuentra tiempo de sobra, no solamente para ir á misa los domingos y oir las instrucciones que da el sacerdote, sí que tambien para leer buenos libros é instruirse á fondo en la gran ciencia de la salvacion.

3.° «Sea como decís, se contesta aun; yo puedo, si quiero, instruirme en la Religion; pero á decir verdad, maldita la gana que me da: ¡cuán enojoso me parece! La Religion me enseña cosas que se me harian muy pesadas, y así prefiero no saberlas.»

Semejante raciocinio, que no siempre se formula de un modo tan claro, pero que se hace en lo íntimo del corazon, no es digno de un hombre juicioso. No ha concluido todo porque hayas vuelto la cabeza y te hayas tapado las orejas para no oir las enseñanzas de Dios. Esto es imitar á las aves del desierto que ocultan su cabeza en los jarales al verse estrechadas de cerca por los cazadores, y que se creen en seguridad porque no ven el peligro. Pobre amigo mio, tú caerás en las manos del divino cazador, de cuyo dominio nadie puede sustraerse; y si en este mundo escapas á la persecucion de su amor, en la eternidad caerás infaliblemente bajo el peso

de su justicia. Y ¿no ès preferible ir á él de buen corazon, y merecer por esta fidelidad sus eternas recompensas?

Si alguna vez te parece pesado el servicio de Dios, acuérdate del paraíso y del infierno, que la fe nos muestra de una manera tan positiva. Acuérdate del cielo, que es necesario ganar á toda costa, y del infierno, que á toda costa debemos evitar. ¿Qué prefieres? ¿mortificarte un poco y ser feliz para siempre, ó bien dejarte llevar un momento de tus caprichos y ser infeliz sin remedio y sin fin?

Y despues, ¿es realmente cierto que la Religion sea tan pesada? Aunque imponga algunos sacrificios, ¿no ofrece en cambio consuelos, alegrías, una paz, una fuerza, una pura felicidad mil veces preferibles á todo lo que nos pueden ofrecer nuestros caprichos y nuestras pasiones satisfechas? Nadie tan verdaderamente dichoso como un buen cristiano, ó por mejor decirlo, nadie mas que él conoce la verdadera dicha. Deja, pues, á un lado, lector amigo, los artificios y objeciones; seas bueno y sencillo; no intentes engañarte á tí mismo, pues no se engaña á Dios, que nos juzgará á todos despues de muertos. Ten buena voluntad; instrúyete en tu Religion; ámala, practícala, que su yugo es suave, y su carga ligera.

¿Qué es la Religion?

Muchos son los que no quieren oir hablar de *Religion*; su solo nombre excita su cólera, y hablan de ella con una animosidad, un desden, un menosprecio verdaderamente incomprensibles.

¿Por ventura la conocen? ¿la han estudiado? ¿han descubierto en ella lo que otros no supieron ver?—No. Son estos por lo comun hombres de una educacion muy superficial, que han olvidado muchos años hace las escasas nociones de cristianismo que se les han enseñado en su infancia, y que, á medida que la edad ha ido desarrollando sus malas pasiones, y que han frecuentado las tabernas, los cafés, los malos lugares, los clubs, los saraos, las malas compañías, se han vuelto mas y mas enemigos de la Religion.

¿Qué hay, pues, en ella que pueda excitar de tal modo su cólera? Por mi parte, me complazco en buscar y ni veo en ella mas que bondad, grandeza, hermosura, consuelo; nada encuentro en ella que no sea digno de Dios, digno de un hombre honrado y juicioso.

Y en efecto, ¿qué es la *Religion?* Conocer, amar y servir á Dios. Es el sagrado vínculo que nos une á nuestro Criador y á nuestro Padre. Es la gran ciencia que enseña á todos, á los ricos como á los

pobres, á los niños como á los jóvenes y á los ancianos, á los sábios como á los ignorantes, lo que son, de dónde vienen, á dónde van, por qué se hallan en la tierra, qué destino les aguarda despues de esta vida, qué camino deben seguir para ser buenos y dichosos, qué desórdenes deben evitar para no ser malos, infelices, castigados... Es la ciencia y la práctica del deber. ¿Qué hay en ello, decidme, que merezca censura ó invectiva?

La Religion no nos hace sino bien. Ella recoge, cuida, alivia, y aun previene, en cuanto es posible, todas las miserias humanas; ella es la protectora de la infancia; ella la que, en su santa compasion por la flaqueza de esta edad, ha erigido en todas partes asilos para los niños abandonados, para los niños enfermos, para los niños convalecientes, para los pobrecitos huérfanos; ella la que ha fundado casas de patronato para aprendices y jóvenes obreros, los hospicios, las casas de refugio, etc.; ella la que ha suscitado innumerables congregaciones religiosas de hombres y mujeres para cuidar á los desgraciados, á los enfermos, á los presos, á los cautivos, á los apestados; para recoger á los viajeros extraviados ó rendidos por la fatiga; para ayudar á las mujeres de mala vida á que abandonen sus desórdenes, etc., etc.

La Religion es la que ha civilizado nuestras modernas sociedades; y todas nuestras grandes ideas de libertad, de igualdad, de amor fraternal, de

amor á los pobres, no nos han venido sino de esta Religion cristiana que hombres ingratos rechazan y vilipendian.

«Sin la Religion, ¿en dónde estaria el mundo? decia Napoleon en la roca de Santa Elena. El mayor servicio que he prestado á la Francia ha sido restablecer en ella la religion católica. Sin la Religion, los hombres se degollarian unos á otros por la mujer mas hermosa ó por la pera mas gruesa!» Y eso que Napoleon no era un espíritu débil ni un santurron.

Esta necesidad de igualdad, que tan vivamente atormenta á nuestro siglo, ¿en dónde la vemos cumplida mas plena y legítimamente si no es en el seno de la Religion? Véd confundidos en nuestras iglesias, mezclados entre sí, y al lado unos de otros, al rico y al pobre, al señor y al siervo, al fiel y al pècador arrepentido; al pié del púlpito, en la pila bautismal, en el confesonario, en la santa Mesa, solo hay una regla para todos; es el mismo Dios, el mismo sacrificio, la misma bendicion, la misma fe, las mismas esperanzas, la misma eternidad abierta ante todos. ¡Dulce y pacífica igualdad! Tú no trastornas ni abates nada, antes todo lo elevas y engrandeces!

La Religion es la amiga del hombre: ella vela y bendice su infancia, su vida entera, su vejez, su muerte... Ella lo deposita puro y gozoso en el seno de su Dios que, durante su prueba en la tierra, lo

ha hecho bueno, puro, feliz, y que le recompensa su fidelidad por siglos sin fin.

Amemos, pues, y veneremos esta santa religion cristiana; aprovechémonos de sus enseñanzas, y practiquémoslas. Cuanto mas conocida es la Religion, mas se la ama; y cuanto mas se la ama, mas se la practica.

Solo tiene por enemigos los vicios, las malas pasiones, la soberbia, la ignorancia, la relajacion. Cuando se es bueno, siéntese uno inclinado enteramente hácia ella; desde el momento que se quiere obrar el mal, se comienza á repelerla. Es, pues, buena, ya que el mal es su único enemigo: es buena, porque hace buenos á todos los que la practican con sinceridad: es buena, pues no hace sino bien.

La llaga mas profunda de nuestro siglo (llaga que, á Dios gracias, va cicatrizándose cada dia mas) es la ignorancia religiosa, la indiferencia religiosa. La Religion es la salud de nuestra patria, y cualquiera de nosotros que la rechace es un insensato que no comprende sus intereses, ni los intereses verdaderos de su país.

Si todo acaba con la muerte.

Sí tal, contestan sin sonrojarse ciertos hombres extravagantes que creen no existir entre ellos, y su perro y su gato otra diferencia que el color, la piel y la manera de andar.

No será faltar á la modestia, que amamos mucho, declarar que tenemos un poco mas de orgullo que tales personas, y que vemos entre la bestia y el hombre una diferencia mas fundamental.

Y ¿en qué consiste esta diferencia? En que el hombre tiene UN ALMA capaz de reflexionar, de querer, de amar y de obrar con toda libertad; un alma creada por Dios á su imágen, y que es por este motivo un espíritu *inmortal*.

Un *espíritu* es un ser que nuestros ojos no pueden ver, ni nuestras orejas oir, ni nuestras manos tocar; en una palabra, un ser léjos del alcance de los sentidos materiales de nuestro cuerpo, y que nuestra sola razon nos hace conocer.

Nuestra alma es un ser de esta naturaleza; es un puro espíritu unido á nuestro cuerpo, que es materia. El cuerpo, la parte grosera y material de nuestro ser, debe morir; mas el alma, la parte espiritual y principal, no está sujeta á la muerte. En el momento que deja el cuerpo, como quien se quita un vestido, el alma comparece ante Dios; si ha

sido buena y fiel á sus deberes, si ha amado y servido á Dios, si ha sido cristiana, Dios la bendice y la hace entrar en el paraíso ó bienaventuranza eterna; pero si ha sido mala é infiel á Dios, si ha despreciado el bien, el servicio de Dios y los demás deberes que debia llenar, Dios la maldice y la castiga eternamente en el infierno.

De todas las criaturas de Dios, solo el Angel y el hombre están dotados de un alma racional é inmortal. El Ángel es un alma, un espíritu puro que no está unido á cuerpo alguno. El hombre es un alma revestida de un cuerpo, un espíritu unido á un cuerpo. La bestia es un cuerpo que carece de alma racional, libre é inmortal.

Así pues, el que dice: «Cuando habré muerto, todo acabará para mí» (mentira impudente), es como si dijera: «Yo soy una bestia, ni mas ni menos que una bestia bruta; soy un animal como mi buey y como mi perro. Mas aun, soy inferior á muchas bestias; pues mi perro tiene mejor vista, anda mas ligero, tiene menos necesidades, etc.; mi gato ve de noche sin luz, trepa por lugares á donde no puedo llegar, no necesita vestido, ni calzado, ni dinero para su alquiler, etc.; mi canario no tiene penas, ni cuidados, ni inquietudes; nunca le falta la alegría, y pasa el tiempo cantando, etc., etc. Soy, pues, la última de las bestias y el mas miserable de los animales.»

Decid esto si os place; creedlo si podeis; pero no

lleveis á mal que nos juzguemos de diferente condicion que la vuestra, y que tengamos la pretension de ser *hombres*. Los *materialistas*, es decir, los que pretenden que no hay Dios ni alma, son, pues, *absurdos*. Y además unos *mentirosos descarados*.

Mienten ellos en su conciencia, y bien saben que no es tal como ellos dicen. Y en tanto es así, que en el trance formidable de la muerte, en que se desvanecen las ilusiones, y en que el hombre, situado entre la vida que se le escapa y la eternidad próxima á engullirle, no ve ante sí mas que á LA VERDAD pronta á juzgarle, la mayor parte de esos fanfarrones cambian de lenguaje, gritan misericordia, piden perdon á Dios, llaman al sacerdote, se confiesan é invitan á los circunstantes á no imitar sus desórdenes. Y es que en ellos hablaba, no la razon, sino la pasion, al blasfemar contra la Religion y al negar la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. El corazon corrompido les tenia trastornada la cabeza y les hacia desatinar como en una especie de locura. Vivamos, pues, como seres racionales, como seres destinados á una vida inmortal en que verémos á Dios y le poseerémos sin fin. Preparémonos para nuestro grande destino con una vida pura, cristiana, perfecta. Sepamos sacrificar el placer al deber. Llenemos todos nuestros deberes para con Dios, para con nuestro prójimo y para con nosotros mismos. Evitemos el pecado, y tengamos siempre nuestra alma dispuesta á compare-

cer ante su Dios. De esta suerte, serémos buenos y dichosos en la tierra, y perfectos y felices en la eterna mansion de los justos.

El alma y el cuerpo.

Lector amado, pido toda tu atencion; pues se trata aquí de tí mismo, de lo que en tí existe de mas íntimo y mas fundamental; por tanto, atiende y reflexiona.

Ambos tenemos un cuerpo compuesto de carne y hueso, y á juzgar por el exterior, no parece sino que somos unos animales mas perfeccionados que el perro y el gato. Las bestias tienen, efectivamente, un cuerpo organizado poco mas ó menos como el nuestro; unos ojos que ven como los que tenemos nosotros; unas orejas que oyen todo lo que oimos nosotros; en una palabra, unos órganos que dan vida y movimiento á su cuerpo, ni mas ni menos que como nuestro organismo hace vivir al cuerpo propio.

¿Somos, pues, unas bestias? ¡Ah! si nos atuviésemos á las apariencias, y si examinásemos la vida de muchos hombres, nos veríamos tal vez tentados á responder afirmativamente. ¿Qué diferencia, en efecto, existe entre una bestia y un hombre que no piensa, ni ama, y que cual bestia solo vive, sin cuidarse mas que de comer, beber y dormir?

Creo que no sucede tal por lo que á tí mira, caro lector; y sin duda habrás reflexionado en esta otra parte de tí mismo que se llama el alma, y que constituye la única distincion entre el hombre y el bruto. Cuando piensas, es tu alma que piensa en tí; cuando amas, es tu alma que ama en tí; cuando quieres una cosa, es tu alma que la quiere. El alma es un *espíritu* creado á imágen de Dios, y capaz, por esta razon, de conocer la verdad, de amar el bien y de obrar libremente.

Tu alma es de una naturaleza mucho mas perfecta que la de tu cuerpo; y así, con ella se comunica Dios cuando viene á tí, iluminándote con la doble luz de la razon y de la fe, y llenando tu corazon de su gracia para ganar tu amor. Es tu alma, y no tu cuerpo, la que es buena ó mala, segun se incline al bien ó al mal; segun se separe de Jesucristo por el pecado, ó se una á él por la obediencia y el amor. Tu cuerpo, sin el alma, no seria susceptible de ser bueno ó malo. Con todo, uno y otra, cuerpo y alma, están íntimamente unidos, y de tal manera, que no somos *hombres* sino por efecto de esta union. Y ciertamente ¿qué es nuestra vida sino la union de nuestro cuerpo y de nuestra alma? Mi alma es el huésped viviente é invisible de esta mansion visible que llamo mi cuerpo; y es mi alma la que le anima, la que piensa en mi cerebro, la que ama en mi corazon, la que ve, oye, habla, obra, sufre, etc., en mis miembros y en mis sentidos.

Pero el alma tiene á su vez una vida que resulta de su union libre y voluntaria con Nuestro Señor Jesucristo, y toda la fuerza que posee para obrar el bien dimana de este orígen divino. El alma puede en cierto modo morir, es decir, separarse de Dios por el pecado; y entonces imita al demonio, á cuya rebelion se asocia; y si persevera en ella, al momento en que salga de este mundo será condenada eternamente como él, y precipitada en el infierno.

La Religion, que nos enseña á conocer á Dios, á amarle y servirle, nos enseña por esto mismo á hacer *vivir nuestra alma;* nos enseña á ser verdaderos *hombres*, á elevarnos por encima de las bestias, y á prepararnos desde este mundo á vivir, con los santos Ángeles, la vida eterna y bienaventurada de Jesucristo. Además, es la Religion la mas importante y la mas necesaria de todas las ciencias, ella es nuestra guia en el camino de la vida; y el hombre que no escucha su voz y que se aparta de su compañía es verdaderamente un insensato.

Estas pequeñas reflexiones son muy necesarias en los tiempos actuales, pues ¡cuántos hombres parecen ignorar hasta la existencia de su alma! ¡Y cuántos otros, en mayor número aun, viven como si lo ignorasen! Todos sus cuidados se reducen á amontonar dinero para subvenir á las necesidades y á los apetitos de su cuerpo; y cuando han comido, bebido y dormido á satisfaccion; cuando tienen aposento cómodo, buenos vestidos y trabajo segu-

ro, quédanse tan frescos y como si hubiesen llenado perfectamente su destino. Pero ¿y vuestra alma, desgraciados? ¿y vuestra eternidad? ¿y vuestro Dios? ¿Sois acaso bestias irracionales, ó bien hombres creados á imágen de Dios? ¿No sois cristianos?

No imites, lector querido, la estupidez de tales hombres; antes bien oye la voz de la Religion que te trae la verdadera vida, y por consiguiente la paz y felicidad posibles en este mundo. Con ella te será fácil soportar con paciencia las miserias terrenales, que son á la vez la prueba de nuestra fidelidad y la expiacion de nuestras faltas. Si todos atendiésemos á la vida del alma no menos que á la del cuerpo, no existieran ya mas hombres realmente desgraciados en la tierra. El mundo seria un verdadero paraíso terrenal, y la mayor parte de los males que nos aquejan huirian léjos de nosotros.

La Religion.

Dios nos ha puesto en el mundo para conocerle, amarle y servirle, y para llegar por este medio á la felicidad eterna del paraíso. Este es nuestro *último fin*, es decir, el objeto por el cual nos hallamos en la tierra.

Al destinarnos á tan excelente fin, Dios nos ha dado el medio de llegar á él, y este medio es la *Re-*

ligion, es decir, la revelacion que nuestro Padre celestial se ha dignado hacernos de todo lo que debemos conocer, practicar y evitar para cumplir su voluntad en la tierra, y merecer por esta fidelidad la posesion de la eterna bienaventuranza.

No hay mas que una religion verdadera, la única que nos transmite sin alteracion las divinas enseñanzas: la Religion cristiana ó católica, cuya doctrina debemos creer, y cuyos preceptos debemos cumplir, bajo pena de rebelarnos contra el mismo Dios. Las demás religiones que han existido y que existen aun en la tierra (idolatría, mahometismo, judaismo, arrianismo, protestantismo, etc.) son plágios sacrílegos y mentirosos de la verdadera Religion, como la falsa moneda es una imitacion culpable y mentirosa de la verdadera. Además que solo la Religion católica posee pruebas incontrastables de su verdad.

La verdadera Religion se llama *cristiana*, del nombre de Jesucristo su fundador divino; y tambien *católica* (es decir, *universal*), porque Jesucristo la ha establecido para todos los hombres y para todos los tiempos. Ella comenzó con el mundo y durará tanto como él y hasta en la eternidad.

Dios la ha hecho pasar en la tierra por *tres* desenvolvimientos y como por tres edades sucesivas. A la manera que el hombre pasa por las tres edades de la infancia, de la adolescencia y de la madurez, siendo un solo y mismo individuo; y al modo que Dios es único por mas que haya en él

tres personas distintas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; así tambien la verdadera Religion es única aunque se haya desarrollado en tres revelaciones distintas y sucesivas.

La primera revelacion, la primera enseñanza dada por Dios al mundo, la recibieron Adan y los Patriarcas (Noé, Abrahan, Isaac, Jacob, etc.), y duró hasta Moisés: llámase *religion patriarcal*, y duró cerca 2500 años.

La segunda revelacion que vino á desarrollar la primera, la hizo el Señor á Moisés y á los demás Profetas (David, Salomon, Isaías, Jeremías, Daniel, Ezequiel, etc.); duró hasta la venida del Salvador del mundo, Nuestro Señor Jesucristo, es decir, unos 1500 años; y se titula *religion judáica.*

La tercera y última revelacion de Dios, la *Religion cristiana ó católica*, desarrolló y completó las dos precedentes; siendo su autor el mismo Hijo de Dios, Jesucristo, que vino al mundo hace 1871 años, y cuyo reino no tendrá fin.

Jesucristo, Dios hecho hombre, es el centro y el jefe de toda la Religion; y como el sol en mitad de su carrera llena todos los espacios, el que ha recorrido, el que ocupa y el que le falta recorrer, vivificándolo todo con su benéfica luz, así Jesucristo, Rey eterno de las almas, Redentor y Salvador de la humanidad, llena con sus divinas influencias el pasado, el presente y el porvenir.

Él es, efectivamente, á quien vieron de léjos los

santos Patriarcas, los Profetas, los antiguos fieles; á Él aguardaron; á Él amaron; en Él creyeron; en Él esperaron y en Él fueron salvos.—Él es á quien han visto, adorado y amado los Apóstoles y demás escogidos de su siglo.—Es Él á quien ven y verán hasta la consumacion de los siglos las futuras generaciones humanas, á todas las cuales debe juzgar.

Este divino Maestro, despues de haber dado á los hombres la tercera revelacion, y de haberles enseñado todo lo que convenia saber en esta vida sobre la Religion, llevó su amor hasta el extremo de morir en una cruz para expiar nuestros pecados y satisfacer á la justicia de su Padre, purificándonos con su sangre y abriéndonos las puertas del cielo, que el pecado nos habia cerrado. Resucitado, glorioso, triunfante, sube hasta su Padre; y allí aguarda en la gloria eterna á todos sus verdaderos discípulos, es decir, á todos los que creen en su palabra, que practican su Religion, que imitan sus ejemplos, y que emplean los medios de salvacion que instituyó antes de dejar la tierra.

Mas adelante verémos como para conservar pura é intacta su santa Religion, y para extenderla por todo el mundo, Jesucristo ha instituido una IGLESIA, esto es, un cuerpo de Pastores, jefes espirituales de los hombres, guardianes de su doctrina, depositarios de su autoridad. Verémos como el jefe supremo de estos Pastores, y por consiguiente de to-

dos los discípulos de Jesucristo, es el Papa, obispo de Roma, sucesor del apóstol san Pedro, príncipe de los Apóstoles; y que así la Religion cristiana es la Religion que enseña el Papa, vicario de Jesucristo.

Esta Religion divina durará tanto como el mundo, sin mutacion alguna en su doctrina, sin temor de que sufra la mas mínima alteracion por la mezcla del error. Es la obra de Dios; el que la hizo vela sobre ella; Jesucristo la cubre con su omnipotencia.

Despues del juicio final, la Religion cristiana no acabará, sino que, transportada al cielo para su absoluto perfeccionamiento, durará por los siglos de los siglos. Todos sus miembros serán santos, dignos de Jesucristo, su divino jefe, que les hará participantes de su beatitud y de su gloria admirable. Y de esta suerte, por la Religion cristiana, la humanidad salida de Dios, volviendo á unirse con Dios, del cual se separó por el pecado, entra de nuevo en Dios por toda la eternidad.

En la Religion cristiana se halla la verdadera luz y la verdadera dicha del hombre en este y en el otro mundo. Todo en ella es grande, sencillo, bueno, digno de Dios y del hombre. ¡Feliz, pues, quien conoce esta santa Religion; pero mucho mas feliz aun quien la practica y hace de ella la norma de su vida; pues cumple la voluntad de su Dios,

marcha por el recto sendero, conoce á su Criador, le sirve, le ama, es amado y bendito por Él; y despues de las pruebas de esta vida, recibe la mas magnífica de las recompensas!...

Breve exposicion de la Religion cristiana.

La causa de que muchos hombres, buenos y honrados por otra parte, vivan fuera de la Religion y permanezcan paganos en medio de una sociedad cristiana, es que no conocen la Religion. No conociéndola, ó conociéndola mal, no la estiman; no estimándola, no pueden amarla; y no amándola, no cuidan siquiera de practicarla. Ahora bien, y sirva de advertencia á todos, los desórdenes que inundan en el presente siglo nuestra desgraciada patria provienen del olvido en que se tiene la Religion.

Con frecuencia se forma en el mundo una idea enteramente falsa de la Religion, y solo segun esta falsa idea es como se la juzga, se la crítica y se la condena, incurriendo así en una deplorable ligereza; y para evitar que incurras en un defecto tan comun, quiero exponerte sumariamente esta grande, magnífica, santa y buena Religion cristiana.

La *Religion* es el lazo que une á Dios con su criatura, y á la criatura con su Dios. La Religion es la ciencia sagrada y necesaria que nos enseña quién es Dios y lo que ha hecho por nosotros; lo que so-

mos, y lo que debemos hacer por Dios; qué es la vida, y lo que despues de ella nos aguarda.

Hay una religion verdadera, pues hay un verdadero Dios. No hay mas que una, porque no hay sino un solo Dios verdadero, cuyo conocimiento, servicio y amor componen la Religion; y esta única Religion verdadera es la cristiana ó católica, en la cual tú y yo hemos tenido la dicha de nacer. Llámase *cristiana*, porque el centro divino de todos sus misterios es Jesucristo, Hijo de Dios humanado; y *católica*, es decir, universal, porque abraza todos los tiempos, pueblos y lugares.

La Religion, considerada en su todo, se divide en tres grandes partes: la primera comprende las verdades que debemos creer porque nos las ha revelado Dios; la segunda, los deberes que nos incumbe practicar; expone tambien las virtudes y los vicios, y se llama moral cristiana; y la tercera, los medios de santificacion y salvacion que Dios nos ofrece, y trata de los Sacramentos, de la oracion y del culto divino.

La primera parte de estas instrucciones se dirige mas particularmente á nuestra inteligencia; la segunda á nuestro corazon; la tercera á nuestra sensibilidad, esto es, á nuestra alma en sus relaciones con el mundo exterior.

La explicacion del *Credo* ó *Símbolo de los Apóstoles* forma la primera parte; la de los Mandamientos de Dios y de la Iglesia forma la segunda; y la

de los siete Sacramentos, de la Oracion dominical, de la Salutacion angélica y de las ceremonias del culto compone la tercera.

¡Oigamos y aprovechémonos para nuestro bien!

Creo.

Hemos dicho que la *Religion* es el lazo sagrado que une á Dios con nosotros, y á nosotros con Dios; y nó habiendo mas que un verdadero Dios, no hay sino una sola religion verdadera, que es la Religion cristiana. Hemos dicho además que sus enseñanzas se dividen en tres grandes partes, á saber: 1.° las verdades que debemos creer, porque Dios nos las ha revelado; 2.° los deberes que nos incumbe practicar, porque Dios nos los impone; y 3.° los medios de santificacion y de salvacion que debemos usar, porque Dios nos los propone.

Las verdades que Dios nos ordena creer han sido encerradas y resumidas en una especie de oracion ó fórmula de fe llamada *Símbolo de los Apóstoles*, porque los Apóstoles de Jesucristo la compusieron en Jerusalen antes de dispersarse para extender por todo el mundo la luz del Evangelio.

Sin duda, lector amado, conocerás este *Símbolo* ó *Credo;* mas por si acaso lo hubieses olvidado un poco, permíteme que lo recite contigo:

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra,

Y en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, que fué concebido por obra del Espíritu Santo; nació de María vírgen; padeció bajo el poder de Poncio Pilato; fué crucificado, muerto y sepultado; descendió á los infiernos, y al tercero dia resucitó de entre los muertos; subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios, Padre todopoderoso, desde donde vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos.

Creo en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, en la comunion de los Santos, en el perdon de los pecados, en la resurreccion de la carne y en la vida perdurable. Así sea.

Para comenzar como debemos, expliquemos ante todo la primera palabra: CREO, *Credo*.

CREER es admitir alguna cosa bajo el testimonio de otra persona. Cuando un hombre honrado nos habla, nosotros le creemos porque tenemos confianza en su palabra: ¿no es verdad? Pues si creemos á un hombre de bien, mucho mas debemos creer á Dios, que se ha dignado revelársenos, desde el principio del mundo, por sus Patriarcas y Profetas, y despues por su único Hijo, Jesucristo Señor nuestro, fundador de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, á la cual confió el depósito de la Religion, prometiéndole su divina asistencia hasta el fin de los siglos.

La virtud por la cual creemos la doctrina de Dios

que nos propone la Iglesia, se llama la Fe. Sin ella no puede conocerse á Dios, y es ella el fundamento necesario de todo el edificio de nuestra Religion. La fe es una santa disposicion de nuestra alma que nos hace recibir dócilmente la luz de Dios y la enseñanza de su Iglesia, por este motivo razonable en alto grado que Dios es la verdad misma, y que su Iglesia asistida por él no puede engañarse ni engañarnos.

La fe nos enseña unos misterios, es decir, unas verdades que podemos conocer, mas no comprender. Sin embargo, somos perfectamente razonables al creer estos misterios que no comprendemos, pues no ignoramos que la voz que nos los enseña es la misma verdad. Como es razonable el niño cuando cree lo que le dice su buena madre, que dirige su inexperiencia; así tambien nosotros cristianos somos en sumo grado razonables cuando escuchamos dócilmente á los Pastores legítimos de la Iglesia, enviados por Dios para hacernos conocer su ley, y enseñarnos el verdadero modo de servirle y de salvar eternamente nuestras almas. Como verémos mas adelante, estos Pastores legítimos, únicos legítimos, del pueblo fiel son el Papa y los Obispos católicos, sucesores de san Pedro y de los Apóstoles de Jesucristo.

Reanimemos, pues, nuestra fe, y repitamos de todo nuestro corazon y plenamente convencidos esta grande palabra que lleva á Dios: *Credo!* Sí,

creo lo que han creido nuestros padres, lo que creyeron los santos Apóstoles, los Mártires, y despues de ellos tantos y tantos grandes genios y doctos personajes! ¡Creo en esta Religion divina que ha cambiado la faz de la tierra, que ha civilizado el mundo, que ha constituido todas las sociedades modernas, que es el único apoyo y la única salvaguardia de las naciones y de los imperios! ¡Quiero vivir y morir en esta santa creencia, buscar en ella el consuelo de todas mis penas y de todas mis miserias, y aprender de ella á ser bueno y virtuoso; y cuando me halle próximo á dar el postrer suspiro y á comparecer ante Dios, mi última mirada y mi esperanza suprema serán todavía un acto de fe! Credo!

Si debe creerse lo que no puede comprenderse.

Cierto dia se hallaba el P. Lacordaire con otros muchos á mesa redonda, en no sé qué ciudad de provincias. Nadie ignora que el P. Lacordaire era un predicador célebre, religioso de la Órden dominicana, y renombrado en toda la Francia y fuera de ella por su talento privilegiado y su incomparable inteligencia. En la mesa hallábanse confundidos entre sí viejos y jóvenes, tontos y vivarachos. No léjos del religioso, que tomaba su comida modesta-

mente y que se mantenia callado, comia, ó mejor peroraba cierto sujeto muy envanecido de sí propio, y enteramente falto de esta decorosa circunspeccion que la buena crianza enseña.

Era esto en viernes, dia de abstinencia; para muchos que comen en mesa redonda ocasion preciosa de mostrar al público cuánto se sobreponen á todo lo que ellos llaman rancias preocupaciones. Despues de soltar algunas pullas mas ó menos agudas contra las comidas de vigilia, contra los devotos, contra las supersticiones, etc., aquel parlanchin, que á hurtadillas observaba al religioso desconocido, acabó por impacientarse del poco efecto que sus palabras producian en él, y le dirigió directamente la palabra presentándole parte de una tortilla de la cual acababa de reservarse el mejor trozo:

«Ante todo, caballero, le dijo con aire socarron; tengo por principio no creer sino lo que comprendo... ¿No es esto razonable?

—Caballero, respondió cortesmente el P. Lacordaire, guardando los restos de tortilla que su interlocutor habia tenido á bien dejarle, ¿comprende usted cómo el fuego, que derrite el hierro y el plomo, ha hecho endurecer estos huevos?

—Por vida mia, que no lo comprendo, repuso aquel *despreocupado*, sorprendido por tan singular cuestion.

—Ni yo mas que V., dijo con finura el religioso;

pero veo con placer que esto no le impida á V. creer en las tortillas. »

Y tú, caro lector, ¿podrias darme la solucion del problema sentado por el P. Lacordaire? ¿Sabrias decirme cómo el mismo fuego produce en el hierro y en el huevo efectos tan diametralmente opuestos? No, ciertamente, y nadie en la tierra, desde el último galopin hasta el mas sábio de los sábios, que la sepa mas que tú. Y no obstante, entre sábios y galopines, ninguno existe que no *crea* en las tortillas.

Recordad esta aguda réplica siempre que oigais decir, en vuestros talleres ó en cualquier otra parte, que está fuera de razon creer en los misterios de la Religion porque no debe *creerse* sino lo que se *comprende*. Nada mas ridículo que esta pretension de los ignorantes. Los verdaderos sábios, los hombres verdaderamente instruidos conocen por experiencia que no conviene tener tanto orgullo, y que en la naturaleza, no menos que en la Religion, hay un sinnúmero de *misterios*, es decir, cosas muy ciertas, de las cuales no puede dudarse, y que no obstante son del todo incomprensibles. Se *cree* en ellas sin *comprenderlas*.

En lo que á tí concierne, ¿has reflexionado nunca que estás rodeado de *misterios*, de verdaderos *misterios*, en los cuales no puedes menos de creer á pesar de que no los comprendes? ¿Sabes, por ejemplo, *cómo* me entiendes cuando yo te dirijo la

palabra? Muevo la lengua y los labios, agito un poco el aire, que entra en tus oidos y va á herir una pequeña membrana que se llama tímpano; y de ahí que me entiendas y que tu inteligencia abrace mi pensamiento. ¿Comprendes cómo se verifica ésto? No, y sin embargo entiendes á los que te hablan. Tantas cuantas veces se te dirige la palabra, óbrase un *misterio*, es decir, una cosa incomprensible en la cual *crees* sin reparo.

¿Qué ès la vista? ¿En qué consiste que me veas cuando estoy delante de tí? ¿Comprendes cómo puedes verme? ¿Comprendes cómo tus ojos, que no son sino dos bolitas, negras y oscuras por dentro, pueden hacer que conozcas todo lo que pasa en torno tuyo y á una distancia considerable? La vista de que te sirves desde la mañana hasta que anochece, y en cuya realidad crees ciertamente, es un profundo é incomprensible misterio.

Podria aquí presentarte una multitud de ejemplos y hacerte palpar la verdad de lo que no ha mucho te decia: que las obras de Dios están llenas de misterios. No es de extrañar que la Religion nos ofrezca misterios que creer, cuando la misma naturaleza, que está mas á nuestro alcance, es toda ella un misterio.

Y es de advertir que los sábios no se hallan sobre el particular mas adelantados que nosotros. Ellos hacen experiencias muy hábiles, prueban los hechos mejor que nosotros, conocen detalles que

nosotros ignoramos; pero la causa, el *por qué* de tales hechos no lo saben mejor que nosotros: es el secreto de Dios. ¿Qué es el viento? ¿de dónde viene? ¿cómo y dónde empieza? ¿quién le manda cesar? Los sábios lo ignoran como nosotros. ¿Qué es el calor? ¿qué es la luz? ¿cómo crece el trigo? ¿cómo brotan las flores y los frutos? ¿qué es el sol? ¿qué son los astros? etc., etc.

Dios, que detesta sobre todo el orgullo, quiere recordarnos sin cesar, por los misterios de la naturaleza y de la Religion, que nuestra inteligencia, como todo nuestro ser, dependen de él; que él es mas grande que nosotros, y que por consiguiente debemos someternos humildemente á su palabra y á su voluntad. Esta sumision se llama *fe* y *buen sentido*. Un hombre que rehusase creer los misterios de la naturaleza seria un loco; mas un hombre que rehuse creer los misterios de la fe, á mas de un loco, es un impío. No seamos nosotros ni lo uno ni lo otro. Creamos de todo nuestro corazon todo lo que es verdadero, las enseñanzas de Dios no menos que sus obras, aunque no podamos comprenderlas. Regocijémonos de poder por ello atestiguar á Dios que le reconocemos gustosos por nuestro admirable Señor. Él mismo nos ha dicho que hay tres personas en un solo Dios; que la segunda de estas personas, el Hijo de Dios, se hizo hombre siendo llamado Jesucristo; que la Iglesia es la enviada de Jesucristo para salvar á los hom-

bres; por él sabemos que hay un paraíso y un infierno eternos; creámosle, pues, tan firmemente como si lo viésemos con nuestros propios ojos, y acordémonos de las palabras de Nuestro Señor despues de su resurreccion: *¡Bienaventurados los que creen sin haber visto!*

Existencia de Dios.

Fenelon, este grande y apreciable Arzobispo de Cambrai, cuyo nombre es respetado hasta por los mismos impíos, se paseaba una tarde con un niño confiado á sus cuidados paternales.

Mil rayos centelleaban en el cielo. El horizonte estaba aun dorado por los últimos reflejos del sol poniente. Todo en la naturaleza respiraba calma, grandeza y majestad... El niño pregunta á Fenelon qué hora es. Saca este su reloj, y ve que marca las ocho. «¡Oh qué hermoso reloj, Monseñor! le dice el jóven discípulo; ¿me permitiréis mirarlo?» El buen Arzobispo se lo entrega, y como el muchacho lo examinase en todos sentidos: — «¡Cosa bien singular! dícele friamente Fenelon; este reloj, mi querido Luis, se ha hecho á sí mismo. — ¡Cómo! ¿á sí mismo? repitió el niño mirando á su maestro con cierto sonrís. —No lo dudes, á sí mismo. Un viajero le halló en no sé cuál desierto; y es cosa cierta que se

ha hecho á sí mismo.—¡Imposible! repuso el jóven Luis; ¿os burlais de mí, Monseñor?—No, hijo mio, no creas vaya á burlarme de tí. ¿Qué encuentras de imposible en lo que te he dicho?—Pero, Monseñor, jamás un reloj puede contruirse á sí mismo. —Quisiera me dijeras por qué.—Porque es tanta le precision que se requiere en la coordinacion de estas mil pequeñas ruedas que componen el movimiento y que hacen funcionar igualmente las agujas, que no solamente se necesita una grande inteligencia para organizar tan intrincado mecanismo, sino que pocos hombres serian capaces de ello, á pesar de sus esfuerzos. Lo repito; es imposible que esto se haga á sí mismo; jamás podré creerlo. Estad seguro, Monseñor, que os han engañado.»

Fenelon abrazó al muchacho, y mostrándole el hermoso cielo que brillaba encima de sus cabezas, exclamó: «¿Pues qué dirémos, mi querido Luis, de aquellos que pretenden que tanta multitud de maravillas se han hecho y se conservan por sí solas, y que no existe Dios?—¡Qué! ¿habrá hombres tan cuadrúpedos y tan malos que digan tal? preguntó Luis.—Sí, querido, sí: hay hombres que esto dicen, aunque en escaso número, sea Dios bendito; pero lo que yo no me atreveria á afirmar es que haya hombres que así lo crean, tanta es la violencia que necesariamente han de hacer á su razon, á su corazon, á sus instintos, á su buen sentido para emplear semejante lenguaje. Si es evidente que un

reloj no puede hacerse á sí propio, ¡cuánto mas evidente no es esto para el mismo hombre, que construye los relojes! Ha existido un primer hombre, pues todo ha tenido un principio, y la historia del género humano lo atestigua universalmente. A este primer hombre preciso es que álguien le haya creado. Y este álguien no es otro que este Ser que ha hecho todos los seres, al cual nadie ha creado, y á quien llamamos Dios. Es infinito, porque nada limita su ser; es eterno, es decir, infinito en duracion, sin principio ni fin; todopoderoso, justo, bueno, santo, perfecto é infinito en todas sus perfecciones. Todo lo llena, y es indivisible, sin que nadie pueda sondear sus maravillas. En él vivimos, nos movemos, y somos. Es nuestro primer principio y nuestro último fin; y la felicidad en este y en el otro mundo consiste en conocerle, servirle y amarle.»

Tal es la hermosa leccion que el ilustre Arzobispo de Cambrai dió á su jovencito compañero, y en este á nosotros. De ella podemos aprovecharnos para notar una vez mas cuán absurdos son los desgraciados que se atreven á dudar de la existencia de Dios.

Quien dice: «No hay Dios,» es exactamente como si dijera: «Todos los hombres de todos tiempos y países han padecido error, y mi inteligencia supera á la de todos ellos.» Ó en otros términos: «Carezco de *sentido comun*; pues el *sentido comun* no es mas

que el *sentimiento comun* y universal de todo el mundo. Quien, pues, duda de la existencia de Dios no tiene sentido comun. Y lo que es eso maldita la gracia que me hace. ¿Y á tí?

No tiene tampoco *buen sentido*. ¿Qué responder, en efecto, á este pensamiento tan sencillo y natural de Fenelon? Entre los impíos de tal calibre, mas bien que el entendimiento, es el corazon el que está enfermo. En su mayor parte son libertinos, de costumbres depravadas; ó bien hombres injustos y perversos; ó bien pedantes que han hojeado algunos librotes, que toman por moneda corriente las tonterías que en ellos encuentran, y que se imaginan ser *espíritus fuertes*, cuando en realidad no son mas que espíritus *muy dignos de* lástima, y sobre manera débiles.

El ateismo verdadero, frio, imperturbable, solo se encuentra entre las bestias; sin que el hombre, dotado de la facultad de pensar, sea susceptible de él. Cuando quiera vivir como los irracionales, podrá hacer ostentoso alarde de su carencia de religion;

mas dejad le sobrevenga
el mas mínimo revés,
y la máscara al momento
á sus piés veréis caer;
desvanecerse la *bestia*,
y hombre quedar, tal cual es.

¡Cuántos que se manifestaban ateos han cambiado de tono instantáneamente cuando han visto acercarse la muerte! Así es que un célebre anatomista decia: «Llevadme la lengua de un perro muerto, y la haré ladrar contra los ateos.» Dadme la lengua de un ateo, podria añadir, y yo haré ver á su dueño, por el análisis de las maravillas que ofrece, que es un pobre insensato ó un impudente embustero.

El medio excelente para creer en Dios es vivir de manera que no hayan de temerse sus justos juicios; y para vivir así, no hay mas que practicar con cuidado todo lo que enseña la Religion; es decir, ser bueno y fiel católico.

Dios.

La primera de las verdades que contiene el símbolo de la fe es la que mira á la existencia y á la naturaleza de Dios, nuestro Criador y soberano Señor. No insistirémos aquí sobre la existencia de este gran Dios, verdad tan evidente, que todos los pueblos, en todos los tiempos, la han reconocido unánimemente á pesar de las humanas pasiones, de los errores y de las preocupaciones de las falsas religiones La razon y la fe andan acordes sobre el particular, y tal vez no se hallaria en la tierra un verdadero ateo.

Hay, pues, un Dios, creador del mundo, que todo lo ha hecho, y que de nadie ha recibido el ser que tiene; Ser infinito en su esencia y en todas sus perfecciones inefables, infinito en su bondad, en su sabiduría, en su omnipotencia, en su ciencia, en su justicia; espíritu puro, que no podemos ver con los ojos corporales, pero sí con la luz interior de nuestra inteligencia; á quien nuestras orejas no pueden oir, pero que habla á nuestro corazon; á quien nuestras manos no pueden tocar, pero con el cual nos unimos por el amor. Dios es la verdad, la vida, la santidad, la perfeccion, la belleza, el bien infinito. Todo cuanto hay de bueno, de hermoso, de grande en las criaturas no es mas que un pálido reflejo de su bondad, de su belleza, de su magnificencia. Él es el primer principio y el fin de todas las cosas; del hombre en particular, que es su hijo adoptivo y su templo viviente, y á quien ha creado para que le conozca, le ame y le sirva en este mundo, y le posea eternamente en el otro.

Tal es la grande y sublime idea que la fe cristiana nos da del Señor. Ningun filósofo concibió nunca otra semejante, y fue preciso que el mismo Dios se revelase por sus Profetas y por Jesucristo su único Hijo, para iniciarnos de esta suerte en los secretos de su ser.

Nos enseñó asimismo, (y por esta razon lo creemos firmemente,) que hay en Él tres personas esencialmente distintas y esencialmente insepa-

rables, iguales en todo, no teniendo sino una misma é infinita naturaleza divina, las mismas perfecciones adorables, no formando sino un solo y mismo Dios. Estas tres personas son Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Padre es Dios, el Hijo es Dios como el Padre, el Espíritu Santo es Dios como el Padre y el Hijo, y estas tres personas forman un solo Dios y no tres dioses, un solo Infinito y no tres infinitos, un solo Eterno y no tres eternos.

El Padre es invisible lo mismo que el Hijo y el Espíritu Santo. «Nadie vió jamás á Dios,» dice el Evangelio, sino el Hijo único, Jesucristo nuestro Señor, que le ha hecho conocer al mundo. El Padre engendra eternamente á su Hijo, que es la sabiduría, la verdad, la luz; el Padre y el Hijo producen eternamente el Espíritu Santo, que es el amor y la vida, y la union inefable del Padre y del Hijo.

Tal es el misterio de la naturaleza divina de un solo Dios en tres personas, y que la fe llama el misterio de la santísima Trinidad. El Padre lo hace todo por su Hijo en su Espíritu Santo; por su sabiduría en su amor. Así es como creó el cielo y la tierra por su Hijo Jesucristo y en su santo amor. Todo lo que existe solo existe por Dios, y descansa sobre Él. Con la primera criatura comenzaron los siglos entre los que vivimos y pasamos para entrar en la eternidad misma de Dios.

Hay dos especies de criaturas: las racionales, que Dios destina á poseerle en este mundo y en la

eternidad; y los seres privados de razon, destinados á servir á los otros. Las criaturas racionales son los Ángeles y los hombres, es decir, los puros espíritus y los espíritus unidos á los cuerpos; los seres sin razon, son los animales, las plantas y todo lo demás de la creacion. El hombre, semejante á los Ángeles por su alma y á los seres materiales por su cuerpo, es el rey del mundo, con Jesucristo y á causa de Jesucristo, Dios-hombre.

Entre los Ángeles los unos fueron fieles á Dios, y son felices; los otros se rebelaron por orgullo, y están condenados en la eternidad del infierno. Los Ángeles buenos acompañan al hombre y le sostienen en el camino del bien; los malos, á quienes se llama demonios ó diablos, quieren lanzarle en rebeldía y condenacion haciéndole caer en el pecado. El primer hombre, Adan, nuestro comun padre, sucumbió á la tentacion, é incurrió, lo mismo que sus hijos, en el castigo del pecado. Mas adelante verémos como el buen Dios se dignó reparar esta gran caida, y como Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, vino á expiar el pecado de Adan, y á volver la vida espiritual y eterna á la obra de sus manos.

Un exámen de catecismo acerca la santísima Trinidad.

Un vicario de cierta parroquia, lleno de celo por la salvacion de las almas, y consagrado de una manera especial á la educacion religiosa de los niños, recibió un dia de su párroco el encargo de dirigir el catecismo de primera comunion.

Á pesar de sus esfuerzos para instruir á los niños confiados á su cuidado, algunos de ellos, sea por mala voluntad, sea por natural rudeza, hicieron muy pocos adelantos. Como se acercase el tiempo de la primera comunion, el buen vicario redobló sus esfuerzos, y hasta llegó á consagrar á sus rezagados discípulos algunos momentos especiales.

Al cabo de tres ó cuatro lecciones logró enseñarles lo que Dios há revelado, y lo que es preciso creer acerca los puntos fundamentales de la religion cristiana. Hé aquí por cuáles respuestas se vieron coronados sus esfuerzos en el exámen que siguió, hecho en presencia de los padres. Las transcribimos con toda su ingenuidad:

Al primer niño. — Vamos, hijo mio, responde. ¿Cuántos dioses hay?

Respuesta. — No hay mas que uno, y pudiera haber muchos.

—¿Qué dices? ¿Que puede haber muchos dioses?

Resp.—Sí, señor; pues que hay uno, bien puede haber muchos.

—Vamos, eres un borriquillo. ¿Y tú, el segundo?

Resp.—Señor, no hay mas que un Dios, y no puede haber muchos.

—Bien, hijo mio, bien. ¿Y por qué no puede haber muchos?

Resp.—Porque estando el primero por todo, ¿en qué lugar podrian meterse los demás?

—Bravísimo, muchacho. ¿Lo oyes tú, el primero, el ignorante, el torpe? Y, amiguito mio (dirigiéndose al segundo), ¿cuántas personas hay en Dios?

Resp.—¡Oh! eso no lo sé.

—¿Cómo no lo sabes? ¡Tantas veces te lo he dicho! Vamos, reflexiona...

El niño se puso á llorar, gritando:

—No lo sé.

—¿Y tú? dijo el buen vicario al tercer niño, ¿sabes cuántas personas hay en Dios?

Resp.—Sí, señor, hay tres, justas y cabales.

—Bien, hijo mio. Y ¿cómo se llaman?

Resp.—Se llaman... se llaman... fe, esperanza y caridad.

—¿Qué es lo que dices?

—No, señor, me engaño: se llaman Padre, Hijo y Espíritu Santo.

—¡Ah, muy bien, muy bien! Y estas personas ¿son iguales en todas las cosas?

Resp.—Sí, señor.

—El Padre ¿es Dios?

Resp.—Sí, señor.

—El Hijo ¿es Dios?

Resp.—No, señor.

—¿Cómo no?

Resp.—¡Ah, sí, señor! es Dios de la misma manera.

—El Espíritu Santo ¿es Dios?

Resp.—¡Ah! en cuanto á este me parece que no.

—¡Cómo! ¿Que no?

Resp.—¡Ah! sí lo es, ahora lo recuerdo; Él es tambien Dios.

—¿Y forman tres dioses?

Resp.—Sí, señor.

—¿Cómo?

Resp.—Digo que hacen tres dioses.

—Pues decias ahora mismo que no habia mas que uno.

Y como no respondiese el muchacho:

—Á tí, Pablo, dijo el vicario desalentado volviéndose hácia un niño de la primera fila. Responde á la pregunta.

Resp.—No, señor; no hacen tres dioses, sino un solo Dios.

—Bueno; bien respondido, hijo mio; tú recibirás una estampa. Y ¿cómo se llama este misterio?

Resp.—El misterio de la santísima Trinidad.

—Y ¿por qué crees en él?

Resp.—Porque V. me lo ha dicho, señor vicario.

—Pero ¿no pudiera yo engañarte?

Resp.—¡Oh, no señor! V. es demasiado hombre de bien para esto.

—Sea; pero á lo menos ¿no puedo yo engañarme?

Resp.—No, señor; pues que si así fuese, S. I. el señor Obispo le quitaria á V. de su puesto.

—Pero ¿por ventura no puede tambien engañarse S. I.?

Resp.—¡Oh! no es probable.

—No obstante, él no es infalible.

Resp.—No, señor; pero nuestro Padre Santo lo es por él; y si S. I. se engañase el Papa le corregiria.

—Pero, ¿cómo sabes tú que el Papa no puede engañarse?

Resp.—Porque el buen Dios le asiste. Uno está seguro de no engañarse cuando tiene de su parte á Jesucristo.

—Y ¿quién te ha dicho que Jesucristo está con el Papa?

Resp.—¡Toma! ¡Él mismo! Él dijo á san Pedro, á quien habia elegido para su lugarteniente: «He rogado por tí, para que tu fe no falte. Confirma á tus hermanos.» ¿No debe creerse lo que dice el buen Dios?

—Sin duda. Pero vamos mas léjos. ¿Quién te ha dicho que Jesucristo es verdaderamente Dios?

Resp.—¡Oh! El mismo que lo ha hecho es quien nos lo dice. Él dijo que era el Hijo de Dios que

venia para salvarnos, y probó la verdad de sus palabras haciendo una multitud de milagros. Resucitó á Lázaro al cabo de cuatro dias de su muerte, á la hija de Jairo y á muchos otros; multiplicó cinco panes de modo que bastaron á alimentar de una vez cinco mil hombres, y en otra ocasion siete mil. Y como esto tuvo lugar á la vista de todo el mundo, no habia medio de negarlo á menos de caer en el absurdo ó la mala fe. Nada puede oponerse á esto.

—Pero los Apóstoles, que nos refieren estos milagros, ¿es bien seguro que han dicho la verdad?

—¡Ah, sí, ciertamente, ességurísimo! porque ellos vieron por sus propios ojos lo que refieren, y no es posible ninguna suerte de engaño. Además, los Apóstoles eran unos santos; odiaban la mentira, y tuvieron que sufrir toda suerte de padecimientos á causa de estas mismas cosas que predicaban. ¿Qué interés hubieran podido tener en sostenerlo si no hubiese sido verdad? Cuando hay testigos que mueren entre tormentos para certificar la verdad de lo que dicen, no se puede dudar ni se engaña al mundo: esto es bien evidente.

El vicario, admirado de las inteligentes respuestas del niño, abrazóle con efusion. Este suplia suficientemente á los tres primeros que habian hablado.

Concedió luego una bonita recompensa á Pablito, quien algunas semanas mas tarde hizo una excelente primera comunion.

Los demás fueron aplazados para mas tarde, hasta que se avivase su espíritu.

La divina Providencia.

La *Providencia* es el cuidado que Dios toma de todas sus criaturas, especialmente del hombre, su criatura inteligente.

Aquellos que dicen que Dios no se ocupa de nosotros incurren en una ligereza, por no decir en absurdo; pues es *imposible* concebir á Dios sin Providencia. Es *imposible* que Dios todopoderoso, sabiéndolo y viéndolo todo, abdique su soberano imperio sobre sus criaturas, y que despues de haberlas hecho no las gobierne; es *imposible* que Dios, santo y justo, queriendo necesariamente el bien, y detestando necesariamente el mal, permanezca indiferente ante nuestras buenas ó malas acciones. Esto es, pues, toda la Providencia. Dios hace con nosotros lo que el padre de familia con sus hijos. Vela sobre nosotros; nos enseña lo que es el bien y el mal; nos muestra el buen camino que debemos seguir, y el malo que debemos evitar; nos castiga cuando le desobedecemos, y nos recompensa si cumplimos su santa voluntad. ¿Puede ofrecerse por ventura cosa mas sencilla y natural?

Lo que nos hace dudar á veces de la divina Providencia es la ignorancia, ó mejor, el olvido de dos

ó tres grandes verdades sin las cuales el mundo en que vivimos es un enigma indescifrable.

La primera de estas verdades es que, bajo la accion de Dios, quedamos *libres* de hacer el bien ó el mal; Dios no nos gobierna de la misma manera que al mundo material, los astros, los elementos, las bestias. Nos trata como á criaturas racionales capaces de aceptar libremente y de adquirir el tesoro de la felicidad. Nada omite para hacernos escoger el bien: instrucciones, advertencias, tiernas invitaciones, terribles amenazas, todo lo pone en juego. Nos colma de sus gracias, nos rodea con sus auxilios; *pero no nos fuerza;* esto seria destruir su obra. Respeta en nosotros los dones que nos hizo.

La segunda verdad, que se olvida demasiado, es que la vida presente es solo preparacion para la vida eterna que nos espera á todos mas allá de la tumba.

La tercera es que no estamos ya actualmente en el estado puro y perfecto en que nos crió Dios, sino mas bien en un estado de abatimiento, de desórden moral, y desde entonces de expiacion, á consecuencia del pecado. La gracia de Dios, es verdad, nos ha sido restituida por Jesucristo nuestro Redentor, pero de tal suerte, sin embargo, que la justicia divina tiene que ejercer todavía sus derechos imprescriptibles.

Cualquiera que tenga presentes estas tres ver-

dades fundamentales del Cristianismo ve desvanecerse como por encanto todas las dificultades contra la Providencia. El mundo, la vida, todo cambia de aspecto. El *bien* no es ya para el cristiano lo que los hombres del mundo designan con este nombre: placeres, riquezas, gloria humana; sino que el bien es lo que le prepara mas perfectamente para esa felicidad infinita, inefable, eterna, de la que la vida presente es solo una breve preparacion; y él comprende desde luego por qué dice Jesucristo en su Evangelio: *¡Bienaventurados los pobres; bienaventurados los que sufren; bienaventurados los que lloran; bienaventurados aquellos que padecen persecucion por la justicia, porque les espera una grande recompensa en el reino de los cielos!*

El *mal* cambia asimismo de aspecto; y al suplicar cada dia á Dios que le libre de mal, el cristiano no pide sino verse libre de lo que puede privarle de la felicidad eterna, la única sólida, la única pura, la única permanente. Los sufrimientos, las lágrimas, los mil dolores de la vida no son para él sino el justo castigo del pecado. La Religion le presenta estas penas inevitables como aflicciones pasajeras destinadas, en los designios de su buen Padre que está en los cielos, á probar su fidelidad, á purificarle de sus culpas, á hacerle mas semejante á su Salvador crucificado, á hacerle merecer un mayor grado de dicha en la eterna patria. Ella se las hace soportar con paciencia, y hasta con gozo á

veces; y le hace amar y bendecir la mano paternal que no le castiga sino para salvarle.

Sed cristianos, y comprenderéis la Providencia. Si no lo sois, no podeis comprender nada acerca de Dios, del hombre, de la vida, de todo lo que os rodea. Si á veces, en vuestros desengaños ó en vuestros sufrimientos, sentís elevarse en vuestro pecho alguna murmuracion, alguna duda contra la Providencia de Dios; si os sentís tentados á preguntar el por qué de tantas desigualdades en las condiciones de la vida presente; por qué este nace pobre y aquel rico; por qué tantos trabajos, tantas aflicciones en los unos, y tantas prosperidades en los otros; por qué aquel ocupa esta posicion, y tú otra; por qué el rigor de las estaciones; por qué las privaciones de la pobreza; por qué tal accidente en la fortuna, en la salud, cuando la salud y la fortuna os serian tan útiles; por qué ese criminal impune, y aquel justo agobiado de dolores; por qué ese hombre bienhechor arrebatado por la muerte, y no aquel malvado, que permanece en el mundo, etc.; tened presente la eternidad, pensad en Jesucristo crucificado: aquí está la solucion del problema.

Dios es paciente porque es eterno. Recompensa con pasajeras prosperidades de la tierra el poco bien que hace ese malvado, ese gran pecador, á quien una espantosa eternidad castigará como merece. ¡Y estos justos, á quienes el mundo consi-

dera tan infelices, el buen Dios les hace expiar con lijeras aflicciones las faltas inseparables de la debilidad humana; y prepara las coronas eternas que recompensarán para siempre su virtud! *La eternidad es la justificacion de la divina Providencia. Debemos juzgar de todo lo que sucede en este mundo segun la idea de la eternidad.* Fuera de esto, lo repetimos, es imposible llegar á comprender algo acerca de los designios de Dios sobre nosotros.

Lo que Dios hace está bien hecho, y si permite el mal es siempre para mayor bien.

Un rasgo de la Providencia.

Una pobre mujer (que vive todavía en París) recibia todos los dias dos raciones para su sustento en una casa religiosa. Estas constituian su cotidiana comida y la de su marido, zapatero remendon que carecia de trabajo.

Pobre desde su infancia, la tia Georges habia aprendido, por una dura experiencia, á compadecerse de los pobres, de los horrores del hambre que les aflige, y de las angustias de su abandono...

Vivia en una miserable cabaña en donde, á pesar de su propia estrechez, recogia á otros desdichados, á quienes encontraba siempre medio de socorrer. Entre *sus protegidos* se contaba un pobre huérfano de ocho años, con quien compartia su miserable refrigerio.

Cierto dia que entraba en su morada con el cesto y los acostumbrados víveres: «Tia Georges, díjole el niño al verla venir, tengo mucha hambre, dame de comer; hoy no he comido todavía. —Ten, hijo mio, díjole la buena mujer abrazándole, come, pero deja un poco, porque aun no me he desayunado.» El pobre niño se puso á comer con tanto apetito, que la buena anciana no tuvo valor para interrumpirle... Sin embargo, el cesto se fué vaciando, y bien pronto se descubrió el fondo. El pequeño hambriento lo comió todo, abrazó á la tia Georges, y se fué cantando.

La buena mujer, de pié á la puerta de su morada, vióle partir, diciendo al mismo tiempo: «¡Hé aquí mi comida que se va! Y mi pobre marido, ¿qué va á decir? ¿qué le daré?»

Mientras se entregaba á tan tristes reflexiones vino á distraer su atencion un perrito blanco, que desde el extremo del terreno en el cual se levantaba su vivienda, corria hácia ella perseguido de cerca por un terrible dogo. El perrito traia con el hocico algun objeto cási tan grande como él... Era un enorme pedazo de pan blanco. Dirigióse en derechura á la pobre anciana, dejó á sus piés el pan, al cual no habia tocado, y luego se puso en salvo. El perrazo se detuvo á cierta distancia. Estupefacta la buena mujer, recogió el pan, dentro del cual habia un buen pedazo de carne, bastante para hacer una excelente comida!...

Entró de nuevo en su cabaña, y cayendo de rodillas, exclamó llorando de gozo. «¡Oh Dios mio! hé aquí que me volveis la comida de que me habia privado por Vos!...»

Fue esta *la comida de la Providencia*. Jamás los piadosos consortes comieron con tan buen apetito. La buena mujer toda la tarde y toda la noche no cesó de prorumpir en cánticos, tanta era su alegría por este rasgo de la proteccion del buen Dios; y hasta el dia siguiente, al referirlo, derramaban lágrimas sus ojos. «El buen Dios, me decia al concluir su relato, *es el mayor tesoro de los tesoros. Con Él nada falta, aun en la mayor miseria.*»

El demonio.

Es de fe católica que existe un espíritu, que se llama el *demonio* ó el *diablo*, que ejerce su pérfida accion en el mundo para poner á prueba la fidelidad y paciencia de los cristianos, y castigar los pecados de los hombres. Caeria en herejía quien se atreviese á negar este punto de la doctrina cristiana, y pretendiese que el demonio no es un ser viviente y personal.

Así como nosotros somos formados de dos elementos, espiritual é invisible el uno, que es nuestra *alma*, y material y visible el otro, que es nues-

tro cuerpo, de la misma manera el mundo está formado de dos especies de criaturas, las unas espirituales é invisibles, que son los espíritus, y materiales y visibles las otras, que son los cuerpos. Nuestra alma es la potencia que anima y hace mover nuestro cuerpo: nuestros espíritus, bien que de una manera diferente, son tambien las fuerzas escondidas que hacen mover los cuerpos materiales, dándoles sus propiedades, sus desarrollos y sus diversos movimientos.

De estos espíritus, cuyo número es incalculable, muchos se rebelaron contra Dios, luchan contra los espíritus buenos, y procuran por toda suerte de medios trastornar el mundo y turbar su armonía. Los espíritus fieles son llamados *Ángeles*, es decir, enviados de Dios; los espíritus rebeldes son llamados *demonios*, de una palabra griega que quiere decir genio malo, ó bien *diablos*, de otra palabra griega que significa adversario, enemigo, perturbador.

El mas poderoso de los Ángeles buenos es llamado por la Iglesia el arcángel san *Miguel*, es decir, nadie es semejante á Dios; el jefe de los espíritus malos es llamado *Lucifer*, esto es, porta-luz, porque la vocacion de este espíritu es presidir la luz; ó tambien *Satanás*, es decir, la rebeldía. Vulgarmente se le llama el demonio, el diablo, aunque haya otros muchos demonios, porque él les representa á todos y es el principal de todos ellos.

El demonio es nuestro enemigo personal, porque nosotros somos criados á imágen de Jesucristo, y destinados á ser en la tierra y en el cielo los hijos de este Dios cuya santa autoridad rechaza Satanás. Nos combate de todas maneras y procura sobre todo hacernos pecar, con objeto de que, separados de Cristo, nos veamos privados de la felicidad del cielo.

El demonio nos tienta directa ó indirectamente: *directamente*, sugiriéndonos por sí mismo pensamientos de orgullo, deseos culpables, malos y perversos sentimientos, y apartándonos de la oracion, de la santa Comunion, del servicio de Dios y de las buenas obras; *indirectamente*, por medio de lo que el Evangelio llama «el mundo;» es decir, los malos ejemplos, la corruptora influencia de las perniciosas sociedades, los ilícitos placeres, las malas lecturas, etc. Por sí mismo ó por sus satélites, que son los pecadores, Satanás trabaja incesantemente para perdernos.

Vigilemos con cuidado las tentaciones: el enemigo es poderoso y astuto; seamos nosotros mas hábiles, y fuertes que él. Si somos fieles en la oracion, en la frecuente comunion, en las buenas lecturas y en huir las ocasiones, nada tendrémos que temer, y nuestro Salvador Jesucristo, que llevamos dentro de nosotros mismos, nos dice en lo íntimo de nuestro corazon, como en otro tiempo á sus primeros discípulos: *¡ Tened confianza, Yo he*

vencido el mundo! permaneced en mí, y Yo en vosotros.

Si, por el contrario, vivimos habitualmente en la indiferencia religiosa, si somos negligentes en la oracion y en la recepcion de los Sacramentos, si solo alimentamos nuestro espíritu con perversas lecturas, si no huimos las ocasiones peligrosas, nuestra pérdida es segura; Dios mismo lo ha declarado: «Aquel que menosprecia las cosas pequeñas, caerá poco á poco en las grandes. Quien ama el peligro, perecerá en él.» ¿Qué puede un hombre desarmado contra un leon terrible? Así dice el apóstol san Pablo á todos los cristianos: «El diablo, vuestro adversario, como un leon rugiente, va dando vueltas sin cesar en torno vuestro acechando cómo devoraros. Sed, pues, sobrios y vigilantes, y resistidle firmes en la fe.»

Satanás es, por lo tanto, el instigador del pecado, y además el único autor de todo el mal que sucede en la tierra: todas las enfermedades, todos los desórdenes de la naturaleza, las epidemias, sequías, inundaciones, hambres, todas las penas, dolores y la muerte, en una palabra, todo el mal, es obra del demonio. Siendo, en efecto, Dios la bondad infinita, no puede ser bajo ningun sentido el autor del mal, y una de las mas pérfidas astucias de Satanás consiste en alucinarnos acerca este punto, y de irritarnos contra Dios cuando sufrimos, como si fuese el buen Dios la causa de nuestros

males. Él se conduce como aquel hábil ladron, que hizo prender en su lugar por la policía á un inocente que pasaba por casualidad.

La sagrada Escritura nos muestra claramente esta influencia destructora del demonio contra nosotros en la célebre historia de Job. Un dia se apoderan los ladrones de todos los rebaños y riquezas de este santo hombre; un terrible torbellino del desierto derriba la casa en que moraban sus hijos y le priva así de toda su familia; una enfermedad espantosa convierte su carne en podredumbre, le cubre de lepra, quema su sangre y deseca sus huesos; y por fin la miseria viene á abrumarle con sus horribles privaciones, reduciéndole á refugiarse en un muladar, en donde sus amigos y hasta su propia mujer vienen á insultarle, induciéndole á maldecir á Dios. ¿Cuál es la causa secreta y real de todos estos males? Dios mismo nos lo dice: es Satanás, es el demonio, que obtuvo permiso del Señor para tentar á Job.

Dios, en efecto, que hasta el mal convierte en bien, se sirve de la perfidia de Lucifer y de los ángeles rebeldes para santificar á sus fieles siervos. No impide esta rebeldía, de la misma manera que no nos impide á nosotros el pecar, porque los Angeles son libres como los hombres, y quitarles esta libertad seria destruir su propia obra: los demonios, como los hombres, tienen, pues, poder para hacer el mal; pero lo repito, Dios saca bien

del mal, y se sirve de la perfidia de Satanás y de todos los demonios, primeramente para hacernos expiar nuestros pecados con diversos sufrimientos, y en segundo lugar para que practiquemos virtudes muy excelentes que nos preparan en el cielo un incomparable aumento de dicha.

Una de las mas grandes miserias de nuestro tiempo es que, por lo menos en la práctica, no se cree en el demonio. Al mónstruo le sale muy bien el juego con las víctimas que no quieren creer en la existencia del verdugo.

La santísima Vírgen.

El mas temible adversario del demonio es la santísima Vírgen María, Madre del Salvador y Reina de la Iglesia.

Un error asaz extendido en nuestros dias consiste en relegar la piedad hácia la santísima Vírgen en el número de esas prácticas religiosas, buenas sin duda, pero que no son esenciales al Cristianismo. Esta indiferencia respecto á la Madre de Dios proviene ¡oh dolor! de una indiferencia mas deplorable todavía y muy comun hácia el Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, y esta última indiferencia no procede ordinariamente de la maldad ó de mal querer, sino simplemente de la ignorancia.

La religion cristiana es el conocimiento, el amor y el servicio de Dios enseñados á los hombres por Jesucristo, Dios hecho hombre; y Jesucristo no se hizo hombre sino por el ministerio de la santísima Vírgen María, y así esta es la via por la cual descendió Dios hasta nosotros. El Hijo de Dios tiene, pues, en el cielo un Padre que es el Dios todopoderoso, infinito, inaccesible, y en la tierra una Madre que es María, la primera, la mas santa de todas las criaturas. Para que Dios sea Jesús, es decir, nuestro Salvador y nuestro hermano, es María tan necesaria como el Padre eterno; y en el augusto misterio de la Encarnacion, fundamento de todo el Cristianismo, es imposible separar estas tres palabras: Dios, Jesús, María.

Y como Jesucristo vino á nosotros por su santísima Madre, así tambien por ella que nosotros debemos ascender hasta Él. Puede compararse á Jesucristo con una flor odorífera: su divinidad, invisible y toda espiritual, es el perfume de esta flor; su humanidad visible y toda penetrada por la Divinidad, es la flor misma; y el tallo que sostiene esta flor lo ha producido la Vírgen María. Si quereis aspirar el perfume, por necesidad debeis tener la flor, y no podeis coger esta sino del tallo que la sostiene. Así para llegar á Dios es absolutamente preciso ser cristiano, es decir, conocer y servir á Jesucristo; y para ser cristiano se debe amar á la santísima Vírgen, y tributarle los honores que merece.

Jesucristo es cabeza de la Iglesia, de la que todos nosotros somos miembros. De esta cabeza divina parten la vida y la fuerza que animan los miembros; mas estos, para llegar á ella, deben pasar primero por el cuello que la sostiene y la une al resto del cuerpo. Ese cuello, ese canal necesario por el que la Iglesia recibe todo lo que Dios le da, es la santísima Vírgen; y como es imposible cortar el cuello sin que al mismo tiempo quede separada la cabeza, así tambien puede comprenderse fácilmente que las sectas protestantes que rechazan á la santísima Vírgen, rechazan por lo mismo, sin quererlo y sin saberlo, á Nuestro Señor Jesucristo, al buen Dios.

Nosotros los católicos somos mas razonables y estamos en posesion de la verdad, y hasta podria añadirse que permanecemos por lo mismo en el amor y en la confianza mas consoladora. En efecto. ¿Qué podemos temer? Tenemos no solamente un Dios que se ha hecho nuestro hermano y Redentor, sino que este mismo Redentor, cuya majestad divina pudiéramos temer á causa de nuestros pecados, nos da por medianera entre Él y nosotros á la dulce y misericordiosísima Vírgen María, su Madre, una simple criatura como nosotros, que, no teniendo que ejercer justicia contra los pecadores, solo puede inspirarles sentimientos de esperanza. Así, si recurrimos á María, no nos abrumará el desaliento, y por grandes pecadores que seamos,

desde el momento en que con sinceridad nos arrepintamos estamos seguros de ser favorablemente acogidos por Jesús, nuestro Padre y Juez, á cuyos piés nos conduce nuestra buena Madre. ¡Cuántas veces sucede, en la vida de familia, que una madre alcanza de un padre justamente irritado el perdon de un hijo culpable! La Iglesia es la gran familia de los hijos de Dios; y la santísima Vírgen fué constituida en el Calvario Madre y Protectora de la Iglesia, así como de cada uno de sus miembros.

¡Seamos cristianos, carísimos lectores, y tributemos á la Madre de Dios los obsequios que le son debidos! Honrémosla cordialmente, y nunca salga su sagrado nombre de nuestros labios sino acompañado del mas profundo respeto; saludémosla á menudo con alguna de estas bellas oraciones que el Espíritu Santo ha inspirado á la Iglesia, la mas admirable de las cuales es al mismo tiempo la mas sencilla. Vosotros la conoceis desde vuestra infancia: es el *Ave María*, esta oracion tan dulce y toda celeste que el arcángel Gabriel pronunció por primera vez el dia de la Anunciacion.

Llevemos siempre con nosotros una señal de nuestra piedad hácia María, la medalla de la Inmaculada Concepcion, por ejemplo, ó bien el escapulario. Procuremos no falte en nuestra casa una estatua ó una imágen de la bienaventurada Vírgen; y cuando nuestro corazon esté oprimido por la tris-

teza, cuando las pruebas de la vida nos abrumen bajo su peso, cuando las tentaciones del demonio nos asalten con mayor violencia, dirijamos una mirada á esta imágen protectora, y supliquemos á la poderosa Reina de los cielos, que no nos abandone, y que derrame sobre nosotros las bendiciones de su divino Hijo.

Así María nos conservará siempre en el servicio de Jesucristo, que no es sino el servicio de Dios.

María Inmaculada.

El dia 8 de diciembre de 1854 la ciudad de Roma fue testigo de uno de los mas grandes hechos religiosos que hayan conmovido jamás á las almas cristianas desde la fundacion de la Iglesia. El Jefe supremo de la Religion, el Soberano Pontífice, el Vicario y representante de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra, definió como artículo de fe la Concepcion Inmaculada de la santísima Vírgen María, Madre de Dios. Meditemos un momento acerca este acontecimiento memorable y sobre el glorioso misterio de la Inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen.

Nuestro santo padre el papa Pio IX es el 258.° sucesor de san Pedro, jefe de los Apóstoles y primer papa. Pio IX, como todos los Pontífices predeceso-

res suyos y como el mismo san Pedro, es el Vicario de Jesucristo, su representante visible entre nosotros. Es el jefe espiritual de todos los obispos, de todos los sacerdotes y de todos los cristianos, y encargado por Dios de gobernar la Iglesia, de enseñar lo que debe creerse y de conducirla por los caminos de salvacion. El Papa es hombre como todos nosotros, y no obstante, cuando le obedecemos y rodeamos con nuestro respeto y nuestro amor, obedecemos al mismo Dios y respetamos y amamos la autoridad de Dios, porque, aunque hombre, es depositario del poder espiritual de Nuestro Señor Jesucristo. Cuando el Papa enseña, por lo tanto, enseña el mismo Jesucristo, y cuando el Papa manda ó prohibe, Jesucristo es quien prohibe ó manda

En 1854 el papa Pio IX, en su sabiduría, juzgó llegados los tiempos de rendir á la santísima Vírgen el mas brillante homenaje que haya recibido jamás de los cristianos. Por esto, despues de haber consultado largo tiempo al Señor por medio de la oracion, y haber dispuesto que le acompañara en la misma toda la Iglesia católica, despues de haber interrogado á todos los obispos del mundo, convocó en Roma para el 8 de diciembre, fiesta de la Concepcion de María, á todos aquellos obispos á quienes el cuidado de su rebaño permitiera corresponder á su llamamiento. Ciento noventa y seis cardenales, arzobispos y obispos acudieron á Roma para rodear al Sumo Pontífice en tan grande solem-

nidad, y dar público testimonio de la fe de sus diócesis y de su patria.

Todo se presentó propicio para esta magnífica fiesta. El tiempo se ostentó magnífico y sereno como en los mas bellos dias de primavera. Todas las calles de Roma, todas las casas estaban empavesadas, y la inménsa basílica de san Pedro (capaz para ochenta mil personas) desde la primera luz del alba de tan dichoso dia abria sus puertas á una multitud innumerable de fieles venidos de las cuatro partes del mundo. El ejército francés, que mantenia una guarnicion en Roma desde 1849 para defender la soberanía temporal del Papa, estaba colocado en admirable órden en la grandiosa plaza de san Pedro.

Hácia las nueve salió el Soberano Pontífice de su palacio del Vaticano precedido de una extensa hilera de prelados, obispos, arzobispos y cardenales, revestidos de sus mas preciosas vestiduras de fiesta, los que ordenados de dos en dos iban recitando las Letanías mayores. En dicho número se contaban veinte y un obispos de Francia, y entre ellos el arzobispo de París, Mons. Sibour, quién pereció mas tarde bajo la mano sacrílega de un furioso enemigo de la santísima Vírgen. Muchos patriarcas y obispos de Oriente se hacian notar por la forma particular de sus mitras y de sus hábitos sacerdotales. El Padre Santo, cubierto de una inmensa capa blanca bordada de oro, y llevando en

su cabeza la sagrada tiara, era conducido, segun costumbre, en su trono, resguardado bajo pálio flotante de seda y oro, concediendo la bendicion de Dios á la multitud devotamente arrodillada.

El Papa celebró la santa misa. Un magnífico cáliz de oro macizo, resplandeciente de diamantes, se habia preparado para ofrecer el santo sacrificio. Concluido el Evangelio sentóse el Papa en un elevado trono colocado al fondo de la basílica enfrente del altar. Los cardenales y los obispos estaban por su órden á derecha é izquierda, cubiertos con sus mitras blancas y sus ricos ornamentos de tisú de plata recamado de oro. El decano de los cardenales y el de los obispos, acompañados del patriarca católico de la Iglesia griega y de otros dos obispos orientales, se arrodillaron á los piés del Soberano Pontífice pidiéndole, en nombre de la santa Iglesia católica, se dignase decretar como dogma de fe, que la bienaventurada Vírgen María, Madre de Nuestro Señor, Criador y Redentor Jesucristo, habia sido exceptuada de la universal mancha del pecado original, y que, por consiguiente fue inmaculada en su concepcion. El Papa se levantó. Una emocion profunda dominaba á todos los asistentes. Entonó el *Veni Creator* para pedir por última vez el auxilio y las luces del Espíritu Santo, y las bóvedas de San Pedro repitieron el himno sagrado. Despues, en medio de un profundo silencio que

permitia á los fieles oir distintamente su voz, el Soberano Pontífice leyó el decreto de fe:

«Por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y la nuestra, declaramos y definimos que la santísima Vírgen María fue desde el primer instante de su concepcion preservada de toda mancha de pecado original, y que esta doctrina es revelada por Dios. Si alguno se atreve á pensar de otra manera, sepa que está reprobado y que se ha apartado de la fe católica.»

Tal fue el sentido del decreto pontificio. La emocion del Padre Santo era tan grande, que los sollozos ahogaron su voz obligándole á interrumpirse varias veces. Las lágrimas inundaban todos los ojos, y algunas personas poco religiosas á quienes la curiosidad principalmente habia traido á esa grande ceremonia, quedaron como cautivadas, á pesar suyo, por esa poderosa y cristiana emocion.

El universo respondió con una prolongada aclamacion de gozo y reconocimiento á la voz infalible del sucesor de san Pedro. En todo el mundo, y especialmente en nuestra patria, celebróse la gloria de María. Las fiestas se sucedieron unas á otras, y por espacio de mas de seis méses los periódicos religiosos aparecieron llenos con su descripcion conmovedora. Muchas ciudades de Francia, Alemania, etc., se consagraron solemnemente á la Vírgen Inmaculada. Por todas partes se eleva-

ron estatuas conmemorativas, y en Francia se abrió una suscricion nacional para levantar en el centro de aquel país, en lo mas alto de la roca que domina la ciudad del Puy, una estatua colosal de María Inmaculada, Patrona de la Francia. El emperador entregó para este objeto todo el bronce necesario procedente de los cañones rusos tomados en Sebastopol.

En cuanto á nosotros, carísimos lectores, no podemos demostrar con manifestaciones tan ruidosas nuestra piedad hácia la Madre de Dios, pero lo que podamos hacer por ella lo hacemos ó lo harémos por lo menos con todo nuestro corazon. En cuanto posible sea, conservarémos con respeto su imágen como el mas precioso adorno de nuestra habitacion despues del Crucifijo. Llevarémos sobre nuestro pecho la medalla que representa á María concebida sin pecado, y no dejarémos pase un solo dia sin invocar á esta poderosa Protectora y misericordiosa Madre. Amemos á la santísima Vírgen como Jesús la amó primero, con lo que no tendrémos poco que hacer, pues jamás la amarémos ni la honrarémos tanto como Él lo hizo. Imitemos la santidad de nuestra Madre, su pureza, su humildad, su dulzura, su vida pobre y laboriosa, su fidelidad en las cosas pequeñas; imitemos su ardiente é inefable amor á Jesucristo, y vivamos de tal suerte que al fin de nuestra carrera pueda ella ella reconocernos por hijos suyos, é introducirnos el descanso del bienaventurado paraíso.

La Anunciacion y la Encarnacion.

El año 4004 de la creacion de Adan y Eva, el 2957 del diluvio, el 1510 de Moisés y de la libertad del pueblo de Dios, el 1032 de la consagracion de David por rey, el 752 de la fundacion de Roma, en el dia 25 de marzo, aniversario del glorioso paso del mar Rojo, el Señor Dios todopoderoso y misericordioso envió el arcángel Gabriel á una Vírgen llamada María, en la pequeña ciudad de Nazaret, en Galilea, para anunciarle la encarnacion del Hijo de Dios.

María contaba á la sazon catorce años próximamente, y vivia bajo la custodia del purísimo y castísimo José, su cercano pariente, que descendia como ella de la raza real de David y de la tribu de Judá. Inmaculada, mas pura que los Ángeles, dulce y humilde de corazon, la santísima Vírgen esperaba, como todo el pueblo de Israel, al divino Redentor anunciado desde el principio del mundo. No sabia que fuese ella la elegida para ser la Madre de este Rey eterno de las almas, y, en su humilde amor, pedia á Dios la gracia de ser un dia la humilde sierva de esa mujer bendita entre todas las mujeres...

El 25 de marzo á mediodía, segun las antiguas tradiciones, el arcángel Gabriel, bajo forma hu-

humana, y resplandeciente con la luz del cielo, apareció delante de María, que estaba en oracion en una gruta abierta en la roca viva de una colina, al pié de la cual estaba edificada su casa, como todas las demás de Nazaret. Esta gruta, convertida en capilla, se ve y se venera todavía en la aldea de Nazaret. La santa casa de María y José, que estaba al frente de la gruta, por disposicion de Dios fue milagrosamente transportada á Loreto, en Italia, el año 1291, y los peregrinos del mundo entero van á arrodillarse á la sombra de aquellos muros que por espacio de treinta años fueron santificados con la presencia del Verbo encarnado, de la santísima Vírgen y de su casto Esposo.

¡Yo te saludo, ó llena de gracia! dijo el Arcángel con profundo respeto; *el Señor es contigo; bendita eres tú entre todas las mujeres.* Á la presencia de este Ángel, y oyendo salutacion tan inesperada, turbóse la Vírgen, y preguntábase á sí misma lo que aquello podia significar. *No temas, María,* le dijo el embajador celestial, *porque has hallado gracia delante del Señor. Hé ahí que concebirás y parirás un Hijo, á quien llamarás Jesús* (que quiere decir Salvador). *Será grande é Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el reino de David, y reinará eternamente sobre el pueblo de Israel, y su reinado no tendrá fin.*

María desde su infancia habia hecho voto de perpétua virginidad; José hizo tambien el mismo voto,

y si María consintió en ser su esposa fue únicamente para tener un protector de su pureza y de su debilidad, y de un guia segurísimo en el camino de la santificacion. Cuando oyó al arcángel Gabriel anunciarle que habia de ser madre, María, celosa de la gloria de su santa virginidad, preguntóle al momento cómo podia ser esto, pues estaba para siempre consagrada al Señor.

El Ángel, explicándole los designios de Dios, la tranquilizó, declarándole que esa maternidad divina, elevada sobre todas las maternidades mucho mas que lo es el cielo de la tierra, seria el milagro de los milagros, y dejaria subsistir su pureza en toda su integridad. *El Espíritu Santo*, le dijo, *descenderá sobre tí, y te cubrirá con su sombra la omnipotencia del Altísimo. Á causa de esto el* SER SANTO *que nacerá de tí será llamado* HIJO DE DIOS. Y para darle un testimonio de esas operaciones divinas y enteramente sobrenaturales, Gabriel anunció á la santísima Vírgen la milagrosa concepcion de san Juan Bautista, que debia ser el Precursor de este Hijo adorable, de este Cristo, de este Redentor del mundo de quien iba á ser ella misma la venturosa madre. Añadióle, pues: *Hé aquí que tu parienta Isabel, á pesar de su avanzada edad, ha concebido un Hijo, y la que se veia afligida por la esterilidad es madre hace ya seis meses; pues nada hay imposible para Dios.*

Entonces la santísima Vírgen, recogiéndose en

sí misma, y anonadándose ante la adorable voluntad de Dios, llena de santo gozo y de un amor mas ardiente que el de los Querubines y Serafines, dió su definitivo consentimiento á la proposicion divina, y respondió al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo estas palabras, que salvaron al mundo: *Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra*... Y en el mismo instante el Verbo eterno, igual en todo al Padre y al Espíritu Santo, Dios vivo, único verdadero Dios con el Padre y el Espíritu Santo, Criador de todo lo que existe, Rey y Señor de los hombres, Dueño del cielo y de la tierra, *se encarnó* en el seno de María, esto es, se formó un cuerpo de la sustancia misma del cuerpo de la santísima Vírgen, creó un alma que *unió* á este cuerpo, y *unió* de tal manera su persona divina y eterna á esta alma y á este cuerpo en el seno de María, que Dios se hizo verdaderamente *hombre*, verdaderamente Hijo de María, y fue esta verdaderamente su Madre, verdadera Madre de Dios.

La santísima Vírgen, en efecto, es la Madre de Aquel que es á la vez Dios y hombre, tan verdaderamente Dios como verdaderamente hombre, y que reune en sí mismo de una manera indivisible las dos naturalezas, divina y humana. Este título y esta gloria de Madre de Dios sobrepujan á todo lo que Dios ha hecho y puede hacer jamás por una pura criatura, y elevan incomparablemente á la Vírgen María sobre todos los Santos, sobre todos

los Angeles, Arcángeles, Potestades celestes, Querubines y Serafines, que no son, en suma, sino los servidores de Dios, cuya Madre es María. Con su Hijo, y gracias á la maternidad divina, María ha venido á ser la Reina del cielo, la Reina de la Iglesia, la Reina de los Santos, la Soberana de todo el mundo.

Saludémosla, pues, cada dia como el arcángel Gabriel con un amor lleno de respeto, y uniéndonos así los fieles de la tierra á los del cielo, digamos con fervoroso corazon á nuestra Madre y amadísima Reina: «Dios te salve, María, llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.»

Todos los años el dia 25 de marzo celebra la Iglesia el aniversario del dia para siempre bendito en que la santísima Vírgen prestó su consentimiento al misterio de la Encarnacion, y en que dió al mundo á Jesucristo su Redentor.

Belen y el Niño Jesús.

Desde el 25 de marzo la bienaventurada Vírgen María llevaba en su castísimo seno á Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios encarnado. Sagrario viviente de Jesús, María contenia y llevaba en me-

dio del mundo el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad del Salvador. Encerraba á todo el cielo, al Dios del cielo, á Aquel á quien eternamente adoran los Serafines y los Angeles...

Nueve meses despues, á 25 de diciembre, José y María se hallaban en la pequeña ciudad de Belen, cuna de la familia de David, para hacerse empadronar en cumplimiento de las órdenes del emperador romano César Augusto, que mandaba entonces en todo el universo. Los Profetas, á cuyos divinos oráculos daba así cumplimiento Augusto sin saberlo, habian anunciado (lo que era notorio entre los judíos) que el Cristo, el *Mesías*, naceria en Belen y seria descendiente del rey David.

Al llegar José y María á Belen el 24 de diciembre, no les fue dado, á causa de su pobreza, albergarse en las posadas, y si bien la noche se venia encima, viéronse obligados á salir fuera del pueblo, y acogerse al abrigo de una vecina gruta que desde largos siglos servia de refugio á los pastores y á sus ganados. Segun antiguas tradiciones religiosas, David, Abrahan y Noé habian buscado muchas veces un asilo en dicha gruta; y en el orígen mismo de la raza humana Seth, hijo de Adan, que reemplazó á Abel, se habia refugiado en ella para orar...

Hácia la media noche la santísima Vírgen fue advertida por Dios que era por fin llegado el momento en que el Verbo encarnado debia apa-

recer á los ojos de sus criaturas. Revistióse entonces de los vestidos blancos que habia traido consigo para este intento, y preparó con auxilio de san José un poco de paja y heno, en un pesebre, colocando encima algunas fajas y mantillas. María arrodillóse luego, extendió ambos brazos hácia el cielo, y quedó arrobada en un éxtasis profundo, santo, divino, digno de una Vírgen-Madre de Dios... Pronto le envolvió una luz celeste, y apareció repentinamente á sus ojos en medio de ella el santo Niño Jesús como suspendido en el aire, luminoso y radiante de esplendor, que la miraba con amor y le tendia sus manecitas. María, transportada de júbilo, le adoró como á su Dios, y tendiéndole á su vez los brazos, cubrióle de besos y de lágrimas... Enseguida le cubrió con los pañales y acostóle en el pobre pesebre. José por un lado y María por otro, arrodillados y postrados en la presencia del Señor, permanecian allí como los dos Querubines de oro delante del Arca de la Alianza. Ellos fueron los primeros en adorar á Dios hecho hombre, y lo hicieron en nombre del cielo y de la tierra con una fe, un amor y fervor que no cabe ponderar.

Un grande y consolador milagro tenia lugar al mismo tiempo en un campo vecino, en donde algunos pastores vigilaban sus rebaños en el silencio de la noche. Una antigua tradicion refiere que eran tres: un anciano, un jóven y un niño.

Súbitamente se vieron envueltos por una luz vivísima, y apareció ante sus ojos un Ángel admirable, quien les dijo: «Vengo á anunciaros una grande y gozosa nueva, que llenará á todo el pueblo de una santa alegría. El Salvador, el Cristo, el Señor acaba de nacer por vosotros. Hé aquí por qué señales le reconoceréis: Veréis un Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.» Y en el mismo instante juntóse al Ángel una gran multitud de espíritus celestiales que alababan á Dios diciendo: «¡Gloria á Dios en los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!» Los pastores, repuestos de su asombro, se dijeron unos á otros: «¡Vamos á Belen, y veamos lo que el Señor se ha dignado anunciarnos!» Y dirigiéndose presurosos á la sagrada gruta vieron á José y á María, y al divino Niño recostado en el pesebre. Adoráronle á su vez, recibieron sus primeras bendiciones, y volviéronse muy consolados á guardar sus rebaños... Así el Niño Jesús escogió á los pobres por sus primeros adoradores y discípulos. Hecho pobre por nuestro amor, Nuestro Señor prefiere los pobres á los ricos, y consuéla así en su abandono á todos los desdichados que gimen en medio de las privaciones.

Poco tiempo despues, no obstante, los ricos, los sábios y los príncipes fueron admitidos á su vez á honrar y adorar al santo Niño de Belen. Estos fueron los llamados *Magos*, que habitaban en el Oriente. Una estrella, una luz milagrosa les advir-

tió el nacimiento del Cristo-Salvador. Pusiéronse en camino prontamente, llevando consigo ricos presentes, y llegaron tambien á Belen, y luego á la gruta; y atravesando con su fe viva el velo que escondia á sus ojos la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, prosternáronse á sus piés, le adoraron como á su Señor, y le ofrecieron oro, incienso y preciosos perfumes.

De esta suerte ricos y pobres, todos somos llamados á creer y adorar al Niño Jesús: el pobre y pequeño infante de la gruta de Belen es efectivamente Dios, el solo verdadero Dios, el Dios vivo y eterno, que por nuestro amor descendió á la tierra; y no satisfecho con abatir así su majestad infinita hasta sus criaturas, y convertirse en su Señor y su hermano, hizo mas todavía, convirtióse en su Salvador, tomando sobre sí la expiacion del pecado que hacia su perdicion. Y de este modo todos los que creemos y esperamos en Jesucristo, que le adoramos, que le volvemos amor por amor y obedecemos en todo á su santa Iglesia, somos salvados, y si perseveramos fieles hasta la muerte, estamos seguros de ir al paraíso.

Jesucristo es nuestro Dios, y en sus eternas grandezas es infinitamente digno de alabanzas y de admiracion; pero es al mismo tiempo nuestro buenísimo, dulcísimo y humildísimo Salvador, y en sus anonadamientos voluntarios es infinitamente digno de ser amado.

Y ¡qué grandeza asimismo, qué elevacion sublime la de la santísima Vírgen! Y como Jesús, sin embargo, María merece tanto nuestro amor como nuestra veneracion: es tan buena como grande, tan dulce como pura, tan misericordiosa como grande y perfecta.

¡Jesús, María, José! ¡qué nombres de salud y bendicion! ¡cuán felices somos en tener al buen Dios, y cerca de Él á dos tan poderosos intercesores!

A imitacion de María y José, vivamos tranquilos y recogidos en el amor del Niño Jesús, el cual descansa en nuestro corazon como en otro pesebre, si bien con sobrada frecuencia por desgracia frio y pobre como el de Belen.

Acerquémonos como los pastores con fervor, con sencillez y gozo, y sobre todo con una fe viva á nuestras iglesias, en donde encontrarémos siempre el grande y pequeño Niño de Belen, allí tambien anonadado y escondido en pañales y bajo el velo éucarístico. La Iglesia católica es la grande Belen que posee y encierra á Jesucristo para darlo á todas las almas fieles, para consolar todos los dolores del género humano, y para salvar el mundo haciéndole conocer, servir y amar á su Salvador.

Nazaret.

Despues de su nacimiento en Belen el santo Niño Jesús fue llevado por su Madre y san José á Egipto, huyendo de la persecucion de Herodes. Permaneció en aquel país dos años y medio, y las tradiciones del mismo refieren que muchos grandes y tiernos milagros señalaron la presencia del Niño-Dios. Entre otros se cuenta que curó de la lepra á un tierno niño, á quien bañaron con el agua de que se habia servido la santísima Vírgen para lavar á su divino Hijo, y que este niño, que se pervirtió en su mayor edad, fue el buen ladron, salvado segunda vez por Jesús en el Calvario...

Cuando murió el tirano Herodes, la sagrada Familia entró de nuevo en Judea, y fué á establecerse en Nazaret, en Galilea, en aquella misma casa en donde se verificó la anunciacion del arcángel Gabriel, y en que el Hijo de Dios se hizo hombre en el seno de María. Allí fué creciendo Jesús bajo la vigilancia de María y de su padre adoptivo, y allí hasta la edad de treinta años preparó en la oracion, en el silencio, en la mas profunda humildad, en la pobreza, en el trabajo, en las lágrimas y en la penitencia, la grande obra de la salvacion del mundo, predicando por espacio de tres años y medio antes de consumarla en la cruz y de entrar triunfante en la gloria de su eternidad.

La vida oculta de Nuestro Señor Jesucristo en Nazaret es uno de los misterios mas instructivos y consoladores del Cristianismo, y el remedio directo, eficaz, soberano de esa vanidad que nos devora y nos induce sin cesar á ir tras de la gloria humana, á querer ser vistos y admirados de todo el mundo, y que nos hace temer mas la mirada del hombre que la de Dios. Del fondo de la pobre casita de Nazaret Jesús nos dice á todos: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y tendreis reposo para vuestras almas... Yo os dí el ejemplo, á fin de que lo que yo hago lo hagais tambien vosotros.* Pues somos discípulos de Jesús, seamos como nuestro Maestro y por amor de Él verdaderamente humildes de corazon: menospreciemos como él el falso brillo del amor propio; reprimamos cada dia nuestro orgullo, que nos vuelve soberbios y arrogantes; que nos impulsa á la rebelion contra nuestros padres, contra la autoridad de los sacerdotes y de nuestros superiores legítimos; que nos impide revelar todos nuestros pecados en la confesion, y que nos lleva á toda suerte de excesos y de escándalos. Humillémonos, al contrario, dulce y valerosamente como nuestro santísimo Maestro, y sepamos permanecer ocultos, pobres, pequeños, ignorados en medio de un mundo que nada entiende en las cosas divinas y que solo aprecia y se afana por esas burbujitas de jabon llamadas *gloria, honores, grandezas, dignidades, alabanzas y riqueza.*

Hasta la edad de treinta años el Hijo de Dios quiso permanecer absoluta y constantemente sometido á María y á José. *Et erat subditus illis:* «Y les estaba sujeto.» Hé aquí todo lo que nos dice el Evangelio. ¡Qué leccion tan elocuente para todos los jóvenes que, verdaderos niños de este siglo de progreso, en los albores de su vida se dejan avasallar por el espíritu de insubordinacion; que llegan á imaginarse que á los quince ó diez y seis años no pueden *decentemente* obedecer á sus señores padres; que el confesar, orar y frecuentar la iglesia son acciones indignas de un jóven, y que solo sueñan en *independencia* y *libertad*! ¡Pobres hijos pródigos que no pueden resistir en sus débiles conciencias los grandes ejemplos de la casa de Nazaret, y que no comprenden que la autoridad paternal y la religiosa, impuestas ambas á la juventud, léjos de destruir el gozo y la dicha, no hacen sino salvarla! ¡Avergüénzanse de obedecer porque, dicen, son «hombres:» como si no fuese Jesús *el hombre* por excelencia, el Hombre-Dios, el hombre modelo de todos los hombres! Mas no fue solamente hasta los diez ó doce años, hasta los quince ó diez y seis que Jesús obedeció y quiso obedecer «para darnos el ejemplo,» *exemplum dedi vobis;* sino hasta los diez y ocho hasta los veinte, veinte y cinco y treinta años fue obediente y sumiso. ¡Ah! ¡cuán pocos cristianos estarian en su lugar en la humilde y santa casa de Nazaret! Todos deberíamos

vivir de tal suerte, que la vida de ese sagrado retiro del Salvador fuese nuestra vida natural y ordinaria. La vida de un verdadero cristiano es la humildad, la obediencia, la dulzura, el recogimiento, en una palabra, es Jesucristo, Jesucristo conocido (¡y cuántos hay que le conozcan al presente!); Jesucristo amado (¡y cuán pocos le aman verdaderamente!); Jesucristo imitado (¡ay! ¡el número de los que le imitan recuerdan con sobrado motivo los *diez justos* de Sodoma)!

María y José, á la vez que mandaban á su amadísimo Jesús, solo vivian en Nazaret de sus ejemplos, de sus palabras, de su vida, la que era para ellos enteramente la divina escuela de la perfecta santidad. Solo en la eternidad nos será dado entender los progresos inefables que estas almas privilegiadas y sumamente fieles hicieron en esa escuela de Dios. La vida de Jesús, de María y de José era únicamente de paz y amor, de sencillez en la perfeccion, de santidad, de penitencia, de trabajo y oracion. Sufrian con amor las privaciones de su austera pobreza!... Jesús tenia un solo pensamiento: el perfecto cumplimiento de la voluntad de su Padre celestial, y al mismo tiempo de la de José y de María, que le representaban en la tierra á ese Padre tres veces santo: y estos vivian, á su ejemplo, en una incomparable sujecion á dicha voluntad, que Jesús les enseñaba á conocer. Todos tres vivian un dia tras otro aplicados enteramente

á hacer bien todas sus obras; y la santísima Vírgen y san José adoraban, en las tinieblas de la fe mas profunda y pura, el misterio de la Encarnacion, el misterio del prolongado silencio de Dios hecho carne, el misterio de esa vida oculta de Nazaret y de aquellos años que, segun el modo de juzgar de la sabiduría humana, parecen tiempo perdido para la redencion del mundo.

José murió santa y apaciblemente en Nazaret en medio de esas tinieblas luminosas, en los brazos de Jesús y de María, despues de una vida sencilla y pura aprovechada en la oracion, en el trabajo, en la penitencia y en la oscuridad! San José, como se comprende fácilmente, es el patron de la buena muerte.

Llevemos nuestra consideracion á Nazaret cuando el trabajo nos agobie, cuando el yugo de una vida modesta y sencilla mortifique nuestro orgullo, cuando nos suban á la cabeza los vapores de la vanidad mundana, cuando el amor propio nos incite á ir tras del esplendor, y sobre todo cuando el espíritu de independencia murmure á nuestros oidos las seductoras teorías de la falsa libertad... ¡Oh Jesús! ¡salvadnos en estas pérfidas tentaciones, y hacednos comprender mas y mas el misterio lleno de santificacion de vuestra vida oculta en Nazaret!

Jesucristo.

Hemos visto ya, lector amado, lo que es la fe, y cuán digna de Dios y de nosotros mismos es la idea que el Cristianismo nos da de Dios, Creador todopoderoso del mundo, Ser eterno, supremo é infinito, indivisible en su naturaleza, en tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Mas este Dios infinito habria permanecido desconocido para nosotros si en su amor nó hubiese querido manifestársenos Él mismo. Y esto lo hizo desde el principio del mundo por el ministerio de sus Ángeles, por la inspiracion de los Patriarcas y Profetas, y sobre todo por la aparicion de su propio Hijo Jesucristo, Nuestro Señor, Salvador y Santificador, que nació del seno purísimo de la bienaventurada Vírgen María cerca de cuarenta siglos despues de la caida de Adan, y que es el punto central al cual convergen todos los tiempos, lo mismo que todas las esperanzas del mundo pasado y de todo el porvenir.

Decir lo que es Jesucristo está muy por encima de toda palabra humana. Es el Dios invisible hecho visible y apareciendo en medio de sus criaturas; es el Ser infinito, eterno, todopoderoso, revestido de una humanidad semejante á la nuestra, y por nuestro amor hecho mortal, pasible, sujeto al tiempo y á todas nuestras miserias. Jesús es el Dios

único, Creador de todas las cosas, de los Ángeles y de los hombres; nuestro primer principio y último fin, cuyo conocimiento es la verdadera luz, cuyo servicio es el verdadero gozo, y cuyo amor es la sola verdadera dicha. En Jesucristo la divinidad y la humanidad se unen de una manera perfecta é indivisible, sin que por esto se confundan. No hay en Él sino una sola y única persona, que es la persona del Hijo de Dios, y por esta razon Jesucristo es eterno, infinito, todopoderoso, en una palabra, Dios. Pero al mismo tiempo es hombre. Fue criado, nació, creció, padeció y murió tan perfectamente como es perfectamente Dios. En la eternidad tiene un Padre, pero no una madre; y en el tiempo tiene una madre, la santísima é Inmaculada Vírgen María, pero carece de padre. De su Padre le viene su naturaleza divina é infinita, y de su Madre su naturaleza humana y mortal. Por Él podemos llegar hasta Dios su Padre, y por su Madre podemos llegar hasta Él mismo. Jesús es el punto misterioso que une juntamente al Criador y la criatura, siendo á la vez Criador y criatura, Dios y hombre; y el arca por la cual este puente divino llega á la creacion es la santísima Vírgen, que le da su humanidad. Jesucristo es á las criaturas lo que la cebeza á todos los miembros del cuerpo; y así como la cabeza conduce y dirige todo el cuerpo comunicándole la vida, y relaciónase con él por medio del cuello; de la misma manera Jesús comuni-

ca á todos los hombres, que son sus miembros, la vida divina y eterna, y la santa Vírgen es el canal purísimo por donde nos llegan todas sus gracias. Vosotros sabeis bien, amados léctores, la conmovedora historia de la vida del divino Maestro sobre la tierra. El dia 25 de marzo del primer año de nuestra era, hace 1863 años, en el momento en que os escribo se encarnó en Nazaret en el virginal seno de María, descendiente de David, de Jacob y de Abrahan.

El 25 de diciembre, dia de la Natividad, nació en Belen, cerca de Jerusalen, en una pobreza voluntaria para expiar nuestro amor desarreglado hácia los bienes de este mundo: transcurrió su infancia y juventud en el trabajo y el silencio; y toda su vida en el sufrimiento, en la humildad, en la dulzura, en la penitencia y en la oracion. Durante los tres años de su vida pública predicó el Evangelio, esto es, el conocimiento y el amor de Dios su Padre; probó su divinidad por un gran número de milagros, que sus mismos enemigos no pudieron poner en duda, y escogió entre sus numerosos discípulos á doce pobres pescadores para predicar la verdadera Religion en todo el universo, y confundir así el orgullo y la vana ciencia de los hombres. Venido á este mundo para expiar nuestros pecados, tomó sobre sí la pena de ellos, y murió por nosotros libre y voluntariamente, vendido por Judas, abofeteado, escupido, azotado, coronado de espinas,

crucificado entre dos ladrones sobre el monte Calvario, en la Judea, y espiró lanzando un grito divino á las tres de la tarde del Viernes Santo! Resucitado por su propio poder el domingo de Pascua, y triunfante por nosotros del demonio, de la muerte y del pecado, por espacio de cuarenta dias se apareció varias veces á sus Apóstoles y á otros muchos discípulos, que, incrédulos al principio, se vieron en seguida obligados á rendirse á la evidencia. Luego de haberles dado sus instrucciones supremas, Jesús resucitado subió al cielo en su presencia en el monte Olivete, en el mismo donde habia dado principio á su pasion, y es Él, Dios-hombre, Rey del mundo, Juez de los Ángeles y de los demonios, quien vendrá al fin de los tiempos á juzgarnos á todos segun nuestras obras; á lanzar léjos de su presencia, en el profundo infierno, al demonio y á todos los malos, y á asociar á su bienaventurada eternidad á todos sus fieles servidores.

Pronto verémos como Él nos reune á todos por medio de su Iglesia, que es la depositaria de todos los tesoros de su amor.

Los milagros de Jesucristo.

1. Un *milagro* es un hecho exterior que sobrepuja *evidentemente* las fuerzas de la naturaleza; es el ejercicio *extraordinario* de la omnipotencia de Dios en el mundo.

Negar la posibilidad de los milagros es poner en duda el poder de Dios, ó mejor, su existencia.

Siendo el milagro el sello de la Divinidad, si Jesucristo es Dios, *debió* hacer milagros, milagros *evidentes*, y hacerlos en su propio nombre, y por su propio poder, como conviene á Dios cuando obra; y como los judíos de Cafarnaum tenemos derecho á preguntarle: «¿Qué milagros has hecho para que nosotros creamos en Tí?»

Jesucristo no teme esta prueba. Sus hechos hablan todavía mas alto que sus palabras.

II. En la segunda estancia que hizo en Jerusalen para asistir á la fiesta de los Tabérnaculos, Jesús, seguido de sus discípulos, vió al pasar á un pobre mendigo, ciego de nacimiento.

«—Maestro, le preguntaron sus discípulos, ¿qué pecado cometió este ó sus padres para haber nacido ciego?

«—No es porque ellos hayan pecado, respondió el Señor, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él.

«Mientras que estoy en el mundo, soy la luz del mundo.»

Apenas hubo dicho estas palabras, escupió en tierra, é hizo lodo con la saliva, y ungió con él los ojos del ciego, y le dijo: «Vé, lávate en la piscina de Siloé (1).»

(1) La *fuente de Siloé*, en siríaco, la *fuente del Mesías*.

El ciego fué, pues, y se lavó, y volvió con vista.

Sus vecinos no querian reconocerle: «No es él, decian, sino que se le parece.» Y como les afirmase que era él mismo, le preguntaron: «¿Cómo te fueron abiertos los ojos?»

Respondió él: «Aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo, y ungió mis ojos, y me dijo: Vé á la piscina de Siloé, y lávate. Y fui, me lavé, y veo.»

Le llevaron á los fariseos reunidos en el templo, porque era dia de sábado.

Los fariseos quedaron sobrecogidos. Interrogaron al ciego, que les refirió ingénuamente lo que habia sucedido.

«¿Qué dices tú, le preguntaron, de aquel que te abrió tus ojos?»

Y él respondió: «¡Que es el Profeta!»

Mas los judíos no creyeron que hubiese sido ciego, y mandaron llamar á sus padres.

«¿Es este vuestro hijo, les dijeron, el que nació ciego? Pues ¿cómo ve ahora?

«—Sí, este es nuestro hijo, y nació ciego, respondieron los padres; mas no sabemos cómo ahora tenga vista, ni quién le ha abierto los ojos. Preguntádselo á él mismo.»

Los fariseos volvieron, pues, á interrogarle de nuevo.

«¡Da gloria á Dios! Nosotros sabemos que ese hombre es pecador.»

Él les dijo: «Si es pecador, no lo sé: una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.»

Y como le estrechasen con nuevas preguntas, respondió el mendigo:

«Ya os lo he dicho: ¿quereis oirlo otra vez? ¿ó por ventura quereis vosotros tambien haceros sus discípulos?»

Llenáronle entónces de imprecaciones, diciéndole:

«Seas tú discípulo suyo; que nosotros somos discípulos de Moisés. En cuanto á este, no sabemos quién es, ni de dónde viene.

«—Cierto que es esto cosa maravillosa, respondió el ciego; que vosotros no sabeis de dónde es, y que sin embargo haya abierto mis ojos. Nunca fué oido que abriese alguno los ojos de uno que nació ciego: si este no fuese hombre de Dios, no tendria poder alguno.

«—No eres mas que un pecador, gritaron los fariseos, y ¿quieres darnos lecciones?» Y le rechazaron, echándole fuera del templo.

Habiéndole encontrado otra vez Jesús, le dijo:

«—¿Crees tú en el Hijo de Dios?

«—¿Quién es, Señor, para que crea en Él?»

Jesús le respondió: *El que habla contigo, ese mismo es.*

«—Creo, Señor, exclamó el dichoso mendigo;» y postrándose, le adoró.

III. Aconteció despues que Jesús fué á una ciudad llamada Naím, é iban con Él sus discípulos y una grande muchedumbre de pueblo.

Y cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, hé aquí que sacaban fuera un difunto, hijo único de una pobre viuda; y cási todo el pueblo venia acompañando el cadáver.

Luego que Jesús vió á la madre desolada, movido á misericordia por ella, le dijo: «No llores;» y se acercó, y tocó el féretro, y los que lo llevaban se pararon.

Segun la costumbre de los judíos, el cadáver tenia el rostro descubierto. Y Jesús dijo: «Mancebo, levántate; yo te lo mando.»

Levantóse en seguida el que habia estado muerto, y comenzó á hablar. Y Jesús le volvió á su madre.

Tuvieron todos grande miedo, y decian:

«El gran Profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.» Y la fama de este milagro corrió por toda la Judea y por toda la comarca.

Hácia el fin del siglo I, en una apología del Cristianismo dirigida al emperador por Cuadrato, inmediato discípulo de los Apóstoles, citaba como testigos irrecusables de los milagros de Jesucristo á muchos de aquellos á quienes el Salvador habia milagrosamente curado ó vuelto á la vida, y que todavía existian en su tiempo.

IV. Otro milagro de Jesucristo tuvo todavía mayor número de testigos.

Como se hubiese retirado á la Decápolis, no léjos del mar de Galilea, una grande multitud de gente

de todas las ciudades vecinas salió presurosa á su encuentro, y al cabo de tres dias le descubrieron en un monte solitario, rodeado de sus doce discípulos, con quienes hablaba del reino de Dios.

Movido á compasion á la vista de esta multitud extenuada de hambre y de fatiga, y viendo que el dia comenzaba á declinar Jesús, dirigiéndose al apóstol Felipe, le dijo: «¿En dónde compraremos pan para que coma toda esta gente?

«—Doscientos denarios de pan no les bastan, le respondió Felipe, para que cada uno tome un poco.»

Andrés, hermano de Simon Pedro, le dijo: «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces: mas ¿qué es esto para tanta gente?»

Dijo Jesús: «Haced sentar á todo este pueblo.» Y eran como en número de cinco mil, sin contar las mujeres y los niños.

Tomó Jesús los panes; y levantando los ojos al cielo los bendijo, los partió, y los dió á sus discípulos para que los repartiesen entre la multitud. Hizo distribuir asimismo los peces, y todos comieron hasta saciarse.

Cuando hubieron comido dijo Jesús á sus discípulos: «Recoged los pedazos que han sobrado;» y llenaron con ellos hasta doce canastos.

De la misma manera que bajo la accion invisible y creadora de Dios el trigo germina en la tierra y nutre á los hombres, así en la mano adorable del

mismo Dios creador, hecho visible en su humanidad, el pan se multiplicó y fue suficiente para cada uno.

En vista de ese incomparable prodigio, la multitud decia: «Este es verdaderamente el Profeta que debe venir al mundo.»

Por *el Profeta que debe venir* entendian los judíos al Mesías: así fue que se levantaron todos, y querian llevárselo para hacerle rey, pues todas las profecías que hablaban del Mesías anunciaban que seria *rey de Israel.*

Pero el Salvador, penetrando su designio, se retiró solo al monte y se puso en oracion.

V. Jesús habia ordenado á sus Apóstoles que descendiesen hasta la ribera de Betsaida, y que tomando una barca fuésen á esperarle en Cafarnaum, en donde no tardaria en reunírseles.

Pero muy pronto se levantó un viento furioso, de manera que al despuntar el dia, á pesar de sus esfuerzos, apenas habian andado el espacio de treinta estadios, ó sea tres leguas. Y á la cuarta vigilia de la noche vieron á Jesús acercarse á la barca andando sobre la mar; y tomándole por un fantasma comenzaron á dar gritos de espanto.

Mas Jesús, dirigiéndoles la palabra, les dijo: «Tened confianza; Yo soy; no temais.»

Entonces le dijo Simon Pedro:

«—Señor, si Tú eres, mándame venir á Tí.

«—Ven,» le dijo Jesús.

Y bajando Pedro del barco, dió algunos pasos por el agua.

Pero viendo la violencia de las olas, tuvo miedo, y como empezase á hundirse, exclamó: «¡Señor, Señor, salvadme!»

Jesús le tendió la mano, diciéndole:

«Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?»

Y luego que entraron en el barco, cesó la tempestad y se hallaron en la ribera.

Los discípulos que estaban en el barco se postraron á los piés de Jesús, diciéndole: «¡Maestro, verdaderamente eres Hijo de Dios!»

Dios, en efecto, en medio de los mismos abatimientos de su encarnacion era el Dueño omnipotente de la naturaleza; con una sola palabra apacigua sus desórdenes, símbolo de esos otros todavía mas profundos y deplorables que vino asimismo á curar en nosotros.

VI. Deberíamos todavía citar aquí tantos milagros conmovedores como el Salvador parece sembrar á su paso, y cuyo divino conjunto forma los Evangelios: la repentina curacion del ciego de Jericó, á quien dijo Cristo: «¡Ve!» y vió; la de la pobre mujer encorvada hacia diez años por espantosos sufrimientos, y curada instantáneamente por el simple contacto de los vestidos de Cristo; y tantas otras manifestaciones de la divinidad y á la vez del amor del buen Jesús.

Pero, entre todos los demás, hay un milagro

mas importante y quizá mas solemne, que sirvió de pretexto á los fariseos para sus últimas maquinaciones, y es la resurreccion de Lázaro.

Lázaro era un hombre rico, muy amado de Jesús, y hermano de Marta y de María Magdalena.

Habitaba en Betania, distante cuatro leguas de Jerusalen, y con frecuencia daba hospitalidad al Salvador y á sus Apóstoles.

Lázaro cayó gravemente enfermo; y como sus hermanas le viesen en peligro, enviaron á decir á Jesús: «Señor, hé aquí el que amas está enfermo.»

Respondió Jesús: «Esta enfermedad no es para muerte, sino para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella.»

Y á pesar de que Cristo amaba á Lázaro y á sus hermanas, se detuvo aun dos dias en el lugar donde estaba, pasados los cuales dijo á sus discípulos: «Ahora vamos á Judea. Lázaro nuestro amigo duerme, y voy á despertarle.»

«—Mas si duerme, ¿estará, pues, sano? preguntaron los Apóstoles.»

Y Jesús respondió: «Lázaro es muerto: y me huelgo por vosotros de no haber estado allí, para que vuestra fe sea confirmada.

Se pusieron todos en camino, y cuando Jesús llegó á Betania hacia cuatro dias que Lázaro habia muerto, y que su cuerpo, ya putrefacto, yacia en el sepulcro.

Marta y María permanecian en su casa sumidas

en dolor y lágrimas, y sus parientes y amigos estaban todavía á su lado para consolarlas.

Marta, cuando oyó que venia Jesús, salió á su encuentro, y le dijo:

«Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.»

Y Jesús le dijo: «Resucitará tu hermano.»

«—Bien sé, le respondió Marta, que resucitará en el último dia.

«—*Yo soy*, le dijo Cristo, *la resurreccion y la vida.* El que cree en Mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y aquel que cree en Mí no morirá jamás. ¿Crees esto?

«—Sí, Señor, respondió la fiel Marta; yo creo que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo.»

Y dicho esto, fué á llamar á su hermana.

María se dirigió presurosa á postrarse á su vez á los piés de Jesús, diciéndole tambien:

«—¡Oh, Señor! Si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.»

Jesús, al verla llorar, y tambien á los judíos que habian venido con ella, se enterneció, y conmovido su corazon, les dijo: «¿En donde le habeis puesto?»

Respondiéronle: «Ven, Señor, y lo verás.»

Y lloró Jesús...

Y dijeron entonces los judíos: «¡Ved como le amaba!» Y otros añadian murmurando: «Pues si este

abrió los ojos del ciego de nacimiento, ¿no pudiera evitar que Lázaro muriese?»

Mas Jesucristo, gimiendo otra vez, fué al sepulcro. Era una gruta abierta en la roca, y cerrada por una pesada losa.

«Quitad la losa,» dijo Jesús.

Pero Marta respondió: «Señor, ya hiede, porque es muerto de cuatro dias.

«—¿No te he dicho, replicó Jesús, que si creyeres verás la gloria de Dios?»

Y habiéndose quitado la losa, añadió en alta voz: «¡Lázaro, sal de la tumba!»

Y en el mismo punto salió el que habia estado muerto, atados todavía los piés y las manos con las vendas funerarias, y cubierto el rostro con el sudario.

Jesús dijo entonces: «Desatadle, para que pueda andar.»

Muchos de los judíos que estaban presentes creyeron en Jesucristo, y la fama de la resurreccion de Lázaro se esparció bien pronto por Jerusalen y toda la Judea.

A esta noticia los enemigos del Señor se llenaron de cólera, y reuniéndose en Jerusalen en casa del sumo pontífice Caifás, dijeron: «Es preciso tomar una resolucion, *porque este hombre hace milagros, y nosotros no podemos negarlo.*»

VII. Efectivamente, los judíos, lo mismo que los paganos de los primeros siglos, no intentaron

jamás negar los milagros de Jesucristo. Si hubiesen podido hacerlo, seguramente no hubieran omitido este medio, el mas sencillo para arruinar por su base la nueva creencia. Pero ¿cómo negar hechos sucedidos á la luz del dia, dentro de los muros de Jerusalen ó de las principales ciudades de Judea, delante de un pueblo inmenso, á la vista de los mismos enemigos del Salvador?

Es preciso, sin embargo, explicar esos milagros, sobre los que descansaba toda la predicacion de los Apóstoles. No pudiendo negarlos, los desnaturalizaban, atribuyéndolos, ora á una potestad diabólica, ora á las supersticiosas prácticas de la mágia; ó ya, en fin, á un pretendido robo del incomunicable nombre de Jehová, hecho por Jesús en el templo; fábulas ridículas todas que es ocioso refutar.

El orgullo, el falso celo, el interés personal y mil otras pasiones se interponian entre los fariseos y Jesucristo, quien les dirigia este reproche terrible que se vió tristemente realizado en la resurreccion de Lázaro: « Aun cuando viéseis resucitar á un muerto, no creeríais.»

De esta incredulidad de una parte de los judíos se desprende para todos una grande leccion, y es que para creer no basta ver milagros, sino que además se debe amar la verdad, buscarla de buena fe y tener sencillez y pureza de corazon.



VIII. Jesucristo dice que Él es Dios; primera prueba sin réplica, como lo hemos visto ahora mismo.

Confirma su palabra con milagros; segunda prueba, no menos luminosa que la primera.

No se requieren largos razonamientos para hacer comprender la fuerza absoluta de esta prueba de los milagros. Los de Nuestro Señor tienen caractéres únicos exclusivamente de Él. Los obra por su propio poder y sin invocar otro que el suyo. «Yo lo quiero; sé sano.—Lázaro, sal de la tumba.—Muchacho, levántate, Yo te lo mando, etc., etc.» Los Santos y los Profetas hicieron milagros, y grandes milagros; pero fué siempre en el nombre del Señor su Dios: «En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, decia san Pedro al lisiado á quien curó en la puerta del templo, levántate y anda.» Los Apóstoles, los Mártires y todos los Santos, desde el orígen del Cristianismo hasta nuestro dias, no han hecho ni podido hacer milagros sino en el nombre de Jesucristo, y por un poder que no procedia de ellos.

No pueden ponerse en duda los divinos milagros de Jesucristo; pues seria mostrarse mas descontentadizo que Caifás y los fariseos, los mas perspicaces y encarnizados enemigos del Salvador. Acabamos de tomar acta de su precioso testimonio: *este hombre hace milagros, y no podemos negarlo.* Buscando en la rectitud de nuestro corazon el amor de la verdad que la pasion quitaba á aquellos judíos, saquemos la consecuencia lógica y evidente de los milagros de Jesús, y postrémonos á sus sagrados piés, repi-

tiéndole de lo mas profundo de nuestra alma las palabras del ciego de nacimiento: *Credo, Domine: Creo, Señor.*

Jesús crucificado.

Pasados ya los tres años de su vida pública, el Hijo de Dios hecho hombre quiso consumar por la muerte, y muerte de cruz, la obra misericordiosa de nuestra redencion. Pecando, merecimos la muerte: Jesús tomó sobre sí esta muerte, y dió en cambio la vida eterna á los pecadores que se uniesen á Él por una fe viva, un verdadero amor, y una obediencia y penitencia sinceras. Inocente, y mas que inocente, Jesús satisfizo por los culpables, y su divino Padre se dignó aceptar ese trueque inefable y lleno de amor.

El Hijo de Dios y de María habia llegado á la edad de treinta y tres años y medio. Todo lo tenia dicho y preparado todo para la salvacion del mundo: habia escogido sus embajadores, sus Apóstoles, los ministros de su misericordia, y formádoles en su misma escuela, poniendo á su cabeza á Simon Pedro en calidad de jefe y de vicario de Dios: para dar cumplimiento á las profecías no le restaba ya sino sufrir y morir... Estos padecimientos supremos que empezaron en el Cenáculo por el sacri-

legio y la traicion del apóstol Judas, y que se consumaron sobre la cruz del Calvario y en el sepulcro, se llaman la *pasion*.

La pasion del Salvador es un conjunto terrible y misterioso de toda suerte de dolores, de amarguras del corazon, de tinieblas del espíritu, de angustias, de tristezas, de humillaciones, de desabrimientos, de dilaceraciones, de oprobios y ultrajes sin número, de sufrimientos corporales, de anonadamientos, que son, con la muerte, el justo y justísimo castigo de nuestros pecados, al mismo tiempo que su expiacion superabundante.

Cada uno de nosotros, por poco cristiano que sea, ha leido y meditado con frecuencia todos los detalles de esta pasion dolorosa: la agonía de las tres horas en el jardin de las Olivas, con el sudor de sangre, con la debilidad de los Apóstoles, con el beso del traidor Judas; los golpes, los insultos y las ignominiosas ataduras desde Getsemaní hasta los palacios de los sumos pontífices Anás y Caifás; la bofetada del sirviente del sumo sacerdote, y la santa dulzura del divino paciente; los falsos testimonios, los enfurecimientos, las imprecaciones, los salivazos y las blasfemias de Caifás y de aquellos miserables jueces convertidos en verdugos; la triple negacion del infeliz san Pedro; las tres ó cuatro horas de burlas sacrílegas, de brutalidades, de bofetadas y de infamias en la prision del palacio de Caifás, durante la noche; la condenacion defini-

tiva y solemne, despues que Jesús, arrastrado por segunda vez ante el sanedrin, hubo afirmado de nuevo que El era « el Cristo, Hijo de Dios vivo; » el interrogatorio del cobarde Pilato; las bufonadas del rey Herodes, el filósofo y arrogante espíritu, y el manto de loco y el cetro de caña; el silencio de Cristo en el segundo interrogatorio de Pilato; Barrabás; la sangrienta flagelacion por los soldados romanos, la corona de espinas; el viejo manto de púrpura y el *Ecce Homo;* el *Crucifige* de todo el pueblo judío y la condenacion á muerte, la cruz á cuestas, la via dolorosa con sus catorce estaciones; y en fin el Calvario, en donde Jesús, el divino Cordero, el dulce é inocente Salvador, fué crucificado entre dos ladrones en la presencia misma de su Madre, y permaneció suspendido entre el cielo y la tierra, como la bandera de salud, hasta las tres de la tarde, en que dijo con grande voz: *Todo está consumado*, y entregó su alma santísima en las manos de su Padre...

¡Jesús crucificado! ¡qué misterio! ¡Aquel que al mismo tiempo reina sobre los Ángeles en lo mas alto de los cielos; que creó y sostiene el mundo; que con sola una palabra hubiera podido aterrar á todos aquellos malvados, á todos aquellos Pilatos, malos sacerdotes, blasfemadores, jueces inícuos y detestables verdugos!... El se consuela con orar y sufrir por ellos, pues que es su Redentor de la misma manera que lo es nuestro, y dice á su

Padre celestial: *Padre, perdónales, pues no saben lo que hacen.*

A su derecha está crucificado como El y con El un ladron, un culpable; pero que, arrepentido, cree en Jesucristo, espera en El, se vuelve hácia El con humildad profunda y fervoroso amor; y le dice: *¡Señor, acuérdate de mí cuando entres en tu reino!* Y Jesús le respondió con una misericordia y un poder divinos: *Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso*... El buen ladron, el culpable arrepentido y convertido, el pecador que confiesa su culpa, que espera, que implora y alcanza misericordia, que expia su pecado hasta la muerte uniéndose á los padecimientos y á la muerte del Hijo de Dios, es el representante de todos los elegidos, esto es, de todos nosotros, pobres pecadores, que sufrimos acá abajo y llevamos la cruz como justo castigo de nuestros pecados, pero que sacamos la salud, el perdon y la vida eterna en el amor de nuestro Redentor.

El otro ladron, el otro culpable crucificado, que blasfema de Jesucristo, que no cree en Él, que no le pide perdon, y que muere sin esperanza en su terrible cruz, es el pecador que no cree, que no espera en Jesucristo, que no ama al Dios del Calvario, que sufre inútilmente en la tierra, porque no une sus padecimientos á los de su Salvador; es el réprobo, por quien Jesucristo sufre y muere, pero que no se aprovecha de la salud que le es ofrecida.

Al pié de la cruz se halla la Vírgen María, como el sacerdote delante del altar y de la víctima; san Juan, representante de la Iglesia, del sacerdocio y de todos los discípulos fieles; santa María Magdalena y las otras santas mujeres, simbolizando la una el amor penitente, y las demás el amor inocente...

¡Adoremos con la santísima Vírgen, con san Juan, santa Magdalena, las santas mujeres y el buen ladron, con todos los Santos y todos los Ángeles, á Jesucristo nuestro Señor eterno, santísimo y amadísimo! ¡Que su cruz nos recuerde sin cesar su amor, y que la recepcion frecuente del sacramento de la Eucaristía, en donde Él reside por entero, haga penetrar hasta lo mas íntimo de nuestra alma su sangre divina, con todos los méritos de su adorable redencion!

La resurreccion de Jesucristo.

Catorce veces durante el curso de su predicacion anunció Jesucristo que despues de sus padecimientos y su muerte resucitaria al tercer dia, y señalaba anticipadamente esta resurreccion como la señal definitiva por medio de la cual no solamente sus Apóstoles, sino hasta los mismos judíos infieles podrian reconocer en su dia que El era el Hijo de Dios. «Esta generacion perversa y adúltera, decia,

pide una señal, y no le será concedida otra que la de Jonás. Así como Jonás permaneció por espacio de tres dias en las entrañas de un mónstruo, así tambien el Hijo del Hombre, despues de ser vendido, escarnecido y crucificado, será puesto en el sepulcro, y *resucitará al tercer dia.*»

Los enemigos de Jesús conocian tan bien esta profecía y comprendian de tal manera su importancia, que su primer cuidado, despues del descendimiento de la cruz, fué el de vigilar el santo sepulcro, poner guardias en él, y sellarlo.

Esta prevision odiosa, la incredulidad de los Apóstoles y principalmente de Tomás, se volvieron en provecho de nuestra fe; sin embargo, siendo para nosotros la resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo el milagro de los milagros, la prueba de las pruebas, es de suma importancia conocer sus pormenores, y apoyar nuestra creencia en la mas sólida demostracion.

La Providencia proveyó á ello rodeando la resurreccion del Salvador de circunstancias preciosas que deben mover y convencer á todo hombre de buena fe.

Despues de la muerte de Jesús, san Pedro y san Juan se habian reunido á María, y juntos permanecian escondidos para llorar y orar. San Juan confiesa en su Evangelio que todos habian olvidado la profecía del Salvador respecto á su resurreccion. Solo la santísima Vírgen, iniciada en los misterios

de Cristo, tenia conocimiento de lo que debia acontecer, pero conservaba sus luces en su corazon.

En cuanto á los Apóstoles, se habian dispersado el jueves por la noche despues de la traicion de Judas en el jardin de los Olivos: habian pasado el dia de sábado y el de Pascua en el abatimiento, bajo la impresion de un sentimiento único, el temor de los judíos: parece, sin embargo, que concluyeron por reunirse en la noche que precedió á la resurreccion. Tomás Dídimo, sobrecogido de un terror pánico, habia huido léjos.

Desde la noche del viernes las guardias se habian sucedido al rededor del sepulcro del Señor, mandadas por los príncipes de los sacerdotes, lo que ignoraban las santas mujeres, que, habiendo vuelto á Jerusalen, no pudieron salir el sábado.

Así que apareció la luz del dia el divino sepulcro rompióse instantáneamente. Un Ángel brillante como un relámpago apareció entre los soldados, quienes cayeron en tierra, y la puerta sellada se rompió y fue lanzada léjos; ¡Cristo habia resucitado!...

Acababa de cumplir su palabra: « Yo pierdo mi vida para volver á tomarla, nadie me la puede quitar; la abandono por mi propia voluntad: tengo el poder de dejarla y volverla á tomar. Este es el mandamiento que he recibido de mi Padre.»

Repuestos de su espanto los centinelas, volvieron á la ciudad, y refirieron á Caifás y á los príncipes

de los sacerdotes lo que acababa de acontecer: perseverando estos en su mala fe, y endurecidos por el odio, dieron una considerable suma á los soldados para que esparciesen la voz, como así lo hicieron, de que á favor de la noche y del sueño á que se habian entregado, fuéron los discípulos y quitaron el cuerpo del Crucificado. ¡Fábula ridícula que se desvanece por sí misma! Así fué que los Apóstoles no pudieron ser desmentidos cuando, en las calles de Jerusalen y hasta en el templo, demostraban abiertamente la grosera mentira de los enemigos del Señor.

María Magdalena, la pobre pecadora convertida, la fiel y valerosa cristiana del Calvario, salió de Jerusalen el domingo por la mañana antes de salir el sol, anhelosa de llorar junto al sepulcro de su buen Maestro. Al llegar al jardincito que, segun el estilo de los judíos, rodeaba el sepulcro, Cristo habia ya resucitado y los guardias huido, viendo con el mayor asombro abierta la puerta y la losa hecha pedazos... El sepulcro estaba vacío.

Corrió en seguida á advertírlo á Pedro y á Juan, quiénes se dirigieron al sepulcro sin pérdida de momento. Magdalena les seguia de léjos.

La santísima Vírgen permaneció sola en su morada; y segun la tradicion se le apareció entonces su Hijo adorable, como la mas digna de todas las criaturas.

San Juan, que era mas jóven, llegó primero, pero

no se atrevió á entrar antes que Pedro, á quien Jesús habia ya designado para jefe de la Iglesia. Pedro, pues, descendió las gradas que conducian á la bóveda funeraria, y se cercioró de la verdad. El sudario todavía estaba allí, y las vendas que sirvieron para envolver la cabeza del Hijo de Dios estaban recogidas á un lado.

Los dos Apóstoles, turbados, corrieron á contar á los demás discípulos lo que habia sucedido.

Habiendo quedado sola María Magdalena, se arrodilló junto á la tumba, derramando abundantes lágrimas: adelantóse luego hasta el borde del sepulcro, y á ambos lados de la piedra en que se habia depositado el divino cuerpo, echó de ver á dos Ángeles bajo la apariencia de dos jóvenes vestidos de blanco: «Mujer, le dijeron, ¿por qué lloras?—Lloro, respondió ella, porque han quitado á mi Señor, é ignoro en donde lo han puesto.»

Hablaba todavía cuando, á cierta distancia detrás de ella, entrevió á un hombre á quien tomó por el jardinero encargado de aquellos fúnebres lugares. Sin volverse, la afligida Magdalena le dijo llorando: «Si sois vos quien se lo ha llevado, decídmelo, é indicadme en donde está.» Pero al sonido de una voz muy conocida, que la llamaba por su nombre, *María*, se estremeció, y levantando los ojos reconoció á Jesús, á cuyos piés se postró en el primer transporte de su gozo. «No me toques, le dijo Jesús; aun no he subido á mi Padre; mas vé á encontrar á

mis hermanos, y díles que voy á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios...»

Poco despues de esta primera aparicion de Jesús, otras tres santas mujeres, Juana, María, madre de Santiago, y Salomé, se dirigieron al sepulcro llevando aromas para terminar la obra de piedad que habian comenzado la noche del Viernes Santo. Ignorando todo lo sucedido, se preguntaban con ansiedad cómo podrian penetrar en el sarcófago, á causa de la pesada losa con que habian visto cerrar su entrada.

Así que se aproximaron vieron, con no menor asombro que Magdalena, abierta la entrada, y la piedra derribada; y como estuviesen asustadas, un Ángel que permanecia en el lado en que descansara la cabeza del Salvador, las tranquilizó con estas dulces palabras: «No temais. Buscais á Jesús de Nazaret, el crucificado. Resucitó; no está aquí: no busqueis entre los muertos á Aquel que está vivo. Acordaos de lo que os decia en Galilea: El Hijo del Hombre será entregado en manos de los pecadores y crucificado; pero resucitará al tercer dia. Id, pues, y anunciad estas cosas á los discípulos, y en particular á Pedro.»

Acordándose entonces de esta profecía, llenas de un religioso terror huyeron, sin atreverse siquiera á hablar entre sí; mas hé ahí que en el camino vieron al divino Maestro, quien, adelantándose hácia ellas las saludó; las santas mujeres postráronse en-

tonces, y abrazaron sus rodillas y sus piés, segun costumbre en Oriente. Jesús les dijo: «No temais; id, y anunciad todo esto á mis hermanos; que vayan á Galilea, y allí me verán.» Y desapareció...

Los Apóstoles y los discípulos, á quienes Magdalena y las santas mujeres refirieron lo sucedido, no quisieron creerlo.

En la tarde del dia de la resurreccion dos discípulos se dirigian á Emaús, conversando acerca de la venida del Mesías, cuando Jesús, velado bajo extrañas apariencias, se acercó á ellos preguntándoles el objeto de su conversacion, y le respondieron: «Esperábamos de nuestro Maestro la salud de Israel; mas hé aquí llegado ya el tercer dia, sin que nada suceda.—¡Oh insensatos! respondió el Señor: ¿rehusais creer todo lo que han dicho los Profetas? ¿no debia Cristo sufrir de aquella suerte para entrar en su gloria?» Y el divino viajero descubria á sus compañeros el misterio de las Escrituras, explicándoles como ellas están llenas de Cristo.

Llegados á Emaús, le suplicaron se quedase con ellos en la posada y les acompañara en la comida; y Jesús, tomando el pan, lo bendijo como en la Cena, lo partió, consagrólo en su cuerpo adorable, y dió lo comunion á sus discípulos. Al instante se abrieron sus ojos y reconocieron al Señor, pero este desapareció... Mientras volvian á Jerusalen se decian el uno al otro: «¿No ardia nuestro corazon mientras Él nos hablaba por el camino?»

Jesucristo resucitado quiso en dos circunstancias decisivas triunfar primero de la incredulidad de los Apóstoles, y en seguida de la obstinacion todavía mayor de Tomás.

Un dia en que los discípulos estaban reunidos á puerta cerrada, apareció de repente en medio de ellos, diciéndoles: «¡La paz sea con vosotros! Yo soy, nada temais.» Y mostrándoles sus manos y sus piés, que conservaban las señales de la redencion: «Ved y tocad, añadió; Yo soy; un fantasma no tiene carne ni huesos: ¿teneis que comer?» Y habiéndole ofrecido un pez asado y un panal de miel, comió delante de ellos, y les distribuyó el resto. Convencidos al fin los Apóstoles, se postraron delante del Hijo de Dios y le adoraron; mas Él les reprendió su lentitud en creer, y les dijo: «Todo lo que ha sucedido estaba escrito: era preciso que Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercer dia, y ahora debe predicarse la penitencia y la remision de los pecados en su nombre por toda la tierra, comenzando por Jerusálen. Como mi Padre me envió, así os envio Yo á vosotros.» Y luego, soplando sobre ellos: «Recibid el Espíritu Santo: á quienes perdonáreis los pecados les serán perdonados, y retenidos á quienes se los retuviéreis.» ¡Admirable acuerdo de la resurreccion de Cristo y de la resurreccion de la humanidad pecadora! El mismo dia de Pascua el Dios Salvador instituye la

confesion, y triunfa así de la muerte y del pecado en todos los hombres.

Tomás, llegado de nuevo á Jerusalen, era el único que no queria creer á tantos testigos. «Si no meto mi mano en la herida de su costado, decia, y no toco con mis dedos las llagas de sus piés y de sus manos, no lo creeré.»

Y el octavo dia despues de Pascua, estando los Apóstoles, y entre ellos Tomás, reunidos en el Cenáculo para orar, teniendo cerradas las puertas y ventanas, Jesús se apareció repentinamente entre ellos, y dirigiéndose á Tomás le dijo: «Dame tu mano, y acércala á mi costado; mete tus dedos en mis llagas, y no seas ya mas incrédulo, sino fiel.» El Apóstol, vencido á su vez, se postró, y lleno de arrepentimiento y de fe, exclamó: «Señor mio y Dios mio.» Jesús le dijo severamente: «Porque has visto, Tomás, has creido; bienaventurados aquellos que no han visto, y que sin embargo han creido.»

Hé aquí el último rasgo de la evidencia; y, como dice san Gregorio, Dios permitió este prodigio de incredulidad para confirmacion de nuestra fe. Si se rehusara creer á los Apóstoles, ¿cómo se rehusará creer á la afirmacion de santo Tomás?

Jesucristo, pues, el Hijo de Dios hecho hombre, muerto en la cruz para expiar nuestras culpas, resucitó verdaderamente de entre los muertos por su propio poder; la fe cristiana es, pues, divina y absolutamente cierta; y la Iglesia católica que nos en-

seña esta fe es la Madre de nuestras almas y el puerto de salvacion. Mas fieles que Tomás Dídimo, creamos, sin verlo, lo que nos afirman el Evangelio, los santos Apóstoles y los Mártires; esperemos, amemos y adoremos: aquel que creerá será salvo, y aquel que no creerá será condenado.

La Ascension de Nuestro Señor.

El cuadragésimo dia despues de Pascua Nuestro Señor se apareció por última vez á sus discípulos, cerca de Jerusalen. Los once Apóstoles y mas de quinientos discípulos estaban presentes. Era á mediodía. Cristo condujo á esta piadosa multitud al monte de los Olivos, en un sitio cuyo recuerdo conserva la tradicion de los Santos Lugares.

«Hé aquí, dijo á los Apóstoles, que voy á enviar del cielo al Prometido de mi Padre, y seréis regenerados en el Espíritu Santo. Vosotros me daréis testimonio en Jerusalen, en toda la Judea y hasta las extremidades de la tierra.» Luego, elevando ambas manos para bendecirles, añadió: «Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Id, pues, y predicad el Evangelio á toda criatura; enseñad á todas las naciones, y haced que aprendan á observar mi ley. Bautizadlos con el nombre del

Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y hé aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo.»

Y mientras que Dios hecho hombre dirigia á los Apóstoles esta despedida solemne, se elevó majestuosamente en presencia de toda la multitud prosternada, y bien pronto una nube luminosa le escondió á todas las miradas.

Desde entonces el cuerpo glorificado de Jesucristo, convertido en centro del cielo está en un estado sobrenatural é inefable, de que todo lo de la tierra no nos puede dar idea. Siendo un verdadero cuerpo humano, es invisible á nuestros ojos terrestres: nuestras manos no podrian tocarle ni nuestros sentidos percibirle. En donde Él está, allí hay el cielo. El en su amor se digna continuar habitando entre nosotros por medio del santo Sacramento del altar, en donde está presente, si bien velado bajo las apariencias del pan y del vino.

Jesús nos espera en el cielo; y aquellos que le sirven fielmente, que detestan el pecado, que obedecen á la Iglesia, que frecuentan los Sacramentos, están seguros de reunirse á El despues del destierro de la vida presente.

Su ascension gloriosa es la prenda de nuestra entrada en el paraíso. Ella es el último y el mas maravilloso de los milagros por los cuales se dignó confirmar nuestra fe, y asegurarnos absolutamente la divinidad de la religion cristiana. Esta ascension en pleno dia, en presencia de mas de quinien-

tos testigos, es un hecho que nadie puede poner en duda, sin ser loco ó temerario. Al rechazarlo los incrédulos se ven obligados á romper abiertamente con las reglas mas elementales de la lógica, de razon, del buen sentido, de la certeza y de la conciencia. Mientras que nosotros los católicos apoyamos nuestra fe sobre razones las mas perentorias, y sobre la evidencia de pruebas sin réplica, ellos se ven reducidos á negar contra toda razon; y, á falta de argumentos, acuden al gastado recurso de torpes sonrisas é impotentes blasfemias, que no prueban otra cosa que su mala fe, su orgullo y la debilidad de su espíritu.

Sea, pues, Dios bendito, que ha basado toda nuestra fe y todas nuestras esperanzas, no sobre razonamientos metafísicos, sino sobre hechos al alcance de todo el mundo, sobre hechos sencillísimos y muy evidentes, cuya consecuencia inmediata y necesaria es la divinidad de Jesucristo, la infalibilidad de su Iglesia, y la necesidad, para todo el que quiera salvarse, de creer en Dios, en Jesucristo, verdadero Dios viviente, de obedecer al Papa y á los obispos, y de practicar la Religion tal como aquel y estos la presentan en nombre de Jesucristo y del Padre celestial. Nada hay razonable y razonado como la fe católica, que descansa sobre la verdad como sobre una roca inquebrantable. Cuidemos mucho de no perderla en medio de un mundo que la blasfema porque no la conoce, ó, lo que es

mas peligroso todavía, en medio de semi-cristianos flojos é inconsecuentes, que no tienen el valor de permanecer fieles á las santas promesas que hicieron en su bautismo.

Pentecostes y el Espíritu Santo.

Antes de su ascension al cielo, el Verbo encarnado habia prometido á san Pedro y á los Apóstoles que les enviaria el Espíritu Santo, para que este Espíritu de verdad, de santidad, de justicia y de amor, fuese como el alma de la Iglesia. Les habia ordenado, además, que esperasen en Jerusalen, en el retiro y en la oracion, esta milagrosa venida del Espíritu Santo.

Á consecuencia de esta órden y de esta promesa san Pedro y los Apóstoles, así como los setenta y dos discípulos y las santas mujeres, se habian retirado en el Cenáculo, y agrupados allí en torno de la santísima Vírgen, Madre y Reina de la Iglesia naciente, perseveraban en el ayuno y la oracion. Así transcurrieron nueve dias. Al llegar el décimo, que era el quincuagésimo despues de Pascua, y el aniversario de la promulgacion del Decálogo por el Señor en medio de los rayos del Sinai, á las nueve de la mañana toda la casa tembló, y el aposento en que se hallaban la santísima Vírgen y los Apóstoles lle-

nóse de una llama sobrenatural, símbolo del Espíritu Santo, del que era María el templo viviente. Descendió sobre cada uno de los Apóstoles bajo la forma de lenguas de fuego que los llenó, obrando en ellos una completa mudanza. En este momento recibieron, con la plenitud de los dones celestiales, el efecto de todas las promesas del Salvador; la Iglesia católica recibió su mision y su confirmacion oficial; y, segun las mas venerables tradiciones, san Pedro, el primer papa, celebró entonces por primera vez el divino sacrificio de la misa.

Toda la ciudad de Jerusalen habia oido un gran ruido, y muchos millares de judíos se habian precipitado hácia el monte Sion, en donde estaba situado el Cenáculo. Al contemplar san Pedro esa multitud se compadeció de sus almas, y saliendo con los Apóstoles se puso á predicar la resurreccion y la divinidad de Jesucristo. Los Apóstoles celebraban asimismo las alabanzas y las misericordias del Salvador. Un gran milagro tuvo lugar entonces: los Apóstoles predicaban en un solo idioma, y cada uno de los extranjeros que estaban allí presentes, y que no comprendian el hebreo, les entendia, no obstante, y creian oirlos hablar en su propio idioma. Dios quiso mostrar con eso que no solamente asistia muy realmente á sus Apóstoles, sino tambien que la Iglesia es la sociedad universal de todos los pueblos, la que los reune á todos en una

misma fe, en una misma verdad, y en el amor del mismo Señor Jesús.

En presencia de este gran prodigio, que nadie podia poner en duda, cási todos los presentes adoraron sin vacilar al Dios de san Pedro y de los Apóstoles, y exclamaron: «¿Qué debemos hacer?» Entonces Pedro les instruyó brevemente en el misterio de la encarnacion y de la redencion, les preparó para el bautismo, y, asistido de sus hermanos, bautizó en el mismo dia cási á cinco mil personas. Al dia siguiente otros tres mil se convirtieron igualmente al Cristianismo. Aquel fue el núcleo de esa inmensa é imperecedera sociedad católica que desde entonces se ha extendido por el mundo entero para hacer reinar en él, con Jesucristo, la santidad y la paz, la abnegacion y la caridad, la pureza de costumbres, el respeto del hombre, en una palabra, todo lo que es bueno, grande y verdadero sobre la tierra.

El Espíritu Santo es, lo repito, el alma de la Iglesia. El es quien la anima, quien la vivifica, quien la fecunda, quien la sostiene y la protege; El es quien la venga contra los ultrajes y las violencias; El quien la mantiene en la verdadera fe, y quien asiste siempre al Papa, jefe de esta Iglesia. El Espíritu Santo es el Espíritu de Nuestro Señor Jesucristo, y reside en plenitud en el sagrado Corazon del Salvador, como en un foco de amor y de vida. El *procede*, en efecto, del Hijo lo mismo que

del Padre, y solo llega á los fieles por el divino canal del corazon de Jesucristo. Nuestro Señor, que es todo y quien todo lo hace en su Iglesia, nada obra sino por su Espíritu Santo, que derrama como un celestial rocío sobre las almas. Así el Espíritu Santo es quien da á los Sacramentos toda su virtud y al Papa su infalibilidad; quien confiere á los obispos y á los sacerdotes sus sagrados poderes; quien gobierna y dirige la Iglesia; El es quien santifica á los Santos, quien fortifica á lós Mártires, quien fecunda las instituciones católicas, quien inspira las grandes cosas, y, por decirlo de una vez, quien todo lo hace, como Jesucristo y el Dios Padre lo hacen todo. Dios nada hace sino por su Hijo Jesucristo, y Jesucristo á su vez no hace nada sino por el Espíritu Santo, que es su omnipotencia, su bondad, el amor infinito y la vida eterna.

Tambien es el Espíritu Santo quien, con el Padre y el Hijo, creó el cielo y la tierra, los Ángeles y los hombres; los animales, las plantas, los elementos, los astros, en una palabra, el mundo entero. Nada existe ni puede existir sin la accion del Espíritu Santo, ès decir, del buen Dios. El Espíritu Santo, efectivamente, es con Jesucristo y el Padre el solo verdadero Dios vivo, Creador y Dueño de todas las cosas. Los ángeles malos y los hombres perversos lo rechazan de su corazon, en donde El quiere residir, lo mismo que Jesús y su Padre. Nosotros, por el contrario, los fieles hijos de Dios y

de la Iglesia, lo guardamos en nosotros mismos como el tesoro de los tesoros, como el orígen de toda gracia, y el gérmen de toda dicha y de nuestra gloria futura.

Cada año, cincuenta dias despues de Pascua, celebra la Iglesia solemnísimamente el recuerdo del Espíritu Santo por la magnífica fiesta de *Pentecostes*, la mas grande del año despues de las de Pascua y Navidad.

El Evangelio.

Muchas personas hablan del *Evangelio* sin conocerlo; son todavía mas los que nunca lo han leido; y no pocas se verian embarazadas si se les obligase á decir sencillamente lo que es. Así sucede que acerca Jesucristo, el Cristianismo, la Religion, etc., se les persuade todo lo que se quiere; y en nuestros dias, como en los tiempos de Lutero y Calvino, ¡cuántos no vemos de esos pobres extraviados que, fanatizados por jefes detestables, odian á sus hermanos y blasfeman de las cosas mas sagradas en nombre del Evangelio!

El *Evangelio* es un libro: es la historia compendiada de Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, y nuestro Salvador.

Esta santa historia fue escrita por cuatro testigos

de vista ó contemporáneos de Jesucristo, que escribieron lo que vieron por sus propios ojos y oyeron por sus propios oidos. Dos de ellos, san *Mateo* y san *Juan*, eran del número de los doce Apóstoles. Los otros dos, san *Lucas* y san *Marcos*, fueron solamente discípulos y compañeros de los Apóstoles, y escribieron lo que estos les dictaron.

Hay, pues, propiamente hablando, *cuatro Evangelios* ó historias de Jesucristo. Como su objeto es el mismo, esto es, hacer conocer, amar y adorar al Salvador Jesús, se les reune siempre en un solo volúmen llamado el *Evangelio*, es decir, la *buena nueva*, la nueva de salud.

Esos cuatro libros son todos inspirados por el Espíritu Santo y dictados por El mismo, y contienen las principales acciones y palabras de Jesucristo. Cada Evangelio explica y desarrolla el otro, supliéndose el uno al otro.

El primer Evangelio que se escribió es el de san Mateo, al que se llama por esta razon *Evangelio segun san Mateo*. Fue escrito en Jerusalen, unos quince años despues de la resurreccion y ascension de Jesucristo. Durante esos quince años los Apóstoles, bajo la direccion de san Pedro, su Jefe supremo, Vicario de Jesucristo, habian predicado la doctrina de su divino Maestro; la habian hecho conocer; habian referido sus milagros y repetido sus palabras adorables; pero nada habian *escrito*. Como el mismo Jesucristo, ellos no fueron enviados para

escribir, sino para *predicar*. Esta era su enseñanza y su sola enseñanza, que era la regla de la fe de los cristianos. *Id*, les habia dicho el Señor, COMO *mi Padre me envió, así os envio Yo á vosotros. Id, pues,* ENSEÑAD *á todas las naciones;* PREDICAD *la nueva de salud á toda criatura,* ENSEÑÁNDOLES *á observar los mandamientos que Yo os he dado; y hé aquí que Yo estoy con vosotros todos los dias hasta el fin del mundo.* QUIEN OS ESCUCHA, ME ESCUCHA; QUIEN OS DESPRECIA, ME DESPRECIA. El ministerio de los Apóstoles era, pues, el de la palabra; predicaban y administraban los Sacramentos, bautizaban, confesaban, confirmaban, ordenaban diáconos, sacerdotes y obispos, celebraban cada dia el sacrificio de la Eucaristía, daban la sagrada Comunion á los fieles y la Extremauncion á los enfermos.

Mas llegó el tiempo en que fué preciso dispersarse para conquistar todo el universo al verdadero Dios. Los Apóstoles, antes de separarse, movidos por las súplicas de los judíos convertidos de Jerusalen, encargaron al apóstol san Mateo les dejase por escrito, para su consuelo y á fin de que guardasen con mas fidelidad su recuerdo, las principales enseñanzas y los hechos mas notables de la vida del Salvador, que este mismo Apóstol les habia con tanta frecuencia predicado. En consecuencia escribió la primera historia de Jesucristo, que fue llamada *Evangelio*, segun la expresion del mismo Señor: *predicad el* EVANGELIO *á toda criatura*. El

Evangelio de san Mateo está escrito en hebreo ó siriaco, lengua vulgar de los judíos en aquel tiempo; y trata principalmente de demostrar, por los hechos y las palabras de Jesucristo, que El es el Mesías, el Redentor esperado por los judíos, el Hijo de Dios hecho hombre; que El realizó en sí las profecías relativas al Mesías, y que resucitó realmente al tercer dia segun las Escrituras, y subió al cielo para abrirnos el camino.

San *Marcos*, que escribió el segundo Evangelio, no fue del número de los Apóstoles, sino discípulo del Príncipe de todos ellos san Pedro, compañero suyo en sus excursiones apostólicas y su secretario. Le siguió á Roma, y allí escribió su Evangelio, poniendo por escrito, para consuelo de los fieles de Roma, el compendio de lo que su maestro san Pedro le habia predicado. Esta historia de Jesucristo, inspirada tambien por el Espíritu Santo, fue aprobada por el Príncipe de los Apóstoles, y desde entonces se extendió por toda la Iglesia cristiana. Fue escrita en latin, que era el idioma vulgar de los romanos. San Marcos, ordenado obispo por san Pedro, evangelizó el Egipto y el Norte de África, y murió mártir.

San *Lucas*, tercer historiador de Jesucristo, era griego, médico y pintor; y fue amigo y compañero fiel del grande apóstol san Pablo, quien sabia, por revelacion directa de Jesucristo, todos los misterios del Cristianismo. San Lucas escribió en griego

lo que predicó san Pablo en Grecia y en Asia. Su principal objeto fué rectificar muchos hechos y palabras importantes de Jesucristo, alterados por algunos ignorantes ó de aviesas intenciones (pues ya en tiempo de los Apóstoles hubo *herejes*, esto es, hombres que alteran la religion cristiana). Por esto, como lo dice él mismo, san Lucas toma las cosas desde su orígen: habla del Precursor del Mesías, san Juan Bautista; refiere las circunstancias detalladas de la encarnacion del Hijo de Dios en el seno de la santísima Vírgen; relata la anunciacion de María en Nazaret, su divino parto en Belen, así como los primeros hechos de la vida del Salvador. Consultó á los Apóstoles y discípulos, y probablemente á la misma santísima Vírgen, pues predicó con san Pablo en Efeso y en Jerusalen, en donde habitaba María como madre y consejera de la Iglesia naciente. San Lucas escribió, como san Mateo y san Marcos, bajo la inspiracion del Espíritu Santo, que libró de todo error á los historiadores de Jesucristo.

El cuarto Evangelio, en fin, es el del apóstol san *Juan*, el discípulo muy amado de Jesucristo, el único entre todos los Apóstoles que vió morir á Jesús crucificado, y que fue dado por Jesús moribundo á María para reemplazarle y cuidar de ella... Un intervalo de cerca cincuenta años separa los tres primeros Evangelios del de san Juan. El apóstol vivia en Efeso, ciudad del Asia, á la edad de cerca cien

años. Nuevas herejías levantaban su cabeza, cada vez mas atrevidas á medida que los Apóstoles iban muriendo. Solo san Juan sobrevivia. En vano los primeros cristianos mostraban á esos herejes la oposicion de sus nuevas doctrinas con las de los Apóstoles, consignadas en los tres Evangelios y predicadas por los Obispos, sucesores legítimos de aquellos: los novadores torcian (como aun lo hacen en nuestros dias ante la Iglesia los ministros protestantes) el sentido de las palabras sagradas que se les oponian, y se obstinaban en sus errores. Recurrióse entonces al anciano Apóstol, quien consultó á Dios y ordenó ayunos y oraciones públicas en toda la Iglesia para obtener las necesarias luces; y despues de un prolongado éxtasis en que le reveló el Señor sus sublimes secretos, escribió las primeras palabras de su Evangelio, que parecen tomadas del seno eterno de Dios.

El Evangelio de san Juan está escrito en griego, lengua que en aquel tiempo se hablaba en Éfeso, y es inspirado por el Espíritu Santo como los otros tres, y mas lleno todavía de la santa uncion y del amor de este divino Espíritu. San Juan insiste sobre todo en las palabras y en los milagros de Jesucristo que prueban de una manera mas evidente la divinidad del Verbo, segunda persona de la santísima Trinidad y su igualdad perfecta con el Padre, y el Espíritu Santo.

Tales son los cuatro autores de la *Historia de*

Jesucristo, la mas grande, la mas sagrada, la mas auténtica de las historias.

El Evangelio, con la Eucaristía, es el mas precioso tesoro de la Iglesia y de los cristianos; es el manual portátil de los fieles, el espejo de su vida, el modelo que de continuo deben imitar. Jamás leamos sus santas páginas sino con fe, respeto, amor, y con el deseo de ser cada dias mejores conformándonos mas exactamente con Jesucristo, nuestro divino Maestro y modelo.

La Asuncion de la santisima Vírgen.

ASUNCION quiere decir *elevacion al cielo*, *levantamiento de la tierra al cielo*. La Asuncion de la santísima Vírgen es el misterio de la dichosa muerte de la Madre de Dios, de su resurreccion milagrosa y de su elevacion al paraíso, en donde reina sobre el cielo y la tierra, revestida de la gloria de Jesucristo.

Sencilla y pobre doncella, María nació en Nazaret, 4000 años despues del pecado de Eva, y cerca quince años antes de la Encarnacion del Salvador. Vivió primeramente encerrada en el templo de Jerusalen en compañía de las santas mujeres consagradas á Dios, pasando su vida en la oracion, en el trabajo y la inocencia. Desposada con san José su pariente, descendiente como ella de David, de Abrahan y de

Noé, vivió lo mismo que su santo esposo en continencia perfecta, pues ambos habian hecho voto de perpétua virginidad. Como tenemos ya dicho, el arcángel Gabriel se le apareció en Nazaret el 25 de marzo, nueve meses antes del nacimiento del Salvador, y le anunció de parte de Dios que era la mujer bendita entre todas las mujeres, escogida para reparar la prevaricacion de Eva, y destinada desde la eternidad á ser la Madre santísima del Hijo de Dios hecho hombre. Por un milagro inefable del Espíritu Santo María fue madre permaneciendo vírgen, y el 25 de diciembre del año primero de la era cristiana dió al mundo en Belen, en un pobre establo, á Jesús, su Hijo y su Dios. Con Él y san José pasó treinta años en la oracion y en el humilde trabajo de una familia indigente. Modelo de almas interiores, María jamás apenas pareció en público; toda su vida, toda su gloria estaba oculta en Jesucristo: pasaba los dias y las noches escuchándole, conversando con El, y sobre todo amándole: siguióle durante tres años en sus excursiones evangélicas, y le acompañó en todas las fases de su pasion dolorosa, hasta el Calvario, en donde recibió su último suspiro.

Antes de morir Jesús la dejó á san Juan, su discípulo muy amado, como el tesoro de su corazon y la mas magnífica de las herencias. *Hé ahí tu madre*, le dijo indicando á María con sus miradas moribundas. Todos los verdaderos cristianos, tambien dis-

cípulos muy amados de Jesús, estaban representados en el Calvario por san Juan, y en aquel momento supremo recibieron á la santísima Vírgen por su Madre, y María les ama á todos como sus hijos adoptivos por el amor que tiene á Jesucristo que vive en ellos.

María fue, segun el sentir de los doctores, la primera á quien se apareció Jesús resucitado. Le siguió hasta el monte de las Olivas, en donde le vió ascender al cielo. Retiróse al Cenáculo, en Jerusalen, con los Apóstoles, y diez dias despues el Espíritu Santo, que moraba ya plenamente en ella como en su mas puro santuario, se extendió con el esplendor de la majestad divina sobre los primeros pastores de la Iglesia, para infundirles las gracias necesarias para su mision apostólica.

María asistió tambien como Reina y como Madre á la fundacion de la Iglesia, á la primera predicacion del Príncipe de los Apóstoles, á los primeros esfuerzos del celo de los enviados de su Hijo; y alentó esos esfuerzos, y sostuvo con sus oraciones, sus ejemplos y sus consejos la Iglesia naciente.

Siguió á san Juan, su hijo adoptivo, á la ciudad de Éfeso, y volvió despues con él á Jerusalen, en donde á la edad de setenta y tres años, segun unos, ó de sesenta y tres, como dicen la mayor parte, catorce años (ó veinte y cuatro) despues de la pasion, resurreccion y ascension de su hijo Jesús, rodeada de los Apóstoles que la divina Providencia

habia reunido en Jerusalen, durmió el sueño de los justos el 15 de agosto del año 48 (ó 58) de la era cristiana. Su alma, mas santa que todas las criaturas, gozó en seguida de la gloria del cielo; y su cuerpo sagrado fue amortajado y depositado en el sepulcro, por san Pedro y los demás Apóstoles, con todo el respeto y las tiernas lágrimas que se deja suponer. Guardaron sus vestiduras y entre ellas su velo, del que muchas iglesias poseen todavía algunos pedazos, y segun se dice, una parte notable de él se conserva en la iglesia de Chartres en Francia.

Para manifestar la gloria de su Madre habia Dios permitido, segun una piadosa tradicion, que el apóstol santo Tomás no estuviese presente á la muerte de María. Advertido de este grande acontecimiento por una inspiracion divina, se dirigió presuroso á Jerusalen, pero llegó demasiado tarde, pues hacia tres dias que el sagrado cuerpo descansaba en el sepulcro. Inconsolable Tomás, quiso absolutamente contemplar por última vez el rostro querido de la Madre de su Salvador. Cedieron los Apóstoles á sus súplicas, y la santa compañía, seguida de la multitud de cristianos de Jerusalen, fué al sepulcro cantando himnos y salmos. Abrieron la tumba; mas ¡cuál fue la sorpresa, la admiracion y el santo gozo de los asistentes cuando en lugar del cuerpo de María vieron el sepulcro lleno de flores y los sudarios doblados cuidadosamente.

Sea de esto lo que fuere, la tradicion constante de la Iglesia enseña que los Ángeles fueron enviados por Jesucristo para resucitar y llevar al cielo los despojos mortales de esa incomparable Vírgen, convertida en Reina suya por la gloria de su maternidad divina. Efectivamente, en tanto la madre de un rey es superior á todos sus servidores, en cuanto María, Madre de Dios, está elevada sobre todos los Ángeles, Arcángeles, Querubines y Serafines del cielo. Inmediatamente despues de Jesucristo, ella reina con Él y por Él sobre todas las criaturas.

La Asuncion es el coronamiento de las grandezas de la Madre de Dios. Los cristianos celebran su recuerdo con una fiesta solemne, convertida en Francia en fiesta nacional por el voto de Luis XIII. Este dia lo es de gozo, pues nos recuerda el en que murió la Reina de los cristianos, y para los que lo son verdaderos, la muerte no es el fin lúgubre de todas las cosas, sino la libertad de las miserias, la vida y la entrada en el goce de todos los grandes bienes de que solo poseen en la tierra la promesa y la esperanza. Aquel fue el dia del triunfo de María sobre la muerte y de la eterna coronacion de nuestra Madre. ¡Dichosos nosotros si somos verdaderos hijos de esta Madre bienaventurada, y si por una imitacion fiel de Jesucristo merecemos que ella nos mire como hijos suyos! Supliquémosla nos bendiga, nos alcance una buena muerte, y que despues de las penas de esta vida se digne introducir-

nos en la patria feliz, en donde reina con Jesucristo por todos los siglos de los siglos.

La Iglesia.

Conocemos á Dios por Jesucristo, y á Jesucristo por la Iglesia. La Iglesia nos conduce al Hijo de Dios nuestro Salvador, como este nos conduce á Dios su Padre. Sin Jesucristo no hay verdadero Dios, no hay sin la Iglesia verdadero Cristianismo.

Por Iglesia se entienden tres cosas distintas, aunque se contengan las unas en las otras: 1.° La sociedad de todas las criaturas racionales que conocen el verdadero Dios y están en relacion con Él por la Religion, sea en el cielo, en la tierra ó en el purgatorio. En este sentido todos somos miembros de la Iglesia. 2.° El gobierno establecido por Jesucristo para conservar entre sus hijos la verdadera fe, la unidad, la concordia y la verdadera santidad. En este sentido la Iglesia significa el Papa y los obispos, asistidos de los cooperadores que ellos mismos eligen. 3.° Por último, el templo material en donde los miembros de la Iglesia se unen en ciertos dias, bajo la direccion de sus pastores legítimos, para honrar á Dios con un culto público y oir las instrucciones religiosas. Aquí no nos referimos á este tercer punto de vista.

La Iglesia, pues, es una gran sociedad y como

la familia de Dios sobre la tierra. El Padre de esta grande y santa familia está en el cielo, es el mismo Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, quien habiéndose hecho nuestro hermano, de siervos de Dios nos convirtió en sus hijos. Nuestra Madre es la santísima Vírgen María Madre de Jesús, nuestro Hermano mayor. Nuestro Padre y nuestro Hermano celestial, lo mismo que nuestra buena Madre, nos esperan en nuestra verdadera casa paterna, que es el paraíso. La Iglesia, por lo tanto, es la sociedad de la paz, de la concordia y de la dicha sobre la tierra y en la eternidad.

Para que fuésemos con toda seguridad por los caminos que conducen á esta dicha, Jesucristo nos dió en este mundo un Padre de familia visible, depositario de todo su poder y de toda su misericordia, que es el Papa, sucesor de san Pedro, vicario de Jesucristo, pastor del pueblo cristiano, doctor de la verdadera fe, soberano pontífice y lazo de union entre todos los fieles.

Tú eres Pedro, dijo el Hijo de Dios al primer Papa, *y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á tí te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ligares sobre la tierra ligado será en el cielo, y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos.* Unicamente hay, pues, una sola verdadera Iglesia de Jesucristo, de institucion divina é imperecedera, y esta es aquella de la que

san Pedro y sus sucesores son el fundamento, la Iglesia católica ó universal de la que san Pedro y sus sucesores son los pastores y los Pontífices, y cuyo centro es Roma, la ciudad de san Pedro.

No hay sino un Papa en la tierra, como no hay mas que un Cristo y un solo Dios, y es preciso marchar bajo su direccion para estar seguro de formar parte de la familia de Dios.

En la carga pastoral del Papa, Jesucristo asoció á los obispos, como en otro tiempo los Apóstoles á san Pedro. Siendo, pues, nuestros obispos católicos, esto es, unidos al Papa por la fe y la obediencia, estamos, obligados á obedecerles como al Papa, como al mismo Jesucristo, y son, respecto de nosotros los representantes de Dios. Despues de ellos, y bajo su direccion, los sacerdotes les ayudan en su santo ministerio, predicando á los fieles la palabra de Dios, administrándoles los Sacramentos, celebrando en medio de ellos el santo sacrificio de la misa y los demás oficios del culto público, y trabajando así en la grande obra de la salvacion de almas.

Tal es la Iglesia, la grande y santa familia del buen Dios, el arca de salvacion, el ejército pacífico é invencible que marcha á través de los siglos, á pesar de todos los combates del infierno, á la conquista del paraíso.

La Iglesia católica.

Insistimos todavía en esta grande y fundamental verdad: la divinidad de la IGLESIA CATÓLICA. Se llama con este nombre la sociedad de los cristianos, de los discípulos de Jesucristo.

Hemos visto mas arriba que la única Religion verdadera es la cristiana, así llamada porque Jesucristo es su Jefe, su Maestro y su Dios.

Durante su vida mortal Jesucristo escogió á doce discípulos, á quienes llamó sus *Apóstoles*, esto es, sus *Enviados*, y designó á uno de estos doce, al apóstol san Pedro, para ser su jefe cuando Él abandonase la tierra. Á estos, y sobre todo á *san Pedro*, su jefe supremo, confió la Religion. Revistióles de su autoridad espiritual, les ordenó predicar la doctrina cristiana á todo el universo, que conquistasen á Él todas las almas, y les prometió su perpétua asistencia hasta el fin de los siglos para ellos y todos sus sucesores.

Á este efecto diez dias despues de su ascension al cielo les envió el Espíritu Santo para que permaneciese con ellos y sus sucesores hasta el fin del mundo: *Espíritu de* VERDAD, que impide á los pastores del pueblo cristiano errar en la enseñanza de la fe; *Espíritu de* SANTIDAD, que les concede los me-

dios de santificarse y de santificar á los hombres dóciles á su VOZ; *Espíritu de* FUERZA, que conserva la obra de Jesucristo y hace triunfar su Iglesia de todas las potestades del infierno y del mundo.

San Pedro y los *Apóstoles*, fieles al mandato de Jesucristo, se extendieron por toda la tierra predicando la verdadera Religion. Todos murieron mártires; fueron los primeros obispos católicos, y en todos los países de su excursion apostólica consagraron obispos y sacerdotes, cuyos sucesores son los obispos y sacerdotes católicos actuales.

San Pedro, *Príncipe de los Apóstoles*, fue el primer obispo de Roma, en donde el emperador Neron le hizo crucificar en la primera persecucion contra los cristianos. El obispo de Roma es sucesor de san Pedro y heredero de las sublimes promesas de Jesucristo. Se le llama el PAPA, esto es, el *Padre* de los cristianos.

El PAPA es el jefe de la religion cristiana, el vicario de Jesucristo en la tierra, el doctor infalible de la verdadera fe, el pastor universal de todos los verdaderos discípulos del Salvador. Nadie puede separarse de él sin separarse de Jesucristo. Lo que él manda, es Jesucristo quien lo manda; y lo que él prohibe ó condena, es Jesucristo quien lo condena ó prohibe.

Unicamente el Papa es el centro de unidad de los fieles, y quien por su autoridad forma de su inmensa sociedad *un* solo rebaño, *una* sola familia,

una sola Iglesia. Así no hay sino *una* verdadera Iglesia, y es la que gobierna el Papa.

Nada mas sencillo que saber si uno profesa la verdadera Religion de Jesucristo, pues basta preguntarse si tiene por jefe y por padre espiritual al Vicario de Jesucristo, al jefe de la Iglesia católica. Así es como el divino Salvador ha querido darnos á todos el medio fácil de estar seguros de poseer la verdadera fe. *Tú eres Pedro,* dijo al primer Papa, *y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á tí te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ligares sobre la tierra ligado será en el cielo, y todo lo que desatares sobre la tierra será tambien desatado en los cielos* (1). ¿Qué puede haber mas claro que esta grande promesa? Jesucristo funda una Iglesia, pues que dice *mi Iglesia;* y solo funda *una*, porque dice *mi* Iglesia, y no *mis* Iglesias. Y ¿cuál es esta verdadera Iglesia de Jesucristo, esta única verdadera depositaria de la Religion? Aquella que fue *fundada sobre san Pedro*, y que gobierna san Pedro: la Iglesia católica romana, de la cual el Papa, sucesor de san Pedro, es el jefe, el pastor y el centro de unidad.

Al Papa, pues, y á los obispos católicos debe acudirse para hallar la enseñanza de la doctrina cristiana. Ellos solos han recibido de Jesucristo el

(1) Matth. XVI, 18,19.

poder y la mision de predicarla, y únicamente ellos la conservan pura de todo error, gracias á la perpétua asistencia del Espíritu Santo. Cualquier otro hombre que se entrometa á enseñar la Religion es un intruso, un usurpador sacrílego. Tales son los obispos y los sacerdotes cismáticos, y tambien los ministros protestantes. Hasta los mismos simples sacerdotes no pueden predicarla sino cuando son enviados por los obispos.

La IGLESIA CATÓLICA, de consiguiente, es la sociedad de los cristianos que bajo la direccion del Papa y de los obispos profesan la Religion verdadera, la poseen en toda su pureza, conocen y practican la ley de Dios, y marchan á la conquista del paraíso, en donde les aguarda Jesucristo glorificado. «Nadie puede tener á Dios por padre, decia *hace mil seiscientos años* san Cipriano, obispo y mártir; nadie puede tener á Dios por padre, si no quiere tener á la Iglesia por madre.»

Respetemos, por lo tanto, á los pastores de la Iglesia como á los enviados de Dios; detestemos los blasfemos ataques que los impíos dirigen contra ellos; escuchemos su voz paternal, y seamos dóciles á sus enseñanzas, como nos lo ordena Jesucristo. *Id*, les dijo este divino Maestro, *enseñad á todos los pueblos, haciéndoles observar mis leyes. Hé aquí que Yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.* AQUEL QUE CREERÁ SERÁ SALVO, MAS AQUEL QUE NO CREERÁ SERÁ CONDENADO. (*Matth. et Luc.*).

Organizacion de la Iglesia.

Hay sobre la tierra un grande ejército que no ataca, que no hiere, que no mata á nadie; que combate siempre; que hace diez y nueve siglos marcha imperturbable contra el mismo enemigo, á través de los mismos peligros, para la misma conquista. Vive en todas partes, y pocos le conocen: es mil veces mas numeroso que *el grande ejército* del grande Emperador, y cuenta mayor número de héroes; combate adversarios mas terribles todavía, y la cruz de honor con que recompensa á sus valientes deja muy atrás la condecoracion del campo de batalla.

Este ejército es la IGLESIA CATÓLICA. Su Jefe, ya coronado de gloria, es Jesucristo resucitado, que reina en los cielos. Este divino Jefe ha encomendado sobre la tierra la plenitud del mando á un hombre que dirige á todos los demás y les conduce á la victoria. Este es el Papa, sucesor del príncipe de los Apóstoles san Pedro, á quien declaró el Hijo de Dios que sobre él seria edificada la Iglesia, y que jamás las puertas del infierno prevalecerian contra ella.

El mismo Dios organizó este admirable ejército, del que los católicos tenemos la honra de formar parte. Si somos fieles á su bandera, nuestra recompensa será nada menos que la felicidad y el reposo eterno del paraíso.

¡Es ciertamente inexplicable la ignorancia de muchos respecto á una materia que les toca tan de cerca! No es más permitido á un cristiano ignorar estas cosas de lo que lo es á un militar no saber lo que significan en la jerarquía del ejército, un general, un coronel, un capitan, un sargento y un soldado.

El jefe, pues, al cual todos sin excepcion debemos obedecer, nunca lo dirémos bastante, es el Papa. Su poder espiritual se extiende sobre todo el universo; y es obispo, pastor, doctor y padre espiritual de todos los hombres. Ha recibido de Dios la mision de difundir por todas partes la luz de la fe, y de conservar intacta la Religion cristiana. Para ser miembro de la Iglesia, es decir, del rebaño fiel de Jesucristo, es indispensable ir bajo la direccion del Papa, escuchar dócilmente su voz, y obedecer su gobierno espiritual, asistido siempre por el Espíritu Santo. Nadie está exceptuado de esta grande regla de obediencia; y los cardenales, los obispos, los sacerdotes, etc., no se distinguen de los simples fieles ante el Papa sino por una sumision mas manifiesta y un mas profundo respeto. Tal es la expresa voluntad del Hijo de Dios: quienquiera que se separa del Vicario de Jesucristo se separa del mismo Jesucristo.

Así como un general á quien se ha encomendado el cuidado de todo el ejército, no puede llenar sus deberes si no es auxiliado por otros jefes que, bajo

sus órdenes, dirijan los diferentes cuerpos del mismo, así tambien el Papa, pastor de todo el mundo, es ayudado en su supremo cargo por los obispos, quienes bajo su direccion velan sobre las diferentes partes del rebaño fiel. Cada una de estas, que todas reunidas forman la Iglesia católica, se llama una *diócesis*, y toma el nombre de la ciudad en donde reside el obispo.

Los sacerdotes son los coadjutores y como los vicarios de los obispos. El obispo les confia á su vez las diferentes fracciones del rebaño que tiene obligacion de gobernar, enseñar y santificar. Así cada diócesis está dividida en muchas parroquias, y el sacerdote encargado por el obispo de esta parte de su diócesis se llama *párroco*. Todos los sacerdotes no son párrocos. Aquellos que no están encargados de este ministerio son, ó bien vicarios de los párrocos, esto es, sus coadjutores, ó bien simples sacerdotes que viven fuera del ministerio parroquial, ocupándose exclusivamente en el estudio, en la oracion, en la educacion de la juventud, en dar misiones, en confesar, en predicar la palabra de Dios, y por decirlo de una vez, en ejercer, bajo la inmediata direccion del obispo, toda suerte de buenas obras que tiendan á la salud de las almas.

Los obispos y los sacerdotes, como el Papa, fueron instituidos por Nuestro Señor Jesucristo. Él reguló sus relaciones respectivas, y estableció este admirable é indisoluble lazo de union que se re-

sume en una sola palabra: obediencia. El sacerdote debe obedecer al obispo, como este debe obedecer al Papa.

Así como en un ejército el general en jefe tiene cerca de sí un *Estado mayor* de oficiales encargado de transmitir sus órdenes á todos los jefes secundarios, tambien en la Iglesia tiene el Papa á su alrededor un *Estado mayor* eclesiástico, compuesto de *cardenales* y de *prelados romanos*, por cuyo medio administra y gobierna la Iglesia en todos sus detalles. Por este motivo los cardenales son superiores en cierto modo á todos los obispos y arzobispos del mundo.

El cardenalato es como el esplendor del Papado. Un cardenal es el consejero íntimo del Soberano Pontífice, y participa así del ejercicio de su poder supremo. En efecto, el Papa confia á los cardenales el exámen y la direccion de los grandes negocios que atañen al gobierno general de la Iglesia, y forman de este modo en torno suyo una especie de senado augusto, siempre pronto á asistirle con sus consejos y su celo.

El Papa va siempre vestido de blanco, y los cardenales de rojo, que es lo que se llama la púrpura romana. Los arzobispos, obispos y demás prelados visten de color morado, y todos los demás eclesiásticos de color negro.

Debemos respetar profundamente estos diversos grados de la sagrada autoridad de la Iglesia. Y

suceda lo que quiera, á pesar de los especiosos discursos de los libertinos y de los periódicos impíos, permanezcamos invariablemente fieles á la voz del Papa. Seamos asimismo dóciles á la de nuestro obispo y de nuestro párroco. Elevemos nuestra obediencia hasta Jesucristo, cuya autoridad reside en ellos, pues que Él mismo pronunció este oráculo infalible: *Como mi Padre me envió, así os envio Yo á vosotros. Recibid el Espíritu Santo: quien os escucha, me escucha; quien os desprecia, me desprecia. Enseñad á todos los pueblos á observar mi ley. Y hé aquí que Yo estoy con vosotros todos los dias hastā la consumacion de los siglos.*

El Papa.

El Papa es el pontífice supremo de la religion cristiana, el gran sacerdote de la Religion verdadera, el vicario de nuestro Señor Jesucristo, el pastor de la Iglesia universal y el sucesor de san Pedro, príncipe de los Apóstoles.

El primer vicario de Jesucristo, el primer papa fue el apóstol san Pedro. Recuérdese cada uno los memorables pasajes del Evangelio en que el Hijo de Dios le promete desde luego que le conferirá la soberanía del universo. Jesucristo estaba en los campos vecinos de la ciudad de Cesarea, en la Judea. Para probar la fe de sus discípulos, les preguntó lo que pensaban los pueblos acerca de Él.

Ellos le respondieron: «Los unos creen que Tú eres Juan Bautista, los otros que Elías, y otros que Jeremías ó algun profeta resucitado.» Jesús les dijo: «Y vosotros ¿quién creeis que soy?» Y en el mismo instante, arrojándose Pedro á sus piés, exclamó: «¡Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo!» Entonces salió de los labios del Señor unas palabras que han pasado al través de los siglos con una fecundidad maravillosa, y que todavía al presente resplandecen en Roma, grabadas en gigantescos caractéres encima del sepulcro del Apóstol. *Dichoso eres, Simon*, le dijo Jesús, *porque no es la carne, ni la sangre, ni la naturaleza quien te ha revelado lo que acabas de decirme, sino mi Padre que está en los cielos. Y Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella. A tí te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ligares sobre la tierra será ligado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado en los cielos.*

Sin duda habréis oido leer muchas veces este pasaje del Evangelio, pero ¿habeis considerado nunca su fuerza y profundidad?

Observad desde luego: Dios mismo inspiró á san Pedro, y le hizo conocer la verdad de la fe. *No es el sentido natural quien te ha revelado esto, sinó mi Padre celestial.* San Pedro es elegido por Dios Padre. Y hé ahí que, á causa de esto, es tambien elegido por Dios Hijo: «Y Yo,» el Hijo de Dios he-

cho hombre, el Cristo, el Mesías, á quien acabas de rendir testimonio, «Yo te digo á Tí.» ¡Jesucristo á san Pedro! ¡el Maestro al discípulo! ¡Dios á su pontífice! ¡el Jefe de la Religion, residiendo en el cielo desde su ascension, á aquel á quien escoge para ser el jefe visible de esta misma Religion sobre la tierra, en su nombre y por su autoridad... «*Y Yo te digo que tú eres* PEDRO.» Yo cambio tu nombre natural de Simon en otro nuevo y simbólico. *Y sobre esta* PIEDRA viviente, como sobre una roca inquebrantable, *edificaré mi Iglesia*, y la solidez del fundamento le comunicará una estabilidad y una fuerza tan poderosas, que *las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella.* Tú enseñarás la verdad á mi Iglesia, y á causa de eso ella será infalible en su creencia; tú la conducirás por los caminos que conducen á la patria bienaventurada, y por eso mismo será santa. Yo te confio mi Iglesia; no tengo mas que una, como un esposo no tiene sino una esposa legítima: y esta única Iglesia, ¿con qué señal evidente podrán los hombres reconocerla entre todas las sociedades religiosas que pretenden tan glorioso título? Por una sola señal cierta: si descansa sobre tí; si tú, y tú solo, eres el fundamento, el sosten, el centro, el padre, el pastor, el doctor y el pontífice de ella. *Tú eres la piedra sobre la cual edificaré mi* IGLESIA. Todas las demás pretendidas Iglesias serán falsas Iglesias cristianas, como la mujer adúltera es una falsa

esposa, mil veces indigna de este nombre. Mi reino será aquel en que tú reines, y mi ley será aquella que tú enseñes. Cualquiera que esté contigo, solamente por esto estará conmigo, y cualquiera que se apartará de tí se separará de mí y de la vida eterna.»

«Así como *las puertas del infierno no podrán prevalecer contra la Iglesia*, tampoco prevalecerán contra tí. Sobrevendrán persecuciones, herejes y revolucionarios; pero no temas, Yo estoy contigo, y sobre tí descansa mi Iglesia, que durará tanto como el mundo. Cuantos querrán quebrantarte se estrellarán contra tí, piedra fundamental y angular á la cual haré que todo converja en el mundo moral.»

«Y el poder que te daré será proporcionado al grandor y á las necesidades de tu ministerio: TODO *lo que ligares ó desatares sobre la tierra*, *será ligado ó desatado en los cielos*; de tal suerte, que tu voz será la voz del cielo, y que tus infalibles sentencias no harán sino preceder las de la Verdad eterna. Lo que tú bendigas será bendito por Mí, y maldito lo que tú maldigas... ¡Feliz el hombre que será dócil á la voz de Pedro!»

Tal es el sentido de las palabras evangélicas que han confundido y confundirán eternamente la rebeldía de los protestantes contra la Iglesia católica, apostólica, romana que gobierna el Papa, sucesor legítimo de san Pedro.

Próximo á subir al cielo, el Hijo de Dios con-

firmó solemnemente su promesa, que á consecuencia del pecado de san Pedro podrian suponer algunos que estaba retractada. *Simon, ¿me amas?* preguntó tres veces Jesús á su Apóstol. «¡Sí, Señor, le respondió Pedro por tres veces; Tú sabes que te amo!» borrando así por una triple protesta de amor y adhesion la triple negacion de que se habia hecho culpable. *Apacienta mis corderos*, le dijo el Salvador, *apacienta mis ovejas!* Los *corderos* de Jesucristo son los cristianos fieles á la voz de este buen Pastor; sus *ovejas* son los obispos y los sacerdotes que engendran á los cristianos para la vida eterna por medio del Bautismo, de los Sacramentos y de la enseñanza de la verdadera fe. Así san Pedro fue solemnemente instituido en pastor de la Iglesia universal por Jesucristo al remontarse á los cielos.

El Papa, obispo de la ciudad de Roma, de la que fue san Pedro el primer obispo, es el sucesor de aquel grande y admirable Apóstol. Pio IX, actual obispo de Roma, por una sucesion no interrumpida de pontífices sube hasta el Príncipe de los Apóstoles. San Pedro vive, manda, enseña y gobierna el mundo cristiano por Pio IX, ó mejor, Jesucristo mismo descansa en él, para ser en él y por él el Jefe santísimo de su Iglesia. Los católicos no reverenciamos en Pio IX al hombre, sino al vicario de Jesucristo, al mismo Jesucristo, que le cubre con su sombra, comunicándole su supremo poder sobre sus discípulos. En el Papa el hombre, por la providen-

cia de Dios, debe ser y es de ordinario muy respetable á causa de sus virtudes; pero podria ser vicioso sin que por esto saliera perjudicada la majestad divina de su autoridad; como un padre que es siempre respetable como padre aun cuando en presencia de sus hijos cometa alguna accion reprobable. En el Papa hay dos personas: el Papa y el hombre. Como hombre, es mas ó menos respetable, segun las virtudes que practique; mas como Papa, como Vicario de Jesucristo, es siempre digno de nuestra veneracion, y tiene derecho á nuestra obediencia completa y absoluta. No es al hombre, sino al Papa, á quien asiste de contínuo el Espíritu Santo.

Desde san Pedro hasta nuestro santo padre Pio IX, actualmente reinante, ha habido doscientos cincuenta y ocho papas, de los cuales mas de ochenta recibieron la palma del martirio ó brillaron con tan eminente santidad que son honrados entre los Santos. Dos ó tres á lo mas mancharon la Cátedra de san Pedro con vicios notables. La mayor parte fueron hombres eminentes por su capacidad, su piedad ó su beneficencia. Mas puede afirmarse que ninguno ha poseido como Pio IX, nuestro actual Pontífice, el encanto de la virtud. La paz de Dios brilla en su rostro. La serenidad, la benevolencia, la bondad, la inteligencia, una dulce alegría, hé aquí lo que representa este hombre admirable, siempre igual consigo mismo. Su dulce fisonomía, sus ojos cuya expresion es indefinible,

la majestad de su continente, todo revela en él la belleza de la virtud. Es á la vez el Soberano Pontífice y el buen Padre.

¡ Dichoso el cristiano que puede recibir la bendicion del Papa, y sobre todo de semejante Papa! ¡Feliz aquel que puede ir en romería á Roma, y ver al Sucesor de san Pedro celebrando el santo sacrificio sobre el sepulcro del mismo san Pedro, y ofreciendo á la adoracion del pueblo fiel al Dios oculto de quien es pontífice y vicario!

Cuál es la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Entre las ocho ó diez sociedades religiosas que dicen ser la verdadera Iglesia de Jesucristo, es de la mayor importancia discernir cuál de ellas es la que dice verdad y cuáles son las que se engañan. En efecto, pertenecer á la verdadera Iglesia es pertenecer á Jesucristo, y por Jesucristo al Padre celestial: renegar de esta Iglesia es renegar de Jesús y separarse de Dios. Lo hemos dicho ya; nuestro Señor en persona nos da en el Evangelio el medio infalible, claro y evidente de reconocer su Iglesia. En el capítulo XVI del Evangelio de san Mateo dice á san Pedro, uno de sus doce Apóstoles: *Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.*

Jesús habla de su Iglesia, de la sociedad de sus discípulos fieles; de consiguiente hay una Iglesia; de consiguiente Él instituyó y constituyó sobre la tierra una sociedad religiosa destinada á reunir en un solo cuerpo á todos los cristianos dispersos en el mundo. Primera consecuencia evidente de las palabras del Evangelio. Jesús no tiene sino una Iglesia, una sola. Él no dice MIS Iglesias, sino MI Iglesia. Segunda consecuencia no menos evidente, y que demuestra la falsedad é impiedad de aquel refrancillo vulgar y protestante: «Todas las religiones son buenas.»

La única verdadera Iglesia de Jesucristo es aquella que descansa sobre san Pedro, que tiene por jefe supremo, por doctor y por pontífice á san Pedro, escogido por Cristo entre todos los demás. *Yo te digo que tú eres Pedro, y* SOBRE ESTA PIEDRA *edificaré mi Iglesia.* Y ¿no es acaso un hecho histórico, claro como el dia é incapaz de ser puesto en duda, que sola la Iglesia católica, apostólica, romana, está fundada sobre san Pedro, primer obispo de Roma, primer soberano pontífice, primer papa, de quien el papa actual Pio IX es el 258.° sucesor, y de quien el ministerio pastoral se transmite de siglo en siglo, de pontífice en pontífice para el gobierno de la santa Iglesia?

Unicamente la Iglesia católica, pues, es la verdadera Iglesia de Jesucristo, la verdadera familia de los hijos de Dios sobre la tierra. De consiguiente

todas las demás Iglesias, cualesquiera que sean, son falsas, no vienen de Dios ni llevan á Dios, son contrarias al Evangelio, y no tienen el derecho de llamarse conformes á la institucion divina.

Por lo tanto, todo hombre recto y temeroso de Dios, desde que reconoce que vive en el error, está obligado *en conciencia* á separarse de la falsa Iglesia en que ha tenido la desdicha de nacer, y á entrar como una oveja fiel en el redil de Jesucristo, que es la Iglesia católica. Si ha tenido la dicha de nacer católico, debe bendecir por ello á Dios todos los dias de su vida, estar pronto á padecerlo todo, hasta la misma muerte, antes que sustraerse en lo mas mínimo á la obediencia debida al Papa, único á quien dijo Jesucristo: *Apacienta mis ovejas; apacienta mis corderos.*

Así nada mas fácil que saber si se pertenece ó no á Jesucristo y á su Iglesia. Basta conocer cuál es la Iglesia que tiene el Papa por Jefe, y formar parte de la misma. Este es un exámen que solo requiere un poco de buen sentido y que está al alcance de todo el mundo.

En qué sentido la Iglesia es santa.

La Iglesia de Jesucristo es santa, ó enemiga del mal, que es el pecado. ¿Quiere esto decir que todos los miembros de la Iglesia sean santos, que

todos sus pontífices sean impecables? Nada de esto: el hombre acá abajo es siempre hombre, esto es, débil, inconstante, y mas inclinado al mal que al bien. ¿En qué sentido, pues, la Iglesia es santa?

La Iglesia es santa: 1.° En el sentido de que su Fundador y su divino Maestro es santo. Nuestro Señor Jesucristo, Dios hecho hombre, es el fundador de la Iglesia, y Él es la misma santidad.

2.° En el sentido de que los primeros mensajeros de Cristo, fundador de la Iglesia, fueron santos, San Pedro y los Apóstoles fueron los primeros Padres de la Iglesia católica que predicaron y establecieron por toda la tierra: nuestras iglesias particulares suben hasta ellos por una sucesion no interrumpida de obispos y de pontífices. Además, ¿quién no sabe á qué grado de sublime santidad llegaron los Apóstoles, que pudieran, como san Pablo, decir á aquellos á quienes evangelizaban: « Sed nuestros imitadores, como nosotros lo somos de Jesucristo?» Estos hombres incomparables no solamente vivieron por Dios, sino que murieron por su amor, y todos alcanzaron la palma del martirio.

3.° En el sentido de que su doctrina es santa. Todo lo que enseña la Iglesia católica es verdadero, bueno y viene de Dios. Jesús dijo á los Pastores de su Iglesia: *Quien os escucha, me escucha; y quien os desprecia, me desprecia. Recibid el Espíritu Santo: id, pues, enseñad á todas las naciones; hé*

aquí que Yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.

4.° En el sentido de que por medio de los Sacramentos, de la oracion y del verdadero culto de Dios hace santos á todos los hombres que le obedecen con docilidad. La Iglesia no tiende á otra cosa que á hacernos á todos verdaderamente santos y perfectos, cada uno en su condicion. Si un cristiano comete el mal y se extravia del camino de la santidad es porque desobedece á la Iglesia, porque hace lo que ella prohibe, y es negligénte en los medios prácticos que le ofrece. Todo hombre perfectamente fiel á la direccion religiosa de la Iglesia, ó lo que es lo mismo, á la oracion habitual, á la frecuente comunion, á las reuniones é instrucciones religiosas, al amor de la santísima Vírgen y á todos los ejercicios de la piedad católica, *pronto é infaliblemente* será santo, y amará á Dios y á su prójimo de todo corazon.

5.° En el sentido de que ella ha producido en todos los siglos y producirá siempre un escogido ejército de *Santos*, esto es, de hombres, de mujeres, de niños, de pontífices, de sacerdotes y de fieles, que practiquen las virtudes del Cristianismo con brillante heroismo, quienes para los demás hombres son sublimes modelos de pureza, de castidad, de desprendimiento, de oracion, de fuerza, de dulzura, de humildad y de abnegacion evangélica. Los Santos, por decirlo así, son los modelos

vivos del trabajo perfecto de la Iglesia que los produce, y la prueba viviente de la santidad de la Madre que los da á luz.

6.° La Iglesia católica, en fin, es santa en el muy significativo sentido de que condena y rechaza de su seno toda mancha, mentira, hipocresía é impureza. Ella es la primera en execrar y anatematizar á los pocos sacerdotes infieles que de vez en cuando renuevan la traicion de Judas, olvidan la santidad de su mision y escandalizan los pueblos con sus caidas deplorables. El crímen de Judas ¿hubiera podido imputarse justamente á los muy santos y fidelísimos Apóstoles de Cristo, á san Juan, á san Pedro, á san Pablo? El dolor de la Iglesia cuando un mal sacerdote viene á desgarrar su corazon, la indignacion terrible con que le arroja de sí y le excomulga cuando persevera en el mal, ¿no son por ventura la prueba mas evidente de su santidad? El arma de que la ignorancia y la impiedad se sirven contra la Iglesia es, por lo tanto, precisamente aquella misma que mas victoriosamente la defiende contra sus pérfidos ataques.

La Iglesia es santa, y cualquiera que la escuche es santo ó lo será.

Los milagros.

El milagro es la grande prueba de Jesucristo y de su Iglesia, y la señal divina por excelencia.

¿Qué es un milagro?

¿Son posibles los milagros?

¿Los ha habido verdaderos?

¿Por qué no los hay ahora?

Tales son las preguntas que salen en tropel de la boca de los hombres poco instruidos que se imaginan conocer la Religion, y la ignoran completamente. Respondámosles en dos palabras, y roguemos á Dios que se digne hacer eficaces nuestros razonamientos.

I. *Un* MILARGRO *es un hecho exterior y sensible que sobrepuja* EVIDENTEMENTE *las solas fuerzas de la naturaleza.* Es un hecho tan superior al poder del hombre y de la criatura, que ante él toda conciencia honrada y razonable vese obligada á decirse á sí misma: *El dedo de Dios está aquí.*

El milagro es el medio de que Dios se sirve para señalar su presencia y manifestar extraordinariamente su intervencion en medio de los hombres, y es además la prueba irrefragable, al alcance de todos, de la divinidad de una doctrina. Un hombre se dice enviado de Dios; enseña que todo el mundo debe creer en su palabra, que su doctrina es ver-

dadera y venida del cielo. En cualquier parte que se presente, se le dirigirá en seguida la pregunta que los judíos hicieron al divino Salvador en las riberas del lago de Tiberíades: *¿Qué milagros has hecho para que creamos en tus palabras?* Y si este hombre es verdaderamente enviado de Dios, y mayormente si es el mismo Dios como lo era Jesucristo, les responderá con este argumento sin réplica: *¡Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos están sanos, los sordos oyen y los muertos resucitan!... Los milagros que hago en nombre de mi Padre dan testimonio de Mí... Si no quereis creer en mis palabras, creed en los prodigios que hago, á fin de que sepais que mi Padre está en Mí y Yo en mi Padre.*

En una palabra, el *milagro* es el signo característico, el sello inviolable é inimitable que pone Dios á su palabra para impedir su falsificacion.

II. «¿Son posibles los milagros?» ¿Hay necesidad de responder á semejante pregunta? Se reduce á esta otra: ¿Dios es el Señor? Y Aquel que estableció las leyes ordinarias de la naturaleza ¿no puede, para favorecer á sus hijos, suspender momentáneamente los efectos de esas mismas leyes? «Esta pregunta tratada sériamente seria impía si no fuese absurda, ha dicho un célebre incrédulo, Juan Jacobo Rousseau; castigar al que la resolviese negativamente seria hacerle demasiado honor, y bastaria encerrarle como á loco;

pues ¿qué hombre ha puesto jamás en duda que Dios pueda hacer milagros?»

III. «¿Ha habido verdaderos milagros?» Sí, sin duda, toda vez que Jesucristo crucificado, que exige de los hombres la completa renuncia de todas sus pasiones mas caras, es adorado hace mas de diez y ocho siglos desde uno á otro extremo del mundo. Querer explicar el triunfo y la perpetuidad del Cristianismo sin la intervencion de grandes prodigios, numerosos y evidentes, es ignorar la naturaleza de la religion cristiana, la del hombre, y la historia de una y otro; es un milagro de ignorancia y sinrazon. Es imposible concebir, sin hacer violencia á la razon, que cuando el Cristianismo se presentó al mundo saliendo de un infame patíbulo, y exigiendo, como exige todavía el sacrificio de las preocupaciones y pasiones, el sacrificio del honor mundano, de los bienes, de la libertad, de la vida; es imposible concebir, digo, que no se preguntase desde luego á su autor: «Pruébanos que vienes de Dios obrando lo que solo á Él es dado hacer. Haz milagros; sin ellos no creerémos los extraños misterios que nos anuncia, ni practicarémos los duros preceptos que nos impones.»

Jesucristo ha tenido mártires, y ¡cuán numerosos, gran Dios! Y ¿es posible, lo pregunto á vuestro buen sentido, que millones de hombres de toda edad, de toda condicion, de todo país, quisieran

padecer la muerte mas terrible sin pedir á esta Religion, por la cual se inmolaban, la prueba *evidente* de su divinidad?

«Pero hay falsos milagros,» se dirá. Prueba ciertísima de que los hubo verdaderos. Necesariamente hay moneda de buena ley allí donde se trata de circular la falsa. ¿Por qué se hace moneda falsa? Porque se espera hacerla pasar por buena. Y ¿por qué se espera hacerla pasar por buena sino porque esta existe realmente, y la falsa la procura imitar? Así los falsos milagros no pudieran acreditarse sino por su semejanza con los verdaderos, y por lo mismo se convierten en testimonio evidente de la realidad de estos.

IV. «¿Por qué no hay milagros ahora?» Donosa pregunta, como si no los hubiese todavía, y muchos. Con un poco mas de instruccion de las cosas religiosas se sabria que aun en nuestros dias, como en todos los siglos, se canonizan santos en Roma; y que á ninguno se canoniza sin un exámen riguroso en que consten por lo menos cinco milagros obrados por su intercesion. Ante la severidad extraordinaria que rige en esta clase de procesos, la proverbial prudencia de Roma, ¿quién se atreverá á decir que no hay ya milagros?

Hay ahora, sin embargo, menos milagros que en el orígen del Cristianismo, y así debe ser: 1.° porque se alcanzó ya el verdadero objeto de los milagros, que era la conversion del mundo y el estable-

cimiento de la religion cristiana; 2.° porque tenemos al presente á nuestros ojos una prueba de la divinidad de nuestra fe tan brillante y prodigiosa como lo fueron los milagros para los primeros cristianos; quiero decir, las profecías del Evangelio y su cumplimiento en el mundo. Los primitivos cristianos vieron los milagros de Jesucristo y sus Apóstoles, pero no el cumplimiento de sus profecías. No obstante, estaban obligados á creerlas firmemente, y las creian con facilidad á causa de los milagros que veian. Nosotros no vemos los milagros de que fueron testigos nuestros padres, pero presenciamos el cumplimiento de las profecías del Evangelio, y lo que vemos nos hace admitir fácilmente los milagros que no hemos visto. El milagro fue la prueba de los primeros cristianos; la nuestra es la profecía, por la evidencia del hecho divino de su cumplimiento.

Observemos, finalmente, que esta prueba sacada del cumplimiento de las profecías es quizá mas decisiva todavía que la que se desprende de los milagros, en el sentido de que el tiempo aumenta su fuerza de dia en dia. Por ejemplo, la estabilidad de la silla de san Pedro, la conservacion del pueblo judío, maldito y disperso por el mundo, etc., son al presente hechos mucho mas concluyentes que si solo tuvieran tres ó cuatro siglos de fecha. ¿Qué será, pues, dentro tres ó cuatro mil años si llega á alcanzarlos el mundo (lo que es mas que dudoso)?

Hay, pues, milagros. Los hay en menor número que en otro tiempo porque así debe suceder; y ya se nos dan como consuelos divinos y no como pruebas. El milagro que llena el mundo es la Iglesia católica.

La verdad y el error.

Hemos dicho y repetido que solo hay una verdadera Religion, que es la del único verdadero Dios y de su eterno Hijo Nuestro Señor Jesucristo. Esta Religion divina únicamente la enseñan al mundo los pastores de la Iglesia católica, sucesores de los Apóstoles y enviados de Jesucristo.

En todos los siglos el espíritu del error ha suscitado contra esta Religion santa ciertas *contra-religiones* que no son otra cosa que invenciones humanas, llamadas falsas religiones ó herejías. Estas tienen todas el carácter distintivo de ser un hombre su inventor y de no remontarse hasta los Apóstoles de Nuestro Señor Jesucristo. Separadas de la verdad, que solo la Iglesia católica posee por completo, esas falsas religiones existen algun tiempo y desaparecen luego, perdiendo las almas, y no recogiendo otros frutos que la indiferencia y la impiedad.

En medio de las variaciones y desconciertos de todo género que acompañan á las falsas religiones,

la antigua Iglesia de Dios permanece siempre la misma, enseñando de continuo idéntica doctrina de verdad, predicando siempre la misma moral santa, é inspirando sin cesar en los corazones de sus hijos las virtudes mas sublimes. Semejante diferencia no debe sorprendernos: la obra de Dios no se parece á las obras humanas, y Jesucristo, divino fundamento de la Iglesia, no puede permitir que sea quebrantada.

Jesucristo, Dios, tal es el poderoso secreto de la vida de la Iglesia católica. La ausencia de Jesucristo, la separacion de Dios, tal es el tremendo secreto de la debilidad y de la caida de todas las falsas religiones.

Al tocar á su fin la revolucion francesa, dejóse sentir la necesidad de Dios, y muchas tentativas religiosas precedieron al grande acto por el cual el emperador Napoleon I restableció en Francia la religion católica en el año 1802.

Una de esas impotentes tentativas tuvo por autor á un cierto ciudadano llamado Lareveillère-Lepeaux, quien bautizó su pretendida religion con el nombre de culto de los teofilántropos (esto es, de aquellos que aman á Dios y á los hombres). El pobre hombre no sabia que este culto es tan antiguo como el mundo, y que su verdadero nombre es el de Cristianismo. Á pesar de todos sus desvelos y de la fuerza pública de que disponia en su calidad de miembro del Directorio; Lareveillère no al-

canzó buen éxito. Burlábanse de él y de sus ceremonias, y francamente no habia para menos. El buen ciudadano fundador se lamentaba un dia con su amigo Mr. de Talleyrand de tan infeliz suceso, y este le dió una respuesta tan mordaz como profunda: «¡Qué queréis! amigo mio, le dijo malignamente; no se funda una religion como quiera. Procurad morir el viernes y resucitar el domingo, y veréis como eso tomará cuerpo.»

Á todas las sectas protestantes y á todas las Iglesias separadas de Roma les pasa lo mismo que á la teofilantropía: «Eso no echa raíces,» y jamás las echará sériamente, porque sola la verdad tiene el privilegio de arraigarse.

Católicos y protestantes.

Para muchos hombres extraviados los católicos y los protestantes son, no solamente *poco mas ó menos*, sino *absolutamente* la misma cosa; los unos y los otros tienen el mismo título de nacionalidad, son jueces, electores y comerciantes; mas aun, los protestantes pueden ciertamente como los católicos ser buenos padres, buenos maridos, buenos vecinos y hombres honrados. Sostener esto vale tanto como decir sériamente que los protestantes, lo mismo que los católicos, tienen dos ojos, una nariz,

una boca, dos orejas, dos piés y dos manos. Pero no se trata de esto cuando se habla de Religion, sino de saber si el católico que dice *sí*, tiene ó no razon contra el protestante que dice *no*; se trata de saber de parte de quien está la verdad y la religion cristiana.

Desde luego, los que pretenden que los católicos y protestantes tienen *poco mas ó menos* las mismas creencias, con solo eso demuestran tan claramente como la luz del mediodía que desconocen el Catolicismo y el protestantismo. Veámoslo en dos palabras.

La Iglesia católica se presenta al mundo como la mensajera de Nuestro Señor Jesucristo, por Él encargada, y *única* encargada, de predicar su Religion al universo, de conservar el depósito de la fe, y de defenderla contra todos los errores; de interpretar la revelacion cristiana, de explicar á todos lo que deben creer, practicar y evitar para salvar eternamente sus almas; y se presenta revestida de la asistencia del Espíritu Santo, que la sostiene y la conserva en el cumplimiento de esta sublime mision. Los protestantes, por el contrario, divididos en todos los demás puntos, se presentan unánimes en rebelarse contra la Iglesia católica, á la que declaran corruptora del Cristianismo, enemiga mortal del Evangelio, é instrumento del diablo contra Dios; ellos rechazan su palabra; blasfeman de sus enseñanzas; afirman lo que ella

niega, y niegan lo que ella afirma; y gritan á una sola voz contra ella lo mismo que en otro tiempo gritaban los judíos contra el Hijo de Dios en el pretorio de Pilato: ¡Á fuera! ¡Á fuera! ¡no queremos que reine esta sobre nosotros!»

La Iglesia católica proclama y venera en el Papa sucesor de san Pedro, el vicario de Jesucristo, el jefe de los fieles, á su Pastor supremo y doctor infalible de la ley de Dios. Los protestantes (de acuerdo sobre todo en este punto) detestan al Papa como al Antecristo, esto es, como el grande enemigo de la verdad y el jefe de la idolatría. Por odio al Papa nos llaman *papistas*. ¿Qué diferencia mas fundamental puede concebirse?... El católico tiene por regla de su fe la enseñanza infalible de la Iglesia, es decir, del Papa y de los Obispos. El protestante no reconoce otro doctor que á sí mismo, leyendo la Biblia é interpretándola como puede, ó mejor, como quiere; y sus pretendidos *pastores* no tienen sobre sus pretendidos *correligionarios*, otra autoridad que la que se arrogan arbitrariamente. De ahí que entre los católicos la doctrina religioso sea fija, inmutable, que en nada cambia, como la verdad misma; y que entre los protestantes exista tal variacion de creencias que cada uno pueda cambiarlas, y efectivamente las cambia, no solamente todos los dias sino á cada momento.

El católico encuentra la vida cristiana en los

siete Sacramentos de la Iglesia, y la conserva principalmente por la recepcion de los sacramentos de Penitencia y Eucaristía. El protestante desconoce esos Sacramentos, de los que solo conserva el Bautismo, alterando, sin embargo, su nocion verdadera; y blasfema y maldice la Confesion y Comunion.

El católico adora en la Eucaristía á Jesucristo, quien declaró que estaria en ella realmente presente, y que el pan vivo que daria al mundo seria su propio cuerpo. Los protestantes, en la triste parodia á que dan el nombre de *santa Cena*, solo ven en la *Eucaristía* un símbolo vacío, un pedazo de pan. ¡Qué abismo entre estas dos enseñanzas: por una parte á Jesucristo; y por otra... un poco de pan!

El católico venera, ama é invoca á la bienaventurada Vírgen María, Madre de su divino Salvador. El protestante tiene por ella una repulsion invencible, que degenera con frecuencia en menosprecio y aversion.

En una palabra, el protestantismo es al Catolicismo lo que el *no* es al *sí*; y esto, nótese bien, en los puntos mas fundamentales de la Religion. ¿Os parece todavía que eso puede ser POCO MAS Ó MENOS *la misma cosa?*

Además, hemos hecho mal en decir el *protestantismo*, como si fuese una sola religion, una sola doctrina. Los protestantes no están de acuerdo sino

en combatir, como lo acabamos de indicar, á la grande Iglesia católica; solo están de acuerdo para *protestar*, ó mejor, para rebelarse; pero, á parte de eso, no existe entre ellos acuerdo ni lazo alguno de mision: solo están unidos por el odio comun contra la Iglesia.

Ellos creen *lo que quieren*, segun se imaginan hallar algo nuevo en la Biblia ó en su cérebro. Uno explica un pasaje en un sentido, y otro en el sentido diametralmente opuesto. Conforme á un pasaje de la Biblia se ha visto á algunos tener diez y seis mujeres á la vez; otros han creido, siempre con pretexto de la *palabra de Dios*, que se debia matar á los niños despues de su bautismo para enviarlos al cielo; y una gran multitud han caido en tan extravagantes y grotescos desvaríos, que no es posible concebir como se ha llegado á darles crédito.

A fuerza de querer *reformarlo* todo siempre, solo han conseguido trocarlo todo en la mayor *deformidad*. Divididos en mil pequeñas sectas que se anatematizan las unas á las otras, los luteranos, los calvinistas, los zuinglianos, los anglicanos, los cuákeros, los pietistas, los metodistas, los sacramentarios, los anabaptistas, los evangélicos, los hernhuters, los temblones, los llorones, etc., ofrecen al mundo el mas lastimoso cuadro de la *anarquía religiosa*. Así la division, que produce siempre la debilidad y la ruina, ha minado tan profundamente las sectas protestantes, que al

presente no cabe ya la menor duda respecto de la próxima desaparicion de todas ellas.

Y en medio de la decadencia general del protentantismo, es, por el contrario, sumamente instructivo y consolador ver siempre inmutable y pacífica en su fuerza, y fecunda en santas obras y en santos personajes á la antigua Iglesia católica, fundada por los Apóstoles y regida por el Papa, sucesor de san Pedro y vicario de Jesucristo; en la cual únicamente se realizan las promesas solemnes de Jesucristo á su Iglesia, y se halla viviente y práctica este *camino de autoridad* que el Salvador estableció para conducir por él á los fieles á la salvacion, cuando dijo á sus Apóstoles (de quienes solo nuestros pastores católicos son los sucesores):

Recibid el Espíritu Santo: como mi Padre me envió, así os envio Yo á vosotros. Id, pues, enseñad á todas las naciones, haciéndoles observar mi ley; predicad el Evangelio á toda criatura: aquel que crea en vuestra palabra se salvará, y quien la rechace se condenará. Hé aquí que Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo. Quien os escucha me escucha; quien os desprecia me desprecia. Nunca serán bastante repetidas estas palabras del Hijo de Dios.

En la Iglesia católica únicamente se hallan realizadas y aplicadas las grandes palabras que Él dijo á san Pedro al elegirle para gobernar á sus hermanos: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra*

ella. Á ti te daré las llaves del reino de los cielos. Todo lo que ligares sobre la tierra será ligado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado en los cielos. Pedro, Yo he rogado por tí para que tu fe sea infalible; confirma á tus hermanos, apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas. Estas solas palabras han convertido ha poco á la fe católica á un sábio protestante. «¿En dónde puede hallarse su realizacion sino entre los católicos? decia. Ellos son los únicos que descansan sobre san Pedro, quien continúa gobernando, enseñando y rigiendo la Iglesia de Jesucristo por ministerio de su sucesor el Obispo de Roma, el Papa, el Jefe de la Iglesia católica.»

Terminemos estas ligeras reflexiones con una consideracion importantísima. Jamás se ha dado el espectáculo de que un católico piadoso é instruido se hiciese protestante para mejor servir á Dios, mientras que vemos todos los dias, y en los nuestros principalmente, á los protestantes honrados volver á la fe católica por un estudio mas profundo de la Religion y por el deseo de una perfeccion mas elevada. Hay más; jamás se ha visto á un buen católico hacerse protestante en la hora de la muerte; y muy á menudo se ve á estos hacerse católicos en aquel supremo instante, en que solo la verdad puede influir en tan grave determinacion. Esto es por sí solo suficiente para demostrar de parte de quien está la verdad religiosa.

Una palabra mas acerca el protestantismo.

«Los protestantes ¿por ventura no creen en Jesucristo lo mismo que los católicos?» Sí; pero para ser cristiano no basta creer en Jesucristo, sino que es además indispensable creer todo lo que reveló al mundo, y practicar su Religion de la misma manera que él lo quiere. Y Jesucristo, al enviar á sus Apóstoles, que eran sus primeros sacerdotes y los primeros pastores de su rebaño, declaró obligados á todos los hombres á escuchar su enseñanza como la suya propia; consignó que únicamente á ellos conferia el encargo de explicar á los pueblos el Cristianismo, y que quien no les escuchara seria tratado como infiel. Quiso que á ellos y á nadie mas acudiesen los cristianos en las necesidades de su espíritu, y á este fin les prometió, lo mismo que á sus sucesores hasta el fin del mundo, la asistencia del Espíritu Santo; revistiéndolos de su carácter sacerdotal para que pudiesen santificar á sus hermanos por la predicacion de la verdadera fe y por la administracion de los Sacramentos, y principalmente para que pudiesen perdonar los pecados y ofrecer contínuamente á Dios el santísimo y purísimo sacrificio de la Eucaristía.

Para hallar, pues, á *Jesucristo*, para ser hijo de Dios, miembro de su família y oveja de su rebaño,

es preciso ir á aquellos que son los únicos encargados por el Salvador de cuanto concierne á la Religion. El que los desprecia, á Jesucristo desprecia; el que los rechaza, rechaza la religion de Jesucristo, la verdadera fe, el conocimiento y el servicio de Dios.

Ahora bien, estos hombres, únicos pastores legítimos del rebaño de Jesucristo, son los obispos de la Iglesia católica, porque solo ellos se remontan, por una no interrumpida sucesion, hasta san Pedro y hasta los Apóstoles; así, pues, á ellos, y solo á ellos, debemos ir para llegar á ser y conservarnos cristianos. Y los infelices protestantes que rechazan su autoridad son ciegos que huyen de la luz, y á quienes de ningun provecho sirve su creencia en la divinidad de Jesucristo. Sus pretendidos ministros son indispensablemente pastores ilegítimos que se creen ó pretenden pasar plaza de ministros de Dios, cuando en realidad no son sino ministros del error, y el pretendido *Evangelio puro* que predican no es sino un resúmen incoherente de sus vanas opiniones y el fruto de su exaltacion religiosa.

«Pero, se replica, ¿no tienen acaso ellos el mismo Evangelio que los católicos?» Tienen la letra, pero no el espíritu; y sabido es que la letra mata, como dice el apóstol san Pablo, y que lo que vivifica es el espíritu (esto es, el verdadero sentido). La letra de la Biblia pierde á los protestantes como en otro tiempo perdió á los judíos; y lo mismo que estos,

los protestantes rechazan la enseñanza sagrada de los enviados por Dios para explicar el verdadero sentido de la letra. Los judíos rechazaron la enseñanza del Hijo de Dios y de sus Apóstoles, y su obstinacion los perdió: del mismo modo los protestantes rechazan la enseñanza del Vicario de Jesucristo y la de los obispos católicos, pastores legítimos de la Iglesia, y su obstinacion es la causa de su perdicion.

La Biblia nada es sin la Iglesia. La Iglesia es la institucion viviente fundada por Jesucristo para explicar de viva voz la Biblia, para conservar, predicar, defender y aplicar prácticamente la revelacion cristiana, y, por consiguiente, la sagrada Escritura, parte principal de esta revelacion. La Iglesia y solo la Iglesia es la que nos enseña infaliblemente, en nombre y con la autoridad de Jesucristo, la inspiracion divina de la santa Biblia; ella y solo ella es la que distingue de una manera soberana los libros verdaderamente inspirados de los que no lo son; ella y solo ella es la que, ilustrada por el mismo Espíritu que inspiró los libros, fija el verdadero sentido de los pasajes obscuros y susceptibles de varia interpretacion, y en fin, (y nótese bien) de ella recibieron los protestantes esos libros.

Sin la Iglesia la Biblia y el Evangelio no son mas que letra muerte, solo palabras: no es ya la palabra de Dios, porque ha dejado de ser el pensamiento del mismo Dios. Cada ministro, cada protestante,

interpreta el texto sagrado segun el capricho del momento, y á menudo favorablemente á las exigencias de sus pasiones. Ya se ve: ¡es tan cómodo poder decirse á sí mismo, cuando uno quiere cometer alguna falta: Al seguir mi inclinacion, léjos de hacer un mal hago la voluntad de Dios!

Pongamos fin á esta plática con una respuesta llena de gracejo que dió un piadoso y apreciable prelado (Mons. de Cheverus, arzobispo de Burdeos) á un ministro protestante que discutia con él oponiéndole multitud de textos mal comprendidos de la Escritura, incoherentes y sin relacion unos con otros: «¿No está escrito en el Evangelio, señor mio, le dijo tranquilamente el Prelado cuando el ministro hubo terminado sus citas, no está escrito que Judas se colgó?—Sin duda, replicó el ministro algo admirado.—¿No está escrito tambien: Id, y haced lo mismo? ¿Porqué, pues, no se ha colgado V. todavía?» El pobre ministro se retiró desconcertado y confuso, jurando, si bien algo tarde, que no volveria á habérselas con un hombre de tanto talento.

Así es como, aplicando la Biblia sin regla, sin ton ni son, sin mas guia que la imaginacion, se llega hasta á sacar del libro mas sublime las mas absurdas y peligrosas locuras. Por consiguiente, para explicar este libro es necesario un intérprete vivo é infalible, el cual es la Iglesia; de la propia suerte que para explicar una ley se necesita un juez ó un tribunal.

Los Ángeles y los Santos.

Nosotros solo estamos en la tierra para ir al cielo. Regla es esta que no admite excepcion, y el que no va al cielo está perdido para siempre, y condenado, eternamente condenado al fuego del infierno. Los impíos podrán decir lo que quieran; pero así es en verdad, y nunca podrán cambiar un ápice.

La vida presente es el tiempo del trabajo; el descanso y la recompensa están en la vida futura. Los que conquistan este descanso y recompensa son los *Ángeles* y *Santos*. Los Ángeles son aquellos espíritus puros que, en el instante de su creacion, al principio de los tiempos, adoraron á Jesucristo, que les mostró Dios de léjos, encarnado en la tierra, y por este acto de fe, de sumision y humildad merecieron la gloria del paraíso. Á su frente figuraban el grande arcángel ó serafin san Miguel, y los arcángeles Gabriel y Rafael, cuyos sagrados nombres están consignados en las sagradas Letras. Aquellos espíritus celestes que no quisieron creer en Jesucristo y adorar al Hijo de María como á su verdadero Dios, fueron instantáneamente reprobados y son los que designamos con el nombre de *demonios* ó *diablos*, y á cuyo jefe llamamos comunmente Lucifer ó Satanás.

Los santos Ángeles están en el cielo, esto es, gozan en el seno de Dios, y en union con Nuestro Señor Jesucristo, de una bienaventuranza que ninguna criatura puede llegar á comprender, viendo á Dios cara á cara, participando plenamente de su felicidad infinita, y como anegados en el Espíritu Santo, que es el océano sin fin de la alegría, de la luz, de la paz, de la vida y de todo bien: están de lleno dentro del amor sin límites ni medida; y con un solo acto de amor que nunca tendrá fin, cuya perfeccion, cuyas delicias ni siquiera podemos llegar á sospechar mientras estarémos aquí abajo, adoran al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, le alaban y le bendicen por Jesucristo que es su Rey celestial y el principio de su bienaventuranza.

El número de los Ángeles es incalculable. Hay *siete* principales, segun nos lo enseña el Arcángel Rafael cuando se descubrió á su querido Tobías: *Yo soy*, dijo, *el ángel Rafael, uno de los siete que están en pié delante del trono de Dios.* El *trono de Dios* es la santa humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en el cielo, y en la tierra en el santísimo Sacramento, á la cual custodian, adorándola, estos siete Arcángeles sublimes, príncipes de las milicias celestiales. Estos mismos (segun opinion de algunos teólogos) son los que presiden á los seis dias de la creacion, y al séptimo, que es el dia de la gracia; á los seis dias de la semana y al domingo; á los siete sacramentos de la Iglesia; á la difu-

sion en las almas de los siete dones del Espíritu Santo; y en fin á las siete grandes épocas de la vida del mundo, desde la creacion de Adan hasta el juicio final.

Los Ángeles están divididos en nueve coros y en tres grandes órdenes que se llaman *jerarquías*, (es decir, *poderes sagrados*). Cada uno de estos coros tiene atribuciones especiales que seria largo exponer aquí; pero es muy consolador saber que todos sin excepcion, como dice expresamente la Escritura, se consagran á la grande obra de nuestra salvacion. *¿Por ventura*, dice san Pablo, *no son todos los Ángeles espíritus encargados del ministerio de nuestras almas y enviados para asistir á los fieles que deben recoger la herencia de salud?* En este sentido, nosotros somos mas que los Angeles; pues ellos son para nosotros y no nosotros para ellos. ¡Oh! ¡cuán grande es ver á un bautizado, á un cristiano, en quien habita Jesucristo, verle, repetimos, asistido así, servido y amado por los Angeles!

Entre estos buenos Angeles, que son *todos* amigos y servidores nuestros, hay uno que debemos amar de un modo mas particular, porque nos fue dado muy especialmente como protector, guia, defensor y amigo el dia de nuestro bautismo y en las circunstancias mas solemnes de nuestra miserable vida. Este es el que se llama nuestro *Ángel custodio.*

Los superiores legítimos, sean espirituales sean temporales, reciben de Dios que los eleva así en

dignidad sobre los demás hombres, Angeles custodios de una jerarquía superior, que les asisten mas eficazmente. Por esto la santísima humanidad del Salvador, y la santísima Vírgen, Madre y tabernáculo de Dios, tenian por asistentes y custodios á los siete grandes Serafines de que hemos hablado antes. Todo induce á creer que Adan, en el paraíso terrenal, y despues Abel, Seth y cada uno de los cinco patriarcas que desde Noé, Abrahan y David, hasta María y José fueron los ascendientes del divino Salvador, tuvieron por Angel custodio á san Miguel Arcángel, príncipe de todos los Angeles; que este mismo Serafin es tambien el Angel custodio de cada Soberano Pontífice, jefe de la Iglesia de la tierra, desde san Pedro hasta el último Papa que gobernará la Iglesia, en la época de la segunda venida de nuestro Señor; que los obispos y reyes cristianos tienen por custodios espíritus celestiales muy elevados en dignidad; y que lo mismo sucede, proporcionalmente, con los sacerdotes, y en general, con todos los superiores. Cada diócesis y cada imperio tienen por Angel custodio á un príncipe de los cielos; cada parroquia, cada iglesia, cuentan igualmente su Angel; y hasta los sepulcros que reciben nuestros mortales despojos, no carecen de un protector y custodio celestial, como lo declara la Iglesia en su liturgia.

Los *Santos* son aquellos hombres que durante su peregrinacion por este mundo, correspondieron con

tanta fidelidad á las gracias de Jesucristo, á las enseñanzas de su Iglesia y á la asistencia de los buenos Angeles, que despues de su muerte alcanzaron misericordia del Señor, y ocuparon un lugar, cada uno segun sus méritos y grado de santidad, en las bienaventuradas jerarquías del paraíso. En efecto, hay en el cielo Santos que superan á muchos Angeles en gloria, en felicidad, en perfeccion y en poder; así es que la santísima Vírgen, aunque pura mujer y criatura humana, está tan elevada sobre todos los Querubines y Serafines, que ella sola forma en el cielo un órden, una gerarquía á parte. Entre los Santos del Antiguo Testamento, Abrahan, el gran siervo de Dios, Moisés, David y san Juan Bautista, deben de ocupar un rango superior en la corte celestial; y entre los del Nuevo, ¿quién podrá decir á qué grado de gloria están elevados san José, san Pedro, san Pablo y san Juan; y viniendo á tiempos mas cercanos á los nuestros, san Benito, san Francisco de Asis, santo Domingo, santa Catalina de Sena, santa Teresa, san Ignacio, san Cárlos Borromeo y san Francisco de Sales? ¡Oh! ¡Cuán hermoso será ver un dia en el cielo, cuando á nuestra vez irémos á ocupar allí nuestra silla; cuán hermoso será, ver á estos bellos diamantes, á estos grandes Santos á quienes habrémos admirado y amado durante nuestra vida! ¡Cuánto nos amarán y cuánto les amarémos en el paraíso! Esforzémonos, pues, mientras es tiempo todavía de

merecer, en trabajar mucho para nuestra santificacion, y en no apartarnos jamás del camino que lleva directamente al cielo. Progresemos en la práctica de las virtudes cristianas, pues no progresar en este camino es retroceder: adelantemos en la práctica del espíritu de fe, de la continua presencia de Dios, de la union interior con Jesús, que descansa en nuestro corazon fiel; adelantemos en la práctica de la penitencia, de la oracion, del desprendimiento, de la humildad y de la dulzura, del trabajo, de la paciencia, de la obediencia y de la castidad; acerquémonos con frecuencia, y mucha, á los sacramentos de Penitencia y Eucaristía, y seamos á los ojos de Dios y con la proteccion maternal de la santísima Vírgen, verdaderos y fervorosos cristianos en la tierra para ser un dia Santos en el cielo.

La fiesta de *Todos los Santos*, que se celebra el 1.° de noviembre, tiene por principal objeto recordarnos lo que nos aguarda despues de esta vida, hacernos celebrar con santo regocijo los triunfos y la felicidad de los Santos y de los Angeles, é incitarnos á invocarlos con mas fervor, atrayéndonos de esta suerte abundantísimas gracias y especiales bendiciones. Fue establecida asimismo para que rindamos un culto de veneracion religiosa á la innumerable multitud de santas almas que están en el paraíso, pero que no han sido *canonizadas* por la Iglesia, (esto es, *oficialmente* declaradas *santas* por

la suprema autoridad del Papa), y que sin esta bellísima fiesta de Todos los Santos, no recibirian de la Iglesia de la tierra los honores á que se hicieron acreedores. Un dia será nuestra fiesta, la fiesta de nosotros, pobres santos de última fila, que por nuestros pocos méritos no somos canonizables ni serémos jamás canonizados.

Las almas del purgatorio.

El dia 2 de noviembre celebra la Iglesia una fiesta grave y conmovedora á la vez: la *Conmemoracion* (ó *recuerdo*) *de los fieles difuntos.*

Esta fiesta no se dirige á las almas de todos los que nos precedieron en la tierra, pues muchas disfrutan ya del eterno descanso del paraíso, y su fiesta se celebra la vigilia, el dia 1.º de noviembre, el dia de Todos los Santos: y estas almas son las que al terminar su tiempo de prueba en este mundo, se hallaron en estado de gracia en el momento de la muerte, y acabaron de purificarse en las llamas del purgatorio de las penas debidas por sus pecados. Estas almas santas no tienen ya necesidad de nuestros sufragios, y no pueden recibir sino nuestros homenajes, felicitaciones y súplicas, pues gozan ya para siempre de una alegría y felicidad perfectas... Otras almas hay, y en gran número, á las cuales tampoco se dirige esta piadosa conmemora-

cion: tales son las condenadas eterna é irrevocablemente á las penas del infierno, porque rechazaron á Dios y se separaron de su amor en el tiempo en que podian escoger entre el bien y el mal, entre el amor de Dios y los incentivos del pecado... Para éstas no hay fiestas ni oraciones, ni en la Iglesia que todavía milita en la tierra, ni en la Iglesia que reina ya en los cielos: para ellas no hay sino eternos remordimientos, desesperacion eterna, eterno vacío; no hay sino aquellas llamas eternamente vengadoras que devoran sin consumir, y de las que habla tantas veces Nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio, reservadas para todos los pecadores: «*Irán*, dice, *al fuego eterno, al fuego que no se apagará jamás, á aquel lugar en que la víctima se salará en el fuego* (esto es, será conservada y devorada al mismo tiempo) *y en donde habrá gemidos y rechinamiento de dientes...*»

La fiesta de la *Conmemoracion de los difuntos* tiene, pues, por objeto exclusivo las almas del purgatorio. El purgatorio es un estado de padecimiento en el cual las almas que en el dia de su muerte se hallasen en gracia, pero sin haber expiado suficientemente sus pecados por la penitencia, acaban de purificarse para ser dignas de presentarse en la reunion de los Santos. «Procurad, nos dice el Evangelio, emplear bien el tiempo de la vida y pagar todas vuestras deudas (esto es, expiar todos vuestros pecados), porque compareceréis ante un juez

que os hará satisfacer hasta el último cuadrante.» El purgatorio es este estado terrible en que se paga todo lo debido á la divina justicia.

El purgatorio tiene las tinieblas y el horror, los remordimientos y las penas del infierno; tiene su fuego y todos sus tormentos, menos la desesperacion y la eternidad. El fuego que atormenta á las almas penitentes en el purgatorio es el mismo que castiga á los condenados en el infierno; y san Agustin, resumiendo la tradicion de la Iglesia en los cuatro primeros siglos, dice que *el mismo fuego que consume la paja*, es decir los réprobos, *purifica el oro*, esto es, las almas justas que salen de este mundo antes de haber hecho penitencia proporcionada al número y gravedad de sus pecados.

Arden, pues, estas almas desoladas, en un fuego verdadero, aunque sobrenatural; en un fuego que obra sobre los espíritus como el fuego de la tierra sobre los cuerpos. La justicia de Dios da á este fuego una actividad que nosotros no podemos concebir, y de la cual no son mas que débil sombra los terribles ardores del que obra sobre nuestros sentidos.

Estas almas están en tinieblas exteriores como las que son condenadas; ignoran cuando acabará su expiacion... ¡Tal vez durará aun veinte años, cien años! ¡Tal vez hasta el fin del mundo!...— ¡Terrible *tal vez!* ¡cuánto debe de aumentar el dolor del castigo! pero al mismo tiempo ¡cuánto hará

sentir lo enorme y abominable del pecado, aun del venial y ligero, puesto que un Dios todo amor lo castiga tan severamente en criaturas que le aman y que son de Él amadas!

Pero el mas grande motivo de dolor para las almas del purgatorio, es *la separacion de su Dios*, de su amadísimo Jesús. Mientras permanecemos en este mundo, el deseo y el amor del Bien supremo, el anhelo del alma por Dios, que es su fin único, último é infinitamente amable, están sin cesar debilitados, contrariados, y aun no pocas veces totalmente apagados por las tentaciones de la vida; pero despues de la muerte, sumergida el alma cristiana en los abismos del purgatorio, y libre del cuerpo y de todas las criaturas que le ofuscaban, no aspira sino á Dios, á la posesion del bien sin medida que se ofrece á su amor. Un solo anhelo la agita y conmueve; un solo objeto la arrastra y cautiva: Dios... Pero hé aquí que esta pobre alma, manchada y afeada todavía por las huellas del pecado, se ve rechazada del único objeto de su amor, y languidece á causa de esta privacion que la llena de desolacion y amargura. Es verdad que está segura de poseer un dia ese bien infinito que desea con tanto ardor, pero esta misma felicidad futura constituye su mayor suplicio.

Tales son las almas del purgatorio, y tal es la condicion de las de muchos á quienes amamos y que nos amaron en la tierra; nuestro padre y ma-

dre, nuestros hijos, nuestros hermanos y hermanas, y nuestros mas queridos amigos... ¿Les abandonarémos, pudiendo ayudarles á poner fin á sus suplicios? ¿Nos harémos sordos á sus súplicas é insensibles á sus lágrimas? «Hijo mio, nos dicen desde el abismo de sus padecimientos, padre mio ó amigo, tú á quien tanto amé, tú que no ha mucho me mostrabas tanta ternura, ¿me darás por mucho tiempo al olvido, sin ayudarme á salir de este lugar de dolores?...» Seria preciso no tener corazon para resistir á semejantes súplicas. Sí, nosotros atenderémos sus gritos y nos apresurarémos á acudir en su auxilio; nosotros escucharémos la voz misericordiosa de la Iglesia, Madre nuestra y suya, que nos enseña que podemos y debemos consolarlas con nuestras oraciones, buenas obras, limosnas, penitencias, y sobre todo ofreciendo el santo sacrificio de la Misa por su descanso eterno; pues Dios, Padre nuestro y suyo se digna aplicarles los méritos expiatorios de estas buenas obras.

En fin otro medio eficacísimo tenemos para libertar á las afligidas almas del purgatorio, y son las indulgencias que ganamos á su intencion, y que con la autorizacion de la Iglesia les aplicamos en sufragio.

Poderosísimos son los motivos que nos incitan á rogar por los muertos. 1.° Si nosotros les echamos en olvido, Dios en justo juicio permitirá que á nuestra vez seamos olvidados y que nadie ruegue

por nosotros despues de nuestra muerte; 2.° entre ellos hay un gran número con quienes nos unieron los lazos de la sangre y la amistad, y debemos continuarles nuestra ternura y atestiguarles nuestro reconocimiento; 3.° si somos bastante felices que logremos su completa libertad, ciertamente no olvidarán jamás este inmenso beneficio y serán para nosotros poderosos valedores cerca de Jesucristo. ¿Quién sabe si deberémos nuestra salvacion á sus súplicas?

Roguemos mucho y con frecuencia por las almas del purgatorio; hagamos celebrar muchas veces en sufragio suyo la santa misa, que es la mas excelente limosna que podemos darles, y apliquémosles cada dia algunas indulgencias.

Hé aquí algunas de las oraciones mas fáciles á las cuales los Soberanos Pontífices han concedido indulgencias aplicables á las almas del purgatorio:

1.ª Siete años y siete cuarentenas (de dias) de indulgencias á todos los que rezaren devotamente los tres actos de fe, esperanza y caridad.

2.ª Trescientos dias de indulgencia por cada vez que se rezen las *Letanías de la santísima Virgen.*

3.ª *Idem*, por las *Letanías del santo Nombre de Jesús.*

4.ª *Idem*, por la oracion: *Acordaos ó piadosísima Virgen María*, etc.; ó *Memorare*, etc.

5.ª Para los rosarios enriquecidos con las in-

dulgencias dichas de santa Brígida, cien dias de indulgencia por cada *Padre nuestro* y *Ave María* que se rece, é indulgencia plenaria una vez al mes así como en todas las grandes festividades del año para los fieles que recen dichos rosarios cada dia.

6.ª Un año por cada vez que se bese un crucifijo bendito.

El juicio.

Todos deseamos con avidez conocer el porvenir, lo que es un sentimiento íntimo que ha dado orígen al pernicioso abuso de los hechiceros ó brujos, de los decidores de la buena ventura, espiritistas y otros charlatanes de este jaez, que se burlan de los bobos que los consultan, sonsacándoles el dinero, y no diciéndoles lo que querrian saber, por la razon muy sencilla de que ellos mismos son tan ignorantes como los susodichos bobos.

Solo Dios sabe el porvenir: lo que ha de ser está presente á su conocimiento infinito como lo que ha sido y lo que es; y si nosotros sabemos con certeza alguna de las cosas futuras, es únicamente porque Dios se dignó enseñárnoslo de antemano.

Ahora bíen, plugo al Señor hacernos conocer algunas de las cosas futuras, no para consentir nuestra vana curiosidad, sino para excitarnos á obrar el bien, á evitar el pecado y abrazar gene-

rosa y constantemente los sacrificios, con frecuencia penosísimos que impone la práctica de la ley divina.

De todas las verdades del porvenir, la mas terrible, y que debe causarnos mas honda impresion, es sin duda alguna la prediccion del *juicio final*.

Todos serémos juzgados; nada mas cierto, pues es Dios mismo, Jesucristo nuestro Señor, Dios hecho hombre para salvar nuestras almas, quien nos lo ha declarado formalmente, y no satisfecho con decirnos que habrá un juicio, que será para todos, y terrrible y espantoso, se ha dignado darnos sus pormenores, á fin de mover mas profundamente nuestro espíritu. Él es quien ha dicho: *El cielo y la tierra pasarán, pero mi palabra no pasará. Yo soy la verdad. El que me sigue, no anda en tinieblas, sino que posee la luz de la vida.* Nada hay, pues, mas cierto, que lo que el hijo de Dios nos predijo sobre el juicio.

En el capítulo XXVI del Evangelio de san Mateo, despues que nuestro Señor hubo referido las señales precursoras de su última venida, las pestes, las guerras, la turbacion de los elementos, el espantoso desquiciamiento de toda la naturaleza, los estragos del Antecristo y las terribles luchas de su Iglesia con los malos, nos hace saber que de repente se desgarrarán las nubes del cielo, apareciendo El mismo, rodeado de toda la gloria de su

majestad, para juzgar al mundo. Entónces todos los vivos serán heridos de muerte, y momentos despues, el eco sobrenatural de la trompeta del Angel, resucitarán, al mismo tiempo que todas las generaciones que habrán pasado sobre la tierra, desde Adan y Eva hasta el último dia; todos resucitarán en carne y hueso, y las almas volverán á juntarse con los cuerpos que habrán animado anteriormente. La omnipotencia de Aquel que todo lo hizo de la nada, sabrá discernir lo que es de cada uno de en medio del polvo de los sepulcros.

Reunidos todos los hombres ante el tribunal del divino Juez, escucharán su sentencia eterna; sentencia de vida, de felicidad, de gozos eternos para los justos; y de desesperacion, de maldicion sin remedio, de dolores, de castigos sin fin para los réprobos...

A una señal del Hijo de Dios, los Ángeles tomando forma visible, harán de aquella muchedumbre inmensa dos grandes divisiones, atrayendo una á la derecha de Jesucristo, y relegando la otra á su izquierda. Entonces el Rey de la eternidad pronunciará esta doble sentencia: VENITE BENEDICTI PATRIS MEI, POSSIDETE PARATUM VOBIS REGNUM A CONSTITUTIONE MUNDI: *Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está aparejado desde el principio del mundo.*» Y los elegidos, á los cuales se dirigirá esta celestial invitacion, entrarán al punto en compañía de los santos Ángeles en el goce inefable de su Señor.

Despues, volviéndose el Rey á la parte del género humano que estará á su izquierda esperando igualmente su sentencia, les dirá: RECEDITE A ME, MALEDICTI, IN IGNEM ÆTERNUM: *Apartaos de Mí, malditos, id al fuego eterno.*

Y estos, añade el santo Evangelio, *irán al punto á los suplicios eternos.* ¡Qué efecto tan terrible causarán estas palabras á los miserables, sobre los cuales caerán como rayos! ¿Qué, Señor? ¿separados de Vos? ¡Separados de Vos que sois la vida, el bien, la felicidad! Pues, ¿y á dónde irémos, Señor? ¿en dónde nos refugiarémos?—*In ignem.* En el fuego, y en el fuego eterno.- *In ignem æternum.* ¡Llamas que no tendrán nunca término! ¡Qué perspectiva!!! Así es que el mismo Señor nos dice en otra parte de su Evangelio, *que se secarán y gritarán á las montañas: ¡Caed sobre nosotros, cubridnos, ponednos al abrigo de la cólera del terrible Juez!* Pero nada podrá sustraerlos á la divina justicia. Habráse acabado para siempre el tiempo de las misericordias, y no quedará sino la justicia inflexible é inmutable.

«Si los hombres supieran lo que son los juicios de Dios, decia en otros tiempos postrado en su lecho de muerte un piadoso solitario, que se habia santificado meditándolos sin cesar por espacio de doce años consecutivos; si los hombres supieran lo que son los juicios de Dios, seria imposible que pecaran nunca.» ¿Por qué no pensamos en esta verdad saludable? Ella modificaria infaliblemente

nuestra vida, y de tibios que somos, tal vez libertinos y malvados, nos convertiria en sólidos cristianos y nos haria hombres de deber, de fe y de conciencia. Algunas veces nos decimos: «Esto es demasiado difícil. ¡Yo no puedo! Pero ¿podrémos habitar en medio de un fuego devorador, y vivir entre los ardores sempiternos?.. ¡Oh! ¡cómo verémos entonces con toda claridad que *podíamos*, que podíamos fácilmente, que para salvarnos, no necesitábamos sino un poco de decision y valor! Pero ya no será tiempo. Solo se muere una vez y el juicio que sigue á la muerte es inapelable...

«No tengo tiempo de hacer mis devociones,» decimos tambien. —No tengo tiempo de ir á confesar. —No me atrevo á presentarme á la sagrada mesa en presencia de todo el mundo.» Miserables mentiras que habrán causado nuestra perdicion.

Vosotros, los que leeis estas líneas no aguardeis, creedme, no aguardeis para mas adelante cambiar de vida, volver á Dios, y abrazar una vida cristiana. No perdais el tiempo, quizá muy corto, que os separa de vuestro juicio. Preparaos por medio de la práctica fervorosa de la oracion, frecuentando los Sacramentos, santificando el domingo, buscando con celo en todas las cosas el cumplimiento de la voluntad de Dios; preparaos, digo, una sentencia favorable, y rogad á Dios que ni vosotras ni yo, ni ninguno de aquéllos á quienes queremos tengamos que oir un dia las terribles palabras que

harán estremecer al mundo en sus cimientos: DISCÉDITE A ME, MALEDICTI, IN IGNEM ÆTERNUM. *¡Apartaos de Mí, malditos, id al fuego eterno!»*

La vida eterna.

El *Credo* termina con una palabra de profundo sentido, y por desgracia no bastante comprendida.

Despues de haber hablado de Dios, de la Trinidad, de las personas divinas, del misterio de Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, Mediador y Salvador del mundo; del misterio de la Iglesia que desarrolla por toda la tierra la poderosa vida de Jesucristo, los Apóstoles añadieron en el *Credo: Creo en la vida eterna*: y aquí pusieron fin. En efecto, nada hay mas allá: reflexionemos un instante sobre esta misteriosa eternidad.

Llámanse comunmente *postrimerías* lo que termina la vida del hombre en este mundo, y lo que constituye su vida inmortal en el seno de Dios. La muerte y el juicio, el purgatorio, la eternidad feliz en el paraíso, la eternidad desgraciada en el infierno, tales son las grandes, las consoladoras y á la par temibles realidadcs que se llaman nuestras postrimerías.

Supérfluo es decir que la vida acaba con la muerte; verdad que el sentido comun enseña hasta á los niños. Pero ¿qué es la muerte? ¿qué pasa entonces? ¿en qué consiste aquel terrible cambio?

¿Qué hace el alma que hasta aquel momento se servia de los órganos del cuerpo para pensar, ver, oir y obrar? ¿qué ha sido de ella? y si subsiste todavía en un mundo en que no podemos penetrar, ¿cuál es su suerte y cuáles los destinos que la aguardan? Grandes cuestiones cuya respuesta solo da la Religion, porque le reveló el secreto el Dios de la eternidad, Jesucristo nuestro Señor.

Nuestra vida en la tierra no es sino una corta y pasajera preparacion para la eterna, y la muerte es el término del viaje. Cuando llegamos al fin de la prueba, nuestro Criador examina el uso que hemos hecho de ella, y en su infinita justicia da á cada uno segun sus obras. Rechaza léjos de sí á los que nada quisieron de Él; y se da á sí mismo, con los infinitos tesoros de su felicidad, á los que le sirvieron fielmente y vivieron en la tierra en Él y con El. En el momento en que morirémos el alma perderá su poder sobre el cuerpo, y volviéndose á Dios que habita en ella de una manera oculta entrará en la eternidad en un nuevo estado de vida ó muerte, de dicha ó de maldicion, de santidad ó de condenacion, del cual no saldrá jamás, porque ya no será posible mudanza alguna. No podrá como en este mundo, de mala convertiese en buena, ó viceversa, porque para cambiar así, se necesita *tiempo*, y en la eternidad no hay tiempo, ni momentos que se sucedan unos á otros. En este mundo los momentos se suceden sin interrupcion, y si nosotros

podemos pasar del estado de gracia al de pecado, ó al contrario, se debe á que tenemos tiempo para cambiar, pero en la eternidad no sucede asi: allí hay una vida, un modo de existir que no se parece en *nada* á la vida de acá; aquella será del todo indivisible y sin sucesion de instantes, semejante á la de Dios, para el cual no hay pasado ni futuro, sino un *presente* eterno, inmutable, perfecto, y por ende superior á nuestra debil comprension. En el cielo la vida de los justos consistirá en un acto único y eterno de amor y de felicidad infinita; y asimismo en el infierno los réprobos solo tendrán acto eterno é inmutable de maldicion, de odio y desesperacion. Es absolutamente contrario á la naturaleza misma de la eternidad, buena ó mala, poder experimentar la menor mudanza; y hé aquí la razon por qué la felicidad del cielo sea una felicidad *eterna*, y la condenacion del infierno, una *eterna* condenacion. Los que se rebelan contra la eternidad de las penas del infierno, son espíritus superficiales que no comprenden siquiera el sentido de las palabras de que se sirven.

Si en el instante de la muerte, nuestra alma se halla unida con Dios por el amor y la gracia de Jesucristo; si se encuentra *en estado de gracia*, como no puede cambiar ya en adelante, permanece en este estado de posesion de Dios y de vida eternamente dichosa. Si por el contrario, lo que Dios no permita, se encuentra en estado de pecado, es

decir, separada del amor de Jesucristo y adherida al demonio, al mal y al pecado, permanece para siempre en esta separacion de Dios, y por consiguiente en la privacion eterna de la felicidad, de la vida, del bien, de la luz; queda bajo el poder del demonio, al cual ella misma se entregó, y cae con él en aquel indescriptible cúmulo de males, en aquella muerte eternamente viva, en aquel abismo vengador é inmutable de la justicia de Dios, en aquel fuego, en aquella maldicion sin nombre ni medida que constituyen el infierno!

No hay medio entre el infierno y el paraíso, todos, sin exceptuar uno, nos salvarémos ó serémos condenados. Si nos salvamos, lo deberémos á la gracia de Jesucristo y á nuestra cooperacion á ella; y si nos condenamos será á pesar de los esfuerzos de amor de nuestro Dios, por nuestra resistencia á este amor, por nuestra culpa.

El *purgatorio*, es una expiacion transitoria, y como una penitencia forzada de los pecados que los escogidos no habrán expiado suficientemente en la tierra con una penitencia voluntaria: el purgatorio como el infierno, es un estado de remordimiento y de dolor, pero pasajero, mientras que el infierno es permanente.

Por lo que toca al cielo ó paraíso, la lengua humana es mucho mas impotente todavía para narrar sus secretos; el cielo es la comunicacion de la vida eternamente dichosa de Dios, de su luz inefable,

de su amor sin límites, de su infinita beatitud, concedida al cristiano á causa de Jesucristo, por Jesucristo y en Jesucristo.

¡Oh Dios! ¡cuán grandes destinos se abren ante nosotros! ¡cuánta es nuestra insensatez no meditando en ellos con frecuencia! ¡Cómo nos parecerian dulces las penas y amarguras de la vida si tuviésemos una fe mas viva! Por mi parte, debo confesaros, que me tendria por muy dichoso si esas sencillas observaciones pudiesen haceros reflexionar un poco mas sobre vuestras postrimerías, contribuyendo así al bien y á la salud de vuestras queridas almas.

SEGUNDA PARTE.

De los Sacramentos.

Los cristianos llaman *Sacramentos*, á ciertas señales exteriores que el Hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo nuestro Señor, instituyó para transmitir su gracia á los hombres. Así como en el misterio de la Encarnacion, Dios se comunicó á nosotros bajo una forma sensible y por medio de la santa humanidad de que se vistió, de la misma manera continúa comunicándose á nuestras almas bajo formas sensibles y por medio de los Sacramentos.

Los Sacramentos son como la parte material y visible de la Religion, y tienen el mismo objeto que la humanidad de Jesucristo en la Encarnacion. Son al Espiritu Santo, lo que el cuerpo es al alma; el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, con la cual se comunica por medio de los Sacramentos, resultando de ahí que estos vienen á ser los canales exteriores, los instrumentos y como la corteza.

Habiéndolos instituido Jesucristo como medios necesarios para nuestra santificacion, aunque no sean mas que medios, estamos todos obligadas á recurrir á ellos para alcanzar la verdadera santidad.

Hemos dicho que los Sacramentos son *señales sensibles. Señal sensible* es una cosa exterior, dentro la esfera de accion de nuestros sentidos, que *significa* una cosa diferente que estos no pueden alcanzar. Así, por ejemplo, cuando muestro los puños á mi vecino, empleo un *signo sensible.* Efectivamente, mi gesto es *sensible*, puesto que cae bajo el sentido de la vista: y es un *signo*, porque significa algo que no puede verse, esto es, la amenaza que hago á mi vecino y el resentimiento que tengo contra él. Todas las palabras son *signos sensibles;* son *sensibles*, porque afectan el sentido del oido; y son *signos*, porque los diferentes sonidos que las forman, expresan y significan nuestros pensamientos invisibles y ocultos en el fondo del alma. Todos los Sacramentos de los cristianos, son *signos sensibles*, porque todos son perceptibles á uno ú otro de nuestros sentidos, gestos, palabras ó cosas materiales que *significan* y causan una accion insensible del Espíritu Santo en el alma del cristiano que los recibe.

Se cuentan siete, instituidos todos por Nuestro Señor Jesucristo; á saber: *Bautismo, Confirmacion, Eucaristía, Penitencia, Extremauncion, Órden sagrado* y *Matrimonio.* Todos y cada uno de ellos,

infunden en el alma el Espíritu Santo de Jesucristo, que viene á santificarla en los diferentes estados y necesidades de la vida espiritual.

En el *Bautismo*, Jesucristo nos dá el Espíritu Santo para hacernos nacer á la vida espiritual y eterna, y entrar en la gran familia de los escogidos, que es la Iglesia. El *signo sensible* que nos confiere la gracia del Bautismo es la accion del sacerdote, cuando derrama el agua sobre el nuevo cristiano, diciendo: « Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. »

En la *Confirmacion*, Jesucristo nos dá su Espíritu para desarrollar en nosotros la vida que nos dió en el Bautismo, y procurarnos las fuerzas tan necesarias en las pruebas y combates de la vida cristiana; la señal *sensible* que nos confiere la gracia de la Confirmacion es la accion del Obispo que pronuncia ciertas palabras sagradas al ungir la frente de los fieles con el santo crisma.

En la Eucaristía Nuestro Señor Jesucristo se dá á si mismo todo entero, con su humanidad, su divinidad, y la plenitud de su Espíritu y de sus gracias, bajo las apariencias de pan y vino, con el objeto de alimentar incesantemente la vida de nuestra alma y hacerle crecer en medio de las dificultades cotidianas. El *signo sensible* en la Eucaristía, es el cuerpo mismo de Jesucristo y las apariencias del pan y vino, velo tras el cual oculta su adorable cuerpo.

En la *Penitencia* Jesucristo nos da el Espíritu Santo cuando lo hemos perdido por el pecado, resucitándonos á la vida cristiana. En efecto, así como la vida del cuerpo consiste en la union de este con el alma, y así como se pierde esta vida al separarse el alma del cuerpo, así tambien la union del alma con el Espíritu Santo de Jesús, es la vida espiritual y eterna, la vida del alma, la cual se pierde cuando por el pecado el alma se separa del Espíritu Santo, de Jesús y del Padre celestial. La Penitencia es el medio que inventó Dios en su admirable misericordia para restituir la vida espiritual, cuando la hemos perdido despues del Bautismo; y el *signo sensible* que nos confiere gracia tan extraordinaria, son las palabras del sacerdote al dar la absolucion al penitente que acaba de confesar sus pecados.

En la *Extremauncion* Jesucristo nos envia al Espíritu Santo para purificarnos por última vez antes de aparecer ante su tribunal, y tambien para santificar nuestros padecimientos, nuestra agonía y nuestra muerte: es el último testimonio de su amor, así como el Bautismo fué el primero. Cuando es conveniente para la salvacion, el Espíritu Santo restituye á los moribundos la salud corporal por medio de la Extremauncion. *El signo sensible* de este grande Sacramento es el óleo con que el sacerdote, pronunciando ciertas oraciones, unge los sentidos del enfermo.

El *Órden*, que es el sexto de los Sacramentos, es

el signo sensible por medio del cual Jesucristo envia el Espíritu Santo á los que se digna escoger para sacerdotes suyos, esto es, dispensadores de los Sacramentos, ministros de la Religion, predicadores del Evangelio y pastores del pueblo cristiano. El *signo sensible* por el cual el Espíritu Santo realiza tantas maravillas en el alma del cristiano que es consagrado sacerdote, está en la imposicion de manos del Obispo sobre la cabeza del ordenado, y en otras conmovedoras ceremonias que se llaman en general *Ordenacion*.

Finalmente en el *Matrimonio*, nuestro Señor, lleno de solicitud por nuestra santificacion y felicidad en todos los estados de la vida, da á los esposos su Espíritu Santo para formar, legitimar y santificar su union, dándoles fuerzas para guardarse mútua fidelidad así como la castidad conyugal, y asistiéndoles en los penosísimos deberes que la vida comun y la educacion de los hijos les impondrán en lo venidero. El *signo sensible* que confiere la gracia de este Sacramento es el conjunto de ceremonias que constituyen la alianza de los esposos.

Los siete sacramentos de la Iglesia son, por lo tanto, *signos sensibles instituidos por Nuestro Señor Jesucristo para santificarnos*. Dos de ellos, á saber, el *Bautismo* y la *Penitencia*, están destinados á dar el Espíritu Santo y la gracia de Dios á los que no la tienen; el Bautismo da la vida al alma; la Penitencia se la restituye. Los cinco restantes, la *Con-*

firmacion, la *Eucaristía*, la *Extrema-uncion*, el *Órden* y el *Matrimonio*, no dan la vida espiritual, pero la desarrollan y aumentan: así pues para recibirlos dignamente es preciso hallarse en *estado de gracia*, es decir, no estar separado de Dios por ningun pecado mortal. Si alguno recibiese cualquiera de estos Sácramentos pesando sobre su conciencia un pecado mortal, no solamente no recibiria en su alma al Espíritu Santo, sino que cometeria un horrible sacrilegio y pisotearia los méritos de Jesucristo, orígen de toda la eficacia de los Sacramentos.

¡Ay del sacrílego! ¡ay del cristiano indigno que se atreve á comulgar, ó á recibir la confirmacion, ó á casarse en pecado mortal, sin haber obtenido antes por medio de una buena confesion el perdon de sus culpas! ¡El Hijo de Dios le espera para el dia del juicio, y en lugar de tesoros de misericordia no los encontrará sino de justicia!

¡Qué alegría, por el contrario, y qué inagotable manantial de consuelos para el verdadero cristiano que ve á su Dios siempre pronto á asistirle en sus desfallecimientos! Cada dia, á cada momento puede beber en abundancia en estas corrientes de la gracia, *cuyas aguas*, dice Jesucristo, *saltan hasta la vida eterna.*

El Bautismo.

Como acabamos de verlo, la religion cristiana tiene siete Sacramentos, esto es, siete cosas ó signos exteriores, escogidos por el mismo Jesucristo para santificar nuestras almas comunicándoles la divina gracia, socorriendo de este modo nuestras diferentes necesidades religiosas.

La vida del alma se puede comparar con la del cuerpo. Para que el cuerpo crezca, se desarrolle, se nutra y ejerza todas sus funciones, es ante todo preciso que nazca y viva, y así el nacimiento es el principio de la vida. Lo mismo sucede con el alma. Ante todo es indispensable que reciba la vida por medio de su union con Jesús; y si no recibe esta vida espiritual, no puede hacer actos cristianos, ni santificarse. El Bautismo es la ceremonia exterior instituida por Dios para darnos la vida del alma, para hacernos nacer espiritualmente y convertirnos en hijos de Dios y de su Iglesia. Por esta razon el Bautismo es llamado el primero y mas fundamental de los Sacramentos, sin el cual nadie es cristiano ni tiene parte con Jesucristo.

Para bautizar se toma agua, y derramándola en la cabeza del que se presenta para hacerse cristiano (sea hombre ó niño), se dice *en el mismo instante de derramar el agua:* «*Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*»

Para que el Bautismo sea válido es necesario que el agua que se emplea, sea natural, y que el bautizante pronuncie las sobredichas palabras al mismo tiempo de echar el agua.

En caso de necesidad, cualquiera puede y debe bautizar; hombre, mujer ó niño, poco importa; pero solo en caso de necesidad, es decir, cuando la criatura corre inminente peligro de muerte y no hay tiempo de esperar al sacerdote. Fuera de un caso de necesidad está prohibido á quien quiera que sea administrar el sacramento del Bautismo, porque el sacerdote, por razon de su sacerdocio, es el dispensador de los santos misterios y el ministro de la Religion.

Ordinariamente se bautiza en las iglesias, cerca de la puerta de entrada, para significar que por medio del bautismo el infante es admitido á entrar en la Iglesia, es decir, en la gran sociedad de los cristianos, servidores de Jesucristo é hijos de Dios. Antes de echar el agua y conferir el Sacramento, el sacerdote hace sobre el niño muchas ceremonias misteriosas y recita algunas oraciones dirigidas á implorar para el niño cristiano las divinas bendiciones, á arrojar al demonio, que lo tiene apartado de Jesucristo por el pecado original y á significar las gracias que va á recibir por el Bautismo. El niño, por boca de su padrino ó madrina, promete á Dios permanecerle fiel toda la vida, evitar el pecado cuanto le sea posible, y renunciar al

demonio, al vicio y á las obras malas, para seguir exclusivamente á Jesucristo su Salvador. El padrino y la madrina son como el padre y la madre del infante por lo que respecta á velar sobre su alma, y tienen un verdadero deber de trabajar asíduamente por su salvacion.

Despues de haber bautizado al niño, el sacerdote unge su cabeza con aceite consagrado, llamado crisma, que solo se emplea en los tres sacramentos del Bautismo, Confirmacion y Orden; pone asimismo en las manos del nuevo cristiano, ó mas bien en las de los padrinos, un cirio encendido, símbolo expresivo de lo que es y debe ser siempre un cristiano. En efecto, la luz consume y absorbe al cirio por completo, transformándole, por decirlo así, en luz; de la propia suerte por el Bautismo, Jesucristo es la vida y la luz vivificadora de los cristianos, que están en la tierra únicamente para consumirse en su amor y consagrarse por entero á su divino servicio. Si son fieles, serán admitidos á la luz y á los gozos eternos de Jesucristo en el cielo, como el cirio que,—al consumirse,— se convierte todo en luz.

El dia de nuestro Bautismo es el de nuestro verdadero nacimiento, del nacimiento á la verdadera vida. En efecto, no estamos destinados á vivir solamente en la tierra á la manera de bueyes y carneros que no tienen alma; sino que fuimos criados para la vida eterna, para conocer, amar y servir á

Dios con todo nuestro corazon durante la prueba de esta vida mortal, y de esta suerte alcanzar la patria del cielo, aquella bienaventuranza que nunca tendrá fin..

Es necesario que guardemos fielmente las sagradas promesas del Bautismo, y que seamos vigilantes y solícitos en hacerlas cumplir por los que dependan de nosotros. Hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, conservémonos dignos de la gracia que recibimos en el bautismo; y para ello, evitemos el pecado, resistamos á las tentaciones, seamos, asíduos en la oracion, frecuentemos la divina palabra, en especial los domingos y dias festivos, observemos los Mandamientos de la ley de Dios y los de la Iglesia; en una palabra, seamos dignos cristianos. Fuera de esto nada hay que sea verdaderamente bueno y grande en la tierra.

Confirmacion.

El *Bautismo* es el primer Sacramento de la religion cristiana; la *Confirmacion*, el segundo. La Confirmacion es al Bautismo lo que el desarrollo de la adolescencia y de la edad viril al simple nacimiento. Naciendo venimos á ser hombres; sin embargo, no somos todavía hombres en toda la extension de la palabra, es decir, capaces de hablar,

obrar, trabajar, y combatir. Solo cuando hemos crecido y adquirido las fuerzas y el desarrollo de la edad viril, somos hombres perfectos. Una cosa parecida sucede con nuestra alma, de la cual el cuerpo no es sino un símbolo y exterior imágen. Nuestra alma se une espiritualmente con Jesucristo por medio del Bautismo, entrando así en la vida segun Dios; pero le falta el sacramento de la Confirmacion para desarrollar y perfeccionar esta primera gracia y llegar á la perfeccion de la vida cristiana.

Esto no quiere decir que todos los confirmados sean perfectos. ¡Ay! ¡el demonio y la fragilidad humana nos hacen continuamente cruda guerra. Pero por la Confirmacion, el cristiano recibe de Dios las fuerzas necesarias para llegar á ser y conservarse siempre perfecto, esto es, santo.

Nuestro Señor nos concede esta asistencia una vez para siempre, por esta razon solo se recibe una vez en la vida el sacramento de la Confirmacion, el en que en los primeros siglos de la Iglesia se recibia por lo comun inmediatamente despues del Bautismo; ahora se acostumbra recibirla al llegar al uso de razon, ó á lo menos en la época de la primera comunion; y no sin motivo, porque entonces empiezan los combates serios de la vida y la lucha, con frecuencia terrible, de nuestras pasiones. Sin embargo, en cualquier edad se pueden recibir la Confirmacion y el Bautismo; pues nunca es demasiado tarde

para cumplir la voluntad de Dios. No obstante, el que por culpa suya no recibiere en tiempo conveniente el sacramento de la Confirmacion, comete un gravísimo pecado; y en no menor falta incurren el padre ó madre que impiden á sus hijos ser confirmados.

Los obispos únicamente recibieron de Jesucristo el poder de confirmar. Por la Confirmacion somos llamados á combatir valerosamente contra el demonio, el mundo y el pecado, y los prelados son los jefes del grande ejército de Dios, y los sacerdotes los capitanes que combaten bajo las órdenes del general. Para confirmar, el obispo, revestido de los hábitos pontificales, empieza implorando sobre los que se le presentan los siete dones del Espíritu Sánto, y recita antiguas y admirables oraciones. Luego se acercan todos por su turno, y el Obispo hace la señal de la cruz con el santo crisma sobre la frente del confirmando, señal que es la del triunfo de Jesucristo, diciendo: *Te señalo con el signo de la cruz, y te confirmo con el crisma de salud, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*. Tal es la fórmula sacramental que los Apóstoles transmitieron á los obispos sus sucesores. El Obispo da en seguida un ligero golpe en la mejilla del confirmado, diciéndole: *La paz sea contigo.* Habiendo recibido todos el Sacramento, el Obispo termina la ceremonia suplicando á Dios para sus nuevos soldados, la gracia de usar bien de las ar-

mas que acaba de proporcionarles el Sacramento, el Obispo termina la ceremonia suplicando á Dios, para sus nuevos soldados, la gracia de usar bien de las armas que acaba de proporcionarles el Sacramento, y da la bendicion solemne á toda la asamblea.

El dia de la Confirmacion puede tomarse un nuevo santo por patron de la nueva vida, en la cual nos ayudarán á perseverar sus ejemplos y su proteccion; y es una costumbre piadosa que debe recomendarse á todos los niños, la de tomar entónces el nombre de María para poner su perseverancia bajo la especial proteccion de la santísima é inmaculada Vírgen Madre de Dios.

¿Fuísteis bautizados y confirmados? combatid valerosamente contra los enemigos de vuestra salvacion, que lo son al mismo tiempo de vuestra felicidad. Practicad con energía y perseverancia todos los deberes de un cristiano, y alejad de vosotros toda debilidad, negligencia y respetos humanos. Acordaos de estas notables palabras del Salvador, tan consoladoras para los cristianos fieles, como terribles para los cobardes: *Si alguno se avergonzare de Mí delante de los hombres, tambien Yo me avergonzaré de él delante de mi Padre en el último dia. Y solo se salvará el que hubiere perseverado* HASTA EL FIN.

La Eucaristía.

La Eucaristía es el tercer sacramento de la religion cristiana. Si el Bautismo nos da la vida del alma, uniéndonos espiritualmente con Jesucristo, y la Confirmacion desarrolla y completa esta union vivificadora, la sagrada Eucaristía está destinada á conservarla y alimentarla.

La Eucaristía es un sacramento instituido, por Nuestro Señor Jesucristo, el que bajo las apariencias ó accidentes de pan y vino contiene al mismo adorable Salvador. En la vigilia de su pasion habiendo El tomado un poco de pan en sus santas y venerables manos, bendíjolo, y con su virtud omnipotente convirtiólo en su cuerpo y sangre, diciendo á sus Apóstoles al presentarles aquel misterioso manjar: *Tomad y comed todos de él; porque* ESTE ES MI CUERPO. Y cuando hubieron comulgado, tomó el cáliz, lo bendijo asimismo, y convirtiólo en su sangre preciosa, diciendo: *Tomad y bebed todos de él;* PORQUE ESTA ES MI SANGRE, *la sangre del nuevo y eterno testamento, que será derramada para vosotros y para muchos en remision de los pecados.* Despues dió á los Apóstoles, sus primeros sacerdotes, el mandato y la potestad de hacer lo mismo que Él acababa de practicar, esto es, de convertir el pan

y vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo: *Y vosotros*, añadió, *siempre que hiciéreis esto*, *hacedlo en memoria de Mí.*

Desde entonces los Apóstoles y sus legítimos sucesores, que son los obispos y los sacerdotes católicos, consagran cada dia al celebrar la misa el pan y el vino; y á este pan y vino, convertidos milagrosamente en el cuerpo y sangre del Señor, llamamos *Sacramento de la Eucaristía*, ó *santísimo Sacramento.*

Comulgar es recibir el sacramento de la Eucaristía, ó en otros términos, es recibir el cuerpo y sangre de Jesucristo, realmente presente, aunque oculto tras el velo de la sagrada hostia. Aunque este cuerpo es en realidad el mismo que en otro tiempo vivió sobre la tierra, no está en el mismo estado. En la Eucaristía está en *estado glorioso*, es decir, infinitamente distante de lo grosero del cuerpo natural y terrestre. Comulgar bien es recibir á Jesucristo con las disposiciones convenientes; comulgar mal es recibirlo con malas disposiciones; comulgar bien es hacer la accion mas grande, mas santa y mas sublime de que es capaz una criatura, porque es unirse con Dios mismo; comulgar mal es cometer un detestable sacrilegio, y, como Judas, hacer traicion á Jesucristo con un falso beso.

Para comulgar bien es indispensable estar *en gracia*, esto es, tener la conciencia libre de todo

pecado mortal, proponer firmemente ser buen cristiano, evitar el pecado y servir con fidelidad á Dios; debe uno prepararse para recibir la santa Comunion por medio de la oracion, de piadosas lecturas y recogimiento de espíritu y además estar en ayunas, esto es, no haber comido ni bebido nada desde la media noche, conforme así lo dispuso la Iglesia por respeto al santísimo Sacramento.

Estamos obligados, so pena de pecado mortal, á comulgar por lo menos una vez al año, por Pascua de Resurreccion, á lo que se llama comunmente *cumplir el precepto pascual.* Comulgar por primera vez, es hacer la primera comunion; habiendo fijado la costumbre, para este acto tan solemne, la edad de once, doce ó trece años. Pero la primera comunion no debe ser la última, como se figuran muchas personas ignorantes, que consideran la primera comunion como una especie de leva ó servidumbre, por la que es preciso pasar porque así lo exige la costumbre, y de la cual se vé uno libre para siempre al terminar la ceremonia. ¡Cómo si entonces se dejara ya de ser cristiano! ¡Cómo si despues de haberse alimentado una vez, fuese posible prescindir para siempre de todo alimento!

Son muy culpables ante Dios los padres que despues de la primera comunion de sus hijos los alejan de los sacramentos de Penitencia y Eucaristía; y raras veces dejan de ser castigados aun en este mundo con la mala conducta de los mismos.

Sucede con la Eucaristia, alimento de la vida del alma, lo que con el pan, alimento de la vida del cuerpo. El alimento no es la vida, pero es un sosten, y el que no quisiere comer, bien pronto dejaria de existir. De la misma manera, la sagrada Eucaristía no da la vida al alma, pero sostiene y nutre la que recibimos por el Bautismo; alimenta y estrecha nuestra union con Jesucristo, y dándonos así nuevas fuerzas para sostener los combates cotidianos, viene á ser para nosotros el medio y prenda segura de nuestra perseverancia. Por esto es una piadosa y excelente costumbre la de comulgar á menudo, cada quince dias, por ejemplo, ó mejor cada domingo, segun nos lo permitan los deberes de nuestro estado y los consejos del confesor.

Los primitivos cristianos comulgaban todos los dias; nunca lo harémos nosotros con demasiada frecuencia si comulgamos bien, lo que se consigue preparándonos con una buena confesion, y teniendo síncera voluntad de permanecer fieles á Dios.

Grandes prodigios podria referir aquí del augusto y adorable Sacramento de la Eucaristía, que resume todo el amor y todos los misterios de Dios; pero espero que lo dicho, aun con ser poco, bastará para renovar en cada uno de nosotros el deseo de atestiguar á Jesucristo, presente en el Sacramento, mas respeto, piedad y amor que hasta el presente.

Figuras proféticas de la Eucaristía.

Al cabo de cuarenta siglos de expectacion, Cristo, Hijo eterno de Dios, vino al mundo por el misterio de la Encarnacion; restituido al seno de su Padre despues de los treinta y tres años de su tránsito por la tierra, permanece entre nosotros hasta el fin de los siglos por el misterio no menos adorable de la Eucaristía. Esta resume, por decirlo así, y continúa la obra de la Encarnacion en la sucesion de los tiempos.

Desde el principio del mundo quiso Jesucristo que los Patriarcas y Profetas tuviesen conocimiento de la Eucaristía que un dia debia dar á los hombres, y para eso instituyó muchos signos y figuras proféticas de este sagrado misterio.

La primera de dichas figuras fué el *árbol de la vida*, plantado por el Señor en medio del paraíso terrenal. El paraíso representaba la Iglesia católica, y el *árbol de la vida* á Cristo, centro de la Iglesia y vida eterna de todos los fieles; y el fruto de aquel árbol misterioso figuraba la Eucaristía, pan de vida, destinado á alimentar en nosotros la fe, el amor de Dios y la santidad. Para conservarse puro, Adan debia comer con frecuencia del árbol de la vida, así como nosotros debemos recibir tambien muy á menudo la sagrada Eucaristía para conservarnos fieles á Dios y fuertes contra el demonio.

La segunda figura profética, fué el *sacrificio de Melquisedec y Abrahan.* Melquisedec, á quien la sagrada Escritura llama sacerdote del Altísimo y rey de Jerusalen, se presentó al santo Patriarca, y ofreció á Dios un singular sacrificio de pan y vino, desapareciendo luego despues. Melquisedec figuraba á Cristo, Rey del Cielo, acercándose al hombre por la Encarnacion, y ofreciendo por él, antes de volverse á la Jerusalen celestial, el sacrificio de la Eucaristía, bajo las especies ó accidentes de pan y vino. Abrahan es el cristiano fiel, el hombre de fé que adora á Jesucristo, Pontífice eterno, Víctima santa, sagrada Hostia inmolada en el Calvario por nuestra redencion, y que, por amor á nosotros permanece oculto en el silencio de nuestros tabernáculos.

El *Cordero pascual* es otra expresiva y conmovedora profecía del misterio de la sagrada Eucaristia. Jesús es el Cordero de Dios que, inmolado en la cruz por los pecados del mundo, alimenta con su propio cuerpo á Israel, es decir, á la Iglesia, á todos los fieles; porque por medio del sacrificio de la misa, Jesús renueva en nuestros altares el sacrificio de la cruz, y por medio de la santa Comunion aplica á cada cristiano los frutos de su inmolacion.

Pero, el *maná del desierto*, es acaso la mas hermosa y expresiva de todas las figuras proféticas. Este gran milagro duró cuarenta años consecuti-

vos, en cuyo espacio de tiempo, el pueblo de Dios, en número de mas de dos millones de hombres, recibió del cielo un alimento milagroso, un pan cotidiano, símbolo del verdadero Pan descendido del cielo, que es el mismo Jesucristo en el santísimo Sacramento. El maná fué conservado en un vaso de oro, en el arca de la alianza, y colocado en el lugar mas santo del templo de Jerusalen; así mismo es guardada con amor la Eucaristía en nuestras iglesias, en el secreto de nuestros santuarios, mil veces mas venerables que el *Sancta Sanctorum* de la antigua ley. Todos los dias en la santa misa desciende á la tierra el Pan celestial; cada fiel puede y debe alimentarse con él y adquirir de este modo las fuerzas necesarias para soportar santamente las fatigas del viaje y las incomodidades del desierto. ¡ Qué seria el mundo, ó gran Dios, si todos los cristianos, si todos los hombres comulgasen todos los dias! La tierra se convertiria en un paraíso!

Facil nos fuera añadir otras muchas figuras de la Eucaristía, consignadas en los santos Libros, y entre otras la del pan misterioso que un Angel trajo al profeta Elías, y que dió al hombre de Dios una fuerza divina para llegar, tras una no interrumpida marcha de cuarenta dias y cuarenta noches, al monte de Horeb, en donde vió la gloria del Señor.

Así es como Cristo, Salvador nuestro, nos anun-

ció durante cuarenta siglos, el mas precioso de todos los dones de su amor, el sacramento de la Eucaristía, que es el alimento de nuestras almas, el sostén de nuestra debilidad, nuestra alegría, fuerza y verdadera vida, la prenda de nuestra perseverancia y del bienhadado paraíso que nos aguarda despues de nuestra laboriosa peregrinacion.

Institucion de la Eucaristía.

En la noche del Jueves Santo, Nuestro Señor Jesucristo dió principio á su pasion, instituyendo la divina Eucaristía.

Hallábase en una casa de Jerusalen, celebrando la *Cena* con sus doce Apóstoles. Jesús, para darnos á todos ejemplo de obediencia, cumplia con sus discípulos los preceptos religiosos de Moisés. Él era el Señor de Moisés, y no obstante, obedecia humildemente para quitarnos todo pretexto de negligencia en el cumplimiento de nuestros deberes. Cuando hubo comido el cordero pascual, y antes de instituir el santísimo Sacramento, levantóse, tomó una palangana llena de agua, ciñóse los lomos con blanca tohalla, y arrodillándose á los piés de cada uno de los Apóstoles, lavóselos hu-

mildemente. Con esto quiso enseñarnos con qué perfecta pureza de conciencia debemos acercarnos á la santa mesa; con qué caridad debemos servirnos mútuamente; hasta que punto deben los superiores humillarse ante sus inferiores, por amor de Dios, mirándolos como hermanos y tratándolos con la mayor condescendencia.

Otra vez en pié el Señor, volvió á la mesa, rodeado de sus discípulos. Entonces tomó pan, y elevando los ojos al cielo, bendijolo, diciendo á sus Apóstoles: *Tomad y comed*, PORQUE ESTE ES MI CUERPO; tomó luego un cáliz, llenólo de vino, bendíjolo del mismo modo, y se lo presentó diciendo: *Tomad y bebed*, PORQUE ESTA ES MI SANGRE, *la sangre de la nueva y eterna alianza, que será derramada para vosotros en remision de los pecados.*

Con estas palabras omnipotentes, el Hijo de Dios, criador del mundo, convirtió el pan en su cuerpo, y el vino en su sangre, y dió á sus sacerdotes el poder y el mandato de *consagrar* la santísima Eucaristia, como Él acababa de hacerlo, y lo hacen todos los dias, en el altar, al celebrar el sacrificio de la misa. Por el poder de Dios, que les ha sido comunicado, consagran el pan y el vino en el verdadero cuerpo y sangre de Jesucristo; de tal suerte que en el altar no queda en sus manos sino la simple *apariencia* del pan y vino, que cubre y vela á nuestras miradas al mismo Jesucristo, el cual

está presente y vivo con todos sus misterios y con la eterna majestad de su gloria.

¿Cómo se hace esto? Es el secreto de Dios, impenetrable á los Angeles como á los hombras. Nosotros solo sabemos que esto es así, y nos basta. Nosotros creemos en la palabra de Dios, y creyéndola, obramos sensata y razonablemente. La Eucaristía es el misterio de la fé. «*Dichosos los que creyeren sin haber visto!*»

De la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la sagrada Eucaristía.

La Eucaristía es un sacramento ó signo exterior que contiene á Nuestro Señor Jesucristo vivo y oculto bajo las apariencias de pan y vino.

La Iglesia nos enseña que el pan y vino se han convertido entre las manos del sacerdote, durante la celebracion de la santa misa, en el cuerpo y sangre de Jesucristo; de suerte que, como hemos dicho mas arriba, despues de la consagracion, no queda en el altar ni pan ni vino, sino el mismo Jesucristo, velado por las simples *apariencias* de pan y de vino. A este pan misterioso, que es Jesucristo, llámanle los cristianos *Eucaristia* ó *santísimo Sacramento.*

¡Hé aquí por cierto una grande y admirable maravilla! ¡Hé aquí un profundo misterio! Pero es bien cierto que no háyamos sido inducidos á error? ¿Es cierto que Jesucristo está realmente presente en el santísimo Sacramento?

Sí, esta es la verdad, y para probarlo basta la divina palabra del mismo Salvador Jesús.

Cuanto mas impenetrable era este misterio, tanto mas el Hijo de Dios exigía de nuestra parte una fé completa y absoluta, y tanto mas claramente debia ilustrarnos. Y así lo hizo. Sus palabras, con respecto á la presencia real, son tan terminantes, claras y afirmativas, que en vano los protestantes, para eludir su fuerza, vienen haciendo 300 años há, todos los esfuerzos imaginables, pues la *evidencia* los aplasta.

Ábrase, en efecto, el Evangelio, y se verá que por dos veces habla Nuestro Señor Jesucristo de la Encaristía: la primera para *prometerla*, cerca de un año antes de su muerte; la segunda para *instituirla.*

La promesa es referida por el apóstol san Juan, en el capítulo VI de su Evangelio. Hallábase Nuestro Señor á orillas del mar de Galilea, y acababa de alimentar milagrosamente á cinco mil personas con cinco panes. Multiplicados en las manos de los Apóstoles que los iban distribuyendo al pueblo por órden de su Maestro, aquellos panes misteriosos eran la figura y como la profecía en accion de aquel

pan vivo, mucho mas misterioso todavía que los mismos Apóstoles y los sacerdotes, sucesores suyos, estarian encargados un dia de distribuir al pueblo cristiano. Llenos de admiracion á la vista de tamaño prodigio, los judíos decian entre sí: «Hé aquí verdaderamente el Mesías que esperamos.» «No busqueis, les dijo entonces el Señor, el alimento que pasa, sino aquel que dura hasta la vida eterna. Este alimento soy Yo, el Hijo del Hombre, que os le daré de parte de Dios mi Padre. Lo que Dios os pide, es que creais en Aquel que envió. Pero ya os he dicho: vosotros habeis presenciado mis milagros, y sin embargo, no creeis.»

Y como los judíos se dijesen que Moisés, su padre, les habia dado en otro tiempo el maná, milagro insigne que habia probado su divina mision: «En verdad, en verdad os digo, les respondió Jesús, Moisés no os dió el pan del cielo, sino que el que os da el verdadero pan del cielo es mi Padre. Porque el pan de Dios es aquel que ha descendido del cielo, y que da la vida al mundo.»

Pusiéronse á murmurar los judíos, como lo hacen todavía los protestantes y los incrédulos. Pero Jesús les dijo: «No murmureis entre vosotros. En verdad os declaro que aquel que cree en Mí tiene la vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; hé aquí el pan descendido del cielo, á fin de que el que lo coma, no muera. Yo soy el pan vivo venido

del cielo. El que come este pan vivirá eternamente; *y el pan que Yo daré es mi cuerpo, para la vida del mundo.*

Volvieron á murmurar los judíos: «¿Qué dice? ¿cómo podrá darnos á comer su cuerpo?» Y no querian creerle.

Pero Jesucristo afirma con nueva fuerza que les dará un pan que será su propio cuerpo y sangre, un pan que será Él mismo, y que será preciso comer este pan vivo para ser contado en el número de sus discípulos.

Y en cierto modo se lo ratifica con juramento: «*En verdad, en verdad os digo*, si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis la vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna; y Yo le resucitaré en el último dia. Porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mí, y Yo en él. Este es el pan bajado del cielo; el que lo coma vivirá eternamente.»

Era imposible hablar con mayor claridad. Con todo, muchos de los que le escuchaban permanecieron incrédulos. «¡Es absurdo!» exclamaron: «¿quién puede creer discursos semejantes?» y abandonaron á Jesús como los pobres protestantes que del mismo modo se niegan á creer en la presencia real de Jesucristo en el pan eucarístico, y se han

dejado separar de Él por Lutero, Calvino y algunos otros sediciosos llenos de vanidad y orgullo.

Jesús no se turba por esta defeccion. Aunque Dios ama infinitamente al hombre, no tiene necesidad de él, y no pretende arrancarle por fuerza sus homenajes. Volvióse, pues, Jesús á los Apóstoles: «Y vosotros, les dijo con tristeza, ¿tambien vosotros os quereis ir?»

Entonces fue cuando san Pedro, arrojándose á sus piés, dejó escapar de sus lábios, ó mas bien de su corazon, aquellas palabras llenas de fe, obediencia y amor, repetidas despues por todas las generaciones católicas: «¡Ah, Señor! ¿á quién iríamos pues? ¿No teneis acaso palabras de vida eterna? Nosotros creemos, y sabemos que Vos sois el Cristo, Hijo de Dios!»

Sin duda que lo dicho hasta aquí es bastante para convencer á todo hombre de espíritu recto y corazon sincero, y no obstante la segunda palabra de Jesucristo relativa á la institucion de la Eucaristía es quizá mas precisa que la de la promesa.

El Jueves Santo, vigilia de la pasion, el Salvador comió el cordero pascual con los Apóstoles. Acabada la cena, se levanta, toma pan en sus divinas y venerables manos, y con los ojos levantados al cielo lo bendice, lo divide en doce porciones, lo presenta á los Apóstoles y les dice: *Tomad y comed todos*, PORQUE ESTE ES MI CUERPO. De la misma ma-

nera toma un cáliz, lo llena de vino, lo bendice y lo presenta á sus discípulos, diciéndoles: *Tomad y bebed todos,* PORQUE ESTE ES EL CALIZ DE MI SANGRE, *de la sangre de la nueva y eterna alianza* (misterio de fe), *que será derramada en remision de los pecados.*

Añade además aquellas otras sublimes palabras que dieron á los Apóstoles y á sus sucesores (los obispos y sacerdotes católicos) el poder y el mandato de hacer lo mismo que Jesucristo acababa de ejecutar, esto es, consagrar ó convertir el pan en su cuerpo y el vino en su sangre: «Y vosotros, cada vez que hiciéreis lo que Yo acabo de hacer, hacedlo en memoria de Mí.»

¿No es esto muy claro? *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre.* Y ¿es posible, despues de tan categórica asercion de Jesucristo, que haya cristianos que se atrevan á decir que el cuerpo de Jesucristo no está realmente presente en la Eucaristía? Esto es, sin embargo, lo que pretenden todos los protestantes.

En Alemania existe un cuadro que es una demostracion patente de esta verdad, y que es suficiente para confundir á los protestantes. Nuestro Señor está representado en medio de Lutero y Calvino, los dos principales jefes de los protestantes. Lutero pretende que en el santísimo Sacramento hay á un mismo tiempo pan y Jesucristo: Calvino,

mas impudente y franco, dice que no hay tal, y que el pan es solo un símbolo del cuerpo de Jesucristo. (¡Como si un pedazo de pan pudiese ser símbolo y figura de un cuerpo vivo!) Cada uno de los tres personages presenta el pan eucarístico, leyéndose debajo de cada uno de ellos las siguientes inscripciones: Debajo de Calvino: *Este no es mi cuerpo, sino solamente la figura de mi cuerpo*. Debajo de Lutero: *Esto es pan y mi cuerpo*. Y debajo de nuestro Señor: *Este es mi cuerpo*. Luego debajo de los tres: *¿Quién tiene razon?*

En cuanto á mí, me pongo de parte de Dios, no lo tomen á mal Lutero, Calvino y los demás, y digo altamente con la Iglesia católica reunida en el Concilio de Trento: «Yo creo y sé que Jesucristo está realmente presente en el santísimo Sacramento de la Eucaristia. El que cree otra cosa, no es cristiano.»

Del Santísimo Sacramento.

Digamos una palabra mas sobre aquel divino objeto que es el centro de toda la Religion cristiana y el manantial de toda nuestra piedad.

Desde los Apóstoles siempre se habia enseñado

y creido por los cristianos, que en la sagrada Eucaristía está presente el verdadero cuerpo de Jesucristo, oculto bajo los accidentes de la hostia consagrada. Pero trescientos años há se levantaron, primero en Alemania, luego en Suiza y despues en Francia, algunos hombres que se rebelaron contra la unánime creencia de quince siglos de cristianismo, y con inaudito descaro declararon que ellos solos tenian mas luces que los grandes doctores de la antigüedad cristiana, y que en la Eucaristía no habia el cuerpo del Señor. Por lo demás, no aducian prueba ni razonamiento alguno en apoyo de su nueva doctrina; sino que decian y creian esto porque así se les antojaba, y era preciso creerles porque tal era su voluntad, y llamaban á esto *libertad de pensar*.

Pero el sol no desaparece porque á un insensato se le ocurra negar su existencia; y las blasfemias de los protestantes no mudaron por cierto la institucion divina.

Porque Jesús fuese ultrajado y desconocido, burlado y crucificado el dia de su pasion, no era por esto menos verdadero Dios; y aunque ultrajado y desconocido por los protestantes, blasfemado y pisoteado el santísimo Sacramento, no deja de ser el cuerpo adorable del Señor. Jesús calla y lo sufre todo desde el tabernáculo, como callaba y lo sufria todo delante de Caifás, de Herodes y pendiente en la cruz. «Sal del tabernáculo, baja del altar y cree-

rémos en Tí», dicen á Jesús, velado en el santísimo Sacramento, los protestantes y demás incrédulos. «Si eres el Hijo de Dios, el rey de Israel, baja de la cruz, y creerémos en Tí», blasfemaban ya en el Calvario los fariseos.

El protestante que no cree en la presencia de Jesús únicamente porque no puede comprender el misterio, y porque le place rechazarlo, se parece á aquel fariseo que negaba que Jesús fuese Dios, porque no podia comprender como podia Dios hacerse hombre.

Los Apóstoles y fieles discípulos creian en la divinidad de Jesús, aunquè no se manifestara exteriormente, solo porque Jesús afirmaba con autoridad divina que Él era verdadero Dios, y porque confirmaba en seguida sus palabras con milagros. Hijos nosotros de los Apóstoles y de aquellos primeros fieles, creemos como ellos en la palabra infalible de Jesús, que sabemos es el verdadero Dios, y cuando le oimos decir: ESTE ES MI CUERPO, creemos humildemente que bajo la *apariencia* del pan, está realmente presente el cuerpo de nuestro Señor, el cuerpo de Dios hecho hombre; lo creemos sin comprenderlo ni verlo, y somos de los que el mismo Jesús proclama bienaventurados al decir á santo Tomás: «Porque viste, Tomás, creiste; bienaventurados los que no vieron y creyeron.»

El buen sentido, mejor que las eruditas controversias, es el que debe cortar sobre este punto to-

das las dificultades. Jesús, Hijo eterno de Dios, dijo al presentar con amor la hostia misteriosa: *Este es mi cuerpo*. El ministro protestante, cualquiera que sea la secta á que pertenezca, dice con furor de esta misma hostia: *Esto no es el cuerpo de Jesucristo.* ¿A cuál de los dos debemos creer?... Y aquel que se atreve á decir lo contrario absolutamente de lo que dice Cristo, ¿puede ser ministro de Cristo?

Ahora bien, ¿qué es lo que enseña sobre el particular la Iglesia católica? Desde san Pedro y los Apóstoles enseña simplemente lo que proclamó Jesús en la santa Cena. Dice que la Eucaristía es el cuerpo de Jesús, verdadero Dios y hombre; que por este misterio de amor continúa habitando en medio de nosotros, como un padre en medio de su familia, como un rey en medio de sus súbditos, como un buen pastor en medio de su rebaño. Enseña que la Eucaristía es un misterio divino é incomprensible, como incomprensible y divino es el misterio de la Encarnacion. Condena y compadece al mismo tiempo á los infelices extraviados que prefieren creer antes en los caprichos de su débil razon que en la inmutable palabra de Dios.

El primer sacrílego que insultó la Eucaristía fue el impío Judas, y de este desgraciado se dijo: «Mas le valiera no haber nacido.» Cuando vemos que los ministros protestantes toman á pechos destruir en el corazon de los cristianos la fe en el santísimo

Sacramento, en el misterio que nos descubre mas prácticamente el amor infinito de Jesús hácia nuestras almas, sentimos una dolorosa indignacion contra su deplorable ministerio, y nos inspiran el mismo sentimiento de dolor y compasion que rebosó del corazon de Jesús en el huerto de las Olivas al hallarse cara á cara con el que fue el primero en despreciar la Eucaristía: *Amice, ad quid venisti?* «Amigo mio, ¿á qué has venido? ¿qué haces?»

La Penitencia.

El sacramento de la Penitencia es como la medicina del alma, y, para decirlo sin rodeos, esta es precisamente la razon porque desagrada á muchos. Nuestra pobre alma, llena de miserias á consecuencia del pecado original, y atraida incesantemente al mal por el demonio, sucumbe á veces en esta lucha formidable, pierde la gracia al separarse de Jesucristo por el pecado, y caeria en la desesperacion y en el infierno, sin la misericordia de Dios. El sacramento de la Penitencia es el mas grande testimonio de esta misericordia sin término ni medida.

Hemos dicho que el Bautismo nos une con Jesucristo, y nos da la vida del alma; que la Confirmacion perfecciona dicha union, y que la Eucaristía

la conserva: la Penitencia es la destinada á repararla y restablecerla cuando ha llegado á disminuirse ó aniquilarse. Dicha union es simplemente disminuida y debilitada por el pecado venial ó menos grave, y aniquilada por el pecado mortal. Cuando hemos tenido la desgracia de pecar gravemente, no debemos desanimarnos, sino recurrir al remedio que, llevado de su amor, ha depositado el dulce Salvador en las manos de sus sacerdotes. Este remedio es el sacramento de la Penitencia, es decir, el perdon que el ministro de Jesucristo da en nombre de Dios al pecador penitente, despues de la confesion ó declaracion que hace este de todas sus faltas. Jesucristo instituyó este grande Sacramento el mismo dia de Pascua, cuando dijo á los Apóstoles, á los cuales se habia aparecido resucitado: *Recibid el Espíritu Santo. Como mi Padre me envió, así os envio Yo á vosotros. Aquellos á quienes les perdonáreis los pecados, perdonados les serán; y á aquellos á quienes se los retuviéreis, les serán retenidos.* Desde entonces los cristianos van á confesar sus pecados con los sacerdotes, sucesores de los Apóstoles, y reciben la absolucion de los mismos, esto es, el perdon en nombre de Jesucristo y por los méritos de su cruz. Los protestantes no quieren oir hablar de confesion, y pretenden que no fue instituida por Jesucristo. Pero las palabras del Salvador son claras y formales, y mil ochocientos años hace han sido siempre entendidas y practica-

das como hoy dia las entiende y practica la Iglesia católica.

El verdadero motivo que hace rechazar la confesion, es el orgullo, que se avergüenza de confesar su falta, y que, no teniendo el espíritu de fe, no conoce la gravedad del pecado y la excelencia del estado de gracia. ¡Desgraciados! ¡cuán amargos remordimientos, qué eterna desesperacion si llegan á morir en tan malas disposiciones!

El sacramento de la Penitencia es un juicio: el sacerdote, representante y ministro de Jesucristo, es el juez; por tanto está sentado como en un tribunal. El culpable es su propio acusador; preséntase ante su juez en la humilde postura que conviene á un pecador, de rodillas, con la cabeza descubierta; y despues de haber recibido la bendicion del sacerdote, que, si bien es verdad que es juez, es asimismo padre y consolador, se acusa de sus pecados y se excita al arrepentimiento. Si el sacerdote encuentra á esta alma bastante bien dispuesta, le remite ó perdona los pecados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y le impone una penitencia, que consiste en alguna obra de piedad destinada á satisfacer la justicia de Dios; pero si ve que no tiene la conveniente disposicion, le da simplemente la bendicion, diciéndole que vuelva otra vez mejor preparado, á fin de que pueda recibir la absolucion. Esto es la que perdona el pecado; sin ella no hay sacramento de Pe-

nitencia propiamente dicho, porque la confesion y el dolor ó arrepentimiento no son sino una preparacion necesaria.

Bueno es saber que la misericordia de Dios suple nuestra buena voluntad, cuando nos arrepentimos de nuestros pecados, deseando confesarnos, pero estando impedidos absolutamente de hacerlo, por ejemplo, en un naufragio, en una batalla, en un viaje, en un accidente imprevisto, cuando no hay un sacerdote presente, y nos amenaza un peligro de muerte. Es necesario entonces recurrir con confianza al buen Jesús, que nos ha amado tanto que se dignó morir por nosotros en la cruz; hacer de todo corazon y lo mejor posible actos de contricion y amor; prometer á Dios confesarse á la mayor brevedad si se tiene la suerte de escapar del peligro; y desde entonces podemos muy bien esperar que nuestros pecados son perdonados. Mas para el que *puede* confesarse no hay otro medio que le restituya á la gracia de Dios, y el arrepentimiento no puede ser eficaz sin el Sacramento del perdon instituido por Jesucristo.

Bajo pena de pecado mortal hay obligacion de confesarse á lo menos una vez al año, por Pascua; pero es bueno en sumo grado confesarse con mayor frecuencia, pues á proporcion que uno se lava mas, está mas limpio. Creedme; si no teneis las cuentas arregladas con Dios, y sobre todo si habeis envejecido en el pecado, revestíos de valor, id á encon-

trar un buen sacerdote, decidle que deseais confesaros, y que le suplicais os ayude á salir de las dificultades que teneis en ello. Estad seguro que no os arrepentiréis de haber seguido mi consejo.

Los dos tribunales.

Entre las verdades cristianas hay una que el buen sentido nos revela, á la par que la fe: esta es que un dia ú otro hemos de morir y parecer delante de Dios, quien, siendo la misma justicia no puede dejar el mal sin castigo ni el bien sin recompensa.

Lo que hace formidable á todos el pensamiento de la muerte y del juicio de Dios es que todos somos pecadores, grandes pecadores no pocas veces, y que en el fondo el mejor de nosotros no es sino el menos malo. Y ¿qué no tiene que temer un pecador de una justicia infinita?

Háse visto á los hombres mas justos temblar al acercarse aquel momento supremo en que iban á ser juzgados y del cual pendia su eternidad. Uno de los mas ricos y brillantes oficiales de la corte de los emperadores romanos, por nombre Arsenio, habia renunciado, siendo muy jóven aun, á las esperanzas del mundo para mejor servir al Señor y prepararse una sentencia favorable; y no obstante, estando para morir, viósele llorar y temblar de

piés á cabeza. «¿Pues que, Padre mio, preguntóle uno de los religiosos que le asistian, hasta vos temeis los juicios de Dios, despues de setenta años de penitencia?»—Sí, hijo mio, respondió el santo anciano; sí, tiemblo. ¿Qué son todas nuestras justificaciones en presencia de la Justicia infinita? Temo no haber merecido misericordia. Espero, pero temo; espero en la bondad, pero temo la justicia.»

Si tales fueron los sentimientos de los mas grandes Santos, ¿cuáles no deben ser los nuestros pobres miserables que desde la infancia venimos cometiendo multitud de pecados de toda especie, sin que jamás hayamos hecho séria penitencia? Qué dirémos al comparecer ante el tribunal de un Dios tres veces santo, cuando se ofrecerán á nuestros espantados ojos, como otros tantos acusadores, todos nuestros pensamientos, palabras, obras y negligencias? Levantaránse contra nosotros todos los años, todas las horas, todos los minutos de nuestra vida; aunque los teníamos olvidados, vivian en la presencia de Dios, y serán nuestra sentencia... y desgraciados de nosotros si salimos condenados.

Pero entonces ¿qué será de nosotros? porque todos somos pecadores, y en el tribunal de la divina Justicia no podemos esperar sino una sentencia de condenacion, y condenacion eterna.

Esta conclusion rigurosa é inevitable seria verdaderamente desesperante, si al tribunal de inflexible justicia no hubiese Jesús, Salvador del mun-

do, opuesto en la tierra otro tribunal todo misericordia y esperanza. Es verdad que tambien es el tribunal y el juicio de Dios, pero tambien lo es que es el tribunal y el juicio de Dios *Redentor*. Él nos deja la eleccion entre los dos tribunales, y el que se presenta voluntariamente para ser juzgado aquí abajo, tiene la promesa infalible de Dios de que no será juzgado sino con misericordia en la eternidad.

Este tribunal de misericordia lo conoceis desde la infancia: es EL TRIBUNAL DE LA PENITENCIA. El juez establecido por Jesucristo para pronunciar la sentencia es el sacerdote, ministro de Dios; y hé aquí el rasgo mas admirable que pone de manifiesto hasta donde llega la condescendencia del Buen Pastor para con su descarriada oveja.

En efecto, ¿quién es este sacerdote á quien Cristo tiene confiada la mision de juzgarnos? No es un Ángel impecable, sino un hombre semejante á nosotros, que conoce por experiencia la fragilidad y las miserias humanas; que tiene necesidad á su vez de perdon y de piedad, y que recurre tambien al ministerio de otro sacerdote para alcanzar la remision de sus pecados. ¿Puede ser temible un juez de esta naturaleza, y no estamos seguros de antemano de encontrar en él conmiseracion?

Además, podemos escoger entre mil, podemos dirigirnos al sacerdote que nos inspire mas simpatía y confianza, y gracias á la Providencia de Dios, el país en que vivimos ofrece sobre el particular

todas las facilidades posibles. Si aunque fuese necesario andar cien leguas para salvar nuestra alma reconciliándonos con el Señor, deberian tenerse en nada las pasajeras fatigas de un viaje hecho para comprar la felicidad eterna; ¿qué dirémos de nuestra apatía cuando el sacerdote está á nuestras puertas, siempre pronto, como su divino Maestro, á recibir el pecador? ¿No es pisotear todo sentimiento cristiano y toda sombra de buen sentido el no recurrir á un remedio tan fácil?

Tanto mas cuanto que, gracias á las condiciones de este primer juicio, desaparece cási del todo el rubor causado por la confesion ó declaracion de las faltas. ¿Quién no sabe que cierra los labios del sacerdote la ley del mas inviolable secreto, y que ni aun la misma muerte le hará faltar á ella? Solo la ciega rabia de la impiedad, unida á la mas ridícula ignorancia, pudo hacer, en periódicos y en detestables romances, acusaciones tan odiosas como destituidas de todo fundamento que aun hoy encuentran por desgracia crédulos entre el pueblo.

Y no solo es secreto el juicio, sino que el único acusador que hay es el mismo pecador que conoce ya sus faltas. Podríamos añadir que el sacerdote las conoce tambien anticipadamente, porque todos los hombres son parecidos, y cualquiera que sea la materia de nuestras acusaciones es cási seguro que el confesor habrá oido peores todavía. Cuando se ha terminado la acusacion, el juez pesa su senten-

cia; y si el acusado se arrepiente de veras, dicha sentencia lo es infaliblemente de perdon. Entonces, ¡qué gozo tan puro! ¡qué admirable paz inunda el corazon del pecador que ha vuelto á levantarse! De nuevo es amigo de Dios; ha oido pronunciar sobre sí una sentencia de absolucion que Dios se comprometió á ratificar en el cielo, cuando dijo á sus sacerdotes: «Todo lo que desatáreis sobre la tierra, desatado será en los cielos, y á aquellos que les perdonáreis los pecados, perdonados les serán.»

En fin, y este es otro rasgo de la divina misericordia en la institucion del tribunal de la Penitencia, podemos recurrir á la absolucion, no una vez sola durante el curso de nuestra vida (lo cual seria ya una gracia inapreciable), sino cien, mil veces, siempre. La misma debilidad humana no debe ya hacernos temblar, y con tal que estemos sinceramente arrepentidos de la vida pasada y tengamos un propósito firme y sincero para en adelante, estamos seguros de encontrar siempre el perdon y la vida.

Animo, pues; convirtámonos á Dios, confesemos humildemente y con gozo nuestros pecados á su ministro; evitemos á toda costa el juicio de la divina Justicia, y desviemos de nuestras cabezas la sentencia de reprobacion que sobre ellas pesa. Puesto que no podemos escapar del Tribunal de Dios, miremos por nuestro propio bien, prefiriendo la misericordia á la justicia, la confesion al infierno.

Dificultades sobre la Confesion.

Generalmente no agrada el confesarse, lo cual nada tiene de extraño. Porque, como hemos observado antes, ordinariamente no gustan las medicinas; y, por consiguiente, siendo la confesion el remedio de la grande y universal enfermedad que se llama *pecado*, seria extraño que no fuese amarga y desagradable.

Así es que, aun despues de habernos convencido de la divina institucion de la Confesion; despues de haberos mostrado no solo su utilidad, sino su absoluta necesidad para obtener el perdon de los pecados y salvar el alma; os oigo murmurar por lo bajo: «¡Ir á confesarme! ésto era bueno cuando niño é iba á la escuela; pero ahora!...

¡Bien, y qué! ¿ahora? ¿Es decir, que no teneis alma ahora? ¿Os la dejásteis en la escuela? Si teníais necesidad de confesaros cuando érais jóven, y que apenas empezaban á haceros guerra las pasiones, ¿no la teneis mucho mayor ahora que se han hecho fuertes y violentas? ¿Abandona por ventura las armas, cuando llega la hora de la batalla, el soldado que las tomaba para el ejercicio? No veo mas diferencia entre el niño y el hombre, por lo que toca á la confesion, que la de que el hombre la necesita mucho mas que el niño.

Hay necesidad de confesarse cualquiera que sea la edad, porque en toda edad hay obligacion de obedecer la ley de Dios promulgada por la Iglesia católica. Ahora bien, la ley de Dios manda confesarse á todo hombre, sin excepcion, capaz de pecar. En cualquiera edad es necesario confesarse, ya que en cualquier edad se cometen pecados, y se puede morir, y ya que solo la confesion es el remedio divino que borra el pecado y dispone al alma á comparecer ante Dios.

Pero ¡es tan fastidioso eso de confesarse!

¡Ah! sí; pero si no te digo que vayas para divertirte!

No siempre es agradable lo bueno y útil. Como te decia poco há, no le gusta al enfermo la medicina, y sin embargo la toma para curarse. En general, el deber no es agradable, pero es bueno, útil y necesario; y siempre debe estarle subordinado el *placer*.

Lo mismo acontece con la confesion: es un remedio y un deber. Deber penoso, pero útil é indispensable; remedio desagradable, y tanto mas desagradable cuanta mayor necesidad hay de él; pero remedio no menos necesario que eficaz.

Y por otra parte, seas imparcial; ¿á quién darémos la culpa? ¿Por qué pecas? Si no pecases, si no hubieses ocasionado á tu alma la enfermedad mortal del pecado, no tendrias necesidad de este remedio que tanto te disgusta. Amigo mio, quien tal

hizo, que tal pague; y puesto que has cometido pecados, es necesario que vayas á confesarte.

Pero no los he cometido en mayor número que los demás.

No te digo que seas mas culpable que los demás; pero sí que, ya que pecaste como los demás, es necesario que vayas á confesarte como ellos.

Pero los demás no van.

Si no van, tanto peor para ellos: deben ir. Si me arrojo en un pozo, ¿me seguirás tú? ¿Verdad que cuando te encuentras enfermo, haces llamar pronto al médico? Y sin embargo hay algunos que no le hacen llamar y mueren á causa de su negligencia; hacen mal, y tú haces bien no imitándolos. Procura, pues, hacer por tu alma tanto á lo menos como por el cuerpo. Los *demás* deberian confesarse, y puesto que ¡la ley de Jesucristo es general; si no se confiesan, nada importa: obra tú mejor que ellos; haz lo que no tienen el valor de hacer, y confiésate.

Pero cási no sabré qué decir al sacerdote; pues no he asesinado, ni robado; y todos me conocen por un hombre de bien.

Pero si no has de acusarte de ser hombre de bien, como tampoco de haber robado ó asesinado: acúsate de lo restante, y estés seguro que *hay de qué*. Has mirado con negligencia mil deberes importantísimos, empezando por todos los de la vida cristiana; mil veces has roto el contrato de alianza que

firmastes con Dios en el dia del bautismo. Abre un poco el *devocionario*, ó simplemente el *Catecismo*, y recorriendo el *Exámen de conciencia* verás como, sin saberlo, llevas encima una pesada carga.

Y es preciso la depongas, amigo mio: con este bagaje no entrarás en el cielo; ¿qué digo? ni aun en el purgatorio; y si te pillan con él, estás perdido. Á la policía de allá arriba nadie la engaña.

Pero no sé á quién dirigirme. No conozco á ninguno de esos señores.

Pues ¿y tu cura-párroco?

No me gusta, y por otra parte no quiero que mi confesor me conozca, porque formaria mala opinion de mí.

¿Cómo? de tí, que apenas tendrias qué decirle?... Y despues, ¿por qué no te gusta? No es acaso el ministro de Dios y tu padre en la fe? Y sobre todo, no es el amigo mas generoso y mas desinteresado de los pobres? La repugnancia que sientes es injusta y te invito á desprenderte de ella. Pero en fin, si tan fuerte es, vé con el sacerdote que merezca tu confianza. Escógele de entre los que aman mas á los pobres. Gracias á Dios, no faltan buenos sacerdotes que tú conoces.

Abandono, pues, de una vez para siempre, el pensamiento de que el confesor desprecia á los penitentes, cuando le descubren grandes faltas; porque semejante suposicion es del todo falsa. El confesor es el hombre de la misericordia y del perdon;

compadece al pecador, y nada mas; ámale sobre todo; consuélale, anímale y perdónale las faltas en nombre de Jesucristo... Conoce demasiado la debilidad humana para que te desprecie á tí ni á nadie.

Pero he cometido tan grandes pecados!

No tan grandes como la bondad de Dios. Dios lo perdona todo y siempre, luego que nos arrepentimos del fondo del corazon; y á sus sacerdotes les legó el mismo poder ilimitado de misericordia. «TODO *lo que desatáreis sobre la tierra, quedará desatado en los cielos.*»

Confiésate, pues, mi querido amigo, si desgraciadamente has abandonado la práctica de la ley de Dios: no te contentes con ser hombre de bien, porque á Dios no le basta esto, y exige mas de tí. Seas un buen cristiano, un verdadero católico; que es el único medio de vivir en paz, de ser feliz, de tener el alma tranquila y satisfecha. BIENAVENTURADOS, escrito está en el Evangelio, *Bienaventurados los limpios de corazon.*

La válvula de seguridad.

Una actriz de una gran ciudad protestante tenia una hija de once ó doce años. A pesar de que la madre era muy descuidada y negligente en el cumplimiento de sus deberes cristianos, se acordó sin

embargo de que era católica, y quiso que su hija hiciese la primera comunion, y la hiciese de una manera conforme. Condújola en consecuencia á casa del cura M..., uno de los mas inteligentes y caritativos sacerdotes de la ciudad, suplicándole que tuviese á bien instruir y preparar á su tierna hija. El sacerdote la recibió con una bondad que le causó una viva impresion, y convinieron que de allí á pocos dias empezarian las lecciones de catecismo en presencia de la madre.

Algunos dias despues de esta primera entrevista, al volver M... de visitar á un pobre enfermo, pasó por la calle en donde vivia su jóven educanda, llamó á la puerta que no estaba acostumbrada á visitas de aquel género, y vino á abrir una doncella. El sacerdote dió su nombre, y la doncella le rogó que entrara, diciéndole que su señora habia dado órden de introducir al señor cura siempre que se presentara.

Esta buena mujer lo habia entendido al pié de la letra, y condujo al cura M... á la presencia de la señora, que á la sazon se encontraba en la mesa haciendo una francachela con una docena de amigos y amigas. El pobre cura hallóse muy contrariado, y lo mismo los comensales; quiso retirarse, excusóse por la obediencia poco discreta de la doncella: pero la dueña de la casa insistió con tanta fuerza en que tuviese la bondad de quedarse un rato, y le dijo palabras tan lisonjeras en nombre

de todos los asistentes, que se vió obligado á quedarse y tomar asiento. La niña estaba en la mesa entre su madre y otra actriz que al parecer contaba unos veinte y tres ó veinte y cuatro años.

El cura M..., hombre animoso y de vivo ingenio, no era de los que temen á los pecadores. Comprendió que en aquella mesa, en medio de tan extraña compañía, habia algun bien que hacer, y que no sin motivo le habia llevado la Providencia á semejante lugar. Contestó, pues, lo mejor que supo á las galanterías de que fue objeto, y pronto se conquistó las simpatías de todos los convidados.

No sabiendo de qué hablar, entró en conversacion con la niña, y le preguntó si se preparaba para hacer bien la primera comunion. «Sí, señor, con todo mi corazon, respondió. Pero ahí tiene V. una señora, añadió señalando á la actriz que tenia al lado, que tendria algo que decirle, pero que no se atreve.» Sonrojóse la actriz, y confesó con algun embarazo que desearia mucho dar á la niña el vestido blanco para la primera comunion. «Es un buen pensamiento, replicó el cura, pero aun habria otra cosa mejor, señora, y seria que imitara á la buena niña cumpliendo, como ella, sus deberes religiosos.» Sonrojóse aun mas la pobre actriz. «Desgraciadamente no puedo, dijo; no tengo otro medio de ganarme el pan que mi profesion, la cual me impide las prácticas religiosas; y además, todavía no he hecho la primera comunion. Al presente soy de-

masiado vieja para efectuarlo.»—«Nunca se tiene demasiada edad para volver á Dios, respondió con dulzura el buen sacerdote; y á vuestra edad, no es imposible abandonar una profesion para tomar otra mejor y mas cristiana.

«—A fe mia que tiene razon el señor cura, dijo riendo un actor; y deberia V. confesarse.» La actriz no respondió nada, y la conversacion se hizo muy pronto general; hiciéronse preguntas al sacerdote sobre la confesion y la posicion de los actores con relacion á la Iglesia: respondíase con viveza y animacion por una y otra parte, pero sin acritud.

Acabada la comida, levantáronse todos de la mesa y se dirigieron á las ventanas que tenia el salon con vistas á un magnífico lago, cuando acertó á pasar un barco de vapor. «Miren Vds., señores, dijo el cura M..., hé aquí una cosa que va á hacerles comprender perfectamente para que sirve la confesion. Vds. ven este barco de vapor. Una fuerza poderosa pone en movimiento la máquina y lo hace avanzar rápidamente; pero esta misma fuerza es un peligro, un principio cierto de explosion y de destruccion sin lo que se llama *la válvula de seguridad*. Por esta válvula se escapa el exceso de vapor, y así están en seguridad el barco y los viajeros. Lo mismo sucede en nosotros: nosotros tenemos tambien unas fuerzas poderosas que son las pasiones; esas fuerzas ó pasiones, necesitan de una válvula ó abertura sin la cual estamos perdidos.

¡Pues bien! esta válvula es la confesion, ó sea la santa y pura confidencia que Dios nos ha dado para solaz del corazon, para consuelo y purificacion de la conciencia. De ahí es que en los países protestantes ó infieles, en donde no es conocida la confesion, se observan muchas mas enajenaciones mentales, muchos mas suicidios, muchos mas accidentes morales que en los países en que la gente se confiesa.» Y el cura desarrolló esta tésis con tanta fuerza cómo ciencia, apoyándola con numerosos ejemplos.

Despidióse por fin de la compañía, que estaba prendada tanto de su ingenio como de su bondad. La jóven actriz le acompañó hasta la puerta. «Seguid, pues, al señor cura hasta á la iglesia, díjole uno de los actores; é id á confesaros en seguida. Os probará.»—«No digo que no, replicó con seriedad la jóven, y no veo quien podría impedírmelo.» Y saliendo con el sacerdote le acompañó hasta la puerta de entrada. Al encontrarse á solas con él, exclamó con voz sofocada por los sollozos: «Señor cura, V. me ha salvado. La Providencia le ha enviado por mí á esta casa. Yo estaba desesperada; tenia formada la resolucion de arrojarme esta noche al lago para acabar las penas de la vida; hace algunos dias fuí silbada en las tablas y no quiero presentarme mas en ellas. Esta mañana he sabido que un jóven que habia prometido casarse conmigo ha dado palabra á otra. No me quedaban ya

recursos, ni un amigo en la tierra, y así queria poner fin á mi vida. Mas ahora quiero confesarme; quiero confesarme al punto!»

El sacerdote consoló á la pobre con dulzura; y animóla á seguir en sus buenos propósitos; añadió algunos consejos cristianos á las palabras que habia dicho en general para todos, y la jóven pidió hora para presentarse al dia siguiente en el confesonario.

Gracias á su enérgica voluntad, se ha convertido en una buena y fervorosa cristiana. Ha abandonado el teatro, se ha encargado de la tierna hija de su amiga, y ahora están las dos convenientemente establecidas en una gran ciudad de Francia, en la que atienden á su subsistencia con una posicion, aunque modesta, honrosa.

A vosotros, todos los que leeis estas páginas y que no cumplís con los deberes de cristiano, os diré como nuestro Señor en el Evangelio: ¡Id y haced lo mismo!

El pastor Atger y la confesion.

En junio de 1858 tuve ocasion de ver muchas veces en París á un hombre muy digno, llamado Francisco Atger, de edad de cuarenta y cinco años y que hacia veinte que ejercia la profesion de pastor protestante. De algun tiempo á aquella parte,

residia en Pont-de-Monvert, en los Cévennes. Era un hombre instruido, recto, de sanas intenciones, y sinceramente religioso. Mucho tiempo habia que sus colegas, los pastores, se burlaban de sus simpatías por las instituciones católicas y le llamaban el *canónigo*.

Este pobre hombre me escribió al principio, y despues me expuso de viva voz sus dudas é incertidumbres con relacion á la verdad, su antipatía creciente por la anarquía doctrinal de las sectas protestantes y acabó, en fin, por reconocer el único camino que por medio de la verdad conduce á la vida. « Esto está hecho, soy católico, me dijo al despedirse; voy á poner en órden mis negocios de familia, despues volveré junto con mis dos hijos y con mi pobre esposa si consienten en seguirme.» No pudo volver; los negocios y luego la salud le retuvieron en sus montañas, en donde acaba de morir pocos meses há. A pesar de las obsesiones y violencias que le persiguieron hasta los últimos momentos, pudo, segun me han escrito, abjurar en el lecho de muerte la herejía de Calvino, y comparecer con la túnica nupcial ante el tribunal del eterno Esposo de la Iglesia.

Durante nuestras discusiones é íntimas conversaciones, contóme dos hechos que le habian sucedido á él mismo y que no habian contribuido poco á demostrarle la excelencia de la confesion religiosa.

«Algunos años atrás, me decia, yendo de mision, dirigíame á caballo á una pequeña ciudad, en donde habia de predicar. En la parte posterior de la silla, llevaba una modesta balija, que contenia algunos efectos y una cantidad bastante considerable de dinero, setecientos y pico de francos.

«Un diestro ladron, cortando las correas de la balija, consiguió sustraérmela sin que jamás me haya sido posible descubrir en dónde y cómo habia pasado tan extraño caso. Vínome entónces un pensamiento singular: «El país que atravieso, me dije, es en su mayoría católico; si por casualidad el que me ha robado es católico de nacimiento y tarde ó temprano va á confesarse, tengo alguna probabilidad de recobrar lo mio.» Mientras me reia interiormente de tan tonta esperanza, no dejaba de pensar muchas veces sobre el particular; y ¡cuál no fué mi sorpresa y alegría al mismo tiempo, cuando un dia, pocas semanas despues del tiempo pascual, recibí aviso del cura del lugar en que habia sido robado, de que podia mandar recojer en su casa la misma suma que habia perdido! «Os la deben, me escribia el cura, y tengo el encargo de ponerla en vuestro poder.»

Otra vez fuí robado en otro lugar, que era todo protestante; los ladrones se llevaron cuatrocientos treinta francos. «Estoy perdido, dije á mi esposa: no hay ninguna esperanza, porqué allí no hay católicos.» En efecto, no volví á ver mas mi dinero.»

Estos curiosos detalles, los sé de la misma boca del pobre pastor Atger, y prueban que hay algo bueno en la Iglesia católica, digan lo que quieran los herejes y los incrédulos, y prueban tambien que la confesion puede ser útil hasta á pastores protestantes.

Extremauncion.

Esta sola palabra nos trae á la memoria tristes, aunque graves y útiles pensamientos. En efecto, todos estamos destinados á morir un dia, y la Extremauncion es el sacramento de los moribundos. Para recibirlo bien, cuando llegue la postrer hora, es de indispensable necesidad conocer bien qué es este grande Sacramento, el objeto de su institucion, y los efectos admirables que obra en nosotros.

No acaba todo para el hombre con la muerte, como piensan algunos embrutecidos; sino que muy al contrario, entonces es cuando empieza la verdadera vida, la vida estable y eterna, de la cual no es mas que una preparacion la vida pasajera de este mundo. En la tierra somos como el niño en el seno de su madre antes de nacer; por su union con la madre tiene, es verdad, el gérmen de la vida, y, sin embargo, no vive, propiamente hablando, sino á partir del dia en que nace y entra en el

mundo. Lo mismo sucede con la vida presente relativamente á la eternidad. Por nuestra union con Jesucristo, poseemos en gérmen aquella vida santa y eterna en la cual entrarémos muy pronto, y el momento de nuestra muerte será como el comienzo de la vida dichosa para la que hemos sido criados por Dios. La muerte no es pues mas que un tránsito, un nacimiento, un dia infinitamente grande y deseable, con tal que seamos cristianos y servidores de Dios. Pero ¡ ay! por mas buena voluntad que tengamos, todos somos unos pobres pecadores; y podríamos dejarnos llevar de la desesperacion al pensar en la santidad infinita y en el formidable juicio de Jesucristo, nuestro Dios.

Este Dios grande, que en la tierra es todo amor y misericordia hácia nosotros, con el objeto de inspirarnos seguridad y confianza en los últimos momentos, instituyó el sacramento de la Extrema-uncion, cuyo fin principal es unirnos por última vez con nuestro Salvador que por el ministerio del sacerdote viene á aplicarnos los méritos de su pasion y muerte...

Jesucristo, nuestro Juez viene tambien á darnos seguridades, á cubrirnos con su divina sangre y á prepararnos por medio de esta santificacion suprema para comparecer ante su tribunal. El fin secundario del sacramento de la Extrema-uncion es restituir la salud al cuerpo, si es conveniente para la salud del alma una prolongacion de la vida. Así,

pues, es soberanamente ridículo tener miedo á la Extremauncion y figurarse que causa la muerte á los enfermos. Los buenos cristianos no dan cabida á tan nécios pensamientos, y tan luego como se encuentran atacados de enfermedad peligrosa, toman sus precauciones, piden por sí mismos el Sacramento que Jesucristo instituyó por su bien, seguros de encontrar en él grandes bendiciones para el alma, y, si es la voluntad de Dios, un grande alivio para el cuerpo.

La Extrema-uncion se administra por medio de un aceite consagrado por el Obispo el dia de Jueves santo, y que se llama *óleo de los enfermos*. Nuestro Señor Jesucristo instituyó el Sacramento del cual estamos hablando, de la misma manera que instituyó los demás Sacramentos; y el apóstol san Jaime, en una epístola que escribia á los primeros cristianos, les recuerda esta uncion de los moribundos y les manda que, en caso de enfermedad grave, vayan por los sacerdotes para que se la administren.

El sacerdote empieza recitando al lado del enfermo algunas oraciones preparatorias; despues con el santo óleo hace diversas unciones en forma de cruz, sobre los ojos, orejas, narices, lábios, manos y piés del enfermo, diciendo en cada una de dichas unciones: « *Por su santa y dulcísima misericordia perdónete el Señor los pecados que has cometido por medio de la vista, ó por medio del oido, ó por medio*

de la palabra, ó por medio de los demás sentidos.» Y nuestro Señor aplica sucesivamente al enfermo, por medio del signo exterior de las unciones, los méritos de su vida y muerte, y purifica cada uno de los sentidos del moribundo. Es costumbre en Francia, recibir á un mismo tiempo la Extrema-uncion y el sagrado Viático, esto es, comulgar por última vez. La Comunion por via de Viático, tiene de particular, que no es necesario estar en ayunas para recibir el cuerpo de Jesucristo.

Despues de haber recibido el Viático y la Extrema-uncion, es necesario tener el cuidado de dejar al enfermo recogido con su Dios, y tambien seria util ayudarle á aprovecharse de los dos Sacramentos que acaba de recibir, sugiriéndole de vez en cuando algun buen pensamiento con palabras ó jaculatorias cortas y afectuosas, por ejemplo: «*Dios mio; cuán bueno sois, y cuán agradecido debo estaros! — Salvador mio, Jesús, en vos pongo todas mis esperanzas y os amo con todo mi corazon! — Santísima Vírgen María, Madre de mi Salvador, yo me coloco bajo vuestra proteccion; rogad por mí pobre pecador!*»

De este modo el cristiano se encuentra tranquilo, resignado, feliz y contento hasta en medio de sus dolores, y el amor de Dios viene á transformarle en dulces esperanzas los mismos horrores de la agonía y de la muerte.

El temor á la Extremauncion.

A un hombre de imaginacion como la vuestra costarále trabajo creer lo que voy á decir; sin embargo puedo aseguraros que es la verdad.

Figuraos que se encuentran en el mundo personas bastante ignorantes para creer que nada hay mas *peligroso* para el enfermo, que dejar llegar hasta él un sacerdote; como si el sacerdote no fuese el enviado de Dios, encargado de consolar a los que sufren, perdonar los pecados, disipar los remordimientos y restituir al alma lo que hay de mas dulce en el mundo; á saber, la paz y la esperanza!... ¡Ay! ¡cuán ciegas están las personas de que hablo! ¡y cuán numerosas son!

Cuando se trata del cuerpo, nada omiten; no solamente no temen espantar al enfermo haciendo venir una y muchas veces al médico y pidiendo consultas, por mas que el enfermo sepa muy bien que todo esto significa que está en peligro; sino que tambien le hacen tomar remedios y mas remedios; insisten, ruegan, se enfadan; no escasean dinero, idas ni venidas; hácenle sufrir.... etc.

Id y decidles: «¡Tened cuidado! mirad que va á sospechar algo; va á espantarse, vais á causarle una impresion desagradable, tal vez á matarle. Aguardad á que esté peor.» —Veréis cómo sabrán responderos que es necesario, ante todo, salvarle

aun á riesgo de causarle miedo ó hacerle algun mal pasajero. — Y tienen mucha razon.

Pero si se trata del alma, entonces ya es otra cosa. A menudo está mas enferma que el cuerpo; á menudo hace largos años que tiene abandonados sus deberes para con Dios, y olvidada su eternidad... El sacerdote es el médico encargado por Jesucristo de curarla y salvarla. — Y, no obstante, una sola cosa se teme, y es verle acercarse al enfermo. Se tarda todo lo posible á llamarle. « Causaria un efecto demasiado fuerte, dicen. Hablar á un enfermo de Confesion, de Extrema-uncion, basta para causarle la muerte al instante. Cuando se ha perdido el conocimiento, entonces pase! etc.»

¡Vaya, que es mucha prudencia esta! Es necesário no llamar al médico hasta que el enfermo se encuentre en la agonía; es necesario llamar al confesor cuando ya no se pueda confesar; — se llamará al sacerdote cuando su presencia sea ya inútil.

¡Dios mio! habria una cosa mas sencilla todavia; y sería no llamarle absolutamente, decir con franqueza que no nos cuidamos de Dios ni de la eternidad, y dejar morir á la gente como perros...

¡Indigna conducta! ¡Horrible crueldad, impiedad inaudita! ¿Qué enérgicas palabras podrán arrancar de cuajo la fatal preocupacion que ha perdido, pierde y perderá á tantas desgraciadas almas?

Por mas que la experiencia de cada dia le des-

mienta, por mas que se vea á los enfermos llorar de alegria despues de haber recibido los últimos socorros de la Religion; nada importa. Y vense familias enteras que se titulan cristianas, conjurarse en algun modo contra el sacerdote para impedirle salvar el alma de un padre, de una madre, de un hijo, de un amigo, pronto á comparecer delante de Dios!

Y luego, cuando es demasiado tarde, y el sacerdote dirige algunas reprensiones á la insensata familia: «¡Oh! dicen, ¡era tan bueno! Era un hombre tan honrado! ¡Tan excelente mujer! ¡Vivia tan arreglado! ¡Amaba tanto á sus hijos! No hay que temer por él.» Y muchas veces habia diez, veinte años que el desgraciado difunto habia olvidado á Jesucristo, y descuidado los mas esenciales deberes de la vida cristiana!

Pero no, no, sépaslo de una vez y dílo á todo el mundo, los pobres moribundos no tienen miedo al sacerdote! No, su visita no les mata! Por el contrario, los salva; salva su alma si han de morir; y si su enfermedad no es mortal, los consuela y fortifica mas que todo.

Tal es la experiencia de cada dia, y en prueba podríamos citar cien mil ejemplos. Todos recuerdan la espantosa catástrofe del dia 8 de mayo de 1842, acaecida en el ferro-carril de París á Versalles. Habiéndose roto el eje de una locomotora, volcó el tren de viajeros, precipitándose los coches

unos encima de otros y quedando hechos astillas; algunos segundos despues del horrible accidente, la via no presentaba sino un monton de restos de coches y de cadáveres enteramente cubiertos del agua hirviendo de la máquina de vapor y de áscuas encendidas que lo consumieron todo en poco tiempo. Solo escaparon del terrible siniestro algunas personas que iban en los primeros coches. Venciendo grandes dificultades, púdose sacar á algunos desgraciados de en medio de los ardientes escombros; cinco ó seis sacerdotes, profesores y directores del seminario de Issy, cercano al ferro-carril, pasaron la noche haciendo los mayores servicios á las victimas. Uno de ellos me contaba que de haber corrido así toda la noche, se disponia á volver al seminario cuando un hombre animoso vino á anunciarle que en una casa rica, que le indicó habian recogido á un jóven alumno de la Escuela politécnica, con tales quemaduras que no podia escapar de la muerte.

El sacerdote, cabalmente antiguo profesor de la misma Escuela politécnica, se dirige al punto á la casa en cuestion. Dice á los criados que quiere hablar al dueño, y se presenta una señora. «Me han dicho, señora, que V. ha tenido la caridad de recojer en su casa á una de las víctimas del accidente de esta noche. ¿Cómo se encuentra? ¿Hay alguna esperanza de salvarle?» La señora titubea, opone dificultades; y al ver que el sacerdote insiste, con-

fiesa que el desgraciado está malísimo; pero añade al momento que no puede tomar sobre sí la responsabilidad de dejar entrar un sacerdote en el cuarto del enfermo, porque la impresionaria demasiado, y seria capaz de precipitarle la muerte; y lo demás por el estilo que mas arriba hemos dicho.

Sin embargo, el sacerdote que veia un alma para salvar, insistió de nuevo con mas energía; dijo que tambien habia pertenecido á la Escuela politécnica, y alcanzó por fin de la señora, aunque de muy mala gana, que pediria al enfermo si le queria recibir.

Al cabo de algunos instantes dijéronle que podia entrar. «Apenas habia atravesado el umbral, me decia, ví que el pobre quemado se incorporaba con trabajo en su lecho de dolor y me tendia los brazos. Acerquéme. Era un espectáculo horrible. Estaba literalmente *cocido*: sus carnes, enteramente blancas, estaban tan abotagadas, que no podia distinguirse ningun rasgo: sufria un martirio. La señora de la casa habia observado el movimiento del enfermo al verme; y observé que la habia dejado muy admirada, así como á otras dos ó tres personas que se hallaban presentes.

«—Hijo mio, dije desde luego al desgraciado jóven, sin cuidarme poco ni mucho de los que estaban allí, vengo á confesaros, á traeros el perdon de Dios y la paz del alma.» Al oir estas palabras, el en-

fermo juntó las manos con indecible expresion de felicidad. Aunque conservaba despejada la cabeza, no podia hablar. Mandé que se retiraran todos. Convine con el desgraciado que responderia á las preguntas que iba á hacerle, dándome un apreton de manos; y así le fuí confesando...

Cuando hubimos concluido, volví á llamar á la dueña de la casa y á las demás personas que la ayudaban á cuidar al enfermo. Aproveché la ocasion para hacerles ver cuán culpables é infundadas eran las preocupaciones que me habian opuesto; nada contestaron, porque nada podian contestar. Fuí por el Viático y la Extremauncion; el jóven moribundo recibió los últimos socorros de la misericordia de Dios con tanto fervor, que arrancó las lágrimas á todos los que presenciábamos aquella conmovedora escena; y dos horas despues su alma, reconciliada con Dios, entraba en la eternidad...»

Ahora bien, pregunto yo; ¿el jóven militar de que hablamos, habia tenido miedo al sacerdote? y los que le rechazaban ¿no estaban en un deplorable error?

Ahí va otro hecho; pues nada hay como los hechos. El martes de Carnestolendas fuí llamado para asistir á un niño enfermo, desahuciado por el médico: su pobre madre no tenia ninguna esperanza; pues el rostro del pobrecito ofrecia las señales precursoras de la muerte. Administréle los últimos Sacramentos, le confesé, le administré y le

hice recibir por via de Viático su primera Comunion... ¡ay! primera y última, á lo que creíamos todos. El niño juntaba sus tiernas manecitas durante la triste y piadosa ceremonia; y cuando le pregunté si estaba contento, reunió todas sus fuerzas para responderme con una sonrisa: «Sí, padre mio... muy... contento.» Consolé como pude á la pobre madre, dí un beso de despedida en la frente lívida del niño, y le dejé no esperando volver á verle...

Al dia siguiente el médico quedó sorprendido de encontrar al enfermo todavía vivo; pero cuál no fué su extrañeza cuando examinándole con detencion, vió que habia desaparecido la fiebre y todos los síntomas de muerte de la víspera! No podia darse cuenta de semejante cambio. Al cabo de tres dias el niño resucitado jugaba con su hermano.

¿Habíanle hecho morir la Extremauncion y el Viático?

Abandona, pues, de aquí en adelante esas absurdas preocupaciones: no tengas mas miedo al sacerdote en la enfermedad que en la salud: cuando estés gravemente enfermo, envía por él desde luego, pídele los consuelos de la Religion, y exhorta á los enfermos á hacer otro tanto. Está siempre dispuesto á todo, y haz las paces con Dios; que el tener el pasaporte en regla no obliga á partir.

Órden.

El sacramento del Orden es el sacramento instituido por el Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo para consagrar ú *ordenar* á los sacerdotes.

Aunque no eres sacerdote, no será inútil consagrar algunos momentos á hablarte del sacramento del Órden y del sacerdocio, á fin de hacerte conocer mejor lo que son los sacerdotes, cuánto debes respetar su carácter y con cuánta confianza debes ir á buscar en su santo ministerio todos los ausilios que necesitas para conocer y practicar la ley de Dios, vivir cristianamente y salvar tu alma.

Jesucristo es el supremo sacerdote, es decir, el supremo Mediador entre Dios y los hombres, y el supremo Santificador del mundo. Jesucristo vino á la tierra para enseñar á los hombres el conocimiento del verdadero Dios; para enseñarles la Religion, la única Religion verdadera, y para darles los medios de evitar el pecado, salvar sus almas y llegar á la vida eterna.

Antes de dejar este mundo escogió doce discípulos, á quienes Él mismo llamó Apóstoles suyos, esto es, enviados suyos, y les comunicó ó transmitió la grande mision que habia recibido de su Padre celestial. «*De la misma manera que mi Padre me envió á Mí*, díjoles, *así tambien Yo os envío á vosotros*.

Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra: id, pues, enseñad á todas las naciones, enseñándolas á observar mi ley y bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. El que os oye, á Mí oye; el que os desprecia, me desprecia á Mí, y hé aquí que Yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.»

De este modo los Apóstoles fueron los primeros sacerdotes de Jesucristo. Á su vez consagraron otros obispos y sacerdotes en todos los países que recorrieron predicando el Evangelio, y así es como nuestros actuales obispos y sacerdotes se remontan por una no interrumpida sucesion hasta los Apóstoles y hasta el mismo Jesucristo, en cuyo poder tienen participacion.

Hé aquí por qué todos debemos respetarles infinitamente, ó mas bien respetar á Jesucristo en sus personas: y si á veces no son tan perfectos como exigiria la santidad de su vocacion, debemos acordarnos que con ser sacerdotes, no dejan de ser hombres, y por tanto sujetos á flaquezas como los demás. Por la gracia de Dios es raro, sobre todo en nuestros dias, ver á un sacerdote faltar gravemente á sus deberes; y por lo comun no son sino que calumnias las acusaciones que dirigen contra el sacerdocio.

El sacramento del Orden que hace los sacerdotes, lo confiere exclusivamente el obispo; porque el obispo es como padre espiritual de los sacerdo-

tes y de los fieles, y los sacerdotes son como sus hijos mayores.

No hay cosa mas solemne y grandiosa que una *Ordenacion*. (Este es el nombre que se da á la ceremonía en que el obispo confiere el sacramento del Orden.) No se llega desde luego al presbiterado; la Iglesia, en su sabiduría, prepara durante muchos años á los cristianos que aspiran al sagrado ministerio. Inicíales poco á poco en la ciencia y en las virtudes propias de aquel estado, y les hace pasar por muchos grados, de los cuales los principales se llaman *Subdiaconado* y *Diaconado*. No se puede llegar al subdiaconado sino hasta la edad de veinte y un años, y el que lo recibe queda desde entonces consagrado para siempre al servicio de Dios, por el voto de castidad perpétua. Para ser presbítero se necesita tener veinte y cuatro años, y treinta cumplidos para ser obispo.

La principal funcion del sacerdote es rogar á Dios en nombre de todos los hombres, y ofrecerle el sacrificio de Jesucristo que se llama la *Misa*. Llámase *Breviario* ú *Oficio divino*, la oracion cotidiana á que están obligados todos los sacerdotes, y que no rezan exclusivamente para sí, sino en nombre de todos los cristianos y del universo entero. Hé aquí de donde sacan la santidad, la caridad y el celo que necesitan para cumplir eficazmente el segundo de sus deberes, que es la santificacion de las almas.

En efecto, para santificar y salvar á los hombres, los sacerdotes, en nombre de Jesucristo, predican la verdad, enseñan la Religion, dan á conocer á todos la ley de Dios, administran los Sacramentos, perdonan los pecados y llenan todas las demás funciones del ministerio sacerdotal. El que los oye, oye á Jesucristo, y el que los rechaza, rechaza la salud y la vida eterna.

Roguemos á Dios que nos envie buenos sacerdotes. Un buen sacerdote es como Jesucristo, y en Jesucristo, el salvador y el bienhechor de todos los que se le acercan. De este modo el sacramento del Orden nos es útil, y gracias á él conocemos á Dios, practicamos su santa ley y no nos vemos privados, como tantas pobres almas, de las luces y de los consuelos de la verdadera Religion.

El sacerdote.

Un hombre existe muy poco apreciado, demasiadas veces poco querido, y algunas hasta indignamente calumniado; el cual, sin embargo, es el consolador de todos los que padecen, el amigo de todos los que no tienen, y, en una palabra, el hombre mas digno de respeto y confianza. Este hombre es el sacerdote, del cual procuran incesantemente alejar los corazones los espíritus impíos, enemigos

de Dios y de la sociedad, aunque no devuelva á los malos sino bien por mal.

El sacerdote no es atacado de esta suerte sino porque es el ministro de Dios. El que no quiere Dios, no quiere tampoco sacerdote; y como sabe que no puede imponer silencio á este incómodo predicador de la ley divina, procura desautorizarle, ó á lo menos retirarle la confianza pública, á fin de paralizar en adelante su ministerio.

El sacerdote ha sido enviado á sus hermanos como Cristo, y por el mismo Cristo: «De la misma manera que mi Padre me ha enviado á Mí, dijo Jesucristo á los Apóstoles, que fueron sus primeros sacerdotes, de la misma manera que mi Padre me ha enviado á Mí, así tambien os envio yo á vosotros!» Jesucristo fué enviado para salvar al mundo con su sacrificio, para iluminarle con su doctrina, para consolarle con su dulzura: de la misma manera envia á sus sacerdotes para salvar, instruir, santificar y consolar á sus hermanos; ó mas bien, llena por sí mismo, valiéndose de los sacerdotes, su divina y bienhechora mision, hablando por boca de ellos, y desarrollando ó extendiendo entre los hombres su gloria por medio de su santo ministerio. «El que os oye, á Mí me oye, dice á sus enviados, y el que os desprecia, á Mí me desprecia.»

Aunque ministros de Dios, los sacerdotes no dejan por ello de ser hombres; por consiguiente no son perfectos. Aun mas: pueden, si llegan á olvidar

su vocacion, á caer como todos nosotros en grandes faltas; pero por esto no es menos digno de nuestro respeto su sacerdocio, y siempre debemos tener gran cuidado en distinguir entre el hombre y el sacerdote. Las faltas y miserias son la herencia del hombre, y debemos detestarlas lo mismo en el sacerdote que en cualquier otro hombre; pero el ministerio de las almas, el deber de enseñar la ley de Dios, el poder de administrar las cosas santas, de celebrar la misa, de absolver los pecados, en una palabra, el sacerdocio, son propiedad del sacerdote, del representante de Dios, y son independientes de la virtud ó negligencia del que tiene tan alto encargo. Es preciso no olvidar que entre los doce Apóstoles hubo un Judas; y al reflexionar sobre la flaqueza humana, el corazon se llena de gratitud hácia Dios, viendo que son tan pocos los sacerdotes olvidados de sus deberes é indignos de su vocacion.

Por mas que se diga y haga, hay un hecho cierto, indubitable, que salta á los ojos, y es que á pesar de todas las imperfecciones que se les atribuyen, cási siempre muy exajeradas, nuestros sacerdotes son por lo general mucho mejores que los demás hombres. ¿Qué es en definitiva su vida sino una vida de abnegacion y buenas obras? ¿Enseñando á nuestros hijos á temer á Dios, servirle y amarle, no son por este solo hecho los guardianes mas eficaces, los únicos eficaces, de la inocencia y

de la virtud de las familias? ¿Qué padre ó madre puede tomar á mal que el sacerdote exhorte á su hijo á ser casto, á huir del mal, á ser obediente y respetuoso, á cumplir con sus deberes, á orar; en una palabra á ser cristiano? ¿Qué hombre puede temer que se den semejantes consejos á su esposa? ¿No es pura malicia llamar captacion, intriga, inmixtion en el secreto de las familias á una influencia tan saludable? Critícasele á veces porque vive como un huraño, alejado de la sociedad. ¿Quién tiene la culpa? ¿No es acaso la sociedad que da oidos á insinuaciones pérfidas y mentirosas y que es la primera en levantar una muralla entre ella y el sacerdote? Además, los hombres del mundo, tan indulgentes y fáciles para consigo mismos, tienen una severidad, un rigorismo increibles cuando se trata del sacerdote. Haga lo que quiera el pobre, siempre encuentran motivo para murmurar y criticar su conducta: si es expansivo, alegre y abierto, se le acusa de disipacion, de falta de gravedad; si es grave y reservado, se dice que es un oso con el cual no hay medio de vivir. Colocado entre tales extremos, ¿qué debe hacer el ministro de Dios?

Lo que hace, es decir, suportar con dulzura las ridículas inconsecuencias que le dan tanto que sufrir, hacer el bien teniendo fija la vista en solo Dios, darnos buenos ejemplos, y salvarnos sacrificándose por nosotros.

Vocacion eclesiástica.

La palabra *vocacion* quiere decir *llamamiento*. Aquel que es llamado por Dios al estado eclesiástico, tiene vocacion; el que no es llamado, no tiene vocacion y no debe hacerse sacerdote.

Una vocacion, en general, es un conjunto de cualidades, disposiciones, aptitudes, gustos y aficiones que hacen á un hombre mas apto para una carrera con preferencia á otra. De ahí, la vocacion militar, la vocacion al estado ó carrera de marino, de magistrado, de comerciante, etc. Todas las vocaciones buenas y lícitas vienen de Dios y á Él conducen; conducen á Él porque son buenas, y vienen de Él porque al criarnos nos dió las disposiciones, cualidades y gustos legítimos cuyo conjunto constituye nuestra vocacion.

Cada hombre tiene su vocacion especial aquí en la tierra; cada uno está destinado á ocupar un lugar mas ó menos determinado entre sus semejantes, y por el fiel cumplimiento de la voluntad de Dios en el mismo, á salvar su alma y alcanzar el paraíso. Las vocaciones son diversas, lo mismo que los temperamentos y constituciones: para que una persona se mantenga en buen estado de salud, se hace preciso que conozca su temperamento y despues que se cuide en consonancia con él: de la misma ma-

nera, para vivir bien, es necesario que empecemos por descubrir y conocer nuestra vocacion particular, por lo que es muy importante estudiar y examinar sériamente las disposiciones fundamentales de nuestra alma y de nuestro carácter. Semejante estudio es uno de los mas grandes deberes de los padres para con sus hijos, de los sacerdotes para con los penitentes que dirigen, y por fin de cada uno de nosotros al alcanzar la edad en que somos verdaderamente responsables de nuestras acciones y porvenir. Á cada vocacion vincula la divina Providencia gracias *especiales* que solo se encuentran en ella; coligiéndose de lo que es de la mayor importancia para la salvacion el conocer y seguir fielmente la vocacion.

La mas excelente, la mas santa y divina de todas las vocaciones es la *eclesiástica*. Llámase así un conjunto de disposiciones de espíritu y de corazon, una reunion de cualidades y gustos que hacen á un niño ó á un hombre á propósito para ejercer un dia dignamente el ministerio eclesiástico. Esta vocacion viene todavía mas directamente de Dios que las demás, porque solo nuestro Señor, por un rasgo de su santa gracia, puede infundir á un jóven el deseo de consagrarse á su divino servicio y abrazar la vida de oracion, de sacrificios y de abnegacion que es propia del verdadero sacerdote.

En cuanto al *espíritu*, para que un jóven sea realmente llamado al sacerdocio, es necesario que

tenga buen juicio, espíritu recto y justo, comun inteligencia por lo ménos, y en una palabra, bastantes medios para seguir buenos y sólidos estudios. Para tener vocacion no es necesario ser *águila*, pero es necesario en cambio no ser *canario.* Cuanta mas inteligencia y talento tenga un sacerdote, tanto mejor; esto, si bien conveniente, no es sin embargo indispensable.

En cuanto al *corazon*, es necesario ser bueno, compasivo y cápaz de abnegacion. Un sacerdote sin corazon es un cuerpo sin vida, un hogar sin calor. Un niño duro y egoista, por mas inteligencia que tenga, es tan bueno para sacerdote como un ciego para guardar cabras.

Por lo que se refiere al *carácter*, punto importante que hartas veces se descuida en materia de vocacion, el jóven ha formado designio de hacerse sacerdote, debe empezar por combatir enérgicamente y reprimir de veras ciertos graves defectos de carácter que á un hombre, aunque sea virtuoso, le hacen insuportable á los demás. ¿Qué bien podria hacer cuando fuese sacerdote un hombre irascible, terco, pendenciero, caprichoso y áspero; ó muelle é indolente, lloron y melancólico; ó de sentimientos bajos y vulgares; ó finalmente, un aturdido, ligero como un gorrion, fanfarron como una urraca, inconstante como una mariposa? Tales caractéres no serian á propósito para vestir un dia los santos hábitos del sacerdote.

Alma, corazon, carácter, hé aquí el triple punto de vista en que es necesario colocarse desde luego al tratarse de una vocacion eclesiástica. Deben además tenerse en cuenta ciertas circunstancias *extrínsecas* ó exteriores que son tambien muy importantes, y á veces absolutamente necesarias; entre otras, juicio, familia, antedentes y medios. *Físico;* porque, si bien está muy léjos de ser indispensable que el sacerdote sea hermoso, lo es, sin embargo, que no sea ridículo ni disforme. Aun cuando le sobraran medios y tuviese un corazon excelente y un carácter sin defectos, un hombre con una nariz de veinte centímetros, con una joroba muy abultada, ó de una facha grotesca, seria por esto solo incapaz de ascender al sacerdocio. La salud no es un obstáculo sério, á ménos que impidiere al aspirante hacer los estudios necesarios, ó le hiciese inhábil para los trabajos esenciales del sagrado ministerio. La *familia* puede tambien excluir una vocacion; así es un obstáculo cási invencible el ser hijo de padres mal reputados, ó tener un nombre justamente deshonrado. Lo mismo debe decirse de los *antecedentes:* un presidiario, un ladron salido de la cárcel no pueden pretender hacerse sacerdotes; y el que hubiese tenido la desgracia de llevar una mala vida y dar escándalo, antes de vestir el hábito eclesiástico, le seria de todo punto indispensable borrar hasta el recuerdo del pasado por medio de una prolongada peniten-

cia y de una vida altamente cristiana y edificante. En fin: la *bolsa* ó los recursos cuando la vocacion es pura y sólida, cási siempre se obtienen los medios de seguirla. Sin embargo una extrema pobreza puede á veces obligar á un jóven á renunciar á todos los atractivos que tenga el estado eclesiástico, obligado á mantener la familia, ó á proveer por sí mismo á sus primeras necesidades.

Cuando alguno crea descubrir en sí las señales de la vocacion elesiástica, *debe* someter la decision de tan grave cuestion al exámen y juicio de un confesor ilustrado, y, salvo casos del todo excepcionales, lo mejor que puede hacer es obedecer con toda sencillez.

Los padres deben obrar con extremada circunspeccion cuando se trata de la vocacion de sus hijos, y evitar con sumo cuidado los dos extremos de poner obstáculos á una vocacion verdadera, ó empujar al hijo por un camino á que no está llamado, ciertamente que pueden y aun deben preocuparse de la vocacion de sus hijos, tratando á fondo con el sacerdote que les dirige, y procurarse todas las luces y garantías posibles; pero en último resultado, la *decision* definitiva de un asunto de este género está completamente fuera de su competencia, y solo toca á la Iglesia declarar si hay ó no vocacion.

Algunas veces las señales de la vocacion se manifiestan desde muy temprano, y sacerdotes hay

que no recuerdan haber tenido nunca otro deseo que el de consagrarse á Dios. Otras veces Dios llama mas tarde, por ejemplo, en la época de la primera comunion, en ocasion de algun grande pesar; á los diez y ocho años, á los veinte, en medio de los placeres del mundo, á veces mas tarde todavía y tras mil circunstancias á menudo fortuitas en apariencia y de ningun peso, que seria imposible enumerar, y cuyo secreto solo posee Dios. Esto no obstante, la vocacion se manifiesta de ordinario en la infancia ó á lo menos en la adolescencia.

La vocacion puede perderse, y asi debemos cultivarla, preservarla, desarrollarla y robustecerla con suma vigilancia. Una pedrada ó un garrotazo, bastan á veces para romper el tallo de un arbolillo é impedirle para siempre el seguir su *vocacion*, que era producir un dia hermosas flores y sazonados frutos; así tambien háyse visto vocaciones nacientes muy pronunciadas, desaparecer á consecuencia de una sola infidelidad grave. Otras veces, ¡cosa admirable y de todo punto inexplicable! vénse vocaciones que resisten á sacudidas y golpes de todo género, como aquellas plantas que admira volver á encontrarlas vivas bajo escombros que, al parecer, debieran aplastarlas y ahogarlas mil veces.

¿Qué debe hacerse para conservar la vocacion, y fortalecerla y arraigarla en el alma? Desde

luego deben evitarse, con suma diligencia, toda suerte de pecados; huir de los placeres mundanales, de la lectura de novelas, de las compañías sospechosas y disipadas; procurar el trato de personas que puedan ejercer una influencia saludable sobre nuestras disposiciones; orar mucho, tener mucho amor al santísimo Sacramento, que es el centro de la vida del sacerdote, comulgar lo mas frecuentemente posible; y, en fin, trabajar con ardor para poder ingresar sin demora en el seminario, asilo especial de las vocaciones eclesiásticas. El confesor y los padres de un jóven que aspira al sacerdocio deben mantenerle en este camino de preservacion por todos los medios que estén á su alcance.

Es una gran ventura y una gracia muy grande para una familia dar un sacerdote á Dios. Es una dicha mas grande que la de la realeza, porque el sacerdote es el rey de las almas, el verdadero padre de los pueblos, el custodio de la verdad y de la justicia sobre la tierra; es un segundo *Jesús*, un Salvador, un Cristo de Dios. ¡Dichoso el niño á quien el Señor se digna llamar al estado eclesiástico! ¡Dichosa la familia del jóven elegido! No vacile en escoger la mejor parte; es á un mismo tiempo la mas sublime y la mas dulce, la mas divina y la mas sencilla: si es verdad que carga con una gran responsabidad, recibirá en cambio sobreabundantes gracias; y esta vocacion á una vida

mas perfecta, en el fondo no es sino la vocacion á una felicidad mas real, elevada y pura; es la prueba de un amor mas tierno.

Matrimonio.

El matrimonio es un contrato instituido por Dios en el principio del mundo, por el cual el hombre toma por esposa á la mujer y esta á aquel por marido, libre é irrevocablemente. El matrimonio es, por consiguiente, un contrato sagrado, religioso y de una naturaleza muy superior á todos los demás contratos que están en uso entre los hombres. Es irrevocable, es decir, que una vez dado por una y otra parte el libre consentimiento, no hay medio de anularlo, y de buen ó mal grado quedan unidos por toda la vida.

Nuestro Señor Jesucristo, que vino al mundo para salvarlo, no olvidó el matrimonio, fundamento de la sociedad humana y base de la familia.

Y este contrato que ya era santo y sagrado fué elevado por Cristo á la dignidad de Sacramento. De lo que se desprende que para los cristianos el matrimonio es un acto esencialmente religioso, una fuente de gracias y de satisfaccion para los esposos fieles, y que su violacion no solamente es una infidelidad, sino tambien un verdadero sacrilegio.

A los ojos de los cristianos y de la Iglesia no hay

sino un solo matrimonio verdadero y legítimo, el que se contrae segun la ley de Dios, ante su ministro y observando las reglas establecidas por la Iglesia. Lo que entre nosotros se llama matrimonio civil nada tiene que ver con el Matrimonio, contrato divino que une al hombre y á la mujer; es una formalidad arbitraria que nos obligan á suportar, totalmente insuficiente para ligar á los esposos ante Dios, y sus efectos no pueden ser sino puramente exteriores y civiles.

El Matrimonio religioso basta por sí solo en cuanto á la conciencia; sin embargo, la ley exige en nuestra patria el acto civil, y no reconoce por válidos sino los matrimonios de que ha sido testigo el juez de paz.

Para que un matrimonio sea valido es necesario que los esposos lo celebren en presencia del párroco ú otro sacerdote en su nombre y dos testigos. El sacerdote les pregunta sucesivamente si consienten libre y voluntariamente en tomarse mútuamente por esposo y esposa, y si los dos responden afirmativamente, el hombre y la mujer quedan unidos para siempre, y reciben el sacramento del Matrimonio, cometiendo un pecado mortal si sus corazones no están preparados para este grande acto religioso.

Para recibir bien el sacramento del Matrimonio es necesario disponerse por medio de la oracion y de una buena y sincera confesion de todos los peca-

dos, y en muchos países hay obligacion de comulgar la víspera. Es bueno disponerse á tiempo, sobre todo para la confesion, y cumplir este importante deber el mismo dia del Matrimonio. En las grandes ciudades, en donde hay tantos obreros indiferentes é ignorantes en materia de religion, no es rara esta negligencia culpable, lo que revela escasas disposiciones religiosas. Si hay tantos matrimonios desunidos, á esta falta de preparacion débese atribuir en gran parte la maldicion que parece pesar sobre ellos.

¿Eres casado? Sé feliz en tu casa, y para serlo, sé cristiano. Sufre con dulzura las imperfecciones y defectos de tu mujer. Mujeres, sufrid igualmente los defectos de vuestros maridos. Creed que Dios os reserva dias de felicidad y alegría en vuestra union, y que si del matrimonio hizo un Sacramento fué para vincular en él un tesoro de gracias y bendiciones. Si os concede hijos, educadles en el conocimiento y la práctica de la Religion; predicadles con el ejemplo, mas bien que con las palabras, y vivid á sus ojos de tal manera que no sea necesario enseñarles á respetaros y á amaros, y sea por fin vuestra familia un modelo de órden, de paz y de virtud. Estad seguros de que este es el medio mas sencillo de encontrar la felicidad.

Antes del Matrimonio.

Es un negocio de no escasa importancia casarse. Para muchos el Matrimonio se parece al confinamiento perpétuo, y se desesperan al verse atados para siempre; se arrancan los cabellos (mútuamente), y querrian, en fin, borrar, destruir, anular el *sí* fatal y reemplazarle con un inmenso *no*... ¡Trabajo perdido! es por toda la vida. Antes, pues, de contraer Matrimonio, reflexionemos y pesemos bien el *pro* y el *contra*, á fin de no engolfarnos como tantos otros en un mal negocio.

Esas reflexiones saludables serán una medicina preventiva capaz de impedir muchos accidentes, y deben versar acerca tres gravísimos puntos: 1.° ¿Me casaré? 2.° ¿Con quién me casaré? 3.° Una vez hecha mi eleccion, ¿cómo me prepararé para el Matrimonio?

Primera pregunta: ¿Me casaré? Es preciso no disimular que el estado del matrimonio *ordinariamente* tiene muchas mas dificultades y penas que el celibato, pues en este cási no se es responsable sino de los actos propios y nadie ha debido compartir con nosotros la carga de nuestras penas, yerros y aun faltas; pero una vez casados, esta responsabilidad se extiende al marido ó á la mujer, que habitualmente encuentran asaz pesada la suso-

dicha carga. Además, es difícil encontrar en la tierra un marido ó una mujer perfecta: la educacion fue diferente, las ideas no son las mismas; al uno le gusta el vinagre, el otro prefiere el aceite; y todo esto viene á producir choques, lágrimas y á veces otras cosas peores. El soltero vive á sus anchas, porque las cuentas son sencillas; pero el casado tiene mas gastos y pocas entradas de mas, y las cuentas se hallan en tal estado que en verdad no sabe cómo componérselo para ajustarlas.

En pocas palabras, el estado del matrimonio tiene muchas dificultades; lleva consigo grandes deberes y pesadas cargas; es un yugo que no puede sacudir el que una vez se lo puso: conviene, pues, reflexionarlo largamente antes de decidirse á aceptarlo, pues va en ello la felicidad y á veces la salvacion.

Si he creido deber responder afirmativamente á esta pregunta: ¿Me casaré? ¿qué debo hacer? ¿con quién me casaré?

¿Con quién me casaré? Precisamente ahí está la dificultad! ¡Escoger un marido, una esposa! ¡Qué *quinto* á la lotería! Si en la lotería se hiciese siempre quinto, si hubiese la seguridad de alcanzar siempre el número premiado, seria una cosa muy bonita; pero ¡ay! lo es tan poco que todos á cual mas se arruinan en ella. En la lotería humana que se llama matrimonio, muchas veces se pierde, y los que sacan el número bueno no son los mas.

Para hacer una buena eleccion, deben examinarse sériamente la *persona*, la *familia* y la *bolsa*.

La *persona*. ¿Puede esta jóven labrar mi felicidad? ¿Es buena, dulce y capaz de llevar su amor hasta el sacrificio? ¿Es sólidamente cristiana? ¿Es mujer de deber y de conciencia? ¿Es laboriosa, activa, inteligente, bien educada? ¿Tiene gustos sencillos y modestos? ¿Tiene solamente la superficial amabilidad de la juventud; aquel humor alegre que seduce la primera vez, pero que al cabo no es otra cosa que espuma del vino de Champagne? ¡Cuántas desilusiones siguen de cerca al matrimonio, cuando un hombre antes de decidirse no se ha propuesto á sí mismo séria y gravemente todas estas cuestiones! No obstante, las mas de las veces sucede así: no ha escogido su esposa sino por el rostro; porque la vió agraciada, la creyó perfecta... ¡Ay! ¿qué se hizo aquella perfeccion? Se encuentra unido, y para siempre, á un carácter ágrio y regañon, á una loca que no sueña sino en los placeres y en el tocador; ó á una tonta que le hace muy desgraciado. Lo mismo se ha de decir de los maridos, pues no valen mas los hombres que las mujeres. Una pobre jóven consiente en casarse con su pretendiente únicamente porque lleva unos bigotes y una perilla bien peinados, charla agradablemente y tiene buena planta, etc... ¿Es cristiano? ¿Cumple concienzudamente sus deberes religiosos, única garantía sólida del cumplimiento de todos los

demás? ¿Es buen hijo, y de costumbres puras y honradas? ¿Puede el pasado responder del porvenir? La jóven aturdida salta á piés juntillas por encima de todas estas cuestiones como sobre la cuerda que un dia debe estrangularla. En vano se le dice: ¡Es protestante!—Nada importa: le convertiré.—Pero desde la niñez está alejado de los Sacramentos y no tiene ninguna religion!—¡Ba! con el matrimonio cambiará.—Mira que ha dado qué hablar; ha corrido muchas aventuras!—Serán las últimas. —Pero ha disipado una parte de su hacienda.—Conmigo se corregirá.—Pero es de genio violento, perezoso y difícil de contentar!—Déjenme en paz; me gusta y quiero casarme con él... Vé, pues, pobre loca; dentro de uno ó dos años me darás la razon.

La *familia*. El que se casa, adopta de buen ó mal grado la familia de su esposa ó de su marido. Tambien hay que fijar en esto la atencion. Es necesario ver si esta familia es honrada, cristiana y capaz de ayudarnos á ir por el camino de la rectitud. Con demasiada frecuencia bajo un brillante barniz se encubre un mal cuadro: por lo tanto, examinemos, tomemos informes seguros, vayamos al fondo de las cosas, y por nada del mundo entremos en una familia manchada y viciosa, cuyo roce no podria dejar de emponzoñar nuestra vida, corromper nuestra conciencia y manchar nuestro honor ó á lo menos nuestra reputacion. Hay hombres que al casarse no piensan sino en que el suegro por su

posicion social ó por su influencia podrá hacerles adelantar en la carrera ó en sus negocios. Esos tales deberian casarse con el suegro y no con la hija.

La *bolsa*. Hé aquí, en la actualidad, el nervio del matrimonio con mas razon aun que de la guerra. Cási ha pasado á proverbio que el valor de una jóven ó de un jóven para casarse se mide por el número de escudos. Ella vale tanto, por tanto es *buena*. Él no vale sino esto ú aquello; pues no lo acepto. Lo sé muy bien; la cuestion de dinero tiene realmente mucha importancia en un matrimonio, y durante toda la vida, y no quiero decir que no convenga ocuparse y preocuparse de ello; lo que sostengo solamente es que no basta el dinero, y que le está vedado á un cristiano, á un hombre que se respete, casarse con un saco de escudos, por mucha que sea su dimension. El dinero nunca debe ser sino un accesorio de la persona con quien nos juntemos en matrimonio y si pueden disimularse algunos defectos secundarios, jamás, nunca jamás puede hacerse lo mismo respecto de lo esencial, es decir, de la Religion, de las cualidades personales, la salud y el honor. Si se encuentra todo esto se ha hallado toda la perfeccion apetecible, y entonces cásate, dáte prisa en casarte; es el *quinto* de la lotería, el famoso quinto! Es la fortuna que pasa y que no volverá tal vez á presentarse.

En lo que se refiere á la fortuna, como á la familia y á la persona, pon, si quieres creerme, gran cuidado, y examínalo todo con suma diligencia;

porque en este mundo, sobre todo con el progreso de la *libertad* de conciencia, te verás robado como en un bosque, por todos y á propósito de todo. Los contratos mas en regla, los papeles mas sellados, las mas pomposas promesas y las mas espléndidas hipotecas, no siempre son tablas de salvacion; hay quien va por lana y vuelve trasquilado, sin poder zampar los escudos como se lo piensa. ¡Cuántos pobres maridos y mujeres, dotados en toda regla, por único dote práctico no han tenido sino papel... sellado! Hé ahí, pues, las precauciones que es bueno tomar cuando se quiere contraer Matrimonio, para no hacer una eleccion desacertada, como el comun de los mártires.

Tercera cuestion: Quiero casarme; he elegido mi adversario; *¿qué me queda por hacer antes de pronunciar el* sí *irrevocable?* Dos clases de preparacion; á saber: preparacion religiosa y formalidades civiles. Las formalidades civiles son conocidas de todos; y los que las ignoren pueden presentarse á la *alcaldía* de su pueblo, en donde les darán todos los informes que necesiten. En efecto se lleva á cabo ante el juez de paz la formalidad ó ceremonia civil, es decir, la mútua declaracion sin la que el matrimonio, en nuestra patria por lo menos, no tiene efectos *civiles*. Para los cristianos, y á los ojos de Dios y de la Iglesia, esas ceremonias no constituyen el *matrimonio*, el cual es un Sacramento, un contrato sagrado y religioso, cuya única deposi-

taria y legisladora es la Iglesia nuestra madre (1).

Respecto á la preparacion religiosa, es de grandísima importancia, ya que se trata de recibir un Sacramento, y de recibirlo bien y dignamente. Una ó dos semanas antes del dia prefijado, conviene ir á confesarse á fin de prepararse para recibir la absolucion la víspera del dia de la boda. Si alguien tuviese la osadía de presentarse al pié de los altares sin haber recibido la sagrada absolucion, cometeria un sacrilegio tan grave, tan funesto como el de una primera comunion mala. Es una excelente práctica, que nunca será bastantemente recomendada á los fieles que se disponen á contraer Matrimonio, la de comulgar juntos, el futuro al lado de la futura, la víspera del solemne dia. Nadie imagine que, por haberle dado el sacerdote el *billete de confesion*, tiene limpia la conciencia, porque no es el billete, sino la absolucion la que limpia la conciencia y purifica el alma.

Tales son los preparativos del sacrificio; tales las tres fases por las que debe pasar todo hijo de Israel que aspire á *la tierra prometida*.

(1) El llamado matrimonio civil cuya reciente introduccion en España lloran los católicos, no es tal matrimonio cuando no va acompañado del acto religioso. Con este acto, es una mera formalidad legal, parodia ridícula del sacramento de Cristo. Sin el, es una fornicacion, como lo ha declarado repetidas veces nuestro santísimo padre Pio IX. Véase sobre la conducta que ha de observar el católico español obligado á esta odiosa formalidad, la tercera *Leccion de teología popular: Matrimonio civil*, por F. S. y S., publicada en esta misma *Biblioteca*.

El dia de la boda

Llegó el gran dia. Israel está á orillas del Jordan matrimonial... Ya se sabe que *Jordan*, en hebreo, significa rio del *Eden*, rio de felicidad y ventura. ¡Cuán buen augurio! Desgraciadamente los filisteos están á la otra orilla.

El novio y la novia se adornan cuanto pueden; todos los novios están *encantadores*, como lo proclama altamente un adagio de tiempo inmemorial, y todos son muy bien parecidos. ¡Todo es de color de rosa en este dia! Van á la iglesia, no para recibir una simple bendicion, como hay quien parece creerlo, sino para contraer Matrimonio á la faz de la Iglesia y de su ministro.

Para casarse es necesario presentarse al Cura párroco (ó á un delegado suyo) precisamente, y no á otro cualquier sacerdote. Es tan absoluta esta ley de la Iglesia, que si se dejara de observarla, por este solo hecho seria nulo el Matrimonio. La Iglesia quiere tambien, bajo pena de nulidad, que los futuros esposos vayan acompañados de varios testigos: se necesitan á lo menos dos, y deben ser mayores de edad.

Es costumbre oir misa los que se casan, la que se celebra despues de la ceremonia del casamiento; esta es muy sencilla; el cura-párroco ó su delegado

se vuelve hácia los dos futuros que están arrodillados al pié del altar, el marido á la derecha y la esposa á la izquierda; y despues de dirigirles una corta exhortacion encaminada á prepararles á recibir el sacramento del Matrimonio y á recordarles los graves deberes que va á imponerles dicho Sacramento, el sacerdote pregunta sucesivamente al hombre y á la mujer si quieren tomarse *mútuamente* por esposos; debiendo ambos responder en voz alta é inteligible. Aun se puede decir *no*, como ha sucedido algunas veces; pero desde que por una y otra parte se ha pronunciado el *sí*, quedan casados, y para siempre, indisolublemente casados hasta la muerte. La bendicion del sacerdote y el *conjungo* no tienen otro objeto que hacer constar oficialmente el matrimonio contraido, y su promulgacion en nombre de la Iglesia; pues lo que forma ó constituye el contrato es el mútuo consentimiento, el cual es la materia de este Sacramento. Su forma son las palabras que lo hacen constar ante la Iglesia y el sacerdote.

Si al pronunciar el *sí*, la conciencia del que lo pronuncia no estuviese en estado de gracia, lo repito, cometería un sacrilègio; recibiría el Sacramento, pero no la gracia del Sacramento; seria casado, pero tal casamiento, en lugar de ser bendito de Dios, seria maldito desde su orígen. La gracia especial del Sacramento es una gracia de fuerza, de mútua caridad, de pureza y santifica-

cion que acompaña al hombre y á la mujer durante toda la vida y les ayuda á santificarse en el muchas veces peligroso estado en que entran.

Durante las preguntas del sacerdote y las respuestas de los dos esposos, estos, que están arrodillados, se dan la mano derecha en señal de union. Igualmente en señal y recuerdo perpétuo de union, el marido pone en el dedo de su esposa un anillo bendecido, como emblema de una cadena, que solo podrá romper la muerte.

Hácia el fin de la misa de boda, entre el *Pater noster* y la Comunion, el celebrante da una bendicion solemne á los dos esposos, arrodillados y cubiertos con un velo blanco que por algunos instantes se tiene tendido sobre sus cabezas, como símbolo de la mútua cohabitacion y de la bendicion en esta union de vida. Esta costumbre no existe en algunos países, pero sí en Francia; la bendicion, sin embargo, forma parte de la misa.

Cuando todo está terminado, pasan á la sacristía el sacerdote, los recien casados y los testigos, y firman juntos el acta de Matrimonio.

Despues empieza la boda, en la que es necesario guardar mucha circunspeccion, reserva y decencia. Sepan los recien casados y sus familias, que, al seguir los legítimos usos y costumbres del país, tienen una verdadera obligacion de conciencia de no permitirse nada que de cerca ó de léjos pueda ofender las buenas costumbres y la hones-

tidad. Se puede sin duda bailar en las bodas en aquellos lugares en donde existe tal costumbre; pero debe evitarse con suma escrupulosidad todo lo que pueda traspasar los límites de una alegría permitida y de una diversion inocente. Seria ciertamente muy preferible que fuesen de otro género las diversiones; pues el baile tiene siempre peligrosas consecuencias, por mas que digan los filántropos; y en donde sea posible, es mucho mas cristiano no bailar.

Á lo menos es de todo punto necesario no pasar locamente una gran parte de la noche bailando, comiendo y bebiendo. Placeres inocentes, se dice. No es verdad; los confesores saben algo sobre el particular.

Tampoco son perfectamente inocentes los convites de bodas, por lo comun interminables y costosísimos. No es mas lícito en estos convites que en los otros, comer hasta la indigestion, ni beber hasta achisparse; que la gula es reprensible en todas partes y siempre, y en todas partes es ignominiosa la embriaguez. Cuando se come y bebe con exceso, se cae en los excesos tan comunes en los convites de bodas, como son canciones de dos sentidos y á veces del todo indecentes, chistes y sainetes groseros, tan contrarios al pudor como al buen gusto.

Religion, respeto, alegría pura y honesta, tal debe ser el programa del dia de bodas entre los cristianos.

Despues del casamiento.

Tras las rosas, las espinas. En los rosales hay pocas rosas y muchas espinas; en este sentido todos los matrimonios son rosales mas ó menos rodeados de espinas. ¿Cuáles son esas espinas? ¿cuáles esas dificultades, esas penas del matrimonio que amargan tan profundamente sus dulzuras? ¿Cuáles son los deberes que pesan sobre los casados?

1.° *La vida comun y el tener que suportarse mútuamente.* Todos los maridos, como todas las mujeres, tienen sus defectos.

Durante los primeros meses, todo son perfecciones. ¡Mi marido es tan bueno! ¡Mi mujer es un ángel!... Pero con el tiempo la perfeccion del marido se evapora, y no queda sino el marido inseparable de sus defectos; el *ángel* va perdiendo tambien una tras otra las plumas doradas de sus alas, y el pobre marido se encuentra ante una mujer muy imperfecta, absolutamente semejante á las demás. ¿Qué hacer entonces? ¿Convendrá, ante la cruel realidad, enojarse, despecharse, entregarse á la desesperacion? No por cierto, es preciso *suportarse*. Oidlo bien: *es necesario.* Es un deber, un deber conyugal que es otra de las principales piezas del yugo matrimonial... ¡Pero si mi marido es odioso, violento, pendenciero y áspero! Suportadle;

sois su esposa, y él con todos sus defectos es vuestro marido. Suportadle, y aun mas, obedecedle en todo lo que no se oponga ni al honor ni á la conciencia; porque efectivamente, la mujer debe, no solo sufrir al marido, sino tenerle deferencia, respeto, sumision, obediencia... ¡Pero mi mujer es insoportable; no puedo mas con ella, es áspera, celosa, tonta, etc.!... Sufridla. Desde el momento en que os casásteis con ella, contrajísteis ante Dios y ante la misma una obligacion religiosa é inviolable de sufrirla tal como es. Vivid, pues, con ella lo mas dulcemente posible; tratadla con todos los miramientos y todas las atenciones que tiene derecho á esperar de vos: mejor partido sacaréis de ella por medio de la dulzura que de la violencia. Mas moscas se cogen con una gota de miel, dice san Francisco de Sales, que con una bota de vinagre.

No es tan cómodo como imaginan algunos el deber de la *vida en comun* en el matrimonio: necesítase mucha virtud para acomodarse así el uno al otro en los mil pequeños detalles de la vida. Vivir dos en comunidad es en general mas difícil que vivir solo; y sin embargo, esto es lo que deben hacer los que se casan.

2.° *La fidelidad conyugal.* Un marido ó una esposa que violasen sus juramentos de fidelidad, cometerian un horrible pecado que se llama *adulterio.* Es tan grave este pecado, que hasta las leyes civiles lo castigan. Y en efecto, viola las leyes fun-

damentales de la familia, é introduce el desórden y el libertinaje en donde deben reinar la union dentro de la fe jurada, y un casto é inalterable amor. Por lo demás, nadie se haga ilusiones: la castidad conyugal es deber muy difícil. Bajo el punto de vista de las costumbres, el matrimonio no es un estado exento de peligros; muy distante de ello, expone á peligros gravísimos que conocen muy bien las personas de experiencia, y que le hacen, no solamente menos perfecto, sí que hasta menos feliz que el celibato y la continencia cristiana. Lo enseñó formalmente así el concilio de Trento contra Lutero. Para guardar intacta la fidelidad conyugal, un marido ó una esposa deben vigilar sobre sí mismos con tanto cuidado como un jóven ó una doncella. La mujer debe evitar toda coquetería; debe mostrarse grave y severa en presencia de los hombres: el marido por su parte debe evitar todas las galanterías indiscretas y las mil pequeñas libertades de que se rien los mundanos y que, no obstante, son las mas de las veces el primer paso en el maldito y vergonzoso camino del adulterio. El adulterio es el solo motivo por el cual es permitido en conciencia á dos esposos el separarse para siempre. Es inútil decir que, mientras vive uno de los dos, el otro, aunque legítimamente separado, no puede contraer nuevos lazos. En el matrimonio y fuera de él no es posible la castidad sin la omnipotente virtud de la Religion, cuya práctica es acá abajo la fuente de todo bien.

3.° *El cuidado y educacion de los hijos.* Segun los designios de Dios el fin principal del matrimonio es la procreacion de hijos. Gracia muy alta es dar á Dios y á la Iglesia hijos destinados al paraíso; por esto la esterilidad ha sido mirada siempre como una desgracia. Causa vergüenza, pues, el ver que hay maridos y mujeres que se llenan de tristeza cuando Dios les envia muchos hijos: esas almas cobardes que retroceden ante la mas santa de las cargas, no son, no, dignas del honor que Dios les hace al elevarlas al rango cási divino de padre y madre. Es una verdad admitida por todos los pueblos y por todos los siglos, que la bendicion de Dios descansa sobre las familias numerosas.

El padre tiene como principal carga suya el cuidado de proveer con su actividad y trabajo á las necesidades y bienestar de su esposa y de sus hijos. Si se exceptúa un mal hijo, nada hay peor que un mal padre. La carga de la madre mira mas directamente el interior de la casa, los quehaceres domésticos, el cuidado y la vigilancia minuciosa de todo lo que concierne á sus tiernos hijos, á quienes debe alimentar y darles de mamar, á menos de estar realmente imposibilitada; y, aun mas que el padre, debe ensañarles temprano á orar, á amar á Dios, á balbucear los santísimos nombres de Jesús y María, á practicar las pequeñas virtudes cristianas propias de su edad; santos ejemplos,

buenos consejos, cortas instrucciones, recompensas, reprimendas, cuidados asíduos de noche y de dia, nada debe omitir para educar bien á sus hijos. Una mala madre seria un mónstruo; felizmente son muy raras.

El cuidado de los hijos, tercer deber del matrimonio, dura toda la vida, aun cuando los hijos son mayores: siempre los padres deben trabajar por el bien y la salvacion de sus hijos, pues la familia cristiana no es sino una sociedad de socorros mútuos para el bienestar en este mundo y sobre todo para la felicidad eterna. El sacramento del Matrimonio es como el alma de la familia y como la fuente que brota en medio de ella para fecundizarla, vivificarla, unirla y hacerle producir abundantes frutos de salud. Por medio de este Sacramento, Jesucristo es el Rey de la familia, como por el sacramento del Órden es el Rey de la Iglesia.

TERCERA PARTE.

Lo que es ser cristiano.

¿Eres *cristiano*, no es verdad? ¿Conoces claramente lo que es ser cristiano?

Ser *cristiano* no consiste, como creen algunos de conciencia ancha, en no robar ni matar; eso basta para no ser bandido, y nada mas.

Ser *cristiano* no consiste simplemente en ser buen padre, buen esposo, buen hijo, buen trabajador ú operario, hombre laborioso é íntegro, buen amigo, etc., etc.; eso basta para ser un *hombre de bien*, y un cristiano es algo mas que un hombre de bien.

Ser *cristiano* no consiste tampoco en respetar la Religion y tenerla por grande y útil, reconocer que el Cristianismo ha inspirado grandes cosas, etc., etc.; eso no es mas que el espíritu de equidad y el buen sentido propios de un hombre ilustrado. Para formar semejantes juicios basta

pasar por encima de las groseras preocupaciones y trasnochados sarcasmos de una filosofía tabernaria.

Finalmente, ser *cristiano* no es contentarse con ciertas prácticas exteriores, como asistir con exactitud á la misa, abstenerse de comer carne ó aun ir á confesar, etc. Esas prácticas con ser excelentes, no son, sin embargo, mas que unos medios de llegar á ser y conservarse verdaderamente cristiano. ¿Qué es, pues, la vida cristiana, y en qué consiste el ser uno verdaderamente cristiano?

Un *cristiano* es aquel que ha sido bautizado; que cree de todo corazon lo que le enseñan, de parte de Jesucristo, el Papa y los obispos, encargados por el Salvador de iniciar al mundo en la religion cristiana; que observa, en cuanto se lo permite la flaqueza humana, los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia; y que procura imitar con la posible perfeccion á Jesucristo su Dios, su Salvador y su modelo.

Un *cristiano* es un hombre que ama á Dios mas que todas las cosas, que prefiere sufrirlo todo antes que ofenderle, que detesta el mal en los otros, y mas aun en sí mismo; es un hombre que ama y practica el bien, que combate con energía y perseverancia sus malas pasiones, y que, á pesar de las inclinaciones viciosas, á menudo muy fuertes, es casto, humilde, modesto, dulce y misericordioso, indulgente para con los defectos del prójimo, paciente y resignado en las desgracias.

Es un hombre de oracion que incesantemente tiene á Jesucristo en el corazon y delante de los ojos, á fin de sacar de su vida ejemplos y lecciones de todas las virtudes. Perdona á sus enemigos como Jesucristo perdonó á los suyos, y como Jesucristo pasa haciendo bien. Ama á todos los hombres, y en especial á los pobres, á los desvalidos y á los pequeños. En la prosperidad permanece desapegado de los bienes de la tierra, pensando en los únicos bienes verdaderamente dignos de ser deseados, de la patria celestial y eterna: en la pobreza y en medio de los sufrimientos se mantiene tranquilo y no pierde la esperanza; porque sabe que tras los dolores del Calvario vienen sin tardanza las alegrías de la Resurreccion, y que la cruz es el camino de la gloria.

En una palabra, un cristiano es una copia viva de Jesucristo, un hombre que ama lo que Jesucristo ama, reprueba lo que Jesucristo condena, juzga de todas las cosas como Jesucristo, y en cierto modo es otro Jesucristo.

Tal es el verdadero cristiano, tales debemos ser todos y tales debemos proseguir siendo todos.

No hay posicion en la vida en la que no se pueda ser cristiano. Pobreza ó riqueza, salud ó enfermedad, juventud ó vejez, nada importa; y todos sin excepcion debemos y podemos ser hombres de fe, y trazar nuestra vida sobre el modelo que acabamos de bosquejar.

¿Lo somos? ¿Tenemos aquella humildad, dulzura, sencillez, desinterés y pureza de vida que constituyen el espíritu cristiano? Nuestra conciencia nos lo dirá: ¡ay! la mia no me dice gran cosa de bueno; ¿y la tuya?

¡Vamos, pues, valor, debemos convertirnos! Tal vez hemos vivido como paganos hasta hoy; basta, pues, y hagámonos cristianos! Si nos espanta nuestra debilidad ante los grandes deberes que lleva consigo el nombre de cristiano, recurramos á los poderosos auxilios que la misericordia divina ha depositado en el seno de la Iglesia. Oremos, frecuentemos los Sacramentos, busquemos en la confesion de nuestros pecados el remedio del pasado, y en la frecuente Comunion la fuerza para lo venidero. ¡Mortifiquémonos, por Dios, que bien vale la pena; y por otra parte, la vida pasa tan presto! Trabajemos mientras es tiempo: dichoso el servidor fiel; á los trabajos de una prueba pasajera sucederán para no acabar jamás los maravillosos gozos prometidos por el Salvador.

Por qué muchos hombres de bien no cumplen con sus deberes religiosos.

Es un hecho, tan cierto como deplorable, que en nuestras ciudades, y aun en los campos, hay una multitud de hombres y mujeres muy de bien, de intachable probidad, de una gran bondad de cora-

zon, y de una vida tranquila y regular, que no cumplen con los deberes del cristiano. Oran, sin embargo, con cierta exactitud; á lo menos se encuentra en muchos esta fidelidad; no se burlan de la Religion y aun saldrán á su defensa en caso necesario; de vez en cuando van á misa el domingo; todos se abstienen de comer carne el Viernes Santo, y á veces en los viernes ordinarios; dan mucha importancia á los cuidados religiosos de que está rodeada la educacion de sus hijos, su corazon está profundamente conmovido al asistir á la primera comunion del hijo ó de la hija; por nada de este mundo querrian morir sin Sacramentos; en una palabra, su vida parece irreprensible. Solo les falta una cosa: no se confiesan ni comulgan.

Y ¿es esto un gran mal, cuando llenan todos los demás deberes? Sí, un gran mal y un mal grandísimo. Una nave, por mas que esté amarrada á la ribera con una cadena de hierro, viene á ser el juguete de las olas porque pierde todo punto de apoyo si llega á romperse un solo anillo de la cadena que le defiende. Dios es nuestro Salvador en medio de los peligros de la vida y de las tempestades de las pasiones; la cadena que nos ata á Él, y que por consiguiente nos salva es la Religion, la cual se compone, á manera de una cadena de anillos eslabonados, de un conjunto de obligaciones que forman un todo completo y están estrechamente unidas unas con otras. Romper un solo anillo, violar

uno solo de los preceptos de la Religion, es separarse de Dios, perder la vida del alma y arriesgar la salud eterna. Ahora bien, para todo cristiano la obligacion de confesarse con regularidad y comulgar á lo menos una vez al año, es una ley absoluta y rigurosa, cuya violacion es un pecado mortal. Luego, cualqniera que sea por otra parte la integridad del resto de la cadena, como lleguen á faltar esos dos anillos, todo está roto entre Dios y nosotros; cualquiera que sea la probidad, la hombría de bien, la moralidad del resto de la vida, si se dejan de cumplir estos dos deberes, el alma está separada de Jesucristo; y si continúa así, está perdida por toda la eternidad. Luego, no confesarse ni comulgar es un grandísimo mal, una desastrosa falta y una inconcebible locura. Y ¿por qué no se confiesan las personas honradas de que hablo? ¿Será que les falta la fe? Náda menos que eso. ¿Detiénenles por ventura los respetos humanos? Algo puede haber de ello; pero no es todavía esta la verdadera causa de que quiero ocuparme, aunque esta sea, por desgracia, tambien muy frecuente. ¿No tienen bastante valor para declarar sus faltas? Ya lo tendrian, aunque debiese hacérseles cuesta arriba: ¿qué es, pues, lo que tan á menudo los retiene léjos de Dios? Dos bagatelas, dos nonadas, que son, sin embargo, bastante poderosas para perder á una multitud de almas: *la costumbre y el embarazo para romper con semejante rutina.*

¡Cuántos que vuelven al cumplimiento de sus deberes despues de diez, veinte y treinta años de olvido, los habrian puesto en práctica mucho tiempo antes, á saber como debian hacerlo para confesar y comulgar! Bien veian tal vez á algunos sacerdotes; pero no tenian bastante intimidad con ninguno de ellos para abrirle el corazon, y además deteníales no sé qué vergüenza de reconocer que hacia muchos años que no se confesaban. No se ofrecian ocasiones ó bien pasaban sin ser aprovechadas; y con ellas pasaban los meses y los años; y se ahondaba mas y mas el abismo.

Probablemente estas líneas llegarán á manos de mas de una persona que se encontrará en este caso. Como amigo fiel y sincero, invito y exhorto á ésa alma querida á revestirse de valor y acabar de una vez con el olvido práctico de Dios. Nada mas sencillo que esta operacion bienhcchora; vé, alma querida, á encontrar al primer sacerdote que se te presente; vé á su casa ó á la sacristía, pues los sacerdotes están acostumbrados á semejantes visitas; díle sencillamente y sin empacho que estás en descubierto con Dios, que deseas confesarte y que le suplicas te ayude á hacerlo bien. Te respondo de su buena acogida, y en cuanto á lo restante, le dejo á él el cuidado de guiarte. Una dulce experiencia te enseñará cuán bueno es estar en paz con nuestro Señor.

Religion del hombre de bien.

Circula una tosca cancioncita, compuesta á lo que creo para hacer burla de los sansimonianos y furrieristas-comunistas, que empieza así:

Faites-vous Saint-Simonienne;
C'est la loi du vrai bonheur!
C'te r'ligion-là, c'est la mienne,
J'donne dedans de tout mon cœur! (1)

Lo mismo puede decirse de lo que llaman la *religion del hombre de bien*, tan extendida en nuestra desgraciada patria. Hay una multitud de buenas personas que *entran en ella con todo el corazon*. No será, pues, fuera de propósito hacerles ver su engaño, y abrirles los ojos acerca *su religion*.

Y decidme desde luego, mi querido *hombre de bien*, ¿qué es vuestra religion? ¿en qué consiste? ¿qué cosas manda? ¿cuáles prohibe?

Primer embarazo de mi *hombre de bien*; porque si responde que su religion consiste «en cumplir con exactitud todos los deberes, en hacer el bien y evitar el mal», se le echarán encima de todas par-

(1) Traducida literalmente dice: Haceos sansimoniano; que esa es la ley de la verdadera felicidad; esa es mi religion, éntrome en ella con todo mi corazon! (*N. T.*)

tes y se le suscitarán cuestiones que van á ponerle en aprieto.

El primero que se presentará será ese jóven de costumbres desarregladas, que deshonra las familias, que llena de amargura á su piadosa madre, y cubre de vergüenza la vejez de su padre. «¡Qué! señor hombre de bien, exclamará, ¿con qué yo no soy un hombre de bien? ¿Qué importan al honor algunas locuras propias de la juventud? ¿no tuvísteis las vuestras? Por cierto que tengo la pretension de ser tan *hombre de bien* como vos. Y si pretendeis sostener lo contrario, aprisa, desenvainemos las espadas; nos batirémos, y uno de los dos quedará en el suelo. ¡Es preciso vengar mi honor!»

Tras este vendrá, no ya con espada, sino con sus enormes puños, ese obrero que trabaja la mitad menos cuando va á jornal que cuando á destajo; aquel otro que con tanta regularidad y devocion celebra la fiesta de *san lunes*, que vuelve á su casa en completo estado de embriaguez, habiendo gastado en la taberna todo lo que ganó en la semana: su esposa se queja, y él la apalea; sus hijos tienen miedo y les da cada trancazo; y cada semana se repite la misma escena: despues aquel tercero que escandaliza é indigna á todos los vecinos con sus blasfemias, feroces propósitos y su brutalidad: «¿Dices que no somos *hombres de bien?* gritan á mi pobre hombre. Repítelo si te atreves, que hemos

de molerte las costillas á palos, y no dejarte hueso sano.»

Despues vendrá tambien, con no menos peligrosa cólera, aquel gordo y robusto amo que abusa de la miseria de los tiempos para robar á los trabajadores y pobres aprendices el necesario descanso del domingo. «¿Quién se atreve á decir que no soy un hombre de bien? exclamará con el tono de voz de un amo. Nunca he robado á nadie; cumplo mis compromisos, vendo buena mercadería; mi casa es conocida y apreciada en todas partes; ¿de qué, pues, se quejan? ¿de qué me acusan?...»

¿Qué responder á esa terrible gente, mi querido hombre de bien? Y, sin embargo, si los admitís entre los *fieles* de vuestra religion, héos aquí obligado á confesar que un libertino, un duelista, un hombre colérico, borracho, disoluto, duro, injusto, etc., puede ser y es un *hombre de bien*, y que si no ha robado ó asesinado, nadie puede rehusarle ese glorioso título!

¡Qué! ¿y esta es vuestra religion? ¡Una religion que lo permite todo, á excepcion del robo y del asesinato! Pero ya conoceis que esto es una infamia, y no una religion.

¿Qué es, pues, vuelvo á preguntaros, qué es la *religion del hombre de bien?*

Aguardad, amigo mio, confesad que os hallais en sumo embarazo. Vengo, pues, á sacaros de

él, y al hablaros así no pretendo confundiros, sino ilustraros, y mostraros en donde está la verdad y el bien.

Por la sola razon de que un hombre viva fuera de la religion cristiana no se le debe tener por criminal ó mal hombre, pues muchas veces hay mas ignorancia que malicia en esa falta de religion, y con harta frecuencia son mas culpables los padres que los mismos hijos.

Convengo en que es una cosa excelente el ser hombre de bien, y no dudo que tú lo eres; cosa plausible es ser buen ciudadano, dispuesto á contribuir resueltamente al sosten del órden y de la pública tranquilidad; digno tambien de todo elogio ser buen padre, buen marido, buen hijo, buen vecino y buen compañero; pues obligados estamos á ser todo esto, y los que no lo son obran mal. Pero tambien es cierto que *eso no basta*; que esos deberes, aunque impuestos por la Religion, no son toda la Religion; y que no solamente *debemos* ser hombres de bien, sino que además *debemos* ser cristianos.

Y ¿por qué? Porque hay un Dios vivo que es tu Criador y Padre, y ese Dios omnipotente no te puso á la ventura en este mundo; sino que te crió para que le conocieras, sirvieras y amaras, y merecieras por ende poseerle y ser feliz con Él en la vida eterna. Porque tras este mundo que pasa, viene otro que es permanente, y Dios recompensará en

él á los que le hayan sido fieles, y castigará con el infierno eterno á los que no hayan querido servirle y amarle.

Porque Jesucristo, Dios y hombre, vino en medio de nosotros para enseñarnos cómo debemos vivir para llegar á la eternidad feliz, y determinando de una manera clara y precisa la regla de nuestras obligaciones, nos declaró que cualquiera que no siguiese sus palabras seria rechazado por su Padre celestial.

Finalmente, porque el divino Maestro ha enviado á los hombres los pastores de su Iglesia, el Papa, sucesor de san Pedro, y los obispos católicos, sucesores de los Apóstoles; y al enviarles como doctores y pastores de los pueblos, declaró que les asistiria siempre con su Espíritu, en la enseñanza y administracion de la única verdadera Religion; que el que los oyera le oiria á Él mismo, á Jesús, al Hijo de Dios, y que el que les desobedeciera, á Él mismo desobedeceria!... De donde se deduce que si queremos profesar la Religion del solo verdadero Dios, cumplir nuestros destinos en este mundo, estar dentro del órden, de la verdad y del bien, nos es absolutamente necesario creer y practicar la religion cristiana tal como la enseñan al mundo el Papa y los Obispos de la Iglesia católica.

Hé aquí, mi querido hombre de bien, por qué no basta ser hombre de bien, aunque convenga mucho serlo.

Hé aquí porque la *religion del hombre de bien* es una palabra vana y *sin sentido*, que no ha sido inventada por ciertos hombres sino para paliar á á los ojos del mundo, y á los suyos propios tal vez, desórdenes, vicios y debilidades, cuyo remedio solo se encuentra en la práctica de la religion católica.

Los respetos humanos.

« No me atrevo á cumplir mis deberes religiosos; bien lo quisiera, pero no me atrevo. » ¿No te atreves á salvarte, y sí á condenarte? ¿No tienes valor para ir al cielo, y lo tienes para ir al infierno? Extraño valor por cierto, y voluntad muy razonable! ¡Hombre débil y de poca fe! ¡Cuán cobarde eres, y cómo debes avergonzarte de tí mismo! ¿No debemos, en efecto, avergonzarnos de lo que nos deshonra? y ¿hay alguna cosa, pregunto, mas deshonrosa que la cobardía?

La cobardía del respeto humano en materia de religion, es la peor de todas las cobardías. Es la voluntaria renuncia á lo que hay de mas intímo y sagrado en el hombre, la conciencia; es el abandono del primero de nuestros derechos y del mas importante de todos nuestros deberes, cual es el de ser buenos cristianos, cumplir en este mundo nues-

tro destino, y salvar nuestra alma por toda la eternidad! En semejante materia, la cobardía es mas que debilidad, es una locura y un crímen.

¿No te atreves á hacer tus oraciones, á huir de las malas compañías y de los lugares peligrosos, á ir á la iglesia, á frecuentarte con el sacerdote y á servir á Dios? Y díme, ¿qué hay mas honroso para un hombre de bien que todo esto? ¿No nos distinguimos acaso de los seres irracionales por la oracion, el servicio del Señor y la observancia de su ley? El animal desprovisto de razon no tiene destinos eternos, y no se sale del órden cuando se ocupa exclusivamente de los intereses del momento. Pero tú permaneces en la tierra para ir al cielo, y si estás en el tiempo es para la eternidad. El cielo, la eternidad, hé aquí tu gran negocio, que debe preocuparte con preferencia á otro cualquiera, porque perdido este, todo está perdido para tí. Ahora bien, desde el momento que no te atreves á servir á Dios durante la vida, renuncias á la eternidad y al cielo; y á un miserable miedo, mil veces indigno de un cristiano y de un hombre de bien, sacrificas tu Dios, tu salvacion, alma y felicidad, á la par que tu deber y conciencia!

«Se burlarán de mí,» dices. Y bien, vaya, ¡qué desgracia tan grande! ¿morirás de resultas? ¡ríete tú de esas burlas absurdas! Si se burlasen de tí porque cada dia te desayunas y comes, porque te acercas á la lumbre cuando tienes frio, porque

te lavas cuando estás súcio, porque andas con dos piernas y no con cuatro piés, porque amas á tu madre, porque no eres un bribon, etc., díme, ¿cambiarias de modo de obrar para dar gusto á los necios que te lo desaprobasen? Te encogerías de hombros sin tomarte siquiera la molestia de contestarles. Pues bien, todavía hay una cosa mas razonable, mejor, mas legítima y mas necesaria; tal es la obediencia á Dios tu Criador, la práctica de su Religion y la observancia de sus mandamientos. No atreverte á ser cristiano, es no atreverte á ser razonable, esto es, bueno, hombre de conciencia y de honor.

Ve, pues, cobarde, ve á confesarte, acércate á la sagrada mesa, y teme mas á Dios que á los hombres.

La negligencia.

Muchos años hace que aqueja al mundo una espantosa y funesta enfermedad que causa horrorosos estragos: cébase á la vez en todas partes, y sufren su terrible y mortífera influencia, Francia como Inglaterra, España como Italia; súfrenla Europa y el mundo entero, lo mismo los países de buen clima como los que lo tienen áspero, los pueblos civilizados como los bárbaros: siglos há que causa víctimas. Vas á figurarte sin duda que se trata de

uno de esos azotes conocidos con el nombre de peste, tifus, cólera, etc.! Léjos de esto: el mal que señalamos es todavía mas formidable; causa la muerte á mayor número de hombres; no se contenta con herir los cuerpos, sino que emponzoña tambien las almas, y su fatal influencia se prolonga hasta mas allá de la tumba.

Este deplorable mal, se llama la negligencia, que causa la ruina de familias enteras, sumergiéndolas en espantosas miserias ante las que sucumben tarde ó temprano. Y es tanto mas temible esa epidemia, cuanto no la anuncia ningun signo precursor, y ataca al hombre sin que este lo advierta. Aléjale al principio poco á poco de sus deberes para con Dios, y luego despues de sus deberes para con la familia y sus semejantes. Este azote es otro de los funestos efectos del pecado original.

Se manifiestan los primeros síntomas cuando ante una dificultad cualquiera te detienes, vacilas y te dices en tu interior: «¡No puedo! ¡Es demasiado difícil! ¡No tengo tiempo! ¡Lo haré mas tarde, pero no ahora! ¡No vale la pena de empezar, pues no podria llegar al fin! ¡No tengo fuerzas para tanto! etc., etc.» ¡Oh! entonces, mientras es tiempo todavía, dirigios sin pérdida de momento esas dos preguntas y contestadlas con la mano puesta sobre el corazon.

1.° ¿Qué haria si tuviese la seguridad de que, haciendo lo que ahora me parece imposible, habia

de recibir cien duros en premio de mis esfuerzos?

2.° ¿Qué haria si estuviese igualmente cierto de que iban á darme cien palos tan luego como cediese á las pérfidas insinuaciones de la negligencia, á la que me parece no poder resistir en este instante?

Esas dos preguntas, y la respuesta que no dejaria de darte tu conciencia, ¿serán un remedio infalible y á la vez muy sencillo contra el mal que te indicamos, á menos que el enfermo, por estar atacado de mucho tiempo, no se encuentre en un estado desesperado.

¿Te ries? pruébalo y verás.

No tengo tiempo.

De cada diez personas que no cumplen con los deberes religiosos, hay seis ó siete por lo menos que os responden cuando les hablais de ello: «Nada me gustaria tanto, pero no tengo tiempo; necesito ganarme la vida. La Religion es buena para las personas de una posicion desahogada, que pueden vivir sin trabajar.»

Nada mas falso que semejante razonamiento; nada mas contrario al espíritu del Cristianismo. Como Dios, la Religion es para todos; y si hubiese de hacerse alguna distincion entre los hombres,

los preferidos ante Dios serian sin disputa los pobres y los pequeños.

Este es un error general entre la clase obrera, especialmente en las grandes ciudades, y necesario es proclamarlo muy alto, procede de la ignorancia. Tiénese de la Religion una idea absurda: créese que consiste únicamente en exteriores y numerosas prácticas; y como es evidentemente incompatible con ellas el trabajo cotidiano, absolutamente necesario á los obreros para ganarse la vida, se corta la cuestion, y sin advertir que es una blasfemia, se tiene por axioma el famoso *No tengo tiempo*.

Pero díme, querido amigo, *¿cuánto tiempo* se necesita para amar á Dios?

¿Cuánto tiempo se necesita para pensar en Él alguna vez durante el dia; y para rogarle que nos bendiga, que no sean infructuosos nuestros esfuerzos, y que nos dé el descanso del paraíso despues de las penas y fatigas de la vida presente?

¿Cuánto tiempo se necesita para no jurar, para respetar al padre, á la madre y á los superiores, para no embriagarse, para perdonar á los enemigos, para devolver bien por mal, para sufrir los defectos ajenos?

¿Cuánto tiempo se necesita para ser casto y puro, para rechazar los malos pensamientos, para no tomar parte en malos discursos, para huir de tal ó cual amigo que indudablemente nos ha de arrastrar al vicio?

¿*Se necesita mucho tiempo* para arrepentirse cuando hemos cometido alguna fechoría? Mas aun; ¿se necesita mucho tiempo para hacer la oracion de la mañana y de la noche? En cinco minutos, en diez á lo mas, puede cualquiera satisfacer cumplidamente este gran deber; y ¿qué hombre no puede, si quiere de veras, economizar algunos instantes desde el principio hasta el fin del dia?

—Pero dirás: La Religion manda muchas otras cosas. Manda ir á misa los domingos y dias de fiesta, ir á confesar y comulgar; y para todo esto ¿no se necesitará mucho tiempo? ¡Hé aquí lo que no tengo tiempo de hacer!

Y ¿cómo se lo componen, pues, los que, á pesar de estar tan ocupados como tú, á menudo mucho mas ocupados, y todavía mas estrechados de la necesidad de ganar su salario, hacen todo esto, y aun mas que esto? Algunos he conocido que no pasan semana sin recibir los Sacramentos. ¿Cómo hallan tiempo de cumplir sus deberes? Lo que ellos hacen, tú puedes hacerlo tambien; y lo que falta no es el tiempo, sino la buena voluntad.

Si no encuentras el tiempo que saben encontrar esos hombres de que te hablo, débese á que no tienes, como ellos, el profundo sentimiento de la necesidad de la Religion; tú antepones el cuerpo al alma, aquellos, por el contrario, anteponen el alma al cuerpo. No es que olviden el cuerpo y la familia, no; sino que conocen el precio y la dife-

rencia de las cosas, y lo regulan todo segun la verdad.

¿Qué dirias si tu amo tuviese la pretension de no darte tiempo para comer? Ciertamente que le dejabas á él y su tienda, y dirias: *¡Ante todo* es necesario vivir! Pues bien, de una manera mucho mas apremiante aun te digo yo á tí: ANTE TODO, ante la vida misma del cuerpo, salva tu alma que es la mas noble parte de tu ser, tu alma que hace de tí un hombre, pues por el cuerpo no somos sino un animal, y lo que distingue al hombre de la bestia es el alma.

Cuando la Religion te da la vida del alma uniéndola con Dios, vienes á decirme: ¡No tengo tiempo de practicar la Religion! ¡Eh! tómatelo ese tiempo *necesario*; tómatelo, cueste lo que cueste, no importa en dónde ni á qué costa.

Nadie en el mundo tiene derecho á privarte de él, porque nadie en el mundo lo tiene de perderte: ni tu amo, ni tus dueños, ni tu padre, ni tu madre; *nadie* sin excepcion! Ninguna criatura puede robarte ó exigirte la salud del alma, y si alguien quisiera atentar al mas sagrado de tus derechos, habria llegado el caso de poner en práctica aquella gran regla de los cristianos: PIÉRDASE TODO ANTES QUE PERDER Á DIOS.

— Pero mi estado, añades, me impide trabajar por mi salvacion. ¿Es verdad? Medita que respuesta vas á darme; porque si despues de haber reflexio-

nado bien me respondes que sí, yo te diré: Pues entonces, es preciso que lo dejes y tomes otro. Pues ¿de qué te aprovechará ganar todo el mundo si llegas á perder el alma?

Por lo demás, hablemos con franqueza. ¿Es cosa bien cierta y averiguada que no puedas vivir cristianamente en tu estado, ó, lo que es lo mismo, que tu estado no te permita pensar en Dios algunas veces, ni elevarle las súplicas por la mañana y por la noche; ni ofrecerle tus penas, trabajos y privaciones? De seguro que no te obliga á jurar el santo nombre de Dios, ni á frecuentar los malos teatros, tabernas y lugares de disolucion. Si el tiempo que pasas así quisieras emplearlo en hacer buenas obras, lo tendrias cien veces de sobras para ser un buen cristiano.

No conozco estado alguno en el cual no pueda el obrero, al acercarse las grandes festividades, ir por la noche, despues de haber concluido el jornal, á encontrar al confesor y recibir, junto con el perdon de los pecados, consejos y exhortaciones que le induzcan y animen á mejorar de vida para en adelante: ninguno conozco que no permita, al que de veras lo desee, ir por la mañana muy temprano á la iglesia para oir una misa rezada y comulgar. En realidad de verdad nunca nos falta tiempo para hacer lo que queremos; pero es necesario que lo queramos.

No digas, pues, mas: No tengo tiempo de ser

cristiano; porque te engañarías miserablemente á tí mismo. Dí, si te place: «No tengo tanto tiempo, ó tantas facilidades como quisiera». Sea; pero, despues de todo, Dios solo pide el corazon y la buena voluntad, y otra vez repito que en semejante materia no hay cuestion de tiempo. El que no da á Dios su *tiempo*, Dios le rehusará su *eternidad!*

Ante todo el comercio.

En un pueblo de los alrededores de Paris, en Méry-sur Oise, habia una buena vieja que traficaba en objetos de quincalla, y á la cual llamaban todos la madre Buen-Tiempo, á causa de su jovialidad y desenvoltura. La madre Buen-Tiempo tenia buenas cualidades: no solamente no mataba á nadie, ni habia hurtado jamás el dinero á los vecinos, sino que además era una buena mujer, gustaba de reir y hacer bromas, y se lo pasaba muy bien con su corto comercio. Verdad es que no ponia jamás los piés en la iglesia; pero saludaba al cura siempre que pasaba por delante de su tienda, y *respetaba* tanto la Religion, que una vez en un exceso de celo, propinó un solemne bofeton á un albañil que discutiendo sobre teología en casa del tratante en vinos, se atrevió á decir que no habia Dios.

La madre Buen-Tiempo era, pues, una mujer

perfecta. Creíase cándida como la nieve y decia que en sus sesenta y cuatro años de existencia, nada, absolutamente nada, tenia de que acusarse.

Su axioma favorito era: *Ante todo el comercio.* Abroquelábase tras este escudo cuando alguien queria proponerle algunas observaciones, y hacerla ver que á su edad era por lo menos prudente pensar en la eternidad. «¡Ah! á fe mia, decia con dolorosa conviccion, no soy bastante rica para no hacer nada é irme á la iglesia. Es necesario que me gane la triste vida; y además, ante todo es el comercio! Yo no sé otra cosa.»

«—El comercio, está muy bien, le respondió un dia una excelente mujer que habia ido á verla, y que era de todos apreciada en el pueblo por su virtud; el que, como nosotros, no es rico, ha de trabajar y ganarse la vida. Pero por ganarse la vida no conviene perder el paraíso; es necesario ganarlo tambien; y para ganarlo no basta ser, como vos, una buena y honrada mujer, sino que es necesario además ser buena cristiana y cumplir *vuestros deberes* religiosos. ¿Entendeis bien? *vuestros deberes*.

—Entiendo perfectamente cuánto me decís, vecina. Pero para cumplir con mis deberes religiosos necesito tiempo, y precisamente el tiempo es lo que me falta. No, no tengo tiempo; ante todo, el comercio!

—Pero no os faltará tiempo, madre Buen-Tiempo,

si os lo tomais. No teneis necesidad de mucho tiempo, ni de introducir grandes cambios en vuestro método de vida para hacer una corta oracion por la mañana y por la noche.

—¡Ah! en cuanto á esto cási no falto nunca. Al acostarme hago cási siempre la señal de la cruz. Mi pobre marido, que Dios tenga en la gloria, me decia que esto no servia para nada. Pero yo me he mantenido siempre firme, y siempre he servido á Dios.

—Pero, mi buena madre, no basta para servir á Dios que hagais simplemente la señal de la cruz al acostaros! ni tampoco basta que hagais vuestras oraciones. Es necesario además que vayais á misa los domingos.

—¡No tengo tiempo! el comercio...

—¡Bah! no lograréis darme á entender que no podais hacer como yo, que tambien tengo mi comercio y me veo obligada á mirar al huerto y á la viña para salir adelante. Dios ayuda siempre al que hace alguna cosa por Él. Yo no vendo en domingo sino cuando no me es posible prescindir de ello, y entonces no es pecado; pero de ordinario tengo cerrada la tienda; voy á misa como todas las personas de bien; doy un paseito; descanso de los seis dias de trabajo, y no muero por esto. Vos sois una buena mujer, madre Buen-Tiempo, y deberíais hacer como yo.

—¡Pero el comercio!

—¡Eh! el comercio seguirá del mismo modo; y por otra parte, aun cuando perdiérais diez ó quince sueldos por semana, no seria tan mal negocio en comparacion del servicio de Dios! Considerad que no estamos en la tierra para vivir como perros que no van á misa, ni confiesan, ni piensan en Dios, ni el paraíso, ni en el infierno. Vamos, madre Buen-Tiempo, el domingo próximo cerrarémos la tienda é iremos juntas á misa: ¿no es verdad?

La historia no dice si la buena vecina con su buen sentido logró vencer la inveterada costumbre de la madre Buen-Tiempo, y si el domingo siguiente no volvió á su tema: *Ante todo el comercio*; sin embargo, tenemos motivos para creer que la vecina ganó el pleito. Ahora es ya difunta, así como la madre Buen-Tiempo. Si esta pudiese volver, no diria ya: «Ante todo el comercio», sino mas bien: ANTE TODO LA SALVACION.

No conviene aguardar el dia de mañana.

El pasado no nos pertenece ya; el porvenir no nos pertenece todavía, y acaso no nos pertenecerá nunca; únicamente es nuestro el presente. Cuando tengamos, pues, que tratar algun asunto sério, y podamos resolverlo en seguida, ocupémonos de él al momento, hoy mismo; no lo difiramos para un mañana que tal vez no llegará jamás para nos-

otros, y sobre todo no lo remitamos á un lejano porvenir.

Un hecho sucedido recientemente en la cárcel celular de la Roquette, en París, nos hará ver cuán cuerda, prudente y necesaria es esta regla de conducta.

La cárcel á que nos referimos es doble; en una parte están los criminales ordinarios; en la otra los jóvenes detenidos, es decir, muchachos que por sus vicios precoces han sido condenados á un tiempo mas ó menos largo de reclusion.

Acercábase el tiempo pascual. El digno cura de la cárcel reunió á todos los jóvenes detenidos, y recordándoles la grave obligacion que tenian de cumplir los deberes religiosos por Pascua, invitó á los que desearan prepararse, á inscribirse y á darle nota de sus nombres. Presentáronse todos á excepcion de uno solo; era un jóven de diez y siete años.

Afligido el cura por su silencio, que contrastaba tan vivamente con la buena voluntad de los demás, fue á verle al dia siguiente en su celdilla. «Y bien, amigo, le dijo con un acento lleno de bondad, ¿con qué te has olvidado de hacerte inscribir para el cumplimiento del precepto pascual?—No, señor cura, le responde tranquilamente el jóven detenido; no me he olvidado de ello, pero... no estoy decidido, porque no me encuentro preparado...—Vamos, hijo mio, no importa; yo te ayudaré á prepa-

rarte: es la cosa mas sencilla del mundo. Deja que te inscriba en la lista con los demás: me encargo de hacerte cumplir perfectamente el precepto.— No, señor, ahora no; mas tarde verémos: este año no. El año próximo...—¿Cómo el año próximo? Entonces tendrás las mismas dificultades que ahora. ¿Por qué diferirlo? Tú no estás seguro...—Sí, sí, confesaré y comulgaré el año próximo; este año no quiero.» El cura nada pudo obtener de él y se retiró con el corazon lleno de amargura al verle obstinado en su irreflexivo propósito. «Pobre jóven, decia, rehusa el solo consuelo que le queda en su cautiverio; ¡Si supiera lo que rehusa!

Al dia siguiente por la mañana bajó segun costumbre á las celdas de la enfermería para visitar á otro detenido de diez y siete años de edad, como el de la víspera, al cual se le habian administrado los Sacramentos cinco ó seis dias antes. Al pasar por el corredor notó sobre la puerta inmediata á la del jóven enfermo, el número del detenido que le habia manifestado la víspera tan malas disposiciones. Admirado, abre la puerta, y en efecto ve al mismo jóven muy pálido y tendido en el lecho. «Qué te ha sucedido, pues? le pregunta. Ayer me pareciste fresco y lleno de salud, y hoy te veo en la enfermería!»

No obtiene respuesta.,.

Acércase el cura, y exclama: «¡Ah, Dios mio, está muy malo!» Y saliendo al punto llama á la her-

mana y al médico, los cuales acuden corriendo: «Ved, les dice el sacerdote, á ese jóven le habrá sobrevenido algun accidente. ¿Qué tiene?—No puede ser cosa de cuidado, contesta la hermana; aun no hace una hora que le han bajado; tenia jaqueca.

El médico se acerca al enfermo y exclama: «¡Ah Dios mio! no tiene pulso... el corazon no late... ya no respira... ese muchacho acaba de morir!»

¡Qué noticia para el pobre cura! Permanecia al lado del enfermo sin poder articular palabra; con indecible angustia tenia los ojos fijos en aquellos descoloridos labios, en aquella boca entreabierta... y parecíale que todavía le estaba oyendo decir: «El año próximo... Este, no... Mas tarde... El año que viene...» Y habia empezado ya para él la eternidad, en la cual no habia año próximo.... Y aquella alma estaba ya juzgada!!! Retiróse con el corazon lleno de dolor.

En la celda contigua estaba tambien tendido en el lecho del dolor el otro jóven enfermo; y en su rostro veíanse pintados las señales precursoras de la muerte... «¡Oh padre mio! dijo con voz débil cuando vió entrar al buen sacerdote, ¡oh padre mio, cuán feliz soy! ¡voy á morir; voy á gozar de Dios! ¡Estoy tan contento, tan tranquilo, desde que recibí los Sacramentos!» Y como el cura le diese algunas esperanzas de recobrar la salud, respondióle: «No me hable V. en estos términos; no me

diga V. que no voy á morir. Mejor quiero morir ahora, ¿lo creerá V.? porque estoy bien preparado... Amo á Dios... Si saliese de aquí podria volver á ofenderle, y perder mi alma! ¡Oh, no! ¡mucho mejor es que muera ahora!...» Y aquel mismo dia, esa alma tan diferente de la otra, comparecia á su vez ante Nuestro Señor Jesucristo...

Dos dias despues estaban en la capilla de la cárcel los dos féretros, el uno al lado del otro, y desde allí eran conducidos al cementerio, en donde la misma hoya los recibió á entrambos... Y cuando en el último dia resuciten, ¿será por ventura igual su suerte? ¡ay! aunque la misericordia de Dios tiene secretos que no nos es dado penetrar, ¿no es de temer que el uno sea rechazado á la izquierda, y el otro, por el contrario, colocado entre los escogidos á la derecha del divino Juez? Y todo por haber diferido para mas tarde el cumplimiento de un deber que tan fácil era cumplir desde luego!

¿Quién no escarmentará á la vista de tan terrible ejemplo?

La moral cristiana.

Al hablar de la fe y del Credo, vimos que la gran razon por la cual debemos creer las verdades de la Religion, es el habérnoslas revelado Dios mismo por medio de Jesucristo, Hijo suyo, quien nos las

enseña con infalible verdad por el ministerio de su Iglesia. No menos divino es el principio de la moral; y la razon porque debemos observar fielmente los mandamientos de Dios y de su Iglesia, es porque Dios lo quiere, y nos han dado á conocer de un modo cierto su voluntad soberanamente santa Jesucristo y sus ministros, que son el Papa y los Obispos, legítimos pastores del pueblo cristiano.

La palabra *moral* quiere decir *regla de costumbres*; en latin, *morum lex*. Ser *moral* ó justo es vivir conforme á la regla que viene de Dios, y es la expresion de su voluntad; ser inmoral ó impío es anteponer el propio capricho á la voluntad de Dios, y vivir segun las pasiones, y no segun la ley divina.

Llámase conciencia aquella luz interior que nos da á conocer nuestros deberes, acusándonos de infidelidad cuando obramos mal, y aplaudiendo nuestra obediencia cuando tenemos el valor de seguir la voz de Dios y de ser buenos cristianos.

Pero así como corre por el mundo moneda falsa que facilmente se toma por buena si no se la examina de cerca; así tambien hay una falsa moral, muy extendida por desgracia á consecuencia de la ignorancia y de la incredulidad; una moral que no basta para cumplir la voluntad de Dios, y con cuya práctica se contentan muchos; esa moral es la que por ironía se llama la moral del hombre de bien, muy diferente por cierto de la moral verdadera,

que es la cristiana. Los que no tienen otra se figuran falsamente que viven perfectamente bien, y no pocas veces esta misma engañosa tranquilidad se convierte en un obstáculo mas para que vuelvan al verdadero servicio de Dios.

Nada mas cómodo ni mas elástico que esa pretendida moral del hombre de bien; y podríamos añadir, nada mas inmoral, ó á lo menos nada mas inútil para hacer á un hombre verdaderamente virtuoso. En suma, viene á reducirse á estas dos palabras tan comunes como nécias: *no matar y no robar;* lo cual sin duda es muy bueno y laudable, pero que no adelanta gran cosa, en atencion á que, si se exceptuan los condenados á galeras, la mayor parte de los hombres pueden en conciencia envanecerse con esta gloriosa divisa. No va mas léjos la moral del hombre de bien, y todo lo demás lo deja en una vaguedad muy agradable á los que quieren hacer calaveradas. Eso sí, manda pomposamente que seamos buenos padres, buenos hijos, buenos esposos, buenos muchachos, y, en caso necesario, buenos guardias nacionales; pero si se trata de entrar en los pormenores de los deberes de la vida, si se trata de arreglar la conducta, las costumbres, el génio, y de combatir los vicios, las malas costumbres y los instintos egoistas; ya no dice palabra; nada prohibe y todo lo tolera; de suerte que con ella puedes ser disoluto, jugador, colérico, pendenciero, egoista, disipador ó avaro, segun te

arrastre tu voluntad, sin amor á nadie, si no es á tí mismo, y lleno de pereza, de orgullo y de sensualidad. ¿Quién no vé el vacío de semejante moral, y cuán imposible es hallar en sus indeterminadas máximas el poder necesario para dominar las fogosas pasiones? A decir verdad, no es sino un medio honroso de poder obrar el mal sin molestar demasiado la conciencia. Desgraciadamente para los *pretendidos hombres de bien*, Dios es mas exigente que ellos, y preciso es confesar que tiene razon.

La moral cristiana, que Él mismo nos ha dado, es la regla con que nos juzgará; y no está en nuestro poder modificarla, como no lo está el cambiar el curso de los astros y las leyes de la naturaleza.

Muy diferente la moral cristiana de la del hombre de bien, se apoya enteramente en la Religion, de modo que viene á ser la Religion misma en accion. Es su fundamento, al cual lo refiere todo, el amor y servicio de Nuestro Señor Jesucristo; su código, el Evangelio, con sus divinas máximas, y ante todo nos enseña la necesidad de la penitencia, de la abnegacion de nosotros mismos, de la caridad fraternal, de la humildad y de la dulzura, de la pureza de corazon y de la castidad, del desasimiento de los bienes de este mundo, de la obediencia á Dios y á su Iglesia: en una palabra, nos enseña la práctica de la vida y de las virtudes cristianas. Preciso es reconocer que hay diferencia entre semejante regla de conducta y las acomoda-

ticias máximas del *buen padre*, *buen hijo*, *buen esposo* y *buen muchacho*. Como decia con gracia san Francisco de Sales, con tales máximas se conseguirá á lo mas no ser llevados á la horca, y conciliar el aprecio de los que no miran sino al exterior y no examinan las cosas con mucha detencion y muy de cerca.

Siendo de absoluta necesidad para salvar nuestra alma obedecer la ley de Dios y conformar nuestra vida con su voluntad, comprendes, sin duda, la importancia y hasta necesidad que tenemos de conocer la moral cristiana, á fin de poderla practicar. Estudiémosla, pues, juntos en sus principales enseñanzas.

¿Qué es la conciencia?

La *conciencia*, como hemos dicho, es aquella voz interior que regula nuestra conducta, que nos dice que tal acto que acabamos de hacer es bueno ó malo, permitido ó prohibido, y que nos aplaude cuando obramos el bien, y nos persigue con el remordimiento cuando obramos el mal. Esta voz, este juez es Dios mismo, es la verdad, es Jesucristo que habita en nosotros. Imposible nos es arrojarle del santuario de nuestro corazon; y por mas que cerremos los oidos para no oir su voz,

cuando le resistimos y queremos hacer el mal, no podemos, sin embargo, acallar aquella voz divina que es ya en este mundo nuestro juicio y condenacion. Si por el contrario somos buenos y dóciles, si obramos segun esta regla interior, nuestra alma, recompensada de antemano, no ve en Dios sino á un Salvador, un padre y un amigo, que ya en este mundo le comunica la paz y la dicha, que gozará con toda plenitud en el paraíso. La conciencia es un verdadero tribunal, y es necesario conformarse con sus fallos, so pena de incurrir en pecado.

Pero sucede á menudo que la debilidad humana y las astucias del demonio no nos permiten distinguir bien la voz de la conciencia; y entonces nos hallamos perplejos, como el criado que comprende mal las órdenes de su amo, ó bien víctimas de una ilusion semejante á la de un sordo á medias, que cree oir una cosa y le dicen otra. ¿Qué debemos hacer cuando nos encontremos en una falsa posicion?

Desde luego es regla general que no está *jamás* permitido á nadie obrar contra el dictámen de la conciencia, ó lo que es lo mismo, nadie puede hacer una accion que cree culpable, ú omitir otra que se cree ordenada. La dificultad está en formarse una conciencia buena, recta, verdadera y legal; pero las mas de las veces basta para ello buscar la verdad con buena voluntad y no hacerse ilusiones.

Si no obstante, á pesar de nuestra buena voluntad, no pudiésemos llegar á formar juicio de conciencia, debemos pedir y seguir con sencillez el consejo de personas ilustradas, de un buen sacerdote, si es posible, y atenernos á su decision. Nada mas práctico que esta regla de conducta, porque sucede con frecuencia que personas de conciencia recta y delicada se hallan perplejas, sin saber que partido tomar. Si por desgracia no tuviésemos tiempo ó medios dé pedir consejo, formemos entonces como podamos nuestra conciencia, procurando buenamente inclinarnos, á falta de certeza, á lo mas probable. En caso de duda absoluta, tomemos el partido mas seguro, y antes hagamos mas que menos para no exponernos á ofender á Dios.

Puédese afirmar sin temor que la pureza de conciencia es el verdadero secreto de la felicidad; la cual está en el fondo del corazon, y no en las riquezas ni en los apetitos sensuales. El que tiene la paz del alma, ama á Dios, y procura agradarle y servirle, puede ser dichoso hasta en el seno de las privaciones de la miseria y de los dolores de la enfermedad. La misma muerte cambia de aspecto, y cada dia los buenos cristianos prueban con su serenidad, con su calma y con su dulce alegría en aquellos supremos instantes, la verdad de lo que estamos diciendo. « ¡ Qué hermoso dia! decia un infeliz militar condenado á muerte al sacerdote

que le asistía y acompañaba al suplicio: ¡qué hermoso dia, padre! Voy á ver á Dios, voy á nuestra casa. Mi corazon está tan lleno de alegría que me parece que voy á las bodas. He cometido grandes pecados, pero espero que Dios usará conmigo de su grande misericordia!»

Este infeliz condenado, habíase reconciliado plenamente con Dios en los dos meses que transcurrieron desde la sentencia hasta su ejecucion; durante los cuales, llevado de su profundo arrepentimiento, habia recibido cada semana los sacramentos de Penitencia y Eucaristía; y su conciencia, transfigurada por la Religion, se hallaba en un maravilloso estado de paz y tranquilidad.

No aguardes hasta el último instante para purificar tu conciencia; al contrario, si te reprende de alguna falta grave, no endurezcas tu corazon ni te seduzcas á tí mismo; arrepiéntate del mal de que te acusa. Como el hijo pródigo, levántate y vuelve á tu Padre. Revístete de valor; no lo difieras para mas tarde. Ve á hacer una buena y sincera confesion de tus pecados con algun buen sacerdote; en él encontrarás misericordia y compasion, palabras de estímulo y consuelos, y te devolverá el inestimable tesoro de la paz del alma, perdonándote los pecados en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.

La gracia de Dios.

No basta conocer el deber para cumplirlo. Eso seria contar sin la huéspeda, quiero decir, sin la humana flaqueza y las miserias de nuestras pasiones. Necesitamos violentarnos para obrar el bien y obedecer á Dios, tanto mas cuanto que á consecuencia del pecado original entró el desórden en nuestro corazon, que antes se inclina al mal que al bien. Esta fuerza necesaria para vivir como buenos cristianos, evitar el pecado y practicar la virtud, dánosla Dios por nuestro Salvador Jesucristo, y es lo que se llama *la gracia.* Sin ella no podemos hacer el bien ni evitar el mal; pero con su auxilio somos capaces de hacerlo todo y sufrirlo todo por cumplir la voluntad de Dios. La gracia es á nuestra alma lo que la luz á nuestros ojos: sin luz no podemos ver, pero con ella percibimos los objetos mas delicados y lejanos.

Por la gracia nuestra alma se une interior y espiritualmente con Nuestro Señor Jesucristo; Jesucristo vive en nuestra alma y esta en Jesucristo. Desde el fondo de nuestra alma, como desde el de su templo y santuario, el Hijo de Dios, Jesucristo, nos da sin cesar la asistencia de su Espíritu Santo, para que podamos rechazar los ataques del demo-

nio, enemigo nuestro y suyo, y observar todos los mandamientos de Dios. Jamás nos abandona á nuestra propia debilidad; jamás nos rehusa su gracia, y si obramos el mal, nosotros solos tenemos la culpa de volver así voluntaria y libremente las espaldas á Dios.

En esa union de nuestra alma con Jesucristo consiste la verdadera vida; porque así como la vida del cuerpo procede de su union con el alma, así tambien la vida de esta procede de su union con Jesucristo, su Dios y Salvador. Y esa vida del alma no debe tener jamás fin, y nosotros vivirémos eternamente unidos con Dios en la gloria, si en este mundo hacemos buen uso de nuestra libertad, y somos fieles en conservar la gracia de Dios.

Ahora bien, ¿cómo llega hasta nosotros la gracia de Dios? ¿Cómo se realiza el admirable misterio de nuestra union con Jesucristo? Por medio de los Sacramentos y de la oracion.

Podríamos comparar la gracia que Dios nos da por medio de los Sacramentos y de la oracion, al agua pura de una fuente que por diferentes caños mana para nuestro uso. Uno de estos, el menos considerable tal vez, pero siempre abierto, representaria la oracion que podemos practicar en cualquier circunstancia; y los siete Sacramentos podrian ser simbolizados muy bien por otros siete chorros mucho mas poderosos y abundantes, aunque de uso menos frecuente.

Amemos y busquemos solícitos el agua divina de la gracia, y como verdaderos hijos de Dios, bebamos en las fuentes del Salvador.

El mejor estado.

¿Cuál es el mejor estado? Apuesto cualquier cosa á que no lo adivinas.

—Por supuesto que no será el mio; tiene demasiados inconvenientes y muy pocas ventajas. ¿No seria por ventura la profesion de rentista que no hace nada desde la mañana hasta la noche, y pasa todo el tiempo paseándose y divirtiéndose?

—Podrias haber añadido : ó fastidiándose; precisamente porque no tiene gran cosa que hacer. Pero no, no es el mejor estado el de rentista. ¿Lo adivinas?

No es por cierto el oficio de rey ó emperador; pues los soberanos están agobiados por el peso de penosos y molestos deberes, y uno de ellos decia á un ministro que se le quejaba del peso insoportable de su carga: Querido ministro, mas digno de compasion soy yo que vos; ambos nos vemos condenados á trabajos forzados, con la diferencia de que vos no estais condenado á ellos sino por algun tiempo, mientras que yo lo estoy por toda la vida.» No es cosa fácil gobernar, y el oficio de rey no es el mejor estado.

¿Vas á decirme tal vez que el oficio de pobre? Tampoco; y como veo que no das en el blanco, permítame te descifre desde luego el enigma.

El mejor estado es el ESTADO DE GRACIA. ¡Estado de gracia! ¿Qué estado es ese? No se expedirán títulos para ejercerlo! —No. El título ó despacho para los demás estados lo libra el gobierno; pero el del estado de gracia lo da Dios, gran rey del cielo y de la tierra, y dálo gratuitamente á todos los que lo desean, y no se retira nunca sino cuando no lo quieren mas. Con ese despacho y en ese admirable *estado* hácese rápida fortuna; gánanse tesoros que sobrepujan en mucho á todos los de los banqueros, magnates y príncipes de este mundo; tesoros que nadie puede arrebatarnos y que están al abrigo de las revoluciones y de los ladrones.—¡Oh! ¡oh! dices, pues entonces quiero abandonar inmediatamente mi estado, que es tan penoso y tan poco lucrativo para tomar este otro tan excelente, ante cuya perspectiva la boca se nos hace agua!—Bravo! nada tan fácil; ni aun es necesario que abandones el que tienes para empezar un nuevo aprendizaje. El estado de gracia que da Dios á sus amigos, es compatible con todos los estados, menos con uno solo: el *estado de pecado*. Ahora comprendes ya á dónde quiero ir á parar, y entrevés lo que es el *estado de gracia*.

Sí, es sin disputa el mejor estado el de gracia; porque lo es de una conciencia pura, en paz con

Dios y consigo misma; el estado feliz de un alma que no se halla manchada con ningun pecado mortal y está resuelta á continuar siendo cristiana practicando todos sus deberes para con Dios y el prójimo.

El sacerdote, ministro de Jesucristo, trae al mundo y conserva en él ese precioso don del estado de gracia. Nos lo da por primera vez en el Bautismo, cuando nos lava de la mancha del pecado original y nos inscribe en el número de los cristianos, de los hijos de Dios: nos restituye á él cuando por desgracia llegamos, en el curso de la vida, á perderlo por el pecado, perdonándonos en nombre de Jesucristo en el sacramento de la Penitencia; y finalmente cada dia nos presenta en la Eucaristía el alimento misterioso que da á nuestra flaqueza fuerzas para vencer las tentaciones y perseverar en él.

Este es el estado propio de todos los verdaderos cristianos. Un cristiano que no está en estado de gracia, se asemeja á una rama seca que no puede dar flores ni frutos. Por grandes que sean sus obras, son estériles para el cielo y muertas á los ojos de Dios, quedando, por consiguiente, sin recompensa.

El pecado es la muerte del alma, porque la separa de Dios; y, por el contrario, es su vida la gracia, porque es la union del alma con Dios. Un cristiano que no procure ante todas cosas estar en gracia, evitando el pecado, ó bien arrepintiéndose

de todo corazon si ha tenido la desgracia de caer en él, no es digno del nombre que lleva y no comprende una sola palabra de la religion de Jesucristo.

Entremos, pues, dentro de nosotros mismos y pongámonos de buena fe la mano en el corazon. ¿Estamos en gracia? ¿Hemos servido bien á Dios desde nuestra última Confesion y Comunion? ¿Hemos hecho bien la oracion? ¿Hemos observado los mandamientos de la ley de Dios y los de la Iglesia? ¿No hemos vuelto á caer miserablemente en tal ó cual pecado grave que nos habíamos propuesto evitar?

Si en la blanca túnica de tu conciencia no observas sino un poco de polvo, un poco de miseria humana, bendice á Dios por ello, y renueva el buen propósito de conservarte puro y fiel: pero si por el contrario está rasgado y súcio el hermoso ropaje de la inocencia, haz como el hijo pródigo del Evangelio; revístate de valor, levántate, y, lleno de confianza y dolor, ve á encontrar á tu padre; vete á confesar, ve á ponerte otra vez la blanca túnica, la vestidura santa de los cristianos, y con la ayuda de Dios procura no abandonar mas el MEJOR ESTADO.

La vida y las virtudes cristianas.

No basta *hacer el bien,* sino que es necesario *hacerlo bien.* Para ser buen cristiano, agradar á Dios y alcanzar el cielo, no basta observar materialmente los Mandamientos de la Ley de Dios y los de la Iglesia, sino que es necesario observarlos con ciertas disposiciones interiores que se llaman *espíritu cristiano ó virtudes cristianas.* Solo con esta condicion somos cristianos. La observancia material de los Mandamientos es como el cuerpo de la vida cristiana, y el espíritu cristiano es el alma de dicho cuerpo. Un cuerpo sin alma no es un hombre, sino un cadáver. ¿En qué consiste, pues, el espíritu cristiano, sin el cual no somos verdaderos hijos de Dios? Consiste en un conjunto de disposiciones del corazon que se llaman virtudes cristianas, con las cuales nos asemejamos mas y mas á Jesucristo. Las principales y mas necesarias de dichas virtudes son:

La *humildad,* la cual consiste en reconocer que, habiendo recibido de Dios cuanto bueno hay en nosotros, no podemos, en justicia, gloriarnos de ello, y que solo á Él son debidas la estimacion y alabanzas de los que reconocen nuestras buenas cualidades. Por esta razon un hombre verdaderamente humilde no se juzga nunca superior á los

demás, distinguiendo siempre entre su propia nada y miseria los dones que Dios le ha concedido. La humildad es la mas difícil y rara, así como la mas fundamental de todas las virtudes cristianas. «El que se enorgulleciere, será humillado, y el que se humillare, será exaltado.»

La *dulzura* es una virtud por la cual, á imitacion de Nuestro Señor Jesucristo, nos conservamos en medio de una profunda é inalterable paz, tratando á todos nuestros hermanos, y hasta á nosotros mismos, con suavidad, y sin cólera ni aspereza. La dulzura es como el bálsamo de la vida. Si la humildad es la perfeccion del amor de Dios, la dulzura es la perfeccion del amor al prójimo.

La *paciencia* es aquella virtud cristiana que nos hace sufrir sin quejarnos, y aun con alegría, al pensar en Nuestro Señor Jesucristo crucificado, todos los dolores, injurias, persecuciones, y, en una palabra, todas las penas de la vida presente. La paciencia nos hace dueños de nosotros mismos, y por ella merecemos la inmensa parte de gloria que, como recompensa eterna, nos tiene Dios preparada.

La virtud de la *pobreza*, ó sea el desprendimiento de los bienes de este mundo, es aquella admirable y tan rara disposicion de espíritu que nos tiene desasidos y desapegados de las riquezas y de todo bien pasajero, fija la vista en los bienes eternos que son los únicos verdaderamente sólidos y estables. Tal disposicion es necesaria así á los ricos como á

los pobres; y lo mismo pueden tenerla los primeros que los segundos. En efecto, podemos tener la pobreza cristiana aun en el seno de las riquezas, si no ponemos el corazon en ellas; de la misma manera que podemos dejar de tenerla en medio de las privaciones de la pobreza real, si amamos excesivamente los bienes que nos faltan.

La *castidad* ó pureza es aquella virtud cristiana que, sometiendo al espíritu y á Jesucristo los apetitos desordenados de la carne, conserva al hombre entero en una santa inocencia, permitiendo así al alma consagrarse libremente al servicio de Dios. La castidad del alma es el principio de la del cuerpo; aquella guarda el interior, esta el exterior. De todas las virtudes es la mas delicada y frágil. Es superior á la naturaleza, pero no contraria á la misma. Todos los estados deben observarla, aunque en diversos grados.

La *Obediencia* es una virtud cristiana por la cual sometemos nuestra voluntad á la de nuestro único dueño, que es Dios, y por Dios, á la de todos nuestros legítimos superiores, ya sea en la sociedad religiosa, ya en la civil, ó ya en la doméstica. Al obedecer á los superiores, el cristiano obedece al mismo Dios, porque toda autoridad verdadera viene de Dios, que es el solo Señor. La falta de obediencia produjo el protestantismo; y en nuestros dias engendra las revoluciones.

Todas estas virtudes pueden reducirse á una

sola, que es la *penitencia cristiana*, esto es, la renuncia á la propia voluntad y la constancia en reprimir y mortificar sin descanso las corrompidas inclinaciones de la naturaleza para seguir las huellas de Jesucristo, que es el divino modelo, y vivir segun las santas reglas de la fe. «Si no hiciéreis penitencia, dice el Salvador, todos pereceréis igualmente.»

Finalmente, lo que debe dominar, engendrar y coronar todas las virtudes cristianas, es la *divina caridad*, ó el amor de Dios y de Jesucristo. Amar á Jesucristo, servirle con amor, sufrirlo todo por su amor, amar á nuestros hermanos, y hasta á nuestros enemigos, por amor á Él: tal es el resúmen y el espíritu de la vida. Es *nuestro Dios*, y solo por Él llegamos al paraíso. Dichoso tú y mil veces dichoso, si procuras poner en práctica las virtudes que acabamos de indicar. Vamos á ver enseguida cuáles son los vicios que las destruyen: despues de haber hablado de la vida, debemos tratar de la muerte.

El pecado y los vicios.

Así como la vida cristiana es una participacion de la santidad de Nuestro Señor Jesucristo, Jefe y modelo nuestro, así tambien el pecado y los vicios son una participacion en la rebelion del demonio,

enemigo de Dios y de los hombres. No deben confundirse el pecado y el vicio, pues no son lo mismo: el pecado es al vicio lo que el fruto al árbol, el efecto á la causa; aquel es un acto pasajero; este una mala disposicion, un estado permanente del corazon. En lo que convienen entrambos es en oponerse á la ley de Dios.

El pecado puede ser mortal ó venial. El pecado *mortal* es un acto tan culpable que nos separa totalmente de Jesucristo, haciéndonos perder la vida del alma y atrayéndonos la maldicion de Dios. El pecado *venial* es una falta menos grave que nos aleja de Dios, pero sin separarnos completamente de su amor. Puede compararse el pecado mortal á la muerte y el venial á la enfermedad.

En la práctica no pocas veces es difícil asegurar si un pecado es mortal ó venial; y hé aquí porque es prudente abstenerse de unos y otros, de los leves como de los graves. Sin embargo, puede decirse por regla general, que para que un pecado sea mortal se necesitan las tres circunstancias siguientes:

1.ª Pleno consentimiento de cometer el mal.

2.ª Suficiente conocimiento del mal que se comete.

3.ª Materia de cierta importancia.

Sin embargo, como al tratarse de hacer el bien ó el mal, lo mas principal es la voluntad, bastaria ciertamente, para hacer un pecado grave, quererlo cometer.

Los vicios, de donde se originan los pecados, son las disposiciones ó inclinaciones culpables opuestas á las virtudes cristianas, de que acabamos de hablar. Cuéntanse siete principales, aunque todos pertenecen á la misma familia, y son:

La *soberbia*, que es el mas fundamental de todos los vicios, y el mas enemigo de Dios, cuya gloria pretende usurpar. La soberbia es aquella disposicion del corazon por la cual nos atribuimos á nosotros mismos todos los bienes que hemos recibido de Dios; nos complacemos en nuestra propia excelencia, en nuestros méritos, en nuestras buenas obras y en nuestras virtudes; y deseamos y buscamos las alabanzas de los hombres, haciéndonos de este modo vanidosos, susceptibles, altivos, arrogantes, ambiciosos y egoistas. La soberbia es el pecado de Satanás, y de entre todos los vicios el mas peligroso.

La *ira*, hija de la soberbia, es aquel vicio que nos incita á irritarnos al experimentar la menor contradiccion y arroja de nuestra alma la paz de Dios.

La *avaricia* es el amor desordenado de los bienes de este mundo, y principalmente del dinero, que los representa todos. De la misma manera que se puede practicar la virtud de la pobreza aun en medio de las riquezas, así tambien puede ser avaro el que no tiene un céntimo, porque la avaricia está en el corazon y no en la bolsa. No hay que confun-

dirla con la economía; pero tampoco hay que hacerse ilusiones, creyendo economía lo que á veces no es mas que avaricia.

La *lujuria* ó impureza es el amor desordenado de los placeres de la carne. Esa terrible pasion, que lleva consigo la vergüenza y el castigo, es el mas formidable enemigo de la sociedad, y sobre todo de la juventud.

La *gula* es un apetito desordenado de comer y beber. El goloso no come para vivir, sino que vive para comer; no bebe para apagar la sed, sino que bebe por el gusto de beber. La peor de todas las consecuencias de la gula, y la que causa mas desastrosos efectos, es la embriaguez.

La *envidia* es una disposicion anticristiana y egoista, por la cual vemos con sentimiento las buenas cualidades y los adelantamientos y prosperidades de nuestro prójimo.

Finalmente, la *pereza* es aquella pesadez del alma que nos entorpece para ejecutar el bien, destruye en nuestros corazones el espíritu de generosidad y fuerza y nos disgusta del trabajo, ora se trate del servicio de Dios, ora de las obligaciones de nuestro estado.

Estos vicios, llamados tambien *pecados capitales*, son las siete grandes vias que nos llevarian infaliblemente al infierno, si fuésemes bastante necios para empeñarnos en seguir adelante por ellas. Si por casualidad nos encontramos ya metidos en al-

guna de ellas, apresurémonos á volver atrás por medio de la virtud opuesta. Si somos orgullosos, volvámonos humildes; si coléricos, dulces y sufridos; si avaros, pobres de espíritu y desprendidos de los bienes de la tierra; si impúdicos, castos; si dados á la gula ó á la embriaguez, templados y sobrios; si envidiosos, caritativos; y si negligentes y perezosos, cobremos valor, reanimémonos y hagamos el bien.

Conocer, detestar y evitar el mal; conocer, amar y practicar el bien, tal es el resúmen y compendio de la moral cristiana, con tal que, sin embargo, obremos con el fin de agradar á Dios y cumplir la santísima ley de Jesucristo, nuestro soberano Maestro y Señor.

El Decálogo.

Despues de haber expuesto en cortas páginas lo que son la *moral cristiana* y la *conciencia*, vamos ahora á decir algunas palabras sobre aquel gran compendio de la ley divina que se conoce con el nombre de *Decálogo*.

Decálogo, en griego, significa *las diez palabras*. El mismo Dios ha dicho estas palabras al género humano, resumiendo en ellas los principales preceptos que es necesario observar para alcanzar la

vida eterna; y comunmente se llaman los *diez mandamientos de la ley de Dios*. Conocidos desde el orígen del mundo por los antiguos Patriarcas, fueron solemnemente promulgados en el monte Sinaí en medio de rayos y truenos, y entregados á Moisés para el antiguo pueblo de Dios; y Nuestro Señor Jesucristo, reduciendo á ellos los divinos preceptos del Evangelio y resumiéndolos todos en el amor de Dios y del prójimo, sancionólos de nuevo y elevólos á su cabal perfeccion. Los tres primeros miran directamente nuestros deberes para con Dios, y los otros siete, los que tenemos para con el prójimo y para con nosotros mismos: sin embargo, como debemos observarlos por amor y por órden de Dios, á El se refieren igualmente. En efecto, el amor del prójimo no seria un sentimiento *religioso* si no se refiriera á Dios, único centro de toda la Religion.

El primer mandamiento nos manda que adoremos á Dios como á nuestro soberano Dueño, principio y fin de todas las cosas, como á nuestro Criador y como al Santo de los santos; que creamos en Él y á todas sus palabras, porque es la verdad infalible; que esperemos en Él, porque es la bondad y misericordia infinitas; que le amemos sobre todas las cosas, y nos consagremos á su servicio, porque es el supremo bien, la perfeccion sin límites y el amor infinito.—Pecamos contra este primer mandamiento con la incredulidad, con la indiferencia religiosa, con la omision de la oracion y la negli-

gencia en el culto de Dios, con la desesperacion y por fin con la impiedad.

El segundo mandamiento nos prohibe, no solamente blasfemar el nombre sagrado y adorable de Dios, sino tambien pronunciarle sin respeto. Otro tanto debe decirse de los santos nombres de *Jesús* y *María*.

El tercer mandamiento nos manda santificar el séptimo dia de la semana llamado el domingo, y para ello suspender el trabajo material (ó servil), juntarnos con nuestros hermanos para asistir en comun al santo sacrificio de la misa, y dedicarnos mas especialmente á la oracion y á las obras cristianas.—La inobservancia de estos tres mandamientos es una de las plagas que mas atraen sobre nuestro siglo los golpes de la cólera del cielo.

El cuarto mandamiento, primero que regula nuestros deberes para con el prójimo y para con nosotros mismos, nos manda honrar, amar y asistir á nuestros padres, obedecerles á ellos y á los demás superiores legítimos en cuanto no se oponga á la ley de Dios, tratar á nuestros hermanos é inferiores como quisiéramos que nos trataran á nosotros, y respetar á todos los hombres, hijos de Dios y hermanos de Jesucristo, como á nosotros mismos.

El quinto mandamiento nos prohibe el homicidio, el odio, la maledicencia, la venganza, el duelo, las riñas, y en general, cuánto puede dañar al prójimo en la vida, en el cuerpo y en la reputacion. La ira

está principalmente condenada por esta palabra del Decálogo.

El sexto mandamiento nos manda conservarnos castos y puros delante de Dios y de los hombres. No somos dueños de nuestro cuerpo: es de Dios, que es su único criador y dueño, el cual nos prohibe buscar en él el placer fuera del legítimo matrimonio.—Pecamos contra este mandamiento con los malos pensamientos voluntarios, en las malas lecturas, con las conversaciones licenciosas y las acciones deshonestas, y en general, con cuanto ofende la decencia.

El séptimo mandamiento prohibe todo ataque injusto á los bienes ajenos. Condena el robo y cualquier injusticia que de cerca ó de léjos tienda á privar al prójimo de lo que legítimamente le pertenece.

El octavo mandamiento prohibe la mentira y el falso testimonio. Debemos la verdad á todos nuestros hermanos, como ellos nos la deben á nosotros. La mentira que causa daño ó perjuicio al prójimo es la mas grave de todas, y se la llama calumnia.

El noveno prohibe hasta los malos deseos en lo concerniente á la pureza; y en esto va mas léjos todavía que el sexto.

Finalmente, el décimo y último mandamiento del Decálogo nos manda respetar tan perfectamente la justicia, que debemos borrar del corazon hasta el deseo injusto de los bienes ajenos.

Tales son las diez grandes palabras que compendian toda la moral, y cuyo perfecto desarrollo está en la ley evangélica.—«Cumple estos mandamientos, y vivirás,» nos dice á todos el divino Maestro. «*Hoc fac et vives.*»

Mandamientos de la Iglesia.

Al explicar el *Credo* vimos que por Iglesia se entiende la sociedad de los cristianos gobernada y santificada por Jesucristo, su celestial Pastor, y por el Papa y los Obispos católicos, representantes visibles del divino Jefe. Los mandamientos de la Iglesia son las leyes religiosas por las cuales se rige y gobierna. Solo los pastores legítimos de la Iglesia, es decir, el Papa y los Obispos unidos con el Papa tienen el derecho de imponernos así leyes en nombre de Dios, porque solo ellos son los herederos del ministerio de san Pedro y de los Apóstoles, y de las promesas de Jesucristo: «Recibid el Espíritu Santo; como me envió mi Padre, así os envío Yo á vosotros; id pues, enseñad á todas las naciones, enseñándolas á observar las leyes... El que os oye, á Mí me oye, el que os desprecia, á Mí me desprecia. Predicad el Evangelio á toda criatura; el que creyere, será salvo, y el que no creyere, se condenará... Y hé aquí que Yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.»

La autoridad de la Iglesia es la autoridad de Jesucristo mismo y la autoridad de Jesucristo es la suprema autoridad. Obedeciendo, pues, á la Iglesia obedecemos al Hijo de Dios: despreciándola ó no curándonos de ella, despreciamos á Dios y no hacemos caso de su voluntad soberana. Es verdad que el Papa y los Obispos son hombres; pero son hombres revestidos del divino poder sacerdotal de Jesucristo; y manifiestan que no comprenden absolutamente nada en estas cosas los que, á la manera de ciertos espíritus que se creen fuertes, dicen: *Yo quiero obedecer á Dios, pero no á hombres como yo.*

Estamos, pues, obligados bajo pena de desobediencia mas ó menos grave, segun las circunstancias, á respetar profundamente *todas* las leyes que nos proponen el Papa y el Obispo de nuestra diócesis. Se acostumbra, no obstante, á llamar mas particularmente *Mandamientos de la Iglesia* las cinco leyes municipales que prescriben la santificacion del domingo y demás fiestas, la confesion, la comunion, el ayuno y la abstinencia, y por fin, atenerse á la debida subrogacion de los diezmos y primicias.

El primero de estos mandamientos obliga á todos los cristianos que no están impedidos por motivos legítimos, á santificar los domingos y las *fiestas de precepto.*

Estas fiestas deben ser observadas como el domingo cuando caen entre la semana. Debemos abs-

tenernos en estos dias de nuestros trabajos ordinarios y manuales para dedicarnos mas particularmente al servicio de Dios. La obra principal impuesta á todos los fieles para la santificacion de los domingos y de las fiestas, es la asistencia al sacrificio de la misa.

Los dos mandamientos de la Iglesia relativos á los Sacramentos, obligan, bajo pena de pecado mortal y de excomunion, á todos los fieles que hayan llegado á la edad de la razon, á confesarse al menos una vez al año, y si el sacerdote les juzga capaces, á comulgar en el tiempo de Pascua: lo que se llama comunmente cumplir el precepto pascual. Bueno es, y muy bueno, el acercarse mas frecuentemente á los sacramentos de Penitencia y Eucaristía; pero esto no es una ley obligatoria y universal sino para el tiempo pascual.

Si por negligencia ó por otro motivo menos culpable, no se ha podido cumplir este deber en el tiempo fijado por la Iglesia, se está obligado á verificarlo lo mas pronto posible, aun cuando se hubiera llegado á la fin del año. Se dá por supuesto que con una mala confesion y una comunion sacrílega no se satisface esta ley de la Iglesia. Estamos obligados, á menos de un permiso especial, á hacer la comunion pascual en nuestra propia parroquia.

El mandamiento por el cual la Iglesia prescribe la penitencia pública de los cristianos, tiene por objeto el ayuno en la cuaresma y otros dias que la

Iglesia manda, y abstenerse de comer carne los dias por la misma prohibidos. *Ayunar* consiste en no hacer mas que una sola comida en todo el dia; lo que se llama colacion no debe ser mas que una refeccion ligera y no una comida, á menos de haber motivos de salud ú otros que se deben siempre someter al párroco ó al confesor. *Hacer abstinencia ó comer de vigilia* consiste en abstenerse de comer carne. Todos los cristianos que han llegado á la edad de la razon están obligados, bajo pena de pecado mortal, á comer de vigilia los viernes de Cuaresma y demás dias prohibidos, y á contar desde la edad de veinte y un años, á ayunar toda la Cuaresma, las cuatro témporas y las vigilias ó vísperas de las grandes fiestas. Sin embargo, como la disciplina puede variar acerca las leyes de la penitencia pública, es necesario seguir exactamente en todo esto las disposiciones del Obispo, de las que dan conocimiento los párrocos en sus respectivas parroquias.

¡Como el mundo cambiaria de aspecto si todos fuesen fieles y obedeciesen de buena voluntad las leyes de la santa Iglesia! Es muy difícil observarlas sin llegar á ser muy pronto un verdadero cristiano.

Moisés y los diez mandamientos de Dios.

Todos sabemos desde nuestra infancia la admirable historia de Moisés. Este gran siervo de Dios fue escogido para ser el libertador del pueblo hebreo injustamente oprimido en Egipto por los impíos. Revestido del poder del mismo Dios, obró delante de Faraon, ó sea el rey de Egipto, tan terribles y patentes milagros, que obligó á este príncipe cruel á dejar salir para volver á su país, los cuatro cientos mil hijos de Israel que retenia en cautiverio: estos milagros son conocidos bajo el nombre de las *diez plagas de Egipto*.

Se realizaron en presencia de todo un pueblo, se prolongaron durante muchos meses y son de tal manera ciertos y auténticos, que los incrédulos no han podido jamás, á pesar de sus esfuerzos, dar sobre este punto la menor explicacion que pueda justificarse delante del buen sentido.

En su pasaje para ir de Egipto á la Judea, el pueblo hebreo conducido por Moisés, encontró el mar Rojo; y sabemos tambien como el caudillo del pueblo de Dios, mandó, en nombre del Criador á las aguas del mar Rojo que se dividiesen á la derecha é izquierda, y que dejasen pasar á pié enjuto en este camino milagroso á la multitud innumerable de la que el Señor le habia constituido jefe.

El tercero dia del tercer mes despues de la salida de Egipto, llegaron los hebreos al pié de una montaña que desde entonces ha sido célebre bajo el nombre del Sinaí. Era el lugar que Dios habia escogido para dar á su pueblo, y por medio de su pueblo al mundo entero, el incomparable código de moral que se llama el *Decálogo*.

Moisés, el amigo de Dios, recibió la órden de preparar á todo el pueblo para esta gran solemnidad por medio de un ayuno de tres dias. Pusiéronse barreras á la falda de la montaña del Sinaí, y el mismo Señor pronunció la pena de muerte contra cualquiera que se atreviese á salvar este límite sin ser llamado.

Al rayar el tercer dia la montaña santa se cubrió de repente de nubes misteriosas, los relámpagos la rodearon por todas partes, y todo el pueblo, sobrecogido de un terror religioso, oyó la voz de Dios todopoderoso que llamaba á sí á su siervo Moisés. Este obedeció á su divino Maestro, atravesó las barreras y subió con una humilde confianza hasta la cima del Sinaí. El Señor se dignó hablar con él con la misma familiaridad con que un amigo lo hace con otro. Moisés pasó cuarenta dias en la montaña sin comer ni beber, pero en cambio se alimentaba con el celestial manjar que constituye eternamente en el cielo la vida de los bienaventurados Santos y Ángeles.

Antes de este largo coloquio con el Señor, fueron

dados al pueblo de Dios los diez mandamientos que resumen toda la moral, así de la antigua como de la nueva alianza Dios mismo los promulgó en presencia de todo el pueblo que oia distintamente la voz santa del Señor; esta misma palabra eterna, este mismo Verbo divino que debia tomar carne un dia, haciendo de este modo que Dios habitara en medio de nosotros bajo el nombre adorable de *Jesús*.

Yo soy el Señor tu Dios que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre.

I. No tendrás ningun Dios extranjero delante de Mí: no te fabricarás ninguna estátua ni te harás ninguna figura de cuanto hay en el firmamento, en la tierra ni en las aguas para adornarlas y servirlas.

II. No tomarás en vano el nombre del Señor.

III. Acuérdate de santificar el dia del descanso.

IV. Honra á tu padre y á tu madre á fin de que vivas largo tiempo sobre la tierra, lo que te concederá el Señor tu Dios.

V. No matarás.

VI. No adulterarás.

VII. No hurtarás.

VIII. No llevarás falsos testigos contra tu prójimo.

IX. No desearás la mujer de tu prójimo.

X. No desearás la casa de tu prójimo ni su criado, ni su criada, ni su buey, ni su amo, ni nada de cuanto le pertenezca.

Tal es el texto divino de los mandamientos de Dios.

Como llevamos dicho, los tres primeros de estos mandamientos consideran directamente nuestros deberes con relacion á Dios, y los siete restantes se ocupan mas directamente de nuestros deberes con relacion al prójimo. Todos diez tienen por objeto nuestros deberes en cuanto afectan á nosotros mismos, es decir, la santificacion y salvacion de nuestra alma.

Mientras aguardais que expliquemos familiarmente uno despues de otro todos estos grandes mandamientos, procurad practicarlos lo mejor posible, ya que para esto estais en la tierra. Una sola cosa es necesaria, á saber: conocer, servir y amar á Dios; todo lo demás puede ser bueno y útil, pero no tiene nunca sino una importancia secundaria.

El buen cristiano, el hombre que cumple la voluntad de Dios y se sirve del tiempo para merecer la eterna felicidad, aquel solo es verdaderamente sábio; los demás que pasan el tiempo en divertirse, ocupándose de todo menos de Dios, no son en realidad sino unos insensatos que por bagatelas descuidan el único asunto sério por el que han sido criados.

Primer mandamiento de Dios.

Preguntó cierto dia un doctor de la ley hebrea á Nuestro Señor Jesucristo cuál era el mas grande mandamiento de la Religion: Jesús le contestó: «*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con todas tus fuerzas y con toda tu alma. Hé aquí el mas grande y primero de los mandamientos.*»

A quien reflexiona poco, parece muy sencilla esta respuesta, y la ignorancia, ó mas bien el olvido de esta verdad fundamental, es una prueba de la ligereza de los espíritus en los tiempos que corremos. Pensamos en todo antes que pensar en Dios, lo amamos todo antes que amar á Dios, ó mas bien en vez de amar á Dios. De esta indiferencia, mas desastrosa quizás que la impiedad, aunque sea menos odiosa, es hija la religion de los que cumplen solo sus deberes para con los hombres, estando bien convencidos de que tienen que llenar otros para con Dios.

Esta religion tiene primeramente el defecto de no ser del todo una religion. La Religion presupone ante todo el culto de Dios, y en esta pretendida religion se vive como si no hubiera Dios; no se piensa en Él, no se le da ningun culto, no se le dirigen oraciones, y sobre todo no se le ama. Muy

bueno y necesario es cumplir con todos nuestros deberes de sociedad, los deberes naturales de padre, de hijo, de esposo, de ciudadano, etc., pero, lo repito, esto no basta, es absolutamente necesario, si queremos llenar nuestro destino en este mundo, vivir para Dios, prestarle cada dia el tributo de la adoracion, de la oracion, de la piedad, de la obediencia, y sobre todas estas cosas, del amor. El servicio de Dios, tal debe ser la gran ocupacion de un hombre racional durante toda la vida; el amor de Dios, tal debe ser el primero y principal sentimiento del corazon al que deben estar subordinados todos los demás. Si despreciais esta gran regla, no sois cristiano; perteneceis á aquellos hombres que no viven sino para la tierra, mientras que vuestro destino consiste en vivir eternamente y de no usar de la tierra sino para conquistar el cielo. ¡Ay, cuántos paganos hay aun en medio de nosotros! cuántos no son cristianos mas que por el bautismo y por el nombre!

El primer mandamiento de Dios es el mas despreciado quizás, el menos comprendido en nuestro siglo, y es, sin embargo, el mas importante de todos. Nos manda adorar servir y amar á Aquel que nos da la existencia, el espíritu con el cual pensamos, el corazon con el cual somos capaces de amor, y la voluntad con la que dirigimos nuestra vida.

Dios nos da todo lo que somos y todo lo que tenemos, nuestra alma así como el cuerpo; y como

nos destina á poseerle en el cielo, quiere y es cosa bien sencilla que le tributemos mientras vivimos los homenajes que le son debidos. Estos homenajes, este culto se llaman la Religion. No hay mas que una verdadera Religion: es la religion cristiana ó católica, de la cual es cabeza Jesucristo hecho hombre. Siendo, pues, buenos cristianos, es decir, buenos y fieles católicos, damos á Dios lo que le debemos y correspondemos á los planes del mismo sobre nosotros.

Adorar á Dios es reconocerle como el Ser infinito, supremo, eterno, que todo lo crió, y de quien todo depende; es anonadarse delante de su soberana grandeza, y reconocer humildemente que todo lo que tenemos viene de Él, y que sin Él ni siquiera tendríamos la existencia. Solo á Dios debemos adorar, porque Dios solo es el Criador y dueño soberano. *Jesucristo*, *Dios* encarnado, debe ser tambien adorado, porque es Dios al mismo tiempo que hombre. A la Vírgen no la adoramos, ni á los Santos, ni á los Ángeles, y mucho menos á sus imágenes. La santísima Vírgen, en efecto, aun siendo la madre de Jesucristo, y por consiguiente la madre de Dios, no pasa de ser una simple criatura de este gran Dios al cual únicamente debemos adorar; á ella la veneramos. Los Ángeles y los Santos no son mas que servidores suyos, y la fidelidad con que le sirvieron es la única causa porque les honramos, amamos y respetamos.

Adorar una criatura cualquiera en vez de Dios, ó al mismo tiempo que á Dios, seria cometer un crímen detestable y grosero que se llama *idolatría*. La Iglesia católica la ha destruido ya en toda Europa; existe aun en los otros continentes, y sus misioneros arrostran cada dia el martirio para destruirla en toda la tierra, y hacer prestar á Jesucristo, único Dios vivo, los homenajes injustamente tributados á falsas divinidades.

Servir á Dios consiste en cumplir su voluntad en todas las acciones de la vida, en conducirnos respeto á Jesucristo del mismo modo que lo hace un fiel y buen criado respecto á su dueño: aquel hace suyos los intereses de este, cumple sus órdenes lo mejor que puede, le defiende cuando le atacan, no permite que se hable mal de él, estudia la manera de agradarle, y evita todo lo que pueda ofenderle. Ved ahí en qué consiste el servir á Dios; hé ahí lo que hacen los buenos, los verdaderos cristianos, es decir, los hombres que se han consagrado á Jesús, y que comprenden por qué están sobre la tierra.

Servir á Dios es el único negocio verdaderamente grande é importante del hombre aquí abajo.

El amor de Dios consiste en tener para Él un corazon de hijo, consagrarle aquel sentimiento divino que nos dá Él mismo, y que llamamos amor. Es necesario que seamos muy ingratos para no amar á Jesús, que es el bien infinito, la bondad

sin medida, la ternura, la misericordia y la misma dulzura. Amar á Dios es comenzar sobre la tierra lo que debemos hacer eternamente en el cielo; y no podemos disfrutar de verdadera paz, alegría, ni felicidad, sin este amor que todo lo eleva y purifica.

Si amamos á Dios, manifestémosle nuestro amor en todos los actos de la vida. «*Si me amais*, nos dice en su Evangelio, *guardad mis preceptos.*» Si le amamos, pensemos á menudo en Él con alegría y ternura, digámosle frecuentemente: *yo os amo, Dios mio;* mezclemos este sentimiento de amor de Dios en las acciones mas ordinarias, y formemos el hábito de agradarle y de cumplir siempre su voluntad.

Adorar á Dios, amarle y servirle; tal es el espíritu del primer mandamiento.

La oracion.

No podemos ser cristianos ni agradar á Dios sin la gracia, es decir, sin estar unidos con su hijo Jesucristo; y esta gracia, esta union vivificante, no podemos obtenerla sino por medio de la oracion y de los Sacramentos.

¿En qué consiste pues la oracion? Cuántas personas se hacen ilusiones sobre este punto, y, to-

mando por oracion lo que dista mucho de serlo, se imaginan que para servir á Dios y orar es necesario no tener nada que hacer, poder disponer de todo el tiempo, ir todo el dia á la Iglesia, y mil otras cosas por el estilo, imposibles de practicar para un hombre que se ve obligado á ganarse la vida todos los dias con un trabajo asíduo!

Orar es pensar en Dios amándole, adorándole, dándole gracias por sus beneficios y pidiéndole con confianza las gracias de que tenemos necesidad. La oracion es un acto del corazon y del espíritu que se hace posible en toda clase de circunstancias, en medio del trabajo y de las ocupaciones respectivas de cada uno. ¿Quién podrá impedirnos, mientras vamos por las calles ó venimos del campo, mientras estamos dedicados á las ocupaciones propias de nuestro estado, por la mañana al ir á empezar nuestro trabajo, por la noche al volver de él, durante la noche cuando nos despertamos, etc., quién podrá impedirnos, repito, elevar nuestro pensamiento y nuestro corazon hácia Jesucristo, presente en el fondo de nuestra alma, y decirle por ejemplo: *Dios mio, yo os adoro y os amo: uno mi trabajo y mis penas á vuestros sufrimientos; perdonad mis pecados; tened piedad de mi flaqueza; bendecid mi trabajo y concededme vuestro amor*, y mil otras cosas sencillas y sinceras por este tenor? Pues yo os aseguro que son estas las mejores oraciones, las que Dios escucha con preferencia, porque son

las mas naturales y las que expresan los sentimientos mas fundamentales de la Religion.

Las fórmulas de oraciones que se llaman *vocales* y que encontramos en los devocionarios, son medios muy útiles para excitar nuestros corazones á la oracion; pero conviene no olvidar que estas fórmulas no son verdaderas oraciones sino cuando el corazon acompaña á los lábios al recitarlas. Bueno es que nos sirvamos de ellas, pero con la condicion de que nos valgamos de ellas como de un medio para orar mejor.

¿De qué sirve el orar? se dice algunas veces: ¿acaso no conoce Dios mis necesidades sin que yo se las exponga? Ciertamente que Dios conoce nuestras necesidades sin que nosotros se las digamos: pero á mas de que Dios quiera que se las expongamos como hijos á su padre, como criados á su señor, no debemos olvidar que la oracion no consiste solamente en pedir á Dios lo que nos es necesario para el alma ó para el cuerpo. Esto no es, á decir verdad, mas que uno de los lados menos elevados de este grande acto, que llamamos oracion. Antes que otra cosa orar *es adorar* á Dios, es decir, ofrecerle nuestros profundos homenajes como criaturas que no existen sino por un efecto de su omnipotencia, como servidores que no están colocados sobre la tierra sino para prestarle sus homenajes y cumplir su voluntad, como hijos hácia un tierno padre á quien devuelven amor por amor. La

adoracion y el amor, tales son los dos principales actos de la oracion y por lo mismo su fundamento de la vida cristiana.

No solamente debemos *adorar y amarle*, sino que todavia debemos orar para darle gracias de todos los beneficios de que nos colma, y sobre todo del amor que se digna tenernos y de la felicidad eterna que nos prepara si le somos fieles. Este acto de gracias es todavía superior al acto de la peticion.

En fin, entre todas las *peticiones* propiamente dichas, hay una de la que nadie puede prescindir, es la dirigida á Dios á fin de conseguir el *perdon de nuestros pecados* por los méritos de Jesucristo su Hijo Salvador nuestro.

Es pues necesario orar, pensar á menudo en Dios, y expresarle los sentimientos de respeto y de amor que deben ocupar nuestro corazon hácia Él. Pero sobre todo es muy útil orar por la mañana y por la noche; al principio del dia, para dedicarlo al Señor que nos lo concede, y á la conclusion del mismo, para dar gracias á Dios de los beneficios que nos ha dispensado y para pedirle perdon de las faltas que quizás habrémos cometido durante el mismo.

No nos olvidemos jamás de orar cuando somos tentados de cometer alguna falta; la oracion se parece en este caso al escudo de que se sirve el guerrero para rechazar el ataque del enemigo.

En fin, oremos siempre con *atencion*, con *respeto*, con *confianza*, y con *perseverancia*. El que no hace oracion de este modo, no ora bien y no es oido por Dios.

Cuando recitamos alguna oracion, el rosario por ejemplo, procuremos tener nuestro corazon y nuestro espíritu recogido en Dios y no oremos solamente con los lábios. ¡Que Nuestro Señor Jesucristo se digne concederos la gracia de la oracion, hacérosla amar y facilitaros su práctica! Hallaréis en ella la santificacion de vuestra vida, la pureza de la vida, el secreto de la verdadera alegría, el único consuelo en el dolor, y merced á la oracion vendréis á ser, en poco tiempo, un verdadero cristiano y un perfecto servidor de Dios.

Fe y paciencia en la oracion.

Es necesario que oremos, es un mandato de Dios, la voluntad formal de Nuestro Señor Jesucristo. El hombre que hace oracion, salva su alma; el que no, vive sin Dios, no es cristiano y se pierde indefectiblemente.

Pero todavía no basta que oremos, es preciso que lo hagamos con fe y perseverancia; algunas veces se ponen á orar almas sencillas; pero creyendo sin duda que se ha de proceder con Dios del mismo

modo que con los hombres, quieren, por decirlo así, tocar con los dedos el efecto inmediato de su oracion: no observan nada de particular, se figuran que su oracion es inútil y se desaniman. Estos tales ignoran que la oracion es una obra de fe que ante todo exige que se crea en su poder, hasta en aquellos momentos que no se ven sus efectos. «Cuantas oraciones, excelentes por otra parte, que merecen el beneplácito del Señor, no producen sus frutos sino despues de mucho tiempo, y algunas veces despues de siglos! En el dia del juicio final se nos caerá el velo de este misterio y verémos entonces los efectos prodigiosos de la oracion de los cristianos.

Ahi teneis, por ejemplo, la oracion de san Estéban, cuando le apedreaban: obtuvo la conversion de san Pablo, judío hasta aquella fecha, y que guardaba los vestidos de los verdugos. Imaginad ahora, si podeis, el inmenso bien que ha hecho san Pablo convirtiendo pueblos enteros, predicando la religion cristiana en todo el mundo, instruyendo á los fieles, etc. Todo este bien, hecho por san Pablo, que va desarrollándose de siglo en siglo ¿no debe atribuirse en definitiva á san Estéban, quien por medio de la oracion de un perseguidor hizo un Apóstol?

Así puede suceder que se os pidan vuestras oraciones para la conversion de un jóven libertino. A este objeto orais de lo íntimo de vuestro cora-

zon, rezais algun rosario, visitais algun santuario de la santísima Vírgen, haceis una ó dos comuniones; al cabo de algun tiempo, y lo mas á menudo sin que lo sepais, quizás aun despues de vuestra muerte, he aquí que este jóven se vuelve á Dios, se consagra á las buenas obras, cuida de los pobres, va mas léjos todavía, se hace sacerdote ó misionero, convierte una multitud de almas y hace un bien inmenso durante una larga vida. Todo esto ¿no es por ventura el fruto de vuestra oracion cuyos efectos, no obstante, no habréis podido prever y que quizás llevados de la tentacion, habréis estado por creer inútil? A vosotros, sin embargo, á vuestra oracion es debida la conversion de este jóven; ciertamente que algun dia seréis recompensados con él. ¡Qué pérdida no se habria seguido si no hubiérais orado, ó si hubiérais orado mal!

Madres de familia, vosotras habeis pedido cada dia á Dios en vuestras oraciones, la perseverancia de vuestro hijo, de vuestra hija en el buen camino: hé aquí que han venido á ser de mayor edad, casados, á su vez padres y madres de familia: estos educan cristianamente á sus hijos que un dia serán lo mismo que ellos, el centro de familias cristianas y asi sucesivamente.

Mirad el poder de vuestra oracion que se estiende á multitud de generaciones.

Algunas veces parece que Dios rechaza lo que le pedimos: paciencia! dia vendrá en que verémos y

recogerémos los frutos ocultos de nuestros esfuerzos, frutos de grande santificacion para nosotros mismos, porque esta oracion continuada, estéril en apariencia, nos habrá hecho perseverar y adelantar en la piedad, por otro lado ¿quién puede saber de cuantos pecados habrémos guardado de caer á aquel ó aquella que era el objeto de nuestras oraciones, aun cuando su mala voluntad haya sido un obstáculo para una conversion completa?

Cuando nosotros pedimos para el prójimo bienes temporales, la salud, las riquezas, la cesacion de un castigo, etc., la cosa es todavía mucho mas sorprendente. Esta enfermedad, esta vida de privacion, este disgusto son precisamente el medio de que Dios quiere servirse para salvar el alma de la persona por la cual dirigís vuestras oraciones. Su verdadero bien, mejor conocido de Dios que de vosotros ¿no exige que no obtengais lo que pedís? ¿Serán acaso perdidas por esto vuestras oraciones? Nada de esto; son desde luego para vosotros, despues para vuestro prójimo, una fuente abundante de gracias muy superiores por cierto á las bendiciones temporales que pediais.

Podríamos citar muchos mas ejemplos; esto poco que acabamos de decir, bastará como lo espero para reanimar vuestra fé en la oracion. Orad con confianza, ensanchad vuestro corazon y acordaos de estos pequeños consejos que os damos en vuestras oraciones.

La gran mision de la oracion.

Cuando Jesucristo quiso establecer su Iglesia en el mundo, escogió á doce pobres pescadores, y con unos instrumentos tan débiles, en apariencia cási nulos, se propuso convertir á los hombres y lo realizó en efecto: pues lo que Jesucristo hizo al principio, lo verifica todavía todos los dias y nos da á todos, por mas débiles y flacos que seamos, una mision divina en medio de su Iglesia.

Nos encarga sus intereses; quiere que todos trabajemos para su gloria, procurando la salvacion de nuestros hermanos. Bien es verdad que no somos otra cosa que pecadores muy indignos, y que nuestras propias miserias parece deberian ser un obstáculo para ocuparnos de la salvacion de los demás; sin embargo, es su voluntad que contribuyamos á salvar á nuestros hermanos. ¿Qué harémos para lograrlo? ¿Irémos á predicar en las plazas públicas? Si somos obreros, criados, labradores, ¿abandonarémos nuestros talleres, nuestro trabajo, para inducir á los pecadores á hacer penitencia? De ninguna manera; no es esto lo que Dios exige de nosotros. ¿Qué harémos, pues? Lo repito, orar; por medio de la oracion es como cumplirémos nuestro deber.

Debemos orar los unos por los otros: Dios nos lo manda y nos lo recomienda el apóstol san Pablo.

En nuestros dias se piensa poco en esto, y el egoismo que nos rodea por todas partes, es la causa de que no adelantemos mas en el servicio de Dios. Se quejan muchos fieles de que no adelantan en la virtud, de que nada consiguen sobre sus pasiones, sobre su inclinacion al mal, sobre su amor propio; se hallan al presente en el mismo estado que el año último, y se dejan llevar del abatimiento. Esto no les sucede sino porque son egoistas, y porque, al hacer oracion, no piensan mas que en sí mismos. Se diria que fuera de ellos no hay nada que pueda interesar á la gloria de Dios: no oran jamás por el prójimo, y esta falta de caridad les estrecha el corazon y les impide recibir de Dios mayores gracias.

Si nos fijáramos en las primeras palabras de nuestra oracion cotidiana: *Padre nuestro*, esto bastaria para recordarnos que todos componemos una gran familia, y que los verdaderos hermanos deben interesarse por el bien de los demás como por el suyo propio. Al orar no decimos *Padre mio*, que estais en los cielos... *dame mi* pan de cada dia... *perdóname* mis pecados... sino que por precepto del mismo Dios, decimos: Padre *nuestro... dadnos... perdónanos...* ¿No es evidente que Dios, haciéndonos orar de esta manera quiere que nos interesemos por todos los hombres que son hijos suyos y hermanos nuestros?

Algunas veces no sabemos qué pedir á Dios cuan-

do vamos á orar, y no obstante, no es que falte materia. Lo veréis al momento. Nuestro santo Padre el Papa, al que Jesucristo, del cual es vicario y representante, ha dado la mision de gobernar toda la Iglesia, de nombrar á los obispos, de decidir las grandes cuestiones que interesan á la gloria de Dios, ¿no tiene gran necesidad de asistencia? Y esta asistencia ¿de dónde le vendrá, sino de nuestras oraciones, de nosotros que somos su gran familia religiosa? Un buen hijo ¿no debe mirar de consolar á su padre?

Otro tanto diré de los obispos, de los sacerdotes, de los misioneros, y en particular del obispo de vuestra diócesis y del sacerdote que está encargado por vuestro obispo de enseñaros á servir á Dios, de haceros evitar el pecado, de salvar vuestra alma logrando que seais un buen cristiano. Si los verdaderos fieles de cada diócesis y de cada parroquia tuvieran mas caridad y un corazon mas generoso, si oraran todos los dias por la conversion de los impíos, la perseverancia de sus hermanos en la fe, ¿creeis que los esfuerzos de nuestros sacerdotes no serian coronados de mejores resultados y que Dios no seria mejor servido? *La oracion continuada del justo tiene un gran valor delante de Dios*, dicen los Libros santos.

Orad, pues, orad mucho, y orad á menudo por el Papa, por los obispos, por los sacerdotes, por la conversion de los pecadores, por la santificacion

de los justos y especialmente de los de vuestro país, de vuestra parroquia, de vuestra familia; orad por vuestros padres, por cada uno de ellos en particular. ¿Quién sabe si la salvacion de vuestro padre, de vuestra madre, de vuestro marido ó de vuestra esposa depende de esta oracion que estaban tentados de abandonar? Verémos un dia con gran confusion y dolor cuántas almas habríamos podido salvar por medios los mas sencillos y oraciones las mas fáciles: entonces no será ya tiempo de esto. Ahora que podeis hacerlo aun, poned manos á la obra y reparad el tiempo perdido.

Formad la buena resolucion de añadir todos los dias á vuestra oracion de la mañana y noche, alguna súplica para el prójimo; un *Memento*, por ejemplo, ó bien una sencilla decena de rosario por el Papa, por vuestro obispo, por vuestro párroco y vuestro confesor; por el feliz resultado de las predicaciones de los misioneros en todo el mundo, por la conversion de los infelices protestantes que no conocen la verdadera Religion; orad por vuestro país y por todos sus gobernantes, á fin de que Dios les guie en el buen camino y les de la fuerza necesaria para procurar el bien público.

Segundo mandamiento de Dios.

El segundo mandamiento, que el mismo Dios dictó á su siervo Moisés en la montaña del Sinaí, está concebido en estos términos: *No tomarás en vano el nombre del Señor; porque el Señor tendrá por culpable al que habrá tomado en vano el nombre del Señor su Dios.* Y cuando este gran Dios vino á habitar en medio de nosotros, tomando un cuerpo parecido al nuestro en el seno de la Vírgen María, nos renovó la misma ley: *Os prohibo,* dice en el Evangelio, *el jurar de ninguna manera, sino que vuestra palabra sea sí, ó no.* Y en la bella oracion que ha dejado al mundo, ante todo manda Jesucristo glorificar y santificar el santo nombre de Dios: *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre!*

No tenemos necesidad de insistir en qué se funda esta ley de Dios. Siendo Dios un ser infinitamente perfecto, digno de ser adorado y respetado, lo menos que podemos hacer es respetar profundamente su santo nombre. Pronunciar sin reverencia el nombre de Jesús, es portarse con Dios de un modo grosero; insultar, blasfemar, maldecir este adorable nombre, es maldecir é insultar al Señor. ¿Puede darse nada mas culpable? ¿nada mas insensato? Es rebelarse este vaso de tierra nada menos que contra Aquel que le ha formado.

Podemos pecar de varias maneras contra el segundo mandamiento de Dios. La mas grave es aquella de que acabamos de hablar: el ultraje pronunciado directamente contra Dios.

Este crímen, á cuyo reo condenaba inmediatamente la antigua ley á morir apedreado por el pueblo, va siendo, gracias á Dios, bastante raro. En efecto, sucede pocas veces que aquellos mismos que en sus palabras se ponen á blasfemar, abriguen en el fondo del corazon la intencion de maldecir á Dios. Si alguna vez en las calles, en vuestros talleres, en medio de las personas que frecuentais, vinierais á oir alguna de estas maldiciones abominables, procurad, si no os es dado hacer callar al blasfemo, dirigir á Dios desde el fondo de vuestro corazon una súplica de reparacion, por ejemplo: «Dios mio, bendito sea vuestro santo nombre; perdonadles porque no saben lo que se hacen.»

Media una gran diferencia entre el *blasfemar* y el *jurar* el nombre de Dios. El blasfemo es mucho mas culpable que el que jura, aunque este último dista mucho de ser inocente. El jurar consiste en tomar *en vano* el nombre de Dios; el blasfemar importa, á mas, un ultraje, un insulto directo, á menos que no haya verdaderamente una voluntad intencionada; la verdadera blasfemia es siempre un pecado mortal, mientras que el juramento pocas veces llega á este grado de gravedad. Los obreros de

nuestro tiempo tienen cási todos muy malos hábitos sobre el particular: mezclan el nombre de Dios en todas sus conversaciones, como si esta palabra prohibida diera algo de chocante, ó mas fuerza á sus razonamientos. Los hay en quienes esta mala costumbre ha echado tan hondas raíces, que no pueden, por decirlo así, pronunciar una palabra sin juntarla con el nombre de Dios. Los padres y los maestros que permiten á los hijos acostumbrarse á este lenguaje grosero é impío, son en gran manera culpables y responderán de ellos algun dia delante de Dios. Si sois del número de los que han contraido este hábito, procurad enmendaros. Todos los dias en la oracion de la mañana, renovad la resolucion de no jurar; y si por desgracia llegais á olvidaros de ello, pedid perdon á Dios tan pronto como os apercibiéreis de vuestra falta: con un poco de voluntad y perseverancia llegaréis pronto á no jurar nunca.

Podemos hacernos culpables de la blasfemia sin ultrajar directamente el santo nombre de Dios. Así seria cometer una blasfemia acusar á Dios de crueldad ó de injusticia, ó bien hasta con decir que Dios no tiene providencia de nosotros ó que nos abandona. Algunas veces el exceso del dolor arranca de nuestros labios palabras por este tenor, las que constituirian pecados muy graves si la violencia del pesar no las excusara en parte. Seria todavía pronunciar una verdadera blasfemia el decir, en un

arrebato de pasion, á una criatura que la amamos mas que á Dios, que ocupa el lugar de Dios, y otras locuras de este género que se aprenden en las malas novelas.

Blasfemamos cuando ultrajamos de palabra las cosas de la Religion, cuando nos chanceamos, por ejemplo, del Santo Sacramento, ó del culto de la santísima Vírgen, ó de las imágenes y de las reliquias de los Santos; cuando nos mofamos de las palabras de la santa Escritura, de las creencias religiosas y de las ceremonias del culto divino. La blasfemia es un pecado mas ó menos grave segun las circunstancias que la acompañan y la santidad del objeto de la misma. No es, por ejemplo, una blasfemia sino simplemente una grosería ó una inoportunidad, el juntar una palabra *sagrada* á otra palabra. Hay al mismo tiempo alguna otras locuciones que son muy familiares á las personas mal educadas y que todos sabemos: aunque estas no constituyan siempre un pecado, nosotros los cristianos no debemos permitirnos semejante lenguaje. Retened bien y practicad estas reglas. Respetad con toda vuestra alma todo lo que tiene relacion con el Señor Dios vuestro, y no perdais jamás de vista el segundo mandamiento de la Ley divina:

NO TOMARÁS EN VANO EL NOMBRE DEL SEÑOR.

Salian en 1849, al principiar una tempestad, de la ciudad de Tolosa, dos aficionados á la taberna. Despues de haber bebido mucho en compa-

ñía de sus camaradas, se entretenian en disputar acerca de la Religion. Eran de los llamados *espíritus fuertes* y las amenazas del trueno que retumbaba sin interrupcion sobre sus cabezas, parecian excitarles cierta especie de rabia. Despues de blasfemar de todas maneras, uno de los dos se atrevió á levantar el puño contra el cielo. «Yo me burlo de tí, exclamó, atraviésame con el rayo, si puedes». Todavía no habia acabado estas odiosas palabras que brilló el rayo y le tendió en tierra sin movimiento. Su compañero desatinado, se arrodilló y pidió misericordia, y cuando el terror le permitió dominarse, cargó sobre sus espaldas al blasfemo herido del rayo. Lo llevó en una casa cercana en donde este recobró sus sentidos despues de muchas horas. La historia no nos dice si él se aprovechó de la leccion. Debemos confesar que era difícil que Dios pudiera dársela mas pronta y significativa.

El blasfemo.

Todavía falta que digamos una palabra acerca del blasfemo, sobre este escándalo que quizás presencias todos los dias y á todas horas.

Blasfemar es injuriar á Dios, es rebelarse de palabra contra Dios.

Se puede blasfemar contra Dios directa ó indi–

rectamente: *directamente* cuando se ultraja al mismo Dios y á Nuestro Señor Jesucristo; *indirectamente*, cuando se ultraja á la Religion y á las cosas de Dios. Todo esto ¡ay! está á la órden del dia, lo oimos á cada paso, en nuestros talleres, en nuestras casas, en nuestras calles, en nuestras plazas públicas!...

I. Se blasfema contra Dios de muchas maneras:

1.° Atacando sus perfecciones adorables; diciendo, por ejemplo, no hay Dios, ó bien Dios es injusto, cruel;—me ama menos á mí que á los demás; no se ocupa de mí, no hay Providencia, etc., estas cosas, que, como se vé, atacan la existencia, la justicia, la bondad, la sabiduría.

2.° Pronunciando imprecaciones contra Dios, maldiciéndole de cualquier manera.

Se comete tambien una blasfemia contra Dios negando la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, decir de Él, por ejemplo, que es un hombre al igual de los demás, que no es mas que un gran filósofo; que no ha resucitado; que no está realmente presente en el Santísimo Sacramento, etc., y otros disparates parecidos.

Mas en las diversas blasfemias, la mas comun y la única que entendemos designar cuando hablamos de la blasfemia, es esta palabra odiosa que hoy dia desgraciadamente ha llegado á ser tan familiar, en la que el nombre adorable del Salvador, el

nombre de Dios Todopoderoso, es pronunciado con imprecacion, con ódio, con desprecio; palabra tan repugnante, que no queremos reproducirla aquí, y conjuramos al lector que no mancille jamás con ella sus lábios.

Para comprender la enormidad de esta blasfemia, es preciso saber el significado de la palabra empleada en el sentido de la cólera que dicta la blasfemia, significa: *que sea maldito el nombre de Dios, sea execrado, que Dios sea maldito.*

¿No es verdad que no lo sabiais vosotros los cristianos que teneis la desgracia de blasfemar? A no ignorarlo no habriais dejado escapar nunca de vuestros lábios una tan horrible palabra.

El pecado que se comete cuando se pronuncian otros juramentos menos caracterizados, menos completos, es sin duda menos grave que el precedente; sin embargo, la cólera que hace pronunciar palabras parecidas, unida al escándalo que se da á los oyentes, puede muy fácilmente hacer de ella una falta muy grave.

Blasfemar de este modo, es usar el lenguaje del infierno, es servir de intérprete al demonio; príncipe de los blasfemos y el porta-estanderte de los que se rebelan contra Dios.

Y que no se nos diga que al pronunciar así el nombre de Dios, no tenemos la intencion de ultrajarle ni de desearle mal; que no es contra Él contra quien se clama; sino contra los hombres,

las bestias; la obra misma, etc.; que no son mas que sencillas palabras sin significacion y puros movimientos de cólera. Para que nos hagamos culpables de la blasfemia, no es del todo necesario tener la intencion formal de ultrajar á Dios y de atacarle; basta decir palabras blasfemas cuyo sentido podemos comprender, y que sabemos muy bien ser impías. Por otra parte estos hábitos abominables se perpetúan y pasan de boca en boca, de los padres á los hijos, de los maestros á sus discípulos, de camaradas á camaradas, algunas veces hasta llegan á las mujeres y á las doncellas. ¿Podemos imaginarnos un mal de mayores consecuencias?

Por tanto ¿quién es el que no sabe que son injuriosas á Dios estas horribles palabras? ¿Quién ignora que son absolutamente prohibidas? ¿A quien se oculta que con ellas se ofende á Dios gravemente? Y ¿cuál es el blasfemo que dejará de acusarse de ellas en la confesion, como de un pecado mortal, cuando entregado á mejores sentimientos resolverá reconciliarse con su padre, con su Dios?

II. Blasfemamos indirectamente contra Dios ultrajando la Religion y hablando de las cosas santas con desprecio, con odio ó burla; — diciendo, por ejemplo, (aun cuando no lo pensemos en el fondo de nuestro corazon), « que la Religion es una invencion de los sacerdotes; que á nada conduce; que no es buena mas que para las mujeres y niños;

— que ninguna necesidad tenemos de confesarnos con un sacerdote, basta que nos confesemos con Dios; — que el protestantismo es una religion tan buena, ó mejor que la católica; — que todas las religiones son buenas, etc.

Del mismo modo seria blasfemar contra la Religion hablar con desprecio de las leyes de la Iglesia, del Papa, de los obispos, de los sacerdotes, de las santas ceremonias de la Religion, de sus ritos establecidos y tratarlos de supersticiones, — pretender que el Evangelio contiene cosas absurdas é imposibles, etc. Todos estos despropósitos ultrajarán la majestad de Dios, ultrajando con la Religion cristiana que es su obra mas admirable, atacando las verdades que el mismo, que no puede engañarse ni engañarnos, ha revelado al mundo!

III. La blasfemia, por su naturaleza es el mas enorme de los pecados: es el ultraje directo á Dios.

En la ley de Moisés, revelada por el mismo Señor en la cumbre del Sinaí, se castigaba inmediatamente al blasfemo con la pena de muerte. Arrastraban al blasfemo fuera del campo ó de la ciudad y le apedreaban.

Senacherib, rey de Siria, que habia blasfemado en presencia de su ejército, fué castigado por Dios, que queriendo manifestar al pueblo hebreo la grandeza de este crímen, envió un ángel que exterminó al impío junto con su ejército compuesto de ciento ochenta y seis mil hombres.

San Luis rey de Francia, no obstante su dulzura é indulgencia, habia dado una ley que condenaba á los blasfemos á atravesarles la lengua con un hierro candente. — Hace ya mucho tiempo que los hombres, menos solícitos de los intereses de la gloria de Dios que de la suya propia, no castigan ya al blasfemo. El crímen no obstante es el mismo delante de Dios que no cambia como nosotros; el que mas pronto ó mas tarde vengará la santidad de su nombre indignamente ultrajado: es paciente porque es eterno...

Vosotros, todos los que leeis estas líneas, detestad la blasfemia, combatidla en vuestras casas y en las de los demás. Si tuviérais este horrible hábito combatidlo con la energía de una alma honrada; con voluntad triunfaréis y mas fácilmente de lo que creeis.

¿Queréis que os diga un remedio fácil que ha curado á muchos enfermos como vosotros, entre otros á un bravo zapador de treinta y cinco años que no habia hecho todavía su primera comunion, el que juraba... *como un zapador?*

1.° Todas las veces que blasfemárais, ó bien siempre que viérais á alguno blasfemar, decid al menos de corazon: *Dios mio, perdonadme (ó perdónale), bendito sea vuestro santo nombre*, y renovad la resolucion de no blasfemar mas.

2.° Id á confesaros: la confesion es la gran medicina de las almas; id al sacerdote de Jesucristo

que tiene reservados y da gratis remedios que curan *infaliblemente* á todos los enfermos que quieren curar.

Remedio infalible contra el hábito de la blasfemia.

Todos sabeis, sino por vuestra experiencia propia, al menos por la de tantas personas que os rodean, en qué consiste la blasfemia.

Este vicio deplorable, este pecado tan grave, ¡ay! está muy extendido en nuestra pobre Francia. Hé aquí bajo la forma de historia, una receta infalible para corregiros del fatal hábito de blasfemar, si por desgracia lo hubiérais contraido.

En efecto, no faltan personas que digan suspirando cuando les hablamos de las blasfemias: «Sí, teneis razon, es mal, un gran mal el jurar! es ultrajar á Dios y ultrajarlo gratuitamente; pero qué queréis! puede mas que yo; ahora tengo el hábito contraido y no puedo corregirme. Bien quisiera no jurar pero no lo puedo lograr.»

A estos les contestaré: oid mi historia, y me diréis despues, puesta la mano en vuestro corazon, si podemos corregirnos de la blasfemia como de todos los demás vicios.

Vivia en París un bravo general que no habia

huido jamás delante el enemigo, pero que tampoco habia retrocedido jamás ante un juramento: ¡y qué juramentos, gran Dios! capaces no solo de hacer retirar una procesion, sino hasta un regimiento. Este general llegó á viejo, perdió la salud, la fuerza, la actividad de la juventud, pero conservó el hábito de jurar.

Y el digno general sentia por ello un verdadero pesar, porque habiendo conservado en el fondo de su corazon sentimientos cristianos que la edad y los achaques reanimaban ahora de consuno, deseaba volver á la práctica de la Religion, siendo esta mala costumbre de blasfemar el único obstáculo que le tenia separado aun de Dios.

En esto tuvo un violento ataque de gota que le hizo sufrir crueles dolores, obligándole á cuidarse esmerada y asídüamente por algunos dias, en vista de lo cual decidióse á pedir una de aquellas santas religiosas que con tan admirable celo se consagran al servicio de los enfermos, y aquella misma noche una Hermana del Buen-Socorro se hallaba instalada al lado de la poltrona del anciano general.

No tardó este, segun costumbre, en echar un voto mayúsculo que por poco no dá en tierra con la buena Hermana, la cual no estaba acostumbrada á vivir en otros cuarteles que en su convento, y ya se sabe que en esos cuarteles se habla á Dios de una manera algo mas respetuosa.

Sin embargo, como era mujer animosa y des-

pejada, se repuso al instante y riñó al general como saben hacerlo estas santas mujeres.

—¿Qué quiere V., querida Hermana? dijo el general algo desconcertado, juro á pesar mio! Es una costumbre de treinta años y, por mas que hago, me es imposible dejarla.

—Vamos, replicó sonriendo la Hermana, creo haber oido á decir que la palabra *imposible* no era francesa; de todos modos no es una palabra cristiana cuando se trata de cumplir un deber. Y mire V., general; si V. quiere de veras corregirse de su fea costumbre de jurar, yo le aseguro que lo conseguirá. Vamos, ¿lo quiere V.?

—Pues! Sin duda que lo quiero.

—¿Me promete V. que se someterá á las prescripciones que voy á imponerle para obtener su curacion?

—Se lo prometo.

—¿Á fe de general?

—Á fe de soldado.

—Pues bien; hé aquí el solo y único remedio que le ordeno. Por cada vez que le aconteciere jurar ó blasfemar, V. me dará cinco pesetas para mis pobres.

—¡Cinco pesetas por juramento! exclamó el general revolviéndose en su poltrona; Hermana, V. quiere arruinarme!

—General, V. me ha dado su palabra, respondió la Hermana sonriendo, y no se la devuelvo. Por

otra parte, en su mano está; no jure, y nada tendrá que pagar.

—No jure, no jure! poco le cuesta á V. decirlo. Esas religiosas lo dan todo por hecho. Lindo remedio ha encontrado V.! Va V. á ver como gracias á su invento, he de ir á morir al hospital.

Muchas otras cosas añadió el general, pero habia prometido *á fe de soldado*, y no habia mas remedio que cumplir la promesa.

Al primer dolor agudo que le causó la gota, dejó escapar un juramento de los gordos como de costumbre.

—Mi general, V. me debe cinco pesetas, le dijo muy tranquilamente la Hermana. ¿En dónde tiene el dinero?

El pobre general le enseñó la llave de la cómoda, y, mientras la Hermana tomaba la pieza de cinco pesetas que acababa de ganar para sus pobres, él rascándose la cabeza murmuraba entre dientes:

«Diablos! ya me habia olvidado del convenio. Convendrá que vaya con mas cuidado otra vez.»

Media hora despues, segundo dolor, segundo juramento; pero entonces el general no siguió hasta el fin, sino que se detuvo en la mitad del camino pensando en las cinco pesetas que iba á perder.

Sin embargo, como habia ya dicho lo mas gordo, fué preciso por aquella vez pagar las cinco pesetas convenidas.

Al tercer dolor, pareciéndole al general que para aquella noche era bastante haber perdido diez francos, supo contenerse tan bien, que apenas empezó la primera sílaba del fatal juramento.

La cuarta vez, ya no dijo absolutamente nada, y se contentó con juntar las manos gimiendo.

Al dia siguiente y al otro, aconteciôle olvidarse de cuando en cuando del contrato; pero como cada vez pagaba caro su olvido, los juramentos se hicieron mas y mas raros, y al cuarto dia ya no juraba. Habia perdido cuarenta ó cincuenta francos, que la buena Hermana habia ganado para sus pobres; pero habia curado de su deplorable vicio.

Algun tiempo despues se confesó como valiente soldado; y desde entonces no volvió á jurar en su vida, ó á lo menos tan raras veces y tan poco, que no vale la pena de hablar de ello.

Lo que prueba hasta donde llega el poder de nuestra voluntad, cuando se trata de deberes que llenar ó de vicios que corregir; que podemos, si querémos, desacostumbrarnos de jurar y blasfemar, como de cualquier otro vicio, y que para conseguirlo solo falta una cosa, á saber, tener tanto temor de ofender á Dios como de perder una pieza de cinco pesetas.

Tercer mandamiento de Dios.

Queriendo Dios conservar en el mundo, de cada vez mas corrompido, la verdadera Religion, escogióse para sí un pueblo al cual dió mandamientos particulares. Entre estos habia uno que estaba por encima de los otros, y cuya observancia tenia por objeto recordar al hombre su dependencia de Dios. Cualquiera que lo violase era castigado con la pena de muerte; arrastrábasele como maldito fuera de la ciudad, y por órden del mismo Dios se le hacia morir apedreado.

Este gran mandamiento era la santificacion del séptimo dia de la semana. En este dia estaba prohibido á los fieles ocuparse en ningun trabajo manual y debian consagrarlo especialmente á la oracion, al culto de Dios, á la lectura y á la meditacion de la divina palabra.

En la antigua ley, el dia del descanso religioso, el dia del Señor, era el sábado, y no el domingo como ahora entre nosotros. Dios habia escogido el sábado en memoria de la creacion del mundo que habia sido realizada en seis dias; el séptimo dia, que corresponde al sábado, habia cesado la obra divina, y los judíos celebraban en el sábado la memoria de este descanso del Señor.

En la nueva ley, el sábado ha sido sustituido por

el domingo, como la Iglesia judáica ha sido sustituida por la Iglesia cristiana. En efecto, el domingo es un dia mucho mas grande y santo aun que el sábado, y los misterios que recuerda son todavía mas dignos de reconocimiento que el augusto de la creacion.

En domingo resucitó Jesucristo, nuestro divino Redentor, triunfando, por medio de este gran milagro, de la muerte, del pecado y del demonio; y en domingo tambien instituyó solemnemente su Iglesia, enviándole el Espíritu Santo el dia de Pentecostés. Santificando el domingo, los cristianos consagran á Dios un dia de la semana, conformándose así con la primitiva ley, y avivan continuamente en sus corazones el recuerdo de los misterios de amor que Dios hecho hombre ha realizado para llevarles al cielo.

Para observar el domingo, así como las fiestas de obligacion, deben practicarse dos reglas principales, á saber: 1.ª asistir á la misa, y 2.ª abstenerse de todo trabajo servil.

1.ª Oir misa los domingos y demás fiestas de obligacion, bajo pena de pecado mortal. Efectivamente, la misa que es el sacrificio incruento de Nuestro Señor Jesucristo, es la accion principal y como el centro de todo el culto divino; es la grande oracion de la religion cristiana, la grande adoracion y la accion de gracias por excelencia que tributamos al Señor por su Hijo Jesucristo.

En las parroquias en que hay muchos sacerdotes y, por consiguiente, muchas misas, basta en rigor oir una misa rezada. Sin embargo, siendo la misa mayor de la parroquia una reunion de familia, por decirlo así, á los piés de Dios, debemos asistir á ella, cuando no nos lo impida algun razonable motivo, con tanta mayor razon cuanto que dicha misa se celebra por los fieles de la parroquia, y solo en ella se hacen las recomendaciones, públicas oraciones, anuncios y publicaciones, así como una instruccion del párroco para explicar el Evangelio del dia.

Hay obligacion de oir la misa entera, desde el principio hasta el fin. El que llegase despues de la lectura del Evangelio, no cumpliria el precepto, y estaria obligado á oir otra misa. El que llegase despues de haber comenzado la misa, pero antes del Evangelio, habria cumplido el precepto, es verdad, pero habria cometido una falta, á menos que ese retardo hubiese sido involuntario.

Para cumplir verdaderamente el precepto de la misa, es preciso estar en una postura conveniente durante el santo sacrificio, rogar á Dios, y, en una palabra, hacer un acto serio de religion: por lo demás, está prohibido reir, distraerse voluntariamente y aun hablar sin necesidad en la iglesia. El que hablase ó durmiese durante toda la misa, ó una parte notable de la misma, no cumpliria por cierto la ley y estaria obligado á asistir á otra con mas religiosidad.

Las vísperas, la exposicion del Santísimo Sacramento, el sermon y los demás ejercicios públicos de piedad, no son de rigurosa obligacion; pero harémos muy bien en no faltar á ellos, pues son el mejor medio de santificar los domingos y fiestas. Nada es tan edificante como ver un templo lleno de fieles que cantan con fervor las alabanzas de Dios, atrayendo con esa union de oraciones las divinas bendiciones sobre toda la parroquia. Los padres y los maestros deben acostumbrar á los niños desde sus primeros años, á asistir á los divinos oficios y á portarse bien en la iglesia. En los países en que hay religion es cosa que encanta oir á tiernos niños que elevan á Dios sus frescas y puras voces en el hermoso canto de los salmos.

II. Para santificar los domingos y fiestas, no basta ir á misa, ni aun á misa y á vísperas, sino que además es necesario abstenerse de *obras serviles*. Por *obras serviles* se entienden las labores á que se dedican los obreros, los jornaleros y los comerciantes, y que son incompatibles con el descanso religioso del domingo. Las obras que no ocupan sino el alma, tales como la lectura, etc., no son serviles, y podemos entregarnos á ellas el domingo.

Entre los trabajos prohibidos en domingo, no deben comprenderse los que son necesarios al sosten de la vida ó bien para el culto divino: así puede en conciencia una criada hacer la cocina, disponer

la mesa, arreglar el cuarto de sus amos, y otras cosas por el estilo; del mismo modo pueden los empleados de la iglesia limpiarla y prepararla, adornar los altares, tocar las campanas, etc.

Fuera de las cosas necesarias para la vida, está igualmente prohibido comprar y vender en los domingos y fiestas de obligacion. Todas las tiendas deben estar cerradas, á excepcion de las farmacias, posadas, carnicerías, confiterías ó droguerías, panaderías, y, en general, los almacenes de comestibles; y aun seria de desear que esas tiendas no estuviesen abiertas durante los divinos oficios, y que los fieles procuresen comprar de antemano todo lo que necesitaran para el domingo, pues es necesario que todos puedan ir á la iglesia. Se excusa de pecado, no obstante, la persona que guarda la casa.

Por lo demás, siendo imposible prever todos los casos, y pudiendo variar la práctica de estas reglas segun los países y las circunstancias, es necesario en caso de duda, consultar al cura-párroco ó al propio confesor.

Los amos y amas que sin verdadera necesidad no dejan ir á misa á sus dependientes ó criados, y les obligan á trabajar, cometen un pecado gravísimo, y delante de Dios son responsables de la omision, así como del escándalo de que son causa.

La inobservancia de la ley del domingo es una calamidad de nuestros tiempos, y si no ponemos

coto á estos detestables abusos, caerá indudablemente sobre nosotros el peso de la justicia de Dios. No importa que el Señor no condene ahora á los prevaricadores á morir apedreados, porque les exigirá terrible cuenta en el dia del juicio, y les tiene preparados castigos eternos en el infierno: que nadie se burló nunca impunemente de Dios, el cual tarde ó temprano se manifiesta supremo dueño y señor.

Observemos, pues, tan bien como nos sea posible la santa y gran ley del domingo, y gravemos religiosamente en nuestra memoria el tercer mandamiento de la ley de Dios:

SANTIFICARÁS LAS FIESTAS.

Cuarto mandamiento.

Jesucristo, que no solamente es nuestro Señor y Salvador sino tambien nuestro acabado modelo, díjonos á todos en la víspera de su Pasion: «Os he dado el ejemplo para que obreis de la misma manera que Yo he obrado.» Entre todas las santas virtudes de que nos dió ejemplo hay una que practicó toda la vida, y cuya imitacion es obligatoria, por consiguiente, para todos los cristianos; esa virtud es el respeto y obediencia que tuvo á su Madre y á su Padre adoptivo. En la infancia, en la adolescencia y hasta en la edad viril estuvo humilde-

mente sumiso á María y á José, de tal suerte que, á pesar de haber vivido treinta años en Nazaret, el Evangelio no dice de Él otra cosa sino que estaba sujeto á sus padres: «*Et erat subditus illis*».

Así cumplia nuestro Señor el cuarto mandamiento de la ley de Dios, su Padre celestial: «*Honrarás al padre y á la madre.*»

Como Él, debemos tambien nosotros *honrar* á nuestros padres; esto es, respetarlos, obedecerlos, socorrerlos en sus necesidades, prodigarles afectuosos cuidados y amarlos.

Respetemos á los padres, respetémoslos siempre, y por ningun pretexto perdamos nunca de vista que son los autores de nuestra existencia y los depositarios de la autoridad paterna que Dios mismo les ha confiado. El padre y la madre son personas sagradas, revestidas para con sus hijos de un carácter inviolable y verdaderamente religioso, y representantes de la paternidad y providencia del Señor. En la antigua ley, el que se atrevia á poner la mano sobre el padre ó la madre, ó los maldecia, era tenido por sacrílego y se le castigaba con la pena de muerte.

Aun en el caso de que los padres no sean lo que deben ser, estamos obligados á respetarlos por una razon muy sencilla: bueno ó malo, amante ó desnaturalizado, un padre es siempre padre; pero precisamente por ser padre y no por ser bueno, tiene derecho al *respeto* de sus hijos.

Bien sé que en la práctica es muy difícil ver en un padre ó en una madre, indignos de este hermoso título, á los representantes de la autoridad de Dios en la familia; pero entonces es cuando la fe debe venir á ayudar á la naturaleza, tributando á ese padre ó á esa madre los respetos y deberes que manda el Señor, en aras de la obediencia que debemos á su ley sacrosanta.

¡Cuán raro es ese respeto á los padres en nuestros dias! A consecuencia de una educacion poco cristiana y menos séria, cási en todas partes los hijos tratan á sus padres con una familiaridad verdaderamente deplorable; los tutean como si fuesen sus camaradas; ningun caso hacen de sus amonestaciones y advertencias; permítense muchísimas veces escenas y resistencias inconvenientísimas, y no reparan en divertirse con sus amigos á costa del padre ó de la madre.

Es un deber estricto el *respetar* á los padres; pero el cuarto mandamiento nos obliga además á obedecerlos. Y en efecto, la autoridad del padre y de la madre es una autoridad real y verdadera, una autoridad de derecho divino; esto es, dada por el mismo Dios que es autor de la familia. Así, pues, en lo que no sea evidentemente pecado, los hijos deben obedecer á los padres en aquellas cosas que atañen á la familia, á la educacion y á la eleccion de estado; y esta obediencia ha de ser tanto mas absoluta cuanto mas jóven es el hijo, convirtién-

dose, á medida que este entre en años, en una especie de deferencia respetuosa que siempre debe acompañar las relaciones del hijo con sus padres, cualquiera que sea su posicion y circunstancias. Es inútil decir que si nuestros padres, olvidándose de sus deberes, nos mandaran cometer un pecado, ejecutar una accion que redundase en ófensa de Dios, no tendrian derecho á nuestra obediencia, porque dejarian de ser para nosotros los órganos de la divina voluntad.

El primer deber, pues, de todo buen hijo para con sus padres, es el *respeto* y la *obediencia.*

Pero ¿es esto todo? No. Debemos *amar* á los padres, esto es, tratarlos con filial ternura, desvelarnos por ellos, darles á conocer en los dias de prueba que tomamos parte en sus dolores y que nuestro corazon se interesa en cuanto tiene algun interés para ellos: que si un padre ó una madre son la providencia visible de sus hijos, estos á su vez deben ser el consuelo de sus padres y devolverles cuidados por cuidados, amor por amor.

¡Qué espectáculo tan conmovedor no es un hijo tierno y respetuoso para con su anciano padre, atento al menor deseo de su madre, prefiriendo su sociedad á la compañía de los jóvenes de la misma edad, y anteponiendo la felicidad de la familia á los atractivos del placer! *¡es un buen hijo!* ¿no es este el mas bello elogio que se puede hacer de un jóven?

¿Será necesario añadir que los hijos tienen *obli-*

gacion de socorrer á los padres en sus necesidades, y de procurar por todos los medios que no tengan estos que sufrir privaciones? Despues de haber recibido de los padres por largos años el alimento, el vestido, lo necesario, y á veces hasta lo supérfluo; cuando á menudo el pobre padre ó la cariñosa madre solo en un rudo trabajo ha podido encontrar los recursos suficientes para mantener y educar la familia; ¿no es muy justo que en cambio todos los hijos los alimenten, los recojan, y, en una palabra, les devuelvan lo que de ellos recibieron? ¡Ay del mal hijo! ¡ay de los ingratos que rechazan y olvidan á sus ancianos padres y cierran sus corazones á los sentimientos de la naturaleza y de la Religion!

Respeto inviolable pues, perfecta y religiosa obediencia, amor y celo sin límites para con los que nos dieron el ser: tal es la ley de Dios. No nos olvidemos de rogar cada dia por ellos, á fin de que el Señor nos reuna á todos en el paraíso.

Dios se ha valido de nuestros padres para criarnos y ponernos en el mundo con el único objeto de darnos la felicidad eterna del cielo. Allí, en su seno, quiere ver llegar toda la familia despues del trabajo de la vida; allí quiere reunirnos con nuestros antepasados; allí, sobre todo, quiere darnos aquella vida, no solamente larga sino eterna que nos promete en su cuarto mandamiento:

HONRA Á TU PADRE Y Á TU MADRE, Y VIVIRÁS LARGOS AÑOS.

A los padres y madres.

Padres y madres: vosotros sois los dioses visibles de vuestros hijos; nada ven mas grande que vosotros; nada ven con tanta frecuencia como á vosotros; nada aman tanto como á vosotros. Oyen hablar de Dios, del Papa, del Rey, pero no les ven; mientras que á vosotros os tienen todos los dias delante de los ojos como modelos vivos de sus acciones. Vosotros lo sois todo para ellos; la vida que recibieron de vosotros no la conservan sino gracias á los cuidados que les prodigais, y en vosotros están cifradas todas sus esperanzas para el porvenir.

El niño es *mono* por su naturaleza; imita, hace todo lo que ve y oye. Esto es verdad, sobre todo cuando se trata de su padre y de su madre: tiene á gran gloria imitarlos en todo. De aquí nace para los padres y madres una rigurosa obligacion de ser tan perfectos como les sea posible, para que sus hijos sigan el buen camino.

El corazon de un niño es como blanda cera, dispuesta á recibir todas las impresiones buenas ó malas; ó como una tela en la que nada se ha impreso todavía, capaz de admitir todos los colores. A los padres ha confiado Dios el cuidado de imprimir en

estos jóvenes corazones, enteramente vírgenes aun, puros y profundos sentimientos de virtud, primeras impresiones que jamás se borran del todo. Si procuran inculcar temprano á sus hijos el sentimiento del deber, el amor y el temor de Dios, el horror al pecado, la excelencia de la Religion, ponen la base de la felicidad de esas pobres criaturitas que les ha confiado la providencia de Dios; pero si así no lo hacen, sus hijos serán como tierra que no ha sido labrada ni sembrada, la cual á pesar de ser naturalmente fértil, no produce sino espinas y abrojos por falta de labor y cuidado.

¡Y cuán admirable se manifiesta en esto la providencia de Dios! El hijo llega de este modo y sin saberlo á ser causa de salud para sus padres. Obligados, en efecto, á predicarle el bien, no solo de palabra sino tambien con el ejemplo, se hallan muchas veces arrastrados á hacer, por respeto á su hijo, un bien que sin esto habrian mirado con negligencia, y á evitar mil faltas que podrian poner en peligro su inocencia.

Durante una violenta persecucion que contra la fe se levantó en el imperio del Japon, dos cristianos, un padre y una madre de familia, aguardaban de dia en dia el martirio, y se preparaban para él por medio de fervientes oraciones. Sin embargo, causábales vivo dolor un hijo único, de cinco años apenas, que sin duda se verian obligados á dejar en tan tierna edad solo y sin apoyo sobre la

tierra. Hablando un dia de este triste asunto, decíanse: «Nosotros, con la gracia de Dios, tendrémos fuerzas para padecer y hasta para morir por nuestra fe, ¿pero qué será de este pobre pequeñito? Ignorante aun de las cosas de Dios, de la santidad de la religion de Jesucristo, ¿no la abandonará á la primera amenaza, á la primera pregunta? Mientras tenian esta conversacion, el niño hacia como que se divertia sin escucharlos; jugaba con un hierro con el cual estaba removiendo las ascuas del hogar, y cuando estuvo ya rojo lo sacó, y volviéndose á sus padres sin decirles nada se lo puso un rato en la mano. Asustada la madre dió un grito y preguntóle qué hacia: «¿Qué hago? les dijo el niño con firmeza, quiero haceros ver como con la ayuda de Dios podré padecer tan bien como vosotros antes que renunciar á la Religion que profesais.» El padre y la madre, llenos de admiracion, le abrazan con ternura derramando lágrimas de gozo y dando gracias á Dios por haberles concedido un tal hijo. Habiendo sido cogidos pocos dias despues por los perseguidores, tuvierón, en efecto, la dicha de perseverar todos tres en su martirio.

¡Feliz recompensa de los cuidados, de la buena educacion, que los padres habian dado á este santo niño y del fruto saludable que habian reportado de sus cuidados y desvelos!

La viuda de un mandarin de la China, convertida por nuestros celosos misioneros, tenia una hija

única de tierna edad todavía. Llevóla un dia á su oratorio delante de un crucifijo, y cuando hubo acabado sus oraciones, volviéndose á su hija que estaba arrodillada á su lado, le dijo: «Solo Dios sabe cuánto te amo, querida hija mia; tú eres mi único bien sobre la tierra, la única prenda que de su ternura me dejó tu padre al morir; sin embargo si supiese que debieras un dia abandonar á Jesucristo ó perder la inocencia, rogaria al Señor que te llamase á su seno y te sacase al punto del mundo. Muy léjos de llorarte, me pondria los vestidos de gala y tendria tu muerte por una gracia muy grande de Dios.»

Esas palabras traen á la memoria las que la reina Blanca acostumbraba á decir á su hijo san Luis, cuando era niño: «Mas quisiera verte morir á mi presencia, que cometer un solo pecado.» Palabras que todas las madres cristianas deberian repetir á sus hijos.

Los padres y las madres son los que pierden ó salvan á sus hijos; perdiéndoles, se pierden á sí mismos; salvándoles, á sí mismos se salvan.

Lo repetimos, *tal padre, tal hijo;* y aun mas, *tal madre, tal hijo.* Padres y madres, si amais á vuestros hijos, si no por vosotros mismos á lo menos por amor de ellos, sed buenos cristianos, guardad exactamente las leyes de Dios y las de la Iglesia; huid del pecado; reprimid las pasiones; vigilad cuidadosamente sobre vuestras palabras; haced cada

dia vuestras oraciones con exactitud y respeto; nunca jureis; no riñais jamás; guardaos de la cólera; respetad las cosas de Dios, sus ministros y sus templos, y vivid de tal suerte que vuestro hijo para obrar bien no tenga necesidad, ahora, sino de mirar como obrais vosotros mismos, y mas tarde no la tenga sino de acordarse de vosotros.

La primera educacion.

Dícese que al nacer los cachorros de la osa se parecen á una masa informe; no se les distingue la cabeza ni los ojos; el padre y la madre, impulsados por un instinto que les da Dios, se ponen á lamerlos, dando forma, por decirlo así, á aquel cuerpo imperfecto, y, gracias á sus cuidados y paciencia, poco á poco se destaca la cabeza del osezno, aparecen los ojos y se dejan ver las garras; en una palabra, empieza á tomar su forma natural.

Salva la comparacion, propondrémos este ejemplo á todos los padres y madres. Cuando Dios les concede un hijo les da al mismo tiempo la mision de disponerle para la virtud, de formarle para el bien y de hacerle un niño bien educado, bueno y cristiano. Los osos ejecutan este trabajo de informacion por medio de la lengua; la lengua debe ser tambien para los hombres el instrumento de ese

gran trabajo, no lamiendo, sino hablando. Y en efecto, ¡cuál no es el poder de las palabras, de los consejos de un padre y de una madre! el alma de su hijo está en sus manos dispuesta á recibir todas las impresiones; si esas impresiones son buenas y cristianas el corazon del niño se formará segun la voluntad del Señor; será puro, amante, compasivo, recto y religioso; si, por el contrario, se falsea la primera direccion que se le imprima, quedará depositado en su alma el gérmen del mal, y el infeliz crecerá con defectos que le desfigurarán y causarán mas tarde su pérdida.

Padres y madres, proceded con mucha cautela en este primer trabajo, estad muy atentos á las primeras influencias que ejerzais sobre el alma de vuestros hijos, porque nunca se borran completamente las primeras impresiones de la infancia. La educacion empieza ya desde la cuna sobre las rodillas de su madre.

Enseñad ante todo á vuestro hijo á conocer, amar y servir á Dios; enseñadle á balbucear los sagrados nombres de Jesús y María; guiad su inocente manecita para hacer la señal de la cruz, aunque no pueda comprender todavía la santidad de esta accion; enseñadle temprano sus oraciones, y en las historietas que le conteis para formar su alma, recordad sin cesar los rasgos de la historia del Salvador y de las vidas de los Santos. Una niña de cuatro ó cinco años se habia subido un dia sobre las

rodillas de su padre, al cual acariciaba tiernamente: «¿Con qué me quieres mucho? preguntóle este. —¡Oh sí! respondió la niña, pero despues de Dios.»

No mimeis nunca á vuestros hijos por un amor ciego y mal entendido. ¡Cuántos padres hay débiles y poco concienzudos que miman á sus hijos, esto es, que no les acostumbran á respetar y amar el deber, que ceden á todos sus caprichos, que les prodigan desmedidos cuidados dejándoles ser impertinentes, de mal carácter, voluntariosos, golosos, curiosos; acariciándolos, en fin, cuando deberian castigarlos, y haciendo de ellos unos personajes en miniatura, verdaderamente insoportables.

En nuestro siglo, así en el campo como en la ciudad, entre los pobres como entre los ricos, es cási general la costumbre de que los niños sean los amos de la casa y vean á los padres postrados á sus plantas. Esto es el mundo al revés; niños mimados no serán nunca sino hombres medianos, si no perversos. ¡Qué importancia no tiene, pues, la primera educacion!

Aviso á los padres que aman de veras á sus hijos y quieren trabajar seriamente por su felicidad.

La segunda educacion.

Los deberes de un padre y de una madre para con los hijos son mayores á medida que estos van

entrando en el uso de razon. Á los padres toca especialmente dar á sus hijos nociones justas y cristianas y formar así su alma y corazon. Una buena madre es, si no el primer *confesor*, á lo menos la primera *confidente* de la naciente conciencia de su hijo y de su hija, y cuando los años hacen que sea insuficiente este ministerio de amor, tócale *á ella* iniciar al hijo en una *confidencia* mas grave, y prepararle para acercarse útil y religiosamente al confesor.

Unos padres verdaderamente cristianos deben vigilar cuidadosamente los primeros pasos que su hijo da en la senda de la vida; no deben permitir que se aventure solo y sin apoyo por en medio de los innumerables peligros que le rodean á cada paso; deben elegir por sí mismos y con el mayor cuidado los compañeros de juego de su hijo, apartarle de los sospechosos, mal educados, demasiado libres en sus palabras y maneras, y en general de aquellos cuyos padres no sean de una moralidad á toda prueba. ¡Cuántos infelices niños vienen en conocimiento del vicio y pierden la inocencia por falta de esa preservadora vigilancia! De cada diez niños corrompidos los nueve deben su ruina á los malos compañeros.

Á los doce ó trece años, despues de haber hecho la primera comunion, los padres deben redoblar sus desvelos y solicitud para hacer perseverar al hijo en el buen camino de la infancia; porque llega

entónces á los años mas peligrosos y difíciles tal vez de la vida. Esta edad es semejante al *cabo de las tormentas*, célebre por tantos naufragios; solo los bajeles sólidamente construidos y bien gobernados escapan del peligro. Esa temible edad de la adolescencia, tan encantadora si se conserva pura, tan desastrosa en caso contrario, se extiende desde los trece hasta los diez y siete años, y debe llamar toda la atencion de un buen padre y de una buena madre. Si hay necesidad de colocar al hijo por aprendiz ó confiarlo á manos extrañas, *ante todo* débense poner á salvo los sagrados intereses de su alma, colocándole un buen medio, en el que, léjos de imposibilitársele la práctica del bien, se le haga por el contrario dulce y fácil; por lo tanto, fuera profesiones incompatibles con la observancia del domingo; fuera estados, fuera escuelas, fuera colegios en que no pueda el jóven, si quiere, cumplir fácilmente sus deberes religiosos, confesarse, comulgar, asistir á los divinos oficios y asegurar así su perseverancia. Convénzanse los padres; quedarán largamente recompensados de los cuidados y precauciones que tomen en este sentido: porque conservándose cristianos sus hijos se conservarán buenos y dóciles, evitarán los vicios que tantas veces deshonran á las familias y truecan en amargas lágrimas las esperanzas de los primeros años. ¡Cuántas veces son un castigo merecido los crueles dolores que llenan de amargura á los padres y madres en

su vejez! ¡recogen lo que sembraron con su descuido y negligencia, con su poca fe, con los pocos buenos ejemplos que dieron á sus hijos en la adolescencia! Y por el contrario, ¡cuán bella y dulce es la ancianidad de un padre y de una madre que toda su vida se dedicaron á hacer de sus hijos unos verdaderos cristianos! tambien ellos recogen lo que sembraron, frutos de paz, de alegría y de amor, que ni la misma muerte podrá arrebatarles y que les acompañarán hasta el seno de Dios.

Quinto mandamiento.

La vida es el mas precioso y fundamental de los dones que hemos recibido de Dios.

Todos los demás beneficios de la Providencia la presuponen. *Vivir*, tal es el primer derecho que tenemos todos.

El detestable Cain, hijo primogénito de Adan, fue el primero que se atrevió á violar ese sagrado derecho atentando á la vida de otro hombre. Tenia un hermano, uno solo, mas jóven que él y tambien mas santo, mas dulce, mas amable, y por consiguiente, mas amado.

La envídia y el orgullo entraron en el corazon de Cain; y el demonio, que por el pecado original habia quitado al hombre la vida espiritual, quiso

llevar mas léjos sus extragos y destruir hasta la vida del cuerpo. Inspiró, pues, á Cain el horroroso designio de matar á Abel; y un dia que habian salido juntos á ofrecer un sacrificio al Señor, Cain se arrojó sobre su hermano y le dió la muerte. Así Cain (y Satanás con él) fue el primer homicida.

El furor de las pasiones ha renovado muchísimas veces este crímen abominable del cual decia Cain: «Es demasiado grande mi pecado para que alcanza perdon del Señor.» Los que se hacen culpables de él se llaman *homicidas*.

Dáse el nombre de *parricida* al hijo desnaturalizado que comete el crímen de asesinato en la persona de su padre ó de su madre; el de *infanticida* al padre ó madre que lo cometen en la persona de su hijo; el de *regicida* al que osa atentar á la vida del soberano; y en fin, el de *suicida* al que se mata á sí mismo.

Un homicidio ha habido todavía mas culpable, mas espantoso que todos los que acabamos de mencionar; á saber, el que los judíos *deicidas* cometieron el Viernes santo en el Calvario en la persona adorable de Nuestro Señor Jesucristo.

El homicidio queda prohibido por el quinto mandamiento.

Dios que es el autor de la vida se constituye á sí mismo custodio de ella, y nos prohibe á todos quitarla injustamente al prójimo. Decimos *injustamente* porque circunstancias hay en que es lícito, y á veces hasta obligatorio, quitar la vida á un hom-

bre; por ejemplo, cuando se trata de un asesino que quiere matarnos ó de un enemigo en la guerra.

Los soberanos tienen tambien el derecho y el deber, y eso por órden del mismo Dios, de dar la muerte á los grandes criminales, no solo para librar de ellos á la sociedad, sino tambien para castigarles y hacerles servir de escarmiento á los demás.

Pero, salvo estos casos excepcionales, está prohibido, repetimos, atentar á la vida de nadie, bajo cualquier pretexto que sea.

Está tambien prohibido exponerse á un peligro cierto de matar á alguien; por ejemplo, haciendo experimentos científicos ó industriales; haciendo apuestas insensatas y peligrosas, batiéndose en duelo y otras cosas por el estilo.

Matar á alguno por un accidente y sin quererlo, no es un crímen, sino mas bien una desgracia.

Estos homicidios serian, sin embargo, culpables, si los que los cometen hubiesen podido evitarlos tomando las ordinarias precauciones.

Si es cosa prohibida quitar la vida al prójimo, eslo tambien quitársela á sí mismo. No tenemos mas dominio sobre nuestra vida que sobre la de nuestros hermanos: pertenece solo á Dios y solo Dios puede disponer de ella. El *suicidio* es el crímen sin remision; es el único que no puede ser perdonado, porque es el único que quita la posibilidad del arrepentimiento. Es por excelencia el pecado contra el Espíritu Santo, autor de toda vida.

Si alguna vez un desgraciado en un momento de crisis y miseria estuviese tentado de desesperarse, luche contra la horrible idea que tal vez le inspira el demonio de acabar con su existencia, y acuérdese de que en cambio de penas pasajeras y siempre suportables, se condenaría al fuego eterno del infierno y á los incomprensibles dolores de la condenacion!

Pero el quinto mandamiento, no solo es no matar á nuestros hermanos y matarnos á nosotros mismos, sino que va mas léjos: prohíbenos además hacer cosa alguna que pueda injustamente causar daño á la vida, á la salud, al bienestar y á la reputacion del prójimo.

Así pecaria contra este mandamiento el que abusara de la pobreza de alguno de sus semejantes para imponerle un trabajo superior á sus fuerzas. En tal caso, hasta la misma ley civil toma bajo su proteccion los intereses de los pobres trabajadores y aprendices, pues ella fija las horas de trabajo prohibiendo alargarlas, é impone severas penas á los directores de talleres y á los amos distituidos de sentimientos de humanidad. Pero muchas veces se quedan sin ejecucion estos sabios reglamentos, y la falta del que los viola, sin castigo de la tierra. Ya se encargará Dios de hacer justicia: Él, que ama tanto á los pobres, á los niños y á los desvalidos.

Así tambien pecan contra el quinto mandamiento los padres y amos que rehusan á sus hijos ó depen-

dientes las cosas necesarias para la vida. Esto sucede á veces con personas duras y codiciosas, que solo anhelan enriquecerse y tienen en nada la salud y bienestar de aquellos á quienes emplean. Hánse visto algunos que han dejado languidecer y morir aquellos de los cuales estaban encargados, por no llamar un médico y cuidarles un poco. ¿No son verdaderos homicidas tales hombres?

En la misma línea débese colocar al *murmurador* ó *detractor* que destruye la reputacion del prójimo, reputacion sin la cual la vida es á menudo insoportable. La reputacion es un bien precioso, y nadie tiene el derecho de arrebatárnosla injustamente. Destruir, pues, la reputacion de un hombre sin verdadera necesidad, es asesinarle moralmente. Háse dicho, y con razon: «Una palabra mata como mata una lanzada.» La detraccion ó murmuracion es un gran mal, y además un mal irreparable. El murmurador no tiene el recurso del calumniador, el cual retractándose y acusándose á sí mismo, puede reparar el mal que ha hecho.

Como la detraccion consiste en decir el mal que otro ha hecho realmente, no es posible retractarse porque seria mentir. La detraccion, repetimos, es tan irremediable como el asesinato. Añadamos, sin embargo, que no es un pecado grave sino cuando versa sobre cosas importantes.

Finalmente, prohibe el quinto mandamiento los odios, la cólera, las riñas, los golpes y las heridas,

el espíritu de venganza y todo lo que puede dañar el cuerpo ó la vida de nuestros semejantes.

Muchas otras cosas podríamos añadir para completar esta sencilla instruccion; muchas bellas historias podríamos contar en apoyo de la misma. Lo poco que acabamos de decir bastará, segun espero, para aumentar en vuestro corazon el respeto al prójimo, ilustraros sobre vuestros principales deberes con respecto á su vida, bienes de fortuna y reputacion, y haceros cumplir mas fielmente en lo venidero el gran mandamiento del Señor:

No matarás.

El suicidio.

Dos soldados llamados el uno Méthol y otro Vrutty, ambos sargentos de un regimiento de línea, habian ido una tarde que estaban libres de servicio á visitar un paisano suyo, un tal Basque, enfermo á la sazon en el hospital militar de París. Al lado de la cama de este habia otro enfermo, cuya cara causaba horror á la vista: narices, labios y barba estaban totalmente desfiguradas, tantas eran las cicatrices frescas todavía que surcaban aquellas partes del rostro en todos sentidos.

«¿Quién ha podido poner en tal estado á ese pobre muchacho, preguntó en voz baja Méthol. Hé

aquí una enfermedad que no ha de ayudar á un hombre á casarse.

—«Él mismo, respondió á media voz el amigo enfermo; quiso matarse; felizmente erró el golpe, y se ha puesto el rostro en el estado que ves. Ahora bendice á Dios por haberle conservado la vida á pesar suyo; y me ha jurado que ya tendria que andar listo el diablo para engañarle otra vez. ¡Tenia pesares! —¿quién no los tiene?—Perdió la cabeza y parecióle que no podia suportar la vida; pero ahora se considera feliz pudiendo vivir con los dolores que le causan sus espantosas heridas!»

La conversacion se prolongó todavía por algun tiempo, y los dos sargentos se despidieron de su amigo. Antes de salir no pudieron menos de echar una mirada de compasion sobre el infeliz, y abandonaron el hospital muy impresionados por aquel penoso espectáculo.

«Preciso es que sea bestia el que se quita la vida, dijo Vrutti á Méthol. Quiere librarse de un disgusto, de un dolor que cree no poder suportar; como si hubiese disgustos eternos, como si el buen tiempo no viniese siempre tras la lluvia, y los dias de bienandanza tras los de tristeza. Cada dia se ven hombres que la víspera estaban desesperados, y al dia siguiente se encuentran consolados y gozosos. Hay quien se mata por amor á una criatura sin corazon que se rie de los tormentos que causa, y que se envanecerá de que un hombre se haya quitado

la vida por ella. Si hubiese tenido la paciencia de vivir quince dias no mas, el amor y las penas se habrian desvanecido por sí mismos. Quien se mata por una deuda que no puede pagar, por una deshonra que cree no poder evitar, y tal vez un amigo, un socorro inesperado de la Providencia está llamando á la puerta para traerle el dinero que pagará su deuda, ó apartar de su cabeza la temida humillacion.

—«Á fe mia que tienes razon, interrumpió Méthol, y no ha mucho que con nuestros propios ojos hemos visto un ejemplo bien patente de la verdad de tus observaciones. Un sargento mayor del regimiento, que era aficionado en demasía á divertirse, tomó de la caja cincuenta francos. Viéndose á punto de ser descubierto, escribe á sus padres que no le contestan tan pronto como exigía su deseo; dirígese entonces á un oficial, íntimo amigo suyo; pero pasa un dia y el oficial guarda silencio. Héle ahí á mi hombre perdido el juicio; vése ya condenado, deshonrado, perdido, y pensando el infeliz que evitará el deshonor por medio del suicidio (como si el deshonor estuviese en el castigo y no en la falta, y como si el suicidio no fuese una afrenta mas) se encierra en su cuarto y se hace saltar la tapa de los seos!

«No habia trascurrido una hora, y aun era caliente el cadáver, cuando entraba en su habitacion el oficial á quien habia escrito para entregarle la su-

ma pedida; el servicio no le habia permitido venir antes, y por no haber sabido aguardar algunas horas, el desgraciado sargento mayor habia perdido de un golpe la vida del cuerpo... y otra cosa que vale mas todavía.»

Estos dos soldados eran buenos cristianos.

Gracias á Dios, el número de cristianos aumenta de dia en dia en nuestro pobre país devastado por el volterianismo; y en todos puntos, como en los dias de primavera, vese florecer la esperanza de generaciones sólidamente religiosas. Bajo este punto de vista, el ejército ofrece á los hombres de bien las mas consoladoras esperanzas.

Nuestros dos sargentos pertenecian al número de estos excelentes militares de que hablamos. Fieles y constantes en la oracion, huyendo de las tabernas, cafés, lugares de disolucion y de las malas compañías; sufriendo animosos las burlas de algunos camaradas, que no valian tanto como ellos, habian conservado en el regimiento las costumbres cristianas de su pueblo. Por lo demás, el secreto de su perseverancia era muy sencillo; jamás dejaban pasar un mes sin recibir los Sacramentos.

«¡Qué locura! prosiguió Méthol con animacion: y al propio tiempo ¡qué egoismo sacrificar todos los deberes, todas las afecciones, al deseo de evitar una pena! Tú quieres suicidarte, desgraciado; pero tienes una madre que tiene necesidad de tí para que seas el apoyo de su ancianidad y le cier-

res los ojos, una madre que llorará tu muerte hasta su último suspiro.—Que mi madre llore, que muera de hambre ó de pena, que envejezca en medio de la soledad y la miseria, poco me importa; la vida es para mí una carga y no la quiero mas.—Pero tienes una hermana, una esposa que te ama, amigos que te quieren, seres á quienes causará vivo dolor tu muerte, etc., etc.—Tanto peor para ellos si se apesadumbran; que yo no padeceré mas.—Pero ¿que sería de la patria si todos sus hijos hiciesen como tú?

—«Mi patria se arreglará como pueda; muerto yo, húndase todo.»

«Hé aquí lo que dice, á lo menos de obra, el que se quita la vida; ¿y no es esto un innoble egoismo?

«Y además es una cobardía. El que se mata, se mata porque no tiene valor para vivir: que para un hombre de corazon esforzado, y sobre todo, para un cristiano, no hay sufrimientos insuportables. La mayor parte de las veces las penas son consecuencia de nuestras faltas, de nuestras pasiones, de nuestros vicios; y si hemos tenido valor para cometer el crímen, preciso es que lo tengamos para sufrir la expiacion. En vano se dice que hay situaciones en que un hombre no sirve de ningun provecho en este mundo, en que debe hacerse justicia á sí mismo, privándose de una existencia de la cual se ha hecho indigno, y otras semejantes necedades; siempre es útil el que cumple con su deber y da ejemplo de

resignacion, valor y arrepentimiento; y por lo que toca á hacerse justicia á sí mismo, no es sino un nuevo atentado á la verdadera justicia, la humana y la divina! Dígase lo que se quiera, no hay verdadera expiacion sino en la sumision al merecido castigo y en el arrepentimiento. La experiencia prueba que, por mas vergonzoso y degradante que haya sido el crímen, puede siempre borrarlo la gracia del arrepentimiento, y que siempre puede rehabilitarse el culpable, no solo delante de Dios, sino tambien á los ojos de los hombres. ¿No es acaso un santo el buen Ladron? ¿Cuántas veces habeis visto cómo moria en el cadalso un asesino que al morir aceptaba su castigo, se humillaba bajo la mano que le heria, y bendecia su muerte como justa expiacion de una vida criminal; y cómo al instante se desvanecian el aborrecimiento y el desprecio que inspiraba, para convertirse en compasion, en simpatía, casi diria en respeto, y cómo aquel asesino moria á manos del verdugo, absuelto y perdonado de los mismos hombres? ¿Quién se acuerda de la falta cuando la ha seguido el arrepentimiento?

«A fe mia, hablas como un libro, repuso el otro compañero, y aun mas como un buen libro. De mí sabré decirte que los *suicidas* me han hecho siempre el efecto de desertores. Pero no se trata solamente de desertar y librarse de las incomodidades del servicio, sino que es necesario tambien librarse del consejo de guerra; lo cual si á veces se consigue

aquí en la tierra, no sucede lo mismo cuando se trata de allá arriba, del gran consejo. ¡Qué momento aquel en que el suicida comparece ante el tribunal del Dios grande, á quien ha ofendido en la muerte despues de haberle ofendido en la vida, y que va á pedirle terrible cuenta así de la vida como de la muerte! Preciso es haber perdido la razon para preferir el infierno á penas que, por amargas que sean, encuentran siempre consuelos, aun cuando no fuese sino en la certidumbre de que pasarán muy pronto.

— «Hacen como Gribonilla, dijo riendo Vrutti; que para escaparse de la lluvia se metia en el rio con agua hasta el cuello. Amigo Méthol, mas vale sufrirlo todo en la tierra que padecer en la otra vida. ¡Cuán felices somos en haber conservado la fe!»

Con estos razonamientos habian llegado los dos militares al cuartel en donde les dejarémos entrar.

Seguid sus máximas. Del fondo del corazon deseo que seais siempre felices acá en este mundo; pero solo Dios conoce el porvenir, y sin ser profeta puedo deciros que os enviará pruebas. Por crueles que sean no os desanimeis, no os abandoneis jamás á la desesperacion; tened siempre presente, que las penas de esta vida son temporales y pasajeras, que el cielo con todas sus alegrías y goces será la recompensa del que las haya suportado cristianamente; y si alguna vez llamase á las puertas de vuestro corazon la terrible tentacion del suicidio, acordaos

de las palabras de los dos sargentos y rechazadla con horror; pues el suicidio es el crímen que no tiene perdon, porque es el único que no da lugar al arrepentimiento.

El Duelo.

En 1849, en uno de los regimientos que estaban de guarnicion en Lion, habia un jóven soldado llamado Julian L... que estaba para cumplir el tiempo de servicio. Julian era el único hijo de una pobre viuda á la que amaba con ternura y de la cual era á su vez querido con delirio. La viuda le escribia á menudo, y en sus cartas se dejaba ver que, á medida que se acercaba el tiempo de la vuelta de su hijo, iba aumentando á proporcion su maternal impaciencia; no de otra manera que en un largo viaje, cuanto mas nos acercamos al término mas largas nos parecen las últimas etapas.

Julian por su parte veia llegar con gozo el dia de la partida, no porque fuese para él una carga la vida del regimiento, que por el contrario le gustaba; sino porque siete años habia que no viera su pueblo y ni abrazara á su anciana madre!

Por fin llegó el momento tan esperado y tan deseado. Julian recibió su licencia, despidióse de sus compañeros y de sus jefes, que le apreciaban mucho, y salió del cuartel, no sin dar un suspiro al

echar una mirada sobre el glorioso pasado militar que dejaba: convencido de que en la tierra no hay dicha pura y sin mezcla, y de que en medio de nuestras mas grandes alegrías hay siempre lugar para las lágrimas.

Algunos compañeros con quienes tenia particular y mas íntima amistad, pidieron permiso para acompañarle á alguna distancia de la ciudad. Entre estos amigos habia un primo suyo, llamado Juan, buen sujeto como él, exento de los ordinarios vicios del regimiento, y cuya compañía le habia sido útil muchas veces para perseverar con firmeza en el fiel cumplimiento de sus deberes. A medida que la pequeña comitiva se alejaba del cuartel, el ex-militar, olvidando insensiblemente lo que dejaba para no pensar sino en lo que iba á recobrar, andaba ligero y contento, no hablando de otra cosa que de su madre, de sus hermanas, del pueblo y del país; nunca habia estado tan animado ni tan alegre.

«Momentos hay en que me parece estar soñando, decia á su primo. No puedo figurarme que ya no soy soldado, que esta noche no deberé asistir á la lista y que dentro de algunos dias recibiré los abrazos de mi madre. Me palpo para cerciorarme de que no estoy durmiendo. ¡Cuántas veces en África desconfié de ver llegar este dia! Cuando estábamos empeñados en alguna peligrosa expedicion, cuando nos tiroteábamos con las kábilas y las

balas me atravesaban el morrion y el capote, como me sucedió mas de una vez, decíame en mis adentros, despues de haber hecho un acto de contricion: Vamos, muchacho, va á llegar tu turno y no pienses en volver á tu tierra. Será preciso que te despidas de lejos de tu buena madre, porque no volverás á estrecharla entre tus brazos, y en vano te está ella aguardando en la choza de la aldea.— Hé aquí lo que me decia, y mientras enjugaba una lágrima, cargaba de nuevo el fusil y hacia fuego sobre el enemigo sin perder ni un tiro. ¡Y bien! mis presentimientos me engañaban; no tuve ni un solo rasguño. Al salir del África, díjele:—¡Hasta no mas verte!—He concluido el servicio y mi madre no tiene que esperar sino por algunos dias!»

¡Ay! la infeliz le está esperando todavía, ó mas bien no le espera ya; él es el que la aguarda... pero no en su pueblo, sino en otra parte.

Era la caida de la tarde; nuestros hombres llevaban andado un buen trecho de camino y era preciso pensar en separarse. Habian llegado cerca de un pueblecito que se descubria á alguna distancia de la carretera. Adelantándose á las otras se levantaba una casa que por su gran rótulo dorado era fácil reconocer por un meson. Delante de la casa, á la orilla de la carretera y separado de ella por un seto, habia un emparrado y debajo de él una mesa y bancos.—«Antes de separarnos, exclamó uno de los compañeros de Julian, hemos de

echar un trago y vaciar la botella del despido; ¿que te parece, viejecito mio?

—«Digo que tu idea es buena, contestó alegremente Julian; cabalmente ahí tenemos un meson con un jardin y mesas, no parece sino que nos estaban esperando. Entremos, pues, y brindemos otra vez antes de decirnos adios. Así como así mi bolsa pesa demasiado y me molestaria por el camino. ¡Vamos, amigos, adelante, que pago yo!»

Entraron en el meson y un instante despues se hallaban instalados bajo el emparrado, alrededor de una mesa de madera que la criada cubrió luego de vasos y botellas.

Al principio bebieron sin decir nada. El momento de una separacion siempre es triste, pero cuando hubieron vaciado algunas botellas, el vino obró los efectos de costumbre y la conversacion se animó haciéndose luego tan ruidosa que no hubo medio de entenderse. No paraban un momento las risas y las agudezas, llenábanse y vaciábanse los vasos con rapidez, inflamábanse los ojos de los compañeros, su tez y sus cabezas empezaban á calentarse, y mas de uno tocaba los límites de la embriaguez. Aunque sóbrio por costumbre, Julian bebia como los demás.

Sin embargo, era preciso pensar en partir, él por un lado y los amigos por otro; porque se iba haciendo tarde y el sol estaba para desaparecer del horizonte. «Vamos, amigos mios, dijo Julian levantándose de la mesa; ha llegado el momento de se-

pararnos; la noche se nos echa encima y yo he de caminar bastante para concluir mi jornada. Démonos un abrazo, y despues en marcha.

—«¡Cómo, cómo! gritó el compañero de Julian que estaba sentado á su lado y cuya voz y fisonomía indicaba que tenia la cabeza cargada; ¿así nos dejas? ¿Tiempo? lo tienes de sobras y nosotros tambien; yo no te dejo partir sin haber antes echado algunos brindis.» — Y sacudiéndole bruscamente por el brazo, le obligó á sentarse otra vez á su lado.

—Dígote que es tiempo ya de partir, respondió Julian con impaciencia; no tengo ganas de pasar la noche á cielo raso, y en cuanto á beber, demasiado lo hemos hecho.

—¿Nosotros hemos bebido demasiado? ¿Qué quieres decir con esto? ¿Nos tomas acaso por unos borrachos, ó bien temes no te hagamos gastar todo el dinero? ¡Voto á tal! no gastes si tanto te duele; en la faltriquera no me faltan algunos reales.— Muchacho, trae seis botellas mas, pero no las cargues en cuenta al señor, pues las pagaré yo.

Al mismo tiempo cogió el brazo de Julian haciéndole sentar otra vez por fuerza, ó mas bien haciéndole caer sobre el banco á su lado. Fué tan violenta la caida, que por poco no rueda el banco por tierra. Los camaradas rompieron á reir á carcajadas. ¡Ay, que sus risas debian trocarse bien pronto en lágrimas!

Julian se volvió á levantar, pálido de ira.

«Si fuese otro que tú, gritó temblando de cólera, no pasaria esto así!

—¿Que? replicó furioso el otro; ¿vienes ahora con amenazas? En guardia, porque jamás se me ha amenazado impunemente.»

Y levantando el puño hasta las narices de Julian, le tiró insolentemente del bigote. Julian cogió una botella para arrojársela á la cara; pero el otro le detuvo el brazo y desenvainando el sable, le dijo:

«Si no eres un cobarde, vamos á batirnos á sablazos, y no á botillazos!»

Cegado Julian por la cólera y el vino, precipitóse sobre el arma de un compañero que estaba encima la mesa. En vano se esforzaron los demás en apaciguarlos; en vano procuraron detenerlos; en un segundo habian saltado por encima de un mal seto de almedillas que les separaba de un bosque, y se habian puesto en guardia sin darse tiempo ni para quitarse el vestido.

«Julian, gritóle su primo en tono suplicante, Julian, ¿con que has olvidado á tu madre?»

A estas palabras Julian se detuvo, pareció que titubeaba por un instante é hizo un gesto como si quisiera arrojar léjos de sí el sable.

—«¿Tienes miedo? preguntóle su adversario en tono de desprecio.»

Al punto volvió Julian á ponerse en guardia y el duelo empezó de nuevo encarnizado y furioso. ¿Quién al verles reñir así hubiera podido pensar

que eran dos buenos compañeros, que un cuarto de hora antes se estrechaban la mano y echaban juntos un brindis?

La lucha fué corta. Al cabo de un instante Julian dejó caer el arma; palideció expontáneamente, llevóse la mano al corazon y vaciló. El arma de su adversario le habia atravesado el pecho; estaba mortalmente herido.

Juan y los otros compañeros que no habian podido llegar antes, corrieron al punto hácia él, cayó en sus brazos. Rodeábanle tambien los hombres y mujeres del meson que habian acudido al ruido de las armas. Reinaba una indecible confusion.—Entre tanto Julian iba perdiendo toda la sangre; estaba pálido como la muerte; tenia los ojos medio cerrados; hubiérase dicho que iba á exhalar el último aliento en los brazos de sus amigos. En cuanto á su adversario, es imposible pintar su desesperacion. Estaba allí, en pié, mudo, inmovil, con los brazos caidos, cubierta la frente de un sudor frio, contemplando con los ojos fijos, cási atontados, al desgraciado compañero á quien acababa de herir mortalmente...

Llevaron al infeliz Julian á un aposento de la casa y pusiéronle en un lecho. «¡Madre mia!...¡un sacerdote!... ¡madre mia!...» eran las únicas palabras que repetia de cuando en cuando. Corrieron á avisar al cura del lugar, y entre tanto desnudaron al moribundo. Al quitarle la túnica cayeron en tier-

ra varios objetos que llevaba entre el vestido y la camisa: eran las últimas cartas de su madre y algunos regalitos que llevaba para sus hermanas. Todos estos objetos estaban cubiertos de sangre: era un espectáculo que partia el corazon!

No tardó en llegar el cura; felizmente aun era tiempo. Julian no podia cási hablar, pero conservaba el uso de todas sus facultades y podia responder á las preguntas del sacerdote por medio de signos y de monosílabos. Recibió con recogimiento la absolucion y la Extremauncion; despues, sintiendo que se acercaba su fin, llamó con una mirada á su primo, y haciendo un esfuerzo, le dijo:

«Escribe... á mi madre...; díle que muero... como cristiano... y que le suplico que me perdone... como yo perdono al amigo que me ha dado la muerte... Rogad todos por mí... Adios.»

Un instante despues, Julian dió el postrer suspiro.

Enterráronle al dia siguiente. Toda la poblacion en masa asistió á los funerales...

Por lo que se refiere á sus compañeros, volvieron al cuartel llenos de tristeza y desolacion.—La desesperacion del desgraciado que habia muerto á Julian era espantosa. «¡Soy un miserable, un asesino!» decia de vez en cuando con voz sorda. No se le podian arrancar otras palabras.—Desde entonces vive aislado, sin beber ni reir nunca, y pasa todo el tiempo orando en las iglesias. Pone á parte

todo el dinero de su *prest* y hace celebrar misas por el alma de aquel á quien dió la muerte...

Detestable duelo, ¡cuáles son tus consecuencias! y ¿cómo puede ser que el que ha oido hablar de tí, no tenga valor para huir de tí?

El escándalo.

Engañar, robar, no es por cierto una cosa caritativa; el que lo hace falta á Dios, al prójimo y á sí mismo; pero todavía es peor escandalizar á los demás, y uno de los mayores peligros que puedan amenazar á nuestra alma.

Llámase *escándalo* el mal que causamos á los demás dándoles mal ejemplo. Uno hace un mal y nadie lo sabe; es culpable delante de Dios, se perderá si no cambia, es cosa cierta y muy sensible, pero á lo menos su ejemplo no habrá pervertido á nadie.

Pero este mismo hombre no oculta ya su mal proceder, sus desórdenes se hacen públicos, se convierten en tema de todas las conversaciones, todos los ven, él mismo habla de ellos y se gloria de haberlos cometido... Otros, atraidos al principio por la curiosidad le hacen corro, le escuchan, le tienen envidia, «¡Cómo se divierte!» dicen.

¡Infelices! ese mal que miran con tanta impru-

dencia, los seduce, el ejemplo les arrastra; hélos ahí á ellos tambien felices á la manera de su modelo; imítanlo y bien pronto quieren sobrepujarle!

¡Hé aquí el escándalo!

Antes era uno solo el que ofendia á Dios; ahora son diez, ciento, mil... La muerte hiere al autor de estos escándalos, el cual comparece á la presencia del soberano Juez á dar cuenta de esas mil almas que su ejempló echó á la perdicion!

Ya lo veis; el mal ejemplo tiene unas consecuencias incalculables.

¿Cómo reparar completamente un escándalo? Muchas veces por mas que se quiera es absolutamente imposible.

Por esto decia nuestro Señor: «¡Ay de aquel por quien viene el escándalo! Mas le valiera que le pusiesen una rueda de molino al cuello y le arrojasen al mar..»

Él, que lo sabe todo, sabia muy bien cuán cerca está de su eterna perdicion el que escandaliza á sus hermanos.

Por el contrario, ¡es tan dulce dar buen ejemplo, trabajar de consuno con Dios por la salud de las almas! ¿Y qué poder no tiene? Un jóven ha tenido la desgracia de escandalizar á los otros dándoles ejemplo de mala conducta; pero despues entra en sí, reflexiona, y sabiendo cuán terrible cuenta tendrá que dar, cambia y se convierte: antes era un pecador público, y ahora es cristiano públicamente.

Los compañeros le zahieren con sus chistes, pero él les compadece, aconséjales que le imiten en el cambio, dales ejemplo de dulzura, de templanza, de laboriosidad, de buenas costumbres, y acaba por salvar una parte de los que infaliblemente se hubieran perdido por él.

Es incalculable la influencia del ejemplo. Esa influencia es la que salva ó pierde las familias, las parroquias, los colegios, las comunidades y la sociedad entera. He conocido una familia numerosa, mas que indiferente, que fue despues modelo de religiosidad y fervor, gracias á la santa influencia de uno solo de sus miembros que se habia convertido de corazon á Dios, y, con la sola fuerza del ejemplo, habia hecho irradiar sobre cuantos le rodeaban la luz de su fe y el ardor de su piedad. Otra conozco en la cual la apostasía del hijo mayor arrastró á la herejía á una parte de sus hermanos y hermanas... ¡Cuántas parroquias se han pervertido y corrompido hasta la médula de los huesos por el escándalo de un mal sacerdote! En un colegio basta un solo niño corrompido para arrastrar al mal á la masa de sus condiscípulos; y si los superiores no detienen desde el principio el contagio echando muy pronto la oveja sarnosa, todo el rebaño se perderá infaliblemente. Finalmente, ¿qué incalculables males no causa en un Estado, por una necesidad, fatal por decirlo así, las males costumbres ó la impiedad de un soberano?

¿Que se dedude de aquí sino que el escándalo es un mal inmenso?

El que lo ha dado no tiene sino un medio de salvacion, que es cambiar y edificar á todos los que habia escandalizado.

Á menudo nos detienen los respetos humanos. Pues bien; es necesario redoblar el valor; si hemos tenido la osadía de ser culpables, debemos tenerla tambien de arrepentirnos á la faz de todo el mundo.

Sexto mandamiento.

Por el sexto mandamiento prohíbenos Dios manchar con el vicio la santidad de nuestros cuerpos. Nuestro cuerpo, templo vivo de nuestra alma, es por lo mismo templo de Nuestro Señor Jesucristo, y ese templo debe ser santo. La *impureza* es el vicio feo y odioso con que Satanás, enemigo de Jesucristo, quiere manchar ese santuario de Dios.

No somos dueños de nuestro cuerpo; Dios no nos lo da, nos lo presta solo para que nos sirvamos de él, no para lo que queramos, sino para lo que Él quiere. Él solo es su dueño y señor; nuestra alma lo posee, no como una propiedad sino como un depósito del cual debe dar cuenta. No tenemos, por consiguiente, derecho para hacer de nuestro cuer-

po lo que queramos, sino que en estricta justicia estamos obligados á someterlo, de buen ó mal grado, á la voluntad de su verdadero Dueño.

La *pureza* ó *castidad* es la hermosa virtud que llena en nuestra carne los designios y la voluntad de Dios. Por ella los sentidos están sometidos á nuestra alma, y esta á Jesucristo, estando así todo dentro del órden. Por eso Satanás detesta la pureza, y por medio de ataques incesantes que se llaman *tentaciones*, procura perturbar ese órden; y sublevando la carne contra el espíritu, intenta hacer caer la misma alma y separarla de Jesucristo por el pecado. Cuando se acerque el tentador á nosotros de esta manera, implorémos en seguida el auxilio de Dios y no consintamos jamás voluntariamente en la tentacion. No hay pecado cuando la voluntad no consiente, y es muy necesario despreciar esas innobles tentaciones.

Además de la oracion, un trabajo asíduo, la frecuente recepcion de los Sacramentos y la devocion á la santísima Vírgen, son los principales medios de conservar la pureza y vencer los ataques del vicio impuro.

Ni querémos, ni podemos entrar aquí en grandes pormenores. Baste decir que el sexto mandamiento prohibe todas las acciones, todas las palabras, todas las miradas; en una palabra, todos los actos contrarios á la pureza. Mándanos ser castos y modestos, evitar todo lo que pueda inflamar los senti-

dos y «abrir la puerta al demonio» en expresion de la sagrada Escritura. Si querémos, pues, ser fieles á Dios, debemos huir cuidadosamente de lo que se llama ocasiones de pecar, esto es, de las malas compañías, de las malas lecturas, de los placeres peligrosos y demasiado mundanos; y como esto puede variar al infinito segun las circunstancias, edad, posicion y carácter de cada cual, no se puede dar otra regla sobre el particular sino conformarse con la práctica de los buenos cristianos y seguir el consejo de un buen confesor.

La impureza es una calamidad así para la salud del cuerpo como para la santidad del alma. Causa la muerte, y la Religion, ayudándonos á evitar sus fatales golpes, es nuestra bienhechora temporal al par que la madre de nuestras almas y la guarda de nuestra salud. ¡Cuántas veces infelices niños han visto marchitarse y extinguirse en la ignominia, á causa de la impureza, su juventud, hermosura, salud y vida!

¡Y en cuantas almas ha obstruido el manantial de la verdadera alegría, de la paz, de las puras afecciones, de la verdadera felicidad! Detestable es la impureza, tan enemiga de los hombres como de Dios, tan enemiga del cuerpo como del alma; debería ser desterrada de la tierra como lo es del cielo. Y, sin embargo, tal es la corrupcion del mundo, que en todas partes es acogida como alegre compañera de la vida; se cubre de flores, oculta su in-

feccion bajo la máscara del placer y de la felicidad; usurpa el santo y divino nombre del amor, rebajando al nivel de lo bajo y vil ese amor, que es el primero y mas sublime de los sentimientos de nuestra alma.

Así es que el Todopoderoso reserva muy especialmente para los impúdicos el espantoso castigo del fuego eterno del infierno, de aquel fuego del cual dice Él mismo en el Evangelio que no se apagará jamás: «*Ignis eorum non extinguetur.*» Cuando tengamos alguna tentacion contra la pureza, pensemos en el infierno. Digámosle á nuestro cuerpo: ¿tú pretendes que no puedes vencer las pasiones, tú dices que la tentacion es irresistible? ¿Cómo podrás, pues, sufrir las llamas devoradoras y estar por toda la eternidad en medio del fuego con Satanás?

En la sagrada Escritura hallamos un terrible ejemplo de cuánto aborrece el Señor el vicio de la impureza; á saber, el castigo de Sodoma. Entregada totalmente, y mas que ninguna otra, á los excesos de la disolucion, aquella nefanda ciudad se vió envuelta en un fuego milagroso de azufre y betun ardiendo, que de órden de Dios la consumió junto con todos sus habitantes. Reducida á cenizas y visible todavía en el fondo del Mar Muerto, permanece allí para siempre jamás, como un testimonio de la venganza celestial, como una advertencia á los impúdicos, como una manifestacion terrestre del cas-

tigo de la impureza por el fuego eterno, y finalmente, como la gran confirmacion del sexto mandamiento del Señor:

No fornicarás.

La embriaguez ó borrachera.

Hay una enfermedad espantosa que devasta y azota al mundo. Encuéntrasela por todas partes, en Francia como en Inglaterra, en Europa como en América, en el Sud como en el Norte, entre los pueblos que se llaman civilizados como entre los salvajes. Largos siglos ha que diezma las generaciones humanas; largos siglos ha, sobre todo, que causa la ruina de los pobres trabajadores...

¿Pensais acaso que hablo de la peste, del cólera, de la disenteria ó de alguna otra enfermedad de esta clase? ¡Oh! no; la enfermedad á la cual me refiero, es aun mas cruel, mas espantosa... Causa mas víctimas; y lo que es horroroso, no mata solamente los cuerpos, sino que tambien hace llegar sus extragos á las almas, extendiéndose así su lamentable influencia hasta mas allá de la tumba.

Esa enfermedad se llama la *borrachera* ó *embriaguez*. ¡Desgraciado el trabajador que se abandona á su tiranía, porque ella le deshonra, le embrute-

ce y le rebaja al nivel de los animales! Ella es la que arruina tantas familias y la que causa la mayor parte de las veces, los espantosos excesos de miseria que se ven en nuestras grandes ciudades.

El vicio de la borrachera consiste en el inmoderado uso de las bebidas; y su efecto se llama propiamente *borrachera.*

Cuando es involuntaria la borrachera, no es pecado. Lo es segun el grado de voluntad del que se emborracha, y segun le hace caer en un exceso mas ó menos notable. Siempre hay *falta grave* en perder voluntariamente el uso de la razon.

«*En verdad, en verdad,* dice la Escritura: *los borrachos no entrarán en el reino de Dios.*»

1.° *La borrachera envilece y degrada al hombre.*

¿En qué se distingue el hombre del bruto? ¿No es por la razon? ¿No es esta su mas preciosa joya? ¿Y qué hace el borracho? ¿qué hace de su inteligencia? ¿no la reduce á un estado de estupidez, en el que no sabe qué dice ni qué hace? Sus piés vacilan, sus ojos no ven, su lengua no sabe proferir sino un innoble balbuceo; en lugar de andar, da contra las paredes y mancha sus vestidos con las inmundicias en medio de las cuales se duerme. ¿No le es superior el perro que pasa á su lado? ¡Qué vergüenza para la humanidad!

En otro tiempo, los magistrados de Esparta expusieron al público un esclavo borracho muerto para inspirar á la juventud horror á este vicio:

«¿De dónde ha salido este mónstruo? exclamó la multitud. ¡Tiene la forma de hombre, pero es menos que una bestia!»

2.° *La borrachera destruye la salud y acorta la vida.*

La borrachera agota las fuerzas y el vigor de los hombres mas robustos. Ahí está la experiencia para probarlo. El efecto ordinario del vino, del aguardiente y de las bebidas embriagadoras es hacer subir violentamente la sangre á la cabeza; de suerte que, castigado por donde peca, la apoplegía fulminante, los derrames, en una palabra, las muertes repentinas, son ordinariamente el castigo que espera al borracho, Un desgraciado soldado que un dia habia bebido aguardiente con exceso, cayó en tal estado de borrachera que tuvo una inflamacion en el cérebro y quedó privado para siempre del uso de razon. ¡Qué estado, gran Dios, para comparecer ante tu supremo tribunal!...

3.° *La borrachera enciende todas las pasiones é introduce el desórden en las familias.*

¡Desgraciada familia aquella en que hay un borracho! ¡desgraciada mujer, la que tiene un marido dado á la borrachera! ¡y mas desgraciado todavía el marido, mas desgraciados los hijos de una mujer que se emborracha! Dejando aparte las malas costumbres que cási siempre acompañan á este terrible vicio, ¿qué cosa hay mas brutal que un hombre tomado del vino? Al entrar en casa, des-

pues de haberse bebido lo que ganó en toda la semana y que necesitaba para cubrir las atenciones de la familia, se encuentra en presencia de una mujer desesperada ó exasperada. Si esta le hace justos cargos, él, exaltado por la bebida y oscurecido su corazon, se pone por lo comun furioso, vomita imprecaciones, da á sus desgraciados hijos los mas horribles ejemplos y los maltrata á ellos así como á su madre! ¡Qué infame espectáculo! De un lado, lágrimas; de otro, juramentos y violencias. Tales casas ¿no son por ventura la imágen del infierno? Cuenta san Agustin, Obispo de Hipona, en África, que un jóven de aquella ciudad, llamado Cirilo, que pasaba la vida en medio de la borrachera, habiéndose entregado un dia con sus compañeros de disolucion á todos los excesos de la destemplanza, al volver á su casa, mató de una puñalada á una hermana suya que le echaba en cara su vergonzoso estado. Á los gritos de la víctima, acudió al instante el padre, y Cirilo se atrevió á levantar la mano contra el autor de sus dias, y lo degolló como á su hermana.

Informado al punto san Agustin de aquel execrable atentado, reunió al pueblo en la iglesia, y, aunque habia predicado ya dos veces aquel dia, subió al púlpito y participó á los oyentes el horrible exceso en que la borrachera acababa de precipitar á uno de sus conciudadanos. Sus suspiros y su emocion hablaron mas alto que sus razonamientos. To-

da la concurrencia prorumpió en gritos, y cada cual se esforzó en apartar por medio de oraciones los golpes de la Justicia divina que, por haber producido semejante mónstruo, parecia tener merecidos la ciudad de Hipona.

Pobres mujeres que teneis la desgracia de estar unidas á unos maridos dados á la borrachera, guardaos de reprenderles cuando les veais en tal estado; porque ¿qué provecho puede sacar de vuestras palabras un hombre que no es capaz de sentir ni reflexionar? Dirigíos á Dios, único consuelo de nuestras miserias. Rogad, y rogad siempre, por la conversion de vuestro marido: solo en la oracion encontraréis el medio de endulzar vuestras penas y de no ofender á Dios.

Hijos que presenciais los desórdenes de vuestro padre, guardaos de seguir su ejemplo y aleccionados por una experiencia, prometed á Dios seguir un camino totalmente opuesto.

Y vosotros, borrachos, pobres amigos mios, si la providencia de Dios permite que estas sencillas páginas caigan en vuestras manos, haced un esfuerzo supremo, y aunque sea preciso renunciar obsolutamente al vino que os pierde, cambiad de vida, convertíos, sed hombres de bien, sed cristianos.

¡Dispertad á las quejas y gemidos de una esposa á quien haceis desgraciada! ¡Dispertad á los gritos y lágrimas de vuestros hijos á quienes reducís á

la mendicidad! ¡Dispertad al tronar de la cólera divina! Ved que teneis el infierno abierto á vuestros piés en el cual infaliblemente caeréis, como no os corrijais de vuestra destemplanza. Por lo demás, confianza en Dios, quien lo perdona todo y á aquel que se arrepiente. Apresuraos á implorar la divina misericordia, y aprovechad el tiempo, bien corto quizás, que os queda, para obtener por medio de una verdadera penitencia, el perdon de todos vuestros excesos.

Séptimo mandamiento.

Salvo los ladrones de profesion, todo el mundo está de acuerdo en reconocer la culpabilidad é infamia del *robo*. En este punto las personas menos religiosas convienen con los cristianos.

El séptimo mandamiento condena el *robo*, y voy á explicarte algo detalladamente. Estad seguros que esos pormenores distan mucho de ser supérfluos; pues mientras una multitud de personas convienen en el principio, no comprenden sus consecuencias, y los mismos que admiten con mucho gusto que es cosa prohibida el robar, tienen á veces sorprendente habilidad para cerrar los ojos á tales y cuales utilidades y ganancias prohibidas que, dando

á las cosas sus verdaderos nombres, deberian llamarse *robos*.

Robar es apoderarnos sin derecho de lo que no nos pertenece, ó causar daño al prójimo en su propiedad legítima. No hay necesidad de demostrar ahora que no se debe robar. «*No hagas á otro lo que no quieras para tí*» dice la ley de Dios. Ahora bien, ¿querríais que otros os quitasen los vestidos, el dinero, la casa, el campo, en una palabra, que se apoderasen de lo que es vuestro? ¿No condenaríais con tanta energía como justicia, al que se permitiera semejante accion en vuestra presencia?

Luego el robo es *injusto* y *culpable*.

Hay muchas maneras de robar.

La mas conocida y desvergonzada de todas es el robo en despoblado, el robo á mano armada, el robo de profesion, el robo, en fin, cuya persecucion está encomendada á los guardias civiles. Esta primera categoría de ladrones acaban en este mundo por la cárcel y el cadalso, y en el otro por el infierno, si no se convierten y hacen penitencia.

Despues de estos ladrones *pur sang*, viene otra categoría que son tan ladrones como los precedentes, pero cuyas operaciones exigen mayor misterio. Tales son los *estafas*, los *rateros*, los *escamoteadores* de relojes, petacas, pañuelos, etc., los *ladrones con ganzúa*, etc., y, por decirlo de una vez, los abonados á las casas de correccion ó á las cárceles. Tam-

poco nadie pide gracia para estos, y todos los rechazan como se merecen.

Sigue ahora una clase que ya es mas difícil reconocer, á saber: los que, bajo pretexto de haceros un favor, hacen pasar vuestro dinero á sus manos por medio de cálculos hábilmente combinados, que parecerian intachables. Estos os prestan caritativamente dinero á un *modesto* interés de 20, 25, 50, á veces hasta de 100 ó 200 por 100; ó bien, si son mas finos, os lo prestan bonitamente al 8 ó 10 por 100, pero á plazo corto y acumulando intereses y capital, hasta que se han chupado vuestros escasos recursos.

Los *usureros* son la plaga de los obreros, de los pequeños colonos, del comercio al pormenor, y de los hijos de familia. La policía les persigue con todas sus fuerzas, pero la usura sabe hacerse invisible y á menudo se oculta tan bien, que no se la puede hacer constar bastante claro para castigarla. Es mas hábil y poderoso que todas las policías del mundo, aquel Dios que no dejará de tomarla un dia por su cuenta.

Cuarta manera de robar, respecto de la cual es muy fácil hacerse ilusiones, y que, por esta razon, es muy frecuente en especial en las grandes ciudades.

Un mercader vende como si fuese de primera calidad lo que á él le consta ser de inferior; pesa

y mide siempre en beneficio suyo y sabe dar á las mil maravillas la dedada á la vara ó la balanza, sin que el pobre comprador pueda apercibirse de nada. Así en una pieza de tela de doce ó quince varas halla medio de ganar una buena media vara ; y en quince ó veinte libras de mercadería, una libra ó libra y media.

Esto es un robo, amigo, *es un robo!*

Una cocinera va al mercado y regatea, y compra por tres pesetas una gallina, un pescado, unas frutas ó legumbres primerizas por las que su vecina la frutera le habria llevado veinte reales; esa cocinera pone muy tranquila cinco pesetas en la cuenta de los gastos, gracias al siguiente razonamiento, muy en uso entre criadas y dependientes:

«Habría podido ir á casa de la frutera y habria gastado cinco pesetas; si me he tomado el trabajo de ir á la plaza, deteriorar mi calzado y regatear, es muy justo que el provecho sea para mí, y no para los amos.»

Esto es un robo, amiga mia, *es un robo!* porque teneis la obligacion de mirar por los intereses de los amos como por los vuestros, y esas dos pesetas las robais.

Un criado pide y obtiene de un proveedor el cinco por ciento de todos los pedidos; nada mas legítimo en apariencia: «Al proveerme con este mas bien que con otro, le hago ganar cada año sumas de dinero muy respetables, y él agradece el

favor que le hago por medio de un pequeño impuesto; puedo, por consiguiente, con toda conciencia, percibir mi *sueldo por libra.*» Sí, pero con la condicion, raras veces observada, de que el pequeño impuesto se cargue sobre la ganancia del vendedor y no que haya de pagarlo el amo, ó bien que este último consiente en ello. Está tal el comercio, y son tan reducidas las utilidades, que es imposible distraer el cinco por ciento. ¿Y qué sucede entonces? El vendedor da pesadas cortas, encarece los precios, y el criado, cegado por el interés, hace como que no se apercibe de nada. Y, no obstante, hace una injusticia al amo que le paga y emplea, puesto que le hace pagar mas caro. ¿Está segura, pues, la conciencia de ese criado ó dependiente?

Muchos otros ejemplos podríamos añadir; podríamos, por ejemplo, hablar de los hijos que sacan pequeñas sumas de la gaveta de su madre, bajo el especioso pretexto de que lo de los padres es de los hijos; podríamos hablar de los empleados que exigen ilícitamente propinas, etc., etc.; pero no puede decirse todo y la conciencia suplirá lo que falte.

El robo es un pecado mortal cuando es de alguna consideracion é importancia, la cual se valúa por las circunstancias ó por el valor del objeto robado. Así, robar *algunos cuartos* ó *un viejo vestido* á un pobre, puede ser pecado mortal.

Cualquiera que sea, sin embargo, la fortuna de la persona robada, es cierto que, sustrayéndole por

el valor de cuatro ó cinco pesetas, se comete un pecado grave.

Si es cosa prohibida tomar los bienes ajenos, lo es igualmente retenerlos.

Si venís á advertir que teneis en vuestro poder alguna cosa que no os pertenece, es muy evidente que estais obligados á devolverla, y esto lo mas pronto posible. Es de toda justicia.

Retener los bienes ajenos es no devolver, ó no restituir lo que sabemos que no nos pertenece.

Restituir es devolver á los demás lo que es suyo.

Estamos obligados á *restituir*, bajo pena de pecado grave, cuando se trata de un objeto de algun valor, segun acabamos de decir á propósito del robo. Al restituir, no hay ninguna obligacion de ir á decir á la gente que se les ha robado, y aun conviene no hacerlo.

Se puede enviar el dinero sin darse á conocer, ó bien remitir al cura párroco ó á una persona de confianza la suma debida, á fin de hacerla llegar secreta y seguramente á su destino. Si se ha robado de tal suerte que *sea imposible* devolver á cada uno lo que se le ha tomado, es necesario darlo á los pobres ó emplearlo en alguna obra de piedad. Por lo demás podemos dar una regla práctica sobre el particular, á saber, consultar el confesor y hacer lo que él diga.

No tengo por qué añadir que el que, pudiendo, no paga las deudas, hace un daño á su prójimo y

peca contra el séptimo mandamiento. En esto, como en todo lo que concierne á la probidad, conviene que seais de una excesiva delicadeza. Este es el único punto en el que es bueno ser *escrupuloso*. ¿Cuántas miserias, cuántos crímenes de menos habría en el mundo, si todos oyesen y practicasen fielmente la enseñanza del catecismo?

No hurtarás.

El robo.

¡El robo! ¡Qué palabra tan siniestra, que hace salir los colores á la cara y levanta en el fondo del corazon no sé qué profunda indignacion, no sé qué indecible menosprecio!

Robar es tomar voluntariamente lo que pertenece á otro, á pesar suyo.

Tomar los bienes ajenos por error, creyendo que es propiedad nuestra, no es *robar*, sino *equivocarse*. Los hombres mas de bien pueden engañarse así. La diferencia que hay entre ellos y los bribones es que estos guardan la cosa usurpada, y aquellos la restituyen cuando advierten su error.

Cuéntase, que queriendo san Eloy, ministro de Dagoberto, rey de Francia, tan famoso en nuestra

historia, construir un monasterio en Paris, pidió al Rey su señor un terreno para este fin.

Cuando las obras estuvieron terminadas, Eloy advirtió que los arquitectos habian tomado un *pié de terreno* mas del que le habia concedido Dagoberto. Corre al punto á palacio, arrójase á los piés del monarca como si fuese un criminal, y le pide perdon de su infidelidad. Sorprendido y admirado de tanta delicadeza de conciencia, el príncipe le levantó con bondad y le castigó doblando su primera donacion.

Despues de haberse retirado Eloy: «Ved, dijo el Rey á los que le rodeaban, cuán fieles y exactos son los que siguen á Jesucristo. Mis oficiales y gobernadores me roban provincias enteras, y Eloy tiembla por tener una pulgada de tierra que me pertenece.»

El *robo* mas *completo* (del cual no tenemos que hablar aquí, gracias á Dios), es la rapiña ó sea apoderarse por violencia de los bienes ajenos, como lo hacen los bandoleros y ladrones de profesion. Si esos miserables que escalan paredes, abren puertas y destrozan muebles, si esos miserables que detienen á los viajeros al grito de *la bolsa ó la vida*, no hubiesen olvidado á Dios y abandonado, por consiguiente, la Religion, de seguro que no llegarian á cometer tamaños excesos.

Pero el robo mas comun, por desgracia, es el hurto, ó sea robo hecho en secreto, con astucia, al

por menor y hasta procurando cohonestar muchas veces la accion culpable bajo algun especioso pretexto.

Así, dígase lo que se quiera, *roba* el hijo que toma alguna cosa de sus padres á escondidas de los mismos. *Roba* el criado que, bajo pretexto de que es insuficiente su salario, se tira al bolsillo algunos céntimos en cada compra que hace con los proveedores de la casa, ó bien de pan, vino, etc., sin permiso de los amos.

Roba aquel trabajador que, pretextando que no gana bastante, se cobra por sí mismo, aguzando su ingenio para engañar á su principal de mil maneras.

Roba aquel comerciante ó tendero que vende por bueno, y sin rebaja en el precio, un género que á él le consta muy bien ser de mala calidad; aquel que adultera lo que vende, mezclando, por ejemplo, agua en el vino, en la leche, etc., con el objeto de hacer aumentar su cantidad; aquel, en fin, que echa mano de ciertas *habilidades* para dar á las cosas mas peso del que realmente tienen por su naturaleza.

Tomar lo ajeno por cualquiera de esos medios tan comunes, es un pecado, y á veces un pecado gravísimo, segun sea mas ó menos grave el daño causado al prójimo, estando obligado el que lo cometió á repararlo tan pronto como pueda.

Otras maneras hay todavía de quitar lo ajeno:

¡es tan ingeniosa la codicia humana! Así para no citar sino algunas, *roba* el que entabla un pleito injusto; el que se aprovecha de una sentencia judicial que sabe á ciencia cierta que es ilegal ó que ha sido dada por el juez á consecuencia de falsos informes; el que presta dinero á usura; el que por indolencia ó pereza no cumple con su obligacion, como los trabajadores y criados que no trabajan sino cuando está presente el amo; el que, pudiendo, no paga las deudas; el que retiene el salario que le es debido á los criados ó trabajadores; el que hace trampas en el juego; el que, si halla un objeto perdido, lo guarda sin hacer las debidas diligencias para averiguar quién sea su dueño; el que no cumple las promesas, etc., etc.; sí, todos esos roban á mas y mejor, y cualquiera que se halle comprendido en alguno de esos capítulos, sepa que irá al infierno ó al purgatorio si no hace todos los esfuerzos para reparar el daño ocasionado.

El que ha robado ha de restituir irremisiblemente. «Dad al César lo que es del César,» dice el Evangelio; y tambien en otra parte se lee: «Los ladrones no entrarán en el reino de los cielos.» Por lo cual en otro tiempo exclamaba el gran padre san Agustin: «ó restitucion ó condenacion.»—Y en este punto todas las leyes humanas sancionan la ley de Dios; porque en todos los países civilizados se castiga á los ladrones obligándoles á restituir lo que robaron, ó á reparar los daños causados

Cuando el ladron ó el que injustamente causó un daño al prójimo, se hallase en tal estado que le fuese absolutamente *imposible* el restituir, *debe* al menos arrepentirse y estar firme y sinceramente resuelto á hacerlo tan luego como pueda.

Y cuando decimos que hay necesidad de restituir, téngase entendido que hablamos de restituir al dueño de la cosa robada, y no á otro cualquiera; obligándonos á hacer esta advertencia el ver que hay muchos que creen equivocadamente que basta dar ese valor á los pobres.

Si he robado cinco pesetas á Pedro, ¿habré reparado el perjuicio que le he inferido, por mas que dé diez, veinte, ciento si se quiere, á los menesterosos? De ningun modo; el daño subsistirá el mismo, y, segun las palabras arriba citadas del Evangelio, á *César* debo restituir lo que á *César* quité. Y nótese bien que esa obligacion pesa sobre mí tanto si el dueño de la cosa robada, ó el perjudicado, es rico como si es pobre, lo mismo que si es un hombre probo que si no lo es; porque no tengo mas derecho para quitar un real á un rico que á un pobre, pues en ambos casos resulta que aquel real no es mio, sino *propiedad de otro*, y por consiguiente, una cosa *ajena*. Y no se diga que robar á un pobre es un pecado mas grave que robar á un rico, porque esa mayor gravedad no procede de que sea lícito quitar á los ricos ni aun lo supérfluo, sino de que, creciendo la gravedad del robo en propor-

cion de la del daño que de él se sigue, el pobre sale mas perjudicado que el rico.

¡Ay, cuántos males causa el mundo la codicia! y cuántas almas se han condenado y se condenarán por las riquezas mal adquiridas! Cuántos hay que no tienen valor para reparar los daños que causaron al prójimo! Cuántos que ni aun lo tienen para confesar sus hurtos en el tribunal de la Penitencia, á pesar de ser un tribunal de perdon y de amor!

El dinero robado endurece el corazon, y raras veces los ladrones se arrepienten de veras. Algunos años atrás murió en Normandía sin recibir los Sacramentos un miserable usurero, por no querer restituir la cantidad de ocho francos!... ¡Perderse por toda una eternidad por ocho francos! ¿se comprende locura semejante?

¡Ah! ¡seamos hombres honrados; que si esto no es suficiente, tendrémos á lo menos mucho adelantado!

Guárdemonos de dejarnos dominar de la pasion por el dinero; despreciemos un vil metal y aspiremos á bienes mas dignos de nosotros. Meditemos aquellas palabras de nuestro divino Maestro: *Bienaventurados los pobres de espíritu* (es decir los que no ponen el corazon en los caducos y pasajeros bienes de la tierra), *porque de ellos es el reino de los cielos.*»

Octavo mandamiento.

El octavo mandamiento nos prohibe mentir, levantar falsos testimonios y calumniar, pecados tan nocivos al prójimo como á nosotros mismos. Si quisiéramos decir cuánto hay de importante y práctico sobre el particular, habria materia para un tomo en fólio; pero como mas vale poco que nada, vamos á dar algunas nociones claras, sencillas y prácticas.

Mentir es decir alguna cosa contra lo que piensa el que habla, con la intencion de engañar; ó sea, afirmar que es verdad lo que creemos no serlo, ó que es mentira lo que pensamos ser verdad, con el designio de inducir á error á los que nos escuchan. De su propio peso se cae que, siendo Dios la verdad por esencia, le ofenderá la mentira y que, por consiguiente es esta un mal, un pecado.

Hay muchas especies de mentiras, siendo la menos grave de tódas la jocosa, ó sea la que se dice por vía de diversion, de juego y por bulla, como cuando se trata de chanchearse á costas de alguno; y aun puede darse el caso de que esas chanzas sean inocentes, si son puros juegos.

Mayor importancia tiene, por lo mismo que se dice mas formal y sériamente, la mentira oficiosa, que es aquella que se dice para hacer á otros un

favor, para impedir, por ejemplo, que sea castigado un compañero, ó para hacerle alcanzar un buen destino, etc.; y á pesar de la buena intencion está prohibida, porque nunca ni por ningun pretexto es lícito mentir.

Si mentís para excusaros, entonces vuestra falta revístese de un carácter de amor propio ó de cobardía que la hace mas grave; con mas motivo si mentís por vanagloria, y con mucho mayor todavía si lo haceis para perjudicar á alguien. En estos diversos casos y cuando se trata de cosas muy importantes, ó cuando va acompañada de circunstancias que la hacen totalmente inexcusable, la mentira puede ser un pecado grave y hasta un *sacrilegio*, como seria lo que sobre materia grave se dijese en la confesion.

Por lo demás, cualquiera que sea la gravedad de la mentira, en cada caso particular debemos evitarla con el mayor cuidado, porque el que es infiel en las cosas de poca monta, fácilmente lo será tambien en las importantes.

El *falso testimonio* es una mentira solemne que siempre va acompañada del perjurio, lo cual constituye de ordinario no solamente una falta, sino tambien un crímen. Cuál sea la enormidad de este pecado, nos lo enseña Dios por boca de san Pedro al referir, en los Actos de los Apóstoles, la trágica muerte de Ananías y de Safira.

En tiempo de los Apóstoles, en Jerusalen, Ananías y su esposa Safira, que eran judíos, se hicie-

ron cristianos. En aquellos dias los fieles, llenos del Espíritu Santo y totalmente desprendidos de las cosas de este mundo, renunciaban voluntariamente á sus haciendas y las vendian llevando el precio de ellas á los Apóstoles, para que lo distribuyesen entre los pobres. Menos fervorosos Ananías y Safira y deseosos al mismo tiempo de no parecer menos perfectos que los demás, ofrecieron solo una parte de su fortuna, asegurando al após-tol san Pedro, que se lo preguntó solemnemente, que aquello era cuánto habian sacado de la venta de su patrimonio.

Entonces san Pedro, advertido por sobrenatural revelacion, díjoles: «¿Cómo os habeis convenido en tentar así al Espíritu Santo? ¿Por qué os habeis dejado tentar por Satanás? ¿No podiais guardaros vuestras riquezas que nadie os obligaba á traérnoslas? No habeis mentido á los hombres, sino á Dios.»

Y Ananías y Safira cayeron como heridos de un rayo.

Aunque no sufran tan inmediato castigo los perjuros y falsos testigos, no deja por esto de ser menos grave su falta, y si no se apresuran á hacer penitencia, la justicia de Dios sabrá darles su merecido en la eternidad.

Otra manera, muy grave tambien, hay de faltar al octavo mandamiento, á saber: la *calumnia*. Consiste esta en dañar al prójimo imputándole á sa-

biendas faltas y crímenes que no ha cometido. Si se trata de cosa muy grave, ó si el daño causado por la calumnia es de mucha consideracion, será un pecado mortal. Pero téngase bien entendido que para que haya calumnia es necesario que el que la profiere lleve en ello dañada intencion y que esté persuadido de que miente; de otra suerte habria simplemente error ó maledicencia: el calumniador, empero, es por necesidad un embustero que miente con la intencion de dañar.

Si hemos tenido la desgracia de cometer este pecado y de quitar, por consiguiente, la fama á nuestro prójimo, estamos obligados en conciencia á reparar, en cuanto nos sea posible, el mal que hemos causado; pues así en esto, como en materia de robo, la reparacion es un deber riguroso y una condicion esencial del arrepentimiento y sin la cual no podemos alcanzar el perdon de Dios. Es necesario que seamos muy remirados, y hasta escrupulosos, en el modo con que hablamos de nuestro prójimo. Pocas conversaciones hay en que no desempeñen un gran papel la murmuracion y la calumnia, pero cualesquiera que sean las agudezas y gracejo con que se las sazone, no son por eso menos culpables y peligrosas. Muchos que se horrorizarian de quitar la vida al prójimo con un puñal, quítansela sin compasion ni remordimiento con la lengua.

Vigilemos, pues, nuestra lengua, querido lector. No seamos inconsiderados ni parlanchines;

mostrémonos, por el contrario, indulgentes y reservados. Amemos la verdad, ya que nuestro Señor nos dice de sí mismo en el Evangelio: «*Yo soy la verdad.*» Seamos rectos y sinceros; y si nos hemos engañado, tengamos valor para reconocer nuestro error y confesar nuestra debilidad si se nos pregunta; pues el que se humilla espontáneamente se rehabilita y realza ante los hombres y ante Dios. No mintamos jamas ni por ningun pretexto, y tengamos especialísimo respeto al octavo mandamiento: No levantarás falsos testimonios ni mentirás.

Noveno mandamiento.

Si el sexto mandamiento nos prohibe toda clase de acciones contrarias á la pureza, el nono va mas léjos aun, y nos prohibe todo pensamiento, todo deseo contrario á tan delicada virtud.

Un pensamiento deshonesto, un deseo malo, plenamente consentidos, son pecados graves; pero no, si no son voluntarios, pues entonces son simplemente *tentaciones*. El demonio, que desde el pecado original ejerce sobre nosotros una influencia desastrosa, procura por todos los medios arrastrar nuestra voluntad y apartarla de la obediencia que debemos á nuestro Señor.

Para *tentarnos*, se vale en especial de nuestra

imaginacion, atormentándonos, cuando menos lo pensamos, con malos pensamientos que sabe presentar bajo formas seductoras, y haciendo desfilar ante los ojos del alma una multitud de feas imágenes, con la esperanza de cogernos así en los lazos que nos ha tendido.

Cuenta la fábula que los navegantes encontraban á veces en medio de los mares unos séres extraños, mitad mujeres y mitad serpientes, llamados *sirenas*, cuyo hermoso rostro y deliciosa voz de tal manera cautivaban á los imprudentes que se detenian á escucharlas, que los infelices, deslumbrados y fascinados, se dejaban caer al agua en donde eran devorados por aquellos mónstruos.

El maligno espíritu realiza esta fábula, y, ¡ay! cada dia seduce y devora víctimas sin cuento. Bajo atractivos pérfidos y mentirosos encubre el mal que quiere hacernos cometer; no le escuchemos, que es un traidor. No le demos crédito, pues miente y nos engaña; que la felicidad no está ni puede estar allí donde él la muestra, y lo que nos ofrece no es la vida, sino la muerte.

Los mas grandes Santos tuvieron al par de nosotros malas tentaciones; pero las rechazaron con invencible energía, y su santidad creció en el combate. San Francisco de Sales, el grande y admirable obispo de Ginebra, confesaba á un amigo suyo en un momento de expansion, que las virtudes cristianas que mas le habia costado adquirir y conser-

var, eran la castidad y la dulzura. Santa Catalina de Sena, que era un ángel de santidad y de inocencia, que pasaba una parte de su vida en éxtasis, vióse una vez tan reciamente atacada por el demonio, que por espacio de dos meses seguidos no tuvo un instante de reposo; cuando hubo pasado tan terrible tentacion, á la que habia resistido valerosamente, se le apareció de repente Nuestro Señor Jesucristo, y como la Santa, prosternándose á sus piés, le diese humildemente gracias por haberla libertado y le dijese: «O Salvador mio, en dónde estábais durante esa tempestad?» respondióle Jesús con bondad: «Hija mia, yo estaba en tu corazon, y nunca estuviste tan cerca de Mí.»

Si los Santos han tenido tales tentaciones, no nos admirémos de que las tengamos tambien nosotros; imitémoslos en su firmeza, y, cuando Satanás llame á las puertas de nuestro corazon, guardémonos mucho de abrírselas, y aun de prestar demasiada atencion al alboroto que mueva. Digámosle lisa y llanamente: *Vade retro, Satana.* Retírate, maldito; te conozco, y no me engañarás. Pertenezco por entero á Dios en este mundo y para siempre.

Uno de los mejores medios de amortiguar las tentaciones es mirarlas con mucho desden. No conviene prestarles atencion, sino distraer el pensamiento, ocupándonos en algo, cantando ó pensando en otras cosas; mas si continúa el ataque, entonces

ha llegado la hora de acudir á la oracion, de emplear los grandes medios, de recurrir á la santísima Vírgen, Reina de los Ángeles y protectora especial de la pureza; hagamos entonces con respeto la señal de la cruz, tan temida del demonio, y huyamos cuidadosamente de todo lo que podria dispertar la tentacion ó darles mayores proporciones. Repito, empero, que no hay pecado sino en los pensamientos voluntarios, es decir, en los pensamientos que libremente ha probado ó aceptado la voluntad. Conservémonos puros en medio de las imaginaciones y tentaciones suscitadas por Satanás.

Cualquiera que sea nuestro estado, guardemos el tesoro de la castidad cristiana. Vosotros, jóvenes, imitad los admirables ejemplos de san Luis de Gonzaga, de san Estanislao de Kostka y de tantos otros jóvenes puros y virtuosos. Vosotras, doncellas, seguid las huellas de la innumerable muchedumbre de cristianas vírgenes que, teniendo por Reina á la Vírgen de las vírgenes, á María Inmaculada, forman en la tierra y en el cielo el cortejo del Cordero sin mancilla.

Esposos y esposas, acordaos siempre de la santidad del matrimonio, respetaos mútuamente y, á imitacion de Tobías y de Sara, santificad vuestro amor con el santo amor de Dios; y procurad incesantemente por medio de la oracion y de la guarda del pudor, que Dios derrame sus bendiciones sobre vuestra union.

¡Con cuánta felicidad serian cristianas, pacíficas y dichosas las familias y las sociedades, como se observase fielmente este solo mandamiento:

NO DESEARÁS LA MUJER DE TU PRÓJIMO.

Décimo mandamiento.

Como hay muchas especies de malos deseos, despues de haber en el noveno mandamiento, declarado Dios, culpables y prohibido todos los deseos ilegítimos de la carne, nos da un décimo y último mandamiento en el que prescribe todo deseo ilegítimo de los bienes ajenos.

Notad bien que digo: «deseo *ilegítimo.*» Lo que está prohibido no es el *deseo* de los bienes ajenos, sino el *deseo injusto;* porque no hay pecado en desear los bienes del prójimo de una manera legítima. Por ejemplo, á mí, pobre trabajador, pobre madre de familia, no me está ni remotamente prohibido el desear una posicion desahogada como la de mi vecino que le pone en estado de poder atender con facilidad á la educacion de sus hijos: lo que sí me está prohibido, es desear la posesion de esa fortuna por medios ilegítimos y en detrimento suyo. Al ver á un conocido vistiendo un excelente traje, flamante, nuevo y muy recio, yo

pobre de mí, que no llevo en mis espaldas sino una mala chaqueta llena de remiendos, ó una raida blusa de vieja tela, puedo con toda conciencia echar un suspiro y decirme para mí mismo: «¿Cuándo será que pueda ponerme un vestido caliente y sólido?» Cuando veo pasar un soberbio tren, es muy natural y legítimo que yo eche una mirada lastimosa sobre mi viejo paraguas y mis destrozados zapatos que me defienden á su manera, es decir, muy mal, de la lluvia, del cansancio y del lodo.

Estos deseos de los bienes ajenos, aunque considerados en sí mismos no son injustos ni culpables, son, sin embargo, inútiles y pueden llegar á ser peligrosos. En efecto, ¿seré mas rico por el solo hecho de haber deseado no ser pobre? ¿Tengo un buen vestido por haber anhelado poseér uno? Todos estos deseos no harán que yo logre fortuna, y el hombre verdaderamente cuerdo debe ahogarlos, porque, léjos de hacerle feliz, solo contribuyen á aumentar la amargura de las privaciones que padece...

Pero hay además que pueden llegar á ser peligrosos y hasta culpables: porque á fuerza de poner los ojos en los bienes del vecino, con el deseo de poseerlos honradamente, es muy fácil que sin advertirlo me deslize á desear su posesion de una manera ilegítima, aun cuando fuese por astucia ó por violencia. Ahora bien, esos malos sentimientos de codicia y envidia de los bienes del prójimo, son

nada menos que la violacion directa del décimo mandamiento del Señor, y sobre ellos llamo toda vuestra atencion.

En efecto, nuestra naturaleza tiene una inclinacion instintiva al goce, y cuando nos aquejan las privaciones nos irrita muy fácilmente y nos causa enojo el ver que otros gocen. De aquí antipatías, odios, y á menudo las acciones mas criminales; pues ¿quién no sabe que muchos robos, muchos asesinatos han sido inspirados únicamente por este tan sutil sentimiento de envidia y de celos que nos hace mirar con hiel en el corazon las riquezas del vecino, sus vestidos, sus haciendas, sus caballos y sus casas? Hé aquí finalmente, el *socialismo* que en el fondo no es otra cosa sino una doctrina de envidias y de rabia, un programa de injustos odios del que nadie tiene contra el que posee algo, ó por mejor decir del que tiene menos contra el que tiene mas.

Difícil seria decir cuán funesta es esta pasion á los que se dejan arrastrar por ella; pues abandonándoles á sus propios dolores y penas, les convierte en motivo de afliccion cuanto de próspero acontece á sus compañeros, á sus amigos, y hasta á sus padres, haciéndoles de este modo doblemente desgraciados. Pero no para aquí, sino que poniéndoles siempre á la vista riquezas que no han de alcanzar nunca, y haciéndoles desdeñar todo lo que no sea aquella vida cómoda y desahogada que am-

bicionan, les desalienta y la mayor parte de las veces les paraliza para el trabajo.

¡Cuánto mas felices serian esos hombres, y como todo les iria mejor, hasta bajo el punto de vista de su dicha temporal, si escucharan la bienhechora y pacífica voz de la Religion! Ya hemos dicho antes que la fe les permite desear una existencia mas agradable y cómoda; pero además les impone como un deber el trabajo y una conducta arreglada, dos condiciones, sin las cuales es imposible que un obrero salga de la miseria y adquiera un modesto bienestar; y sobre todo les consuela en medio de sus penas, penetrando hasta el fondo de su corazon para derramar en él las alegrías de la esperanza. Las Religion les repite las dulces palabras que en otro tiempo cayeron de los divinos labios de su celestial fundador, Jesucristo: *Venid á Mi todos los que padeceis y estais oprimidos, que Yo os aconsolaré. Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazon. Tomad mi yugo; mi yugo es suave, y mi carga ligera. Solo entonces hallaréis el sosiego y la paz de vuestras almas.*» La Religion es la que, mostrándoles el cielo, les hace saber que allí está su patria, y el descanso eterno, y la alegría sin fin, y la felicidad pura y sin mezcla:

«Ved ahí, les dice, lo que os espera, si permaneciendo fieles en estos cortos dias de prueba, á imitacion del divino Maestro, llevais cada dia con paciencia y amor la cruz de la vida.»

Desead, pues, mucho el cielo y poco la tierra, y si alguna vez la prosperidad de otros hombres excitase en vosotros algunos deseos, haced que sean siempre justos y que no se opongan al mandamiento de la ley de Dios, que dice:

NO CODICIARÁS LA HACIENDA DE TU PRÓJIMO.

Mandamientos primero y segundo de la Iglesia.

Además de los cincuenta y dos domingos del año, la Iglesia, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, nos manda *santificar* ciertos dias que se llaman *fiestas*, los cuales están destinados á renovar en la memoria de los cristianos el recuerdo de los principales misterios de la vida del Salvador y de su santísima Madre, así como el de los triunfos de los Mártires y de las heróicas virtudes de los Santos. Estas fiestas son de dos clases; las mas, llamadas *fiestas de obligacion*, importan para todos los fieles la de suspender el trabajo manual y asistir á la misa; las otras, llamadas *fiestas de devocion*, no obligan bajo pena de pecado á interrumpir el trabajo y á oir misa; pero hace muy bien el que las celebra por medio de actos públicos de religion, á fin de reportar las ventajas espirituales que se propuso la Iglesia al instituirlas.

Así, pues, el primer mandamiento de la Iglesia nos obliga á santificar las fiestas por medio de la asistencia á la misa, de la oracion y del descanso corporal. El que desobedeciera á la Iglesia de Dios en una cosa de tanta importancia cometería un pecado mortal, y solo un impedimento de fuerza mayor podria excusar al cristiano que violase estos santos dias.

Tenemos, pues, que todos los cristianos estamos obligados, bajo pena de pecado, á *santificar* los domingos y fiestas de obligacion; pero no basta saber que tenemos *obligacion* de santificar estos dias, sino que es necesario saber *cómo* hemos de santificarlos; y por eso en el segundo mandamiento la Iglesia nos indica el acto religioso que debe servir como de base y fundamento á esta saludable santificacion.

Este acto, esta obra, es la asistencia al santísimo y adorabilísimo sacrificio de la misa, sacrificio en el cual Nuestro Señor Jesucristo se digna bajar en medio de nosotros, oculto bajo el velo del santísimo Sacramento, perpetuando de esta suerte en su Iglesia hasta la consumacion de los siglos el único sacrificio de nuestra redencion. Siendo la misa el centro del culto que se tributa á Dios en la tierra, era muy natural que la Iglesia la escogiese para imponérnosla como el principal acto religioso con que debemos santificar los domingos y fiestas de obligacion.

Habiendo hablado ya muy extensamente de esta

materia cuando tratamos del tercer mandamiento de la ley de Dios, nos contentarémos hoy en recordar que es pecado mortal faltar voluntariamente á misa los domingos y fiestas de obligacion; que seria muy de desear, aunque en rigor no esté mandado, que procurasen todos asistir á la misa parroquial ó mayor; que para cumplir el precepto de la Iglesia, es necesario oir la misa con atencion y respeto, y oirla toda desde el principio hasta el fin, de modo que faltaria á su deber de cristiano el que culpablemente llegase á la iglesia despues de leido el Evangelio.

La asistencia á la misa el domingo, podemos considerarla como la reunion de la familia de los cristianos; y en efecto, ella tiene por objeto hacerles tributar á Dios el *culto público* de adoracion, accion de gracias y oraciones que le es debido; recordarles sin cesar que todos son hijos de un mismo padre, miembros de un mismo cuerpo, fieles de una misma Iglesia, soldados de un mismo ejército y corderos de un mismo redil. Puédese afirmar que, sobre todo para el obrero que pasa todos los dias de la semana absorbido por un trabajo manual, la Religion se reduce en la práctica á la santificacion del domingo, y que si se quiere juzgar del estado moral de un pueblo basta ver cómo celebra las fiestas.

Mandamientos tercero y cuarto de la Iglesia.

Confesar al menos una vez al año.

Nuestro Señor Jesucristo al instituir la confesion, quiso facilitar el arrepentimiento á la flaqueza humana y darnos la seguridad de que hemos alcanzado el perdon de nuestros pecados.

Como la penitencia es manantial perenne é inagotable en el que podemos siempre ir á beber, junto con el perdon, la paz del corazon y la pureza de la conciencia, Jesús no marcó en qué época debian los pecadores acudir á este Sacramento de misericordia. Así es que en el primer siglo de la Iglesia no habia épocas determinadas y periódicas para ir á recibir este Sacramento, confesándose los fieles solo cuando habian caido en una falta grave. Pero los cristianos de aquellos tiempos, que oraban constantemente, que guardaban con escrupulosidad las abstinencias, ayunos y santas vigilias; que meditaban sin cesar la divina palabra y comulgaban cada dia, no tenian muchas caidas graves de qué acusarse, y se concibe bien que con semejante método de vida no tenian tanta necesidad de la Confesion como los cristianos tibios de nuestros dias.

Pero cuando los pueblos bárbaros se hubieron convertido en masa al Cristiànismo, introdujéronse

en las costumbres religiosas abusos y negligencias que procedian de la ignorancia de los recien llegados y de la poca cultura de su conciencia, llegando en algunas comarcas al punto de mirar con tanto descuido la piedad y el servicio de Dios, que vivian, por decirlo así, sin Sacramentos, ó á lo menos dejaban pasar sin recibirlos largas temporadas. Para poner remedio á tamaño abuso, el papa Inocencio III, en el concilio general de Letran, celebrado en Roma en 1215, decretó que de allí en adelante todos los cristianos que hubiesen llegado al uso de razon estarian obligados, bajo pena de desobediencia grave, de pecado mortal y de excomunion, á presentarse al sacerdote y confesar sus pecados, *á lo menos* una vez al año; que los que se atrevieran á quebrantar este mandamiento de la Iglesia, quedarian separados de la gran familia católica; no participarian de las públicas oraciones ni podrian asistir á los divinos oficios y, finalmente, que si perseverasen en este estado hasta la muerte, no recibirian sepultura eclesiástica.

Pretenden los protestantes que el concilio de Letran de que hablamos *inventó* la Confesion; nada mas léjos de la verdad; el Concilio, al mandar que recibamos este Sacramento á lo menos *una vez al año*, no hizo otra cosa que dar una disposicion, un decreto, *legislar*, en fin, sobre su *uso*.

No está determinado en qué época del año debemos cumplir este precepto de la Iglesia, de modo

que, como nos confesemos una vez durante el mismo, hemos cumplido; siendo, no obstante, la Confesion la natural preparacion para la Comunion pascual, es costumbre en la Iglesia escoger el tiempo pascual para confesarse.

Nada añadirémos aquí para vindicar la Confesion de las calumnias y blasfemias de que es objeto por parte de los que mas necesidad tienen de ella; porque, prescindiendo de que cada ciento los noventa y nueve no creen una palabra de esas peroratas y diatribas, no consideramos aquí la Confesion sino bajo el punto de vista del mandamiento de la Iglesia, cuya naturaleza y alcance parécenos que cualquiera habrá podido comprender con lo que mas arriba dijimos.

Comulgar por Pascua florida.

Despues de haber mandado á todos los fieles que no dejaran pasar nunca un año entero sin confesarse, el concilio de Letran dió además una ley parecida relativamente al sacramento de la Eucaristía, mandando que todos los cristianos que tengan el suficiente discernimiento se acerquen á la sagrada Mesa á lo menos una vez al año, por el tiempo de la Pascua.

Este precepto tiene dos partes: una, disponiendo que se comulgue á lo menos una vez al año; otra,

fijando ó señalando para esa comunion el tiempo pascual.

La Comunion pascual no es solamente una obra de piedad, sino tambien y principalmente una especie de pública profesion de fe católica. La Iglesia convoca á todos sus hijos al pié de los altares, á la sagrada Mesa; invítales al divino banquete de la Eucaristía y señala las fiestas de Pascua para celebrar esta gran reunion de familia. El que culpablemente falta á la cita, se separa de la familia, queda fuera de la comunion; no tiene ya participacion en las bendiciones y bienes espirituales de la Iglesia, y es enterrado como pagano si persevera voluntariamente en su excomunion.

No cumplir el precepto pascual es un pecado gravísimo, porque es romper públicamente con la Iglesia de Dios. Si hubiéseis tenido la desgracia de caer en esta falta, haced penitencia de ella sin demora, reparad vuestro descuido y negligencia, y preparaos por medio de un sincero arrepentimiento y de una fervorosa confesion á recibir digna y santamente el sacramento de la Eucaristía. Aun cuando hubiese ya pasado el tiempo pascual, no importa; siempre os queda la obligacion de comulgar á lo menos una vez al año, y, como dice el refran popular: *Mas vale tarde que nunca.*

De habernos mandado la Iglesia comulgar á lo menos una vez al año, han querido deducir algunos hombres poco ilustrados, que no era conveniente

acercarse con mas frecuencia á la sagrada Mesa: error garrafal que demuestra una crasísima ignorancia de las cosas de Dios. Y, en efecto, como acabamos de ver, la Comunion oficial de la Pascua es, ante todo, una manifestacion católica, al paso que las otras comuniones de entre año no tienen ese carácter oficial, siendo su principal objeto darnos fuerzas para resistir los asaltos del demonio y alimentar en nosotros la vida de la gracia, es decir, la union santificante de Jesucristo. Por eso los cristianos que quieren trabajar sériamente en el negocio de la salvacion, *frecuentan* la sagrada Comunion, no para obedecer el mandamiento de la Iglesia, sino para hacer la voluntad de Dios que se nos dá á sí mismo en el augusto Sacramento, con el fin de sostenernos en la santidad cristiana durante nuestra peregrinacion sobre la tierra.

La Comunion pascual.

Habiendo ya hablado en otra parte de la verdad de la presencia de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía, no hay para que volvamos á tratar de ésta gran cuestion. Bástenos recordar, por si alguna vez se levantase alguna duda sobre el particular, que Jesucristo, Hijo de Dios, dijo: *El que cree*

en Mi, tiene la vida eterna. Tomad y comed; ESTE ES MI CUERPO. *Tomad y bebed;* ESTA ES MI SANGRE. Palabras que bastan por sí solas para disipar toda sombra de duda.

Pero ¿por qué viene Jesucristo á la Eucaristia? ¿por qué desciende á nuestros altares? ¿por qué ese admirable viaje del cielo á la tierra?

Por un solo motivo: el Hijo de Dios, Salvador nuestro, viene á tomar posesion de un santuario, de un templo mil veces mas hermoso y digno de Él que el templo de Jerusalen.—¿Cuál es, pues?... —Nuestro corazon. Sí, nuestro corazon, nuestra alma; hé aquí el templo que Dios se ha escogido. Aquí es donde quiere bajar, aquí donde le gusta descansar. ¿Qué le importan, despues de todo, los tabernáculos y vasos sagrados en que le tiene custodiado nuestra fe? Él es el Dios vivo; mas esos templos, esos copones, esos altares, ¿qué son sino metal y piedra? Lo que quiere es un templo vivo como Él, capaz de ser iluminado con su luz, que es la luz toda espiritual é invisible de la verdad; capaz de abrasarse en sus ardores, que no son un fuego exterior, sino el fuego espiritual é inmaterial del amor. Hé aquí qué adoradores quiere Dios; *adoradores en espíritu y en verdad*, como dice en el Evangelio: por consiguiente seres racionales, capaces de conocerle y amarle y de participar de su vida.

Jesucristo viene, pues, á la Eucaristía para hacer de nuestras almas y cuerpos los templos vivos de Dios.

Pero para corresponder á este inapreciable beneficio de Dios, dos cosas son necesarias por nuestra parte: 1.ª comulgar; 2.ª comulgar bien.

1.° *Es necesario que comulguemos.*

De otra suerte quedan frustrados los designios de Dios; pues no está el Señor presente en el augusto Sacramento para Él que, siendo soberanamente feliz, de nada necesita, sino por pura misericordia y bondad hácia nosotros. Así, pues, tenemos *obligacion, y obligacion bajo pena de pecado mortal*, de comulgar á lo menos una vez al año, que es lo que vulgarmente se llama *cumplir el precepto pascual.*

«Todos los fieles de uno y otro sexo, dice el concilio general de Letran, que están en edad de poder comulgar, deben confesarse y comulgar en su propia parroquia por las fiestas de Pascua. Los que se atrevieren á contravenir, sean excomulgados durante la vida, y, despues de la muerte, privados de canónica sepultura.»

Así como en otro tiempo la Pascua reunia cada año á los judíos de una misma familia al rededor de un mismo banquete religioso, así tambien entre los cristianos, que son el verdadero pueblo de Dios, las grandes solemnidades de la Pascua, en las que celebra la Iglesia la pasion, la muerte y la resur-

reccion triunfante del Salvador, deben reunir al rededor del sagrado convite de la Eucaristía á los miembros de la familia católica.

El que por su propia voluntad no toma parte en esta fiesta de familia renuncia al título de cristiano y de miembro de la Iglesia católica, declara rotos los lazos que le unian con sus hermanos, y se excomulga á sí mismo.

Dedúcese de ahí, que quien no cumple el precepto pascual comete un pecado gravísimo; y si persevera en semejante estado de muerte espiritual, corre gran peligro de perder la fe, cae en el endurecimiento y en la impenitencia final y, en una palabra, de ser presa por toda la eternidad de la segunda muerte, esto es, de estar separado para siempre de Dios y condenado al espantoso fuego del infierno.

2.º Pero no basta comulgar, sino que además es necesario *comulgar bien.*

Comulgar bien es recibir á Jesucristo presente en el sacramento de la Eucaristía, con una conciencia pura y firme voluntad de ser en adelante fiel á Dios, mediante sus divinos auxilios.

Comulgar mal es, por el contrario, recibir el santísimo Sacramento con el alma manchada por el pecado mortal, y sin el firme propósito de ser en lo venidero un buen cristiano.

Comulgar bien es la mas santa de las acciones y la mas grande de las buenas obras que sea dado á

un mortal hacer en este mundo: comulgar mal es el mayor pecado con que puede el hombre ofender á su Dios y Salvador.

El que comulga bien halla la alegría y el consuelo del alma, la paz del corazon, y recibe una prenda de perseverancia y de vida eterna: pero el que comulga mal se come su juicio, firma por sí mismo la sentencia de su condenacion, comete de nuevo el crímen de Judas, y atrae sobre su cabeza la maldicion de los sacrílegos.

Cumplid, pues, todos el precepto pascual, comulgad todos; pero comulgad bien. Ved que estais colocados en esta triple alternativa: comulgar bien, ó comulgar mal, ó no comulgar.

Ahora bien, no comulgar cási equivale á comulgar mal, pues en ambos casos el alma muere. Morir por no comer es á poca diferencia lo mismo que morir por haber tragado un veneno: el resultado es el mismo: la muerte.

De los tres extremos, dos conducen al infierno, y solo uno lleva al paraíso: escoged, pues.

Comulgad por Pascua, y para cumplir bien este deber tan grande y dulce, preparaos por algun tiempo con la oracion, con buenas lecturas y buenas obras proporcionadas á vuestra posicion. Idos á confesar algun tiempo antes, en especial si sois de los *rezagados:* haced lo que podais, y Dios hará lo demás, que no en valde se ha dicho: «Paz á los hombres de buena voluntad.»

No podeis imaginaros de qué suave paz, de qué profunda alegría, de qué inefable dicha se sentirá inundada vuestra alma cuando, despues de haber cumplido esta obligacion de todo cristiano, os levantaréis de la sagrada mesa! «¡Oh! si hubiese sabido antes cuán fácil y gustoso es el recibir los Sacramentos, decia un dia un pobre trabajador, *rezagado de veinte y nueve años*, no hubiera tardado tanto! ¡Cuán imbécil he sido! pero ahora ya no volveré á serlo!...» *(sic.)*

Quinto y sexto mandamiento de la Iglesia.

Ayunar en la Cuaresma y demás dias de precepto, y abstenerse de comer carne los viernes y demás dias prohibidos.

Ayunar es privarse de una parte del alimento habitual, haciendo una sola comida al dia, con una ligera colacion (1) destinada á hacer menos penosa esta práctica de penitencia.

El ayuno es, por decirlo así, de institucion divi-

(1) La colacion es una comida tan ligera que no puede llamarse propiamente comida, pues se reduce á una especie de merienda en la que están especialmente prohibidos ciertos alimentos. Sobre este último punto los cura párrocos y confesores están encargados de dar á los fieles explicaciones claras y exactas.

na; pues desde el principio del mundo ha figurado al frente de las obras de penitencia, y ha sido puesto en práctica y santificado por los Patriarcas y Profetas, por nuestro Salvador Jesucristo y sus Apóstoles, por los Mártires y, en una palabra, por todos los Santos. Tiene por objeto no arruinar las fuerzas del cuerpo, sino mortificar la carne y domeñar las pasiones.

La Iglesia, siguiendo las huellas de su divino Maestro, y por órden de los Apóstoles, ha escogido el ayuno por principal obra de la penitencia cristiana á que están obligados sus hijos, y lo impone á todos los que han llegado á la edad de veinte y un años, en los cuarenta dias que preceden á la Pascua, en las *vigilias* ó sea en las vísperas de las grandes festividades, y en las cuatro épocas del año llamadas *las cuatro Témporas*, señalando así á cada una de las cuatro estaciones tres dias de penitencia y santificacion.

La forma ó modo de guardar el ayuno, en lo que se refiere á los detalles, varia segun los diversos países y diócesis; y como esta santa práctica tanto es una obra de obediencia como de mortificacion, no se puede dar mas regla general sino la de que debemos guardar el ayuno conformándonos con las prescripciones del Obispo de la diócesis en que nos encontremos. El fondo es siempre el mismo, pero los detalles pueden variar: en caso de duda débese consultar el cura párroco ó al propio confesor.

No hay obligacion de ayunar hasta los veinte y un años, porque hasta dicha edad no se ha completado el desarrollo de la constitucion del hombre, y la privacion de alimentos podria dañar la salud. A partir de dicha edad, estamos obligados al ayuno bajo pena de pecado mortal, á menos que no nos lo impidan legítimas causas. Esas causas que, para mayor seguridad deben someterse al juicio del confesor, son: 1.ª, una salud débil, y con mas razon, una enfermedad; 2.ª, la pobreza que no permite la eleccion de alimentos y obliga á comer cómo y cuándo se puede; 3.ª, la imposibilidad moral que proviene de un trabajo duro y penoso, de fatigas extraordinarias y, en fin, de otras circunstancias que solo puede apreciar en su justo valor el confesor. En resúmen, estamos obligados á ayunar cuando podamos, y en la medida que podamos.

La infraccion de este mandamiento es una desobediencia á una ley pública y oficial; es el desprecio de la penitencia pública de la Iglesia añadido al de aquel precepto evangélico «Si no hiciereis penitencia, todos pereceréis igualmente:» y de ahí sobre todo nace su gravedad.

No se ayuna nunca en domingo, porque este es el dia del Señor; hé aquí la razon por que la Cuaresma, que contiene seis domingos, no empieza el dia cuadragésimo, sino en el cuadragésimo sexto antes de Pascua. Por lo que toca á vigilias que lleven la obligacion de ayunar, y contrayéndonos á

Francia, redúcense á las de Pentecostés, san Pedro, Asuncion, Todos los Santos y Navidad.

Nada dirémos de las cuatro Témporas, pues, á mas de venir indicada en todos los calendarios, se anuncian á los fieles en el sermon de la misa parroquial.

La bula (1).

La bula, contra la cual tantas sátiras disparan la impiedad ó la ignorancia, es un privilegio concedido á los españoles en virtud de ciertos servicios especiales prestados por esta nacion á la causa del Catolicismo en los siglos pasados. Las principales son las que se llaman de la santa Cruzada y la de carnes. Por la primera, mediante una módica limosna que se aplica para gastos del culto en la misma nacion, se conceden varias gracias espirituales á los fieles, como son indulgencias, mediante la visita de los cinco altares, eleccion de confesor para la absolucion de ciertos pecados, conmutacion de votos, todo lo cual se halla debidamente especificado en el sumario de dicha bula. Por la de carnes se concede permiso para comer carne, huevos y lacticinios en los viernes de entre año y en los dias de Cuaresma, excepto los viernes de ella y algunos

(1) Adicion del traductor.

otros tambien indicados en el mismo sumario. Tambien se concede esta dispensa mediante una módica limosna, que se aplica tambien para las necesidades del culto en nuestra patria. Están autorizados para usar de la misma dispensa sin tomar bula, los pobres de solemnidad y todos aquellos que viviesen de su trabajo diario ó jornal. Pero los tales deben, en lugar de la limosna, rezar cada vez que usaran del privilegio un *Padre nuestro* y *Ave María* por las necesidades de la Iglesia.

Puede tomarse la bula de la santa Cruzada para gozar de sus gracias espirituales, sin tomar la de carnes. Pero no se puede hacer uso de la de carnes sin tener la de la santa Cruzada.

La Cuaresma.

Á esta sola palabra os veo poner mal gesto, anublarse vuestro semblante y contraerse vuestros labios con una expresion de tristeza y descontento... ¡Pobre Cuaresma, que siempre eres recibida «como gallina en corral ajeno,» es decir, muy mal. En efecto, se exceptúa un muy corto número de cristianos fervorosos, los demás se ponen de mal humor y cási se encolerizan con solo pensar en estos cuarenta dias.

No eran así nuestros padres. Hombres de fe, en-

contraban en sus sólidas creencias una causa poderosa de energía, perseverancia y buena voluntad; apreciaban *el deber*, y como conocian toda su grandeza, anteponian las sagradas leyes de Dios y de la Iglesia á los fútiles pretextos á que las sacrifica tan á menudo nuestra molicie.

Nuestros padres observaban con severa escrupulosidad las leyes de la Iglesia relativas al ayuno y á la abstinencia, y no habia nadie que no comiese de vigilia los viernes y sábados. No se trataban con tanto regalo, no cuidaban de su salud como hacemos ahora nosotros; de suerte que en París, á pesar de una poblacion que ascendia á muchos centenares de miles de habitantes, *un solo cortante*, en el décimoquinto siglo, vendia carne durante la Cuaresma y atendia á todas las necesidades del dia *con solo una vaca*. Ayunaban toda la cuaresma, es decir, los cuarenta dias que preceden á la Pascua, y, sin embargo, no morian de resultas; y no solo no morian, sino que ni enfermaban, ni sufrian graves quebrantos, pues las poblaciones eran mucho mas florecientes y los hombres tenian mas elevada estatura y mas robusta salud. Con lo cual queda bien probado que « *el ayunar y hacer abstinencia de carne no mata*, » digan lo que quieran un buen número de personas que tienen sobrado ingenio y poca conciencia.

Pero, dicen esas personas de que hablamos, *¿acaso no quiere Dios la penitencia del corazon mas*

bien que la del cuerpo? A lo que respondemos sencillamente, que Dios quiere *una y otra*, porque la penitencia del alma no va nunca sin la del cuerpo. Nadie ignora, en efecto, que á causa de su íntima union, el alma influye en el cuerpo y este á su vez en aquella: por esto un cuerpo tratado con delicadeza y mimo, tarde ó temprano comunica su molicia al alma que es su compañera, así como por la razon contraria, un alma enérgica, pura y que ha alcanzado victoria sobre sus pasiones, por necesidad tiene al cuerpo en rigurosa sujecion y vasallage.—Por otra parte, como desde el desórden que introdujo el pecado original el cuerpo está en continua rebelion con el alma y con la ley de Dios, es necesario que esta le trate un poco como enemigo ó á lo menos como á sospechoso, al objeto de asegurar su independencia, su fidelidad á Dios y finalmente su salvacion eterna.

Pero ¿por qué este desagradable medio de hacer penitencia? Y ¿por qué no escogerlo? replico. La Iglesia lo ha escogido: 1.º porque es bastante desagradable para que sea una penitencia, y no lo bastante para que no puedan practicarlo todos los cristianos; 2.º, por respeto á los Apóstoles que instituyeron la Cuaresma; 3.º, porque tal es su voluntad; y todos nosotros, sin excepcion, debemos respetar su eleccion y someternos á sus preceptos, ya que recibió de Nuestro Señor Jesucristo el encargo de gobernarnos y hacernos cumplir su divina ley.

Obedecer las leyes de la Iglesia es obedecer á Je-

sucristo y infringirlas, tenerlas en poco, no curarse de ellas, considerarlas como bagatelas y cosas de poca monta, es desobedecer á Jesucristo, no hacerle caso y despreciarle. Y ¿quién se atreverá á sostener que sea todo esto una ligera falta?...

Yo ya quiero obedecer á Dios, pero no á los hombres. No me negaréis que el Papa y los Obispos son hombres. Convenido, pero como acabamos de decir, son hombres que os mandan con la autoridad de que les ha revestido Dios; al someteros, pues, al Papa ó al Obispo, no os inclinais ante un semejante vuestro, sino ante Jesucristo, ante el mismo Dios que habla, manda, prohibe, gobierna, instruye y santifica á los hombres por el augusto ministerio de su enviado.

Pero, ¿cómo se comprende que manche al alma lo que entra en el cuerpo? El alma no queda manchada por lo que entra en el cuerpo, sino por *la desobediencia* de que se hace culpable ante Dios. Dios, por conducta de su Iglesia, me manda que me imponga tal ó cual privacion, que me sugete á tal ó cual práctica ó rito; si rehuso someterme, me declaro en rebelion y me hago culpable. ¿Puede haber nada mas sencillo?

Acaso la carne no es tan buena el viernes, el sábado, y durante la cuaresma como en los demás dias? Sin duda, pero el viernes, el sábado y durante la cuaresma, está prohibida por la legítima autoridad que, *por derecho divino,* ejercita en esto nuestra obe-

diencia y nosobliga á practicar la virtud indispensable de la penitencia.

Lo que hay de *malo* es la violacion de un precepto importante que no obliga los demás dias. Poco importa, sin duda á Dios que comamos vaca, ó zanahorias ó arenques; pero sí que le importa, y mucho, que seamos obedientes, dóciles, penitentes y humildes. Trátase aquí del *corazon*, y no del estómago; no se ocupa la Iglesia de la olla, sino de la *conciencia*.

¿Y Dios va á condenarme por un bocado de carne? No,.pero os condenará por vuestra obstinacion en la rebeldía, por vuestro orgullo, por vuestra desobediencia, tanto mas culpable cuanto mas fácil de cumplir es la ley que se os ha impuesto. ¿Y es por ventura un enorme sacrificio comer tal ó cual manjar? ¿un plato de carne ó uno de legumbres? ¿No es una locura, una verdadera estupidez ofender á Dios por semejante niñería? Cuanto mas fácil es una ley, mas inexcusable es su infraccion; por consiguiente, el que pudiendo hacer abstinencia, pudiendo ayunar, haya infringido los mandamientos de la Iglesia en esta materia, no tendrá excusa en el tribunal de Jesucristo.

Yo no puedo ayunar; no puedo comer de vigilia, porque esto me daña la salud. ¿De veras? Considerad que á Dios no le engañareis y que es Él que ha de juzgarnos! Si realmente os son nocivos el ayuno y la abstinencia, si os causan un verdadero males-

tar, si teneis, en fin, una salud tan delicada que no pueda suportar ese régimen, entonces no estais obligado á ello; la ley no habla con vos, pues la Iglesia no quiere imponernos un perjuicio, sino una privacion; quiere que hagamos penitencia, no que caigamos enfermos; quiere, por último, cercenar al cuerpo lo supérfluo, y no negarle lo necesario. Si os es *necesaria* la carne (notad bien esto: *necesária)*, comedla sin escrúpulo; pero cuidado con que no os hagais ilusiones sobre esta misma *necesidad*, y para mayor seguridad, consultad antes un médico cristiano, y sobre todo pedid consejo al cura párroco ó al confesor, que son los doctores de la ley y tienen la gracia del estado para explicárosla.

Asimismo hay dispensa de la ley del ayuno y aun de la abstinencia, en caso de un trabajo *muy rudo*, ó *de extrema pobreza*, ó cuando haya cualquiera otra imposibilidad real. Así, por ejemplo, podemos comer carne cuando no tengamos otra cosa; pues, al fin y al cabo, para vivir es necesario comer. Tampoco estamos obligados, para hacer abstinencia, á reducirnos á pan y agua, sobre todo si ejercemos una profesion dura y laboriosa.

¡Pero esto es una cosa enojosa y desagradable! La carne me gusta mas que el comer de vigilia, etc. ¡Llegamos por fin al fondo de la cuestion, ese es el *quid* de la dificultad! Pero á lo menos esto es hablar con franqueza. ¿Por qué no lo dijisteis de bue-

nas á primeras, y no teniais necesidad de ir rebuscando argumentos teológicos?

«Cuéstame cumplir con mi obligacion; por lo tanto no quiero cumplirla.» Está bien; solamente os advertiré de antemano que dispongais vuestro equipaje para ir al infierno, pues os hallais en el camino que conduce á él en derechura. Cualquiera que no cumple sus obligaciones, vive en pecado; y cualquiera que vive en pecado, recibe en pago el castigo eterno, cuyos inconcebibles dolores nos exhorta Jesucristo tantas veces en el Evangelio que evitemos á toda costa.

Id, pues, si quereis.

Por lo que á mí toca, encuentro menos duro ayunar cada año durante la Cuaresma, y abstenerme de comer carne los viernes y sábados, que *arder* POR TODA LA ETERNIDAD.

Por lo demás, cada cual tiene sus gustos...

El enigma de la vida.

En este mundo acontece una cosa muy extraña, ó por mejor decir, el mundo en sí mismo es una cosa muy extraña. Por una parte estamos ciertos, absolutamente ciertos, de que Dios es infinitamente bueno, infinitamente sábio é infinitamente po-

deroso; no es menos cierto, por otra, que Él ha creado el mundo, que sin Él nada existiria y que, en su infinita bondad, destina á la felicidad á todas las criaturas: ¿cómo es, pues, que haya tantas miserias en la vida? ¿De dónde nacen tantos dolores, tantos desengaños, tantos padecimientos de alma y cuerpo? ¿de dónde vienen tantas lágrimas y amarguras? ¿Cómo explicar, sin ofensa ni menoscabo de la soberana sabiduría y misericordia del Criador, esos trastornos, esos azotes, esas destrucciones, esas enfermedades que asolan nuestras provincias, esas inundaciones que arruinan ciudades y campiñas enteras, esos granizos, esas tempestades que en un momento destruyen las esperanzas del pobre labrador? Y sobre todo, ¿cómo explicar aquel horrible é inevitable fenómeno, llamado la *muerte*, que de tal manera repugna á los mas profundos instintos de nuestra naturaleza, que los hombres mas justos y cristianos palidecen á su proximidad, por mas que sepan que va á abrirles las puertas de la santa eternidad?

Tal es el enigma cuya explicacion únicamente nos da la Religion cristiana. Dios, nos dice esta, es la bondad infinita, la vida eterna y el órden en su mayor perfeccion; y por consiguiente, nada malo, nada desordenado puede ser obra de sus manos: «*Él no hizo la muerte,*» como declara por sí mismo en la sagrada Escritura; pues la vida nó puede engendrar la muerte.

Pero ya en el principio del mundo ocurre una doble rebelion en el cielo y en la tierra, que trastorna el órden establecido por Dios en todas las cosas, y esa rebelion que se llama el *pecado*, es la única causa de todos los males que nos afligen.

Esa fatal revolucion empieza en el cielo y continúa despues en la tierra. El mas poderoso de los ángeles de Dios, el mas ilustre habitante de los cielos, Lucifer ó Satanás, se niega á adorar al Señor y arrastra en su rebelion un inmenso número de espíritus celestiales: arrojado del cielo con todos los demonios, tienta en la tierra la fidelidad del hombre, procurando por todos los medios asociarle á su rebeldía y, por consiguiente, á su condenacion.

En efecto, nuestro primer padre Adan habia sido criado en la inocencia y en medio de todo género de delicias; los ángeles fieles le acompañaban incesantemente en el paraíso terrenal y le defendian contra la inmortal influencia de Satanás; pero Adan que, á pesar de estos auxilios y en el seno de esa felicidad, era libre de corresponder al amor de Dios ó apartarse de Él, sucumbió á la tentacion, infringió el fácil precepto que le habia impuesto Dios, y constituyóse á sí mismo y á todo el género humano representado en su cabeza, vasallo del demonio en cuya desobediencia habia tomado parte.

De aquí todos nuestros dolores, de aquí todos los males de la vida. «Tú morirás de muerte, díjole

el Señor; la tierra será maldita en el trabajo de tus manos y no te producirá sino espinas y abrojos; vivirás en la tristeza todos los dias de tu vida y comerás el pan con el sudor de tu rostro hasta que vuelvas á la tierra de donde saliste, porque polvo eres y en polvo te convertirás.»—Tal es la pena del pecado, tal la sentencia de la divina Justicia y el secreto de los dolores y males que aquejan á la humanidad. Habiéndonos entregado al demonio que nos llena de aflicciones, la desesperacion seria nuestro patrimonio si la misericordia de Dios, que es infinita como su Justicia, no nos hubiese deparado un Salvador.

Este Salvador es Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, que al tomar carne en el seno de la Vírgen María, se hizo hermano y semejante nuestro, y nos amó hasta el extremo de ofrecerse á la justicia de su Padre como víctima santa y universal en expiacion de la rebeldía de todos los hombres. Padeció y murió por nosotros, mereciéndonos por el sacrificio de la cruz el perdon de nuestros pecados; abriónos de nuevo las puertas del cielo que nos estaban cerradas, é instituyó en la tierra una Iglesia y Sacramentos, por medio de los cuales es fácil á todos los hombres de buena voluntad reconciliarse con Dios y vivir santamente.

Pero esta vida eterna que vino Jesús á darnos, es menester que cada uno de nosotros se la haga *suya*, que la conquiste triunfando en sí mismo del

enemigo que Jesús fue el primero en vencer: es menester que cada uno de nosotros á imitacion del divino Maestro, permanezca unido á Dios por la obediencia y el amor, y que sufra con paciencia y resignacion las mil y mil pruebas de que está sembrada la vida.

Así es como el cristiano, aunque sujeto al par de los otros hombres á los padecimientos del cuerpo, á las enfermedades y á los males de toda especie que nacen de la fatal accion del demonio sobre la tierra, se eleva por encima del poder de su enemigo cuyos gólpes, léjos de abatirle, redundan en gloria suya, dándole cada dia ocasion de alcanzar nuevos triunfos. La pobreza, las penas y hasta la misma muerte se transfiguran para el discípulo de Jesucristo, el cual en alas de un amor el mas generoso llega á veces hasta el punto de amarlas y desearlas, á fin de imitar con mas perfeccion á su divino Salvador y modelo.

Tal es la explicacion, por desgracia demasiado ignorada en nuestros dias, de todos los males que nos acompañan en el camino de la vida. ¡Dichoso y mil veces dichoso el cristiano fiel á quien ha sido revelado el secreto de este pavoroso enigma; pues, en medio de las mas crueles pruebas tiene el dulce consuelo de no poder dudar del amor paternal de su Dios!

El secreto de la felicidad.

En el siglo décimo cuarto habia en la ciudad de Colonia un célebre predicador, llamado Juan Tauler, que habia alcanzado gran renombre por su sabiduría y caridad. Un dia entró en la iglesia, y abriendo su corazon á Dios, le rogó que le diera á conocer el mejor modo de servirle.

Cuando hubo terminado su oracion salió de la iglesia; á la puerta, acurrucado en uno de los peldaños de la escalera, yacia un pobre, cuyo vestido consistia en algunos viejos harapos que apenas bastaban para cubrir sus demacrados miembros, y tan desfigurado que daba lástima verle; tenia el rostro medio roido por una úlcera, habia perdido un brazo y una pierna y su cuerpo estaba cubierto de grandes y profundas llagas.

Movido á compasion el bueno Tauler, se acerca á él, saca del bolsillo una pequeña moneda de plata y dándola al pobre le dice: «Buenos dias amigo.» —«Dios se lo pague, mi señor, respondió el pobre; pero ha de saber V. que nunca he tenido malos dias.»

Tauler creyó que aquel desgraciado no le habia comprendido, por lo que repitió: «Te doy los buenos dias, deseo que seas feliz y que tengas cuánto desear pudieres.» —«Le comprendo perfectamente,

replicó el mendigo, y le doy gracias por su caridad; pero mucho tiempo ha que se han cumplido sus deseos.»

Este hombre ha perdido la cabeza, pensaba Tauler, ó bien es sordo, y levantando la voz le gritó: «¿No me entiendes? deseo que seas feliz.»

—Pero, por Dios no se incomode V., respondió el pobre; sí, entiendo muy bien lo que V. me dice, y otra vez le repito que soy muy feliz, que tengo todo lo que deseo y que para mí no hay malos dias.»

Por un instante creyólo loco Tauler; sin embargo, habia en el tono de voz de aquel hombre un acento particular que le llamó la atencion. Acercóse, pues, á él, sentóse á su lado y pidióle que le explicara el sentido de sus palabras.

«¡Oh! Dios mio, dijo aquel buen hombre, es una cosa muy sencilla. Desde niño sé que Dios es sábio, justo y bueno; desde niño he tenido que padecer; he contraido la cruel enfermedad que ha devorado parte de mi cuerpo; siempre he sido pobre... Y héme dicho á mí mismo: No se mueve una hoja del árbol, ni caerá un solo cabello de mi cabeza sin la voluntad ó permiso de Dios. Ahora bien, Dios sabe mejor que yo lo que me conviene, y me ama como un padre á su hijo... Estoy, pues, seguro que estos padecimientos son para mí mayor bien; y así me he acostumbrado á no querer jamás sino lo que quiere mi Dios y Señor. Si me envia enfermedades, les doy la bienvenida y las recibo como unas her-

manas; si me envia salud, la recibo tambien con alegría; si no tengo que comer, ayuno de buena gana para expiar mis pecados y los ajenos; si no tengo con qué vestirme, pienso en mi Salvador desnudo en el pesebre y en la cruz, y veo que soy mas rico aun que Él; si padezco por fin en la tierra, seré mas feliz en la eternidad... ¿Qué quiere V. que le diga? Yo estoy siempre contento; si un ojo llora, el otro rie; quiero todo lo que Dios quiere, y solo lo que quiere; y no deseo otra cosa sino cumplir su santa voluntad. Ya ve V., pues, como soy muy feliz, como todos los dias son buenos para mí, y finalmente, como tengo cuánto deseo.»

Tauler lloraba sin poder articular una palabra... Jamás habia oido un sermon tan bello; dió al pobre la capa y el único escudo que llevaba en el bolsillo, y, á pesar de la úlcera del rostro, abrazóle con ternura.

Volvió á entrar en la iglesia para dar gracias á Dios de haberle enseñado el modo mas perfecto de servirle.

Hízose desde entonces, en cuanto pudo, discípulo é imitador de aquel santo pobre, y cuando citaba esta interesante aventura solia decir: *La felicidad es posible en todas las condiciones;* puede tenerla el pobre como el rico, el enfermo como el que goza de salud. *La felicidad está en el corazon y es inútil buscarla en ninguna otra parte; está en la* DISPOSICION *y no en la* POSICION. Haced la voluntad de Dios,

amadle, y seréis felices, cualquiera que sea la posicion en que os encontréis exteriormente.»

El placer y la felicidad.

No hay error mas extendido en nuestros dias, y á la par tan pernicioso como la confusion de estas dos ideas, PLACER Y FELICIDAD: ideas que, sin embargo, son muy distintas entre sí, y la mayor parte de las veces, completamente opuestas y desemejantes.

El placer es la satisfaccion de los sentidos; la felicidad la satisfaccion del corazon. El placer es material y siempre mas ó menos grosero; la felicidad, que es de una naturaleza enteramente diferente, reside en el alma y eleva al hombre por encima de la materia.

Hay tanta diferencia y desproporcion entre el placer y la felicidad como entre el cuerpo y el alma; y el que confunde estas dos cosas, cae en un grosero y deplorable materialismo. El placer es la felicidad de las bestias, de los animales que no tienen alma, que se mueven únicamente por el instinto y que no viven sino por los sentidos. Verdad es, que teniendo el hombre cuerpo y sentidos, es susceptible de placer; pero tambien lo es que está llamado á destinos infinitamente mas altos. Tiene un alma racional, espiritual, capaz de conocer la verdad, de amar y querer el bien; y hásele conce-

dido una vida transitoria y perecedera en la tierra, solo para que pueda merecer el cielo en donde será su patrimonio la felicidad perfecta y sin límites. Para nosotros, pues, la felicidad, ahora en la tierra y luego despues en el cielo, consiste en el completo descanso y plena satisfaccion de las facultades de nuestra alma.

Si en este mundo es tan corto el número de los felices, débese á que muy pocos buscan la felicidad en dónde realmente está. La mayor parte, confundiendo la felicidad con el placer, creen encontrarla en el contentamiento de los sentidos y en la satisfaccion de sus groseras pasiones. Entre la juventud, principalmente, es cási universal este error, y solo los jóvenes cristianos encuentran en las maravillosos enseñanzas de su fe, un remedio contra este peligro y eficaces socorros para precaverlo.

El disoluto busca la felicidad en la hartura y saciedad de pasiones que no es lícito nombrar siquiera, y no encontrando nada mas que el placer, siente siempre en el fondo de su corazon un vacío, una necesidad desconocida y no satisfecha, que no es otra cosa sino la necesidad de felicidad que no ha podido alcanzar.

El ambicioso cree que le harán feliz las grandezas y los altos empleos, y se afana y suda para alcanzarlos. La mayor parte de las veces no lo consigue, porque los puestos elevados son en corto número y es difícil llegar hasta ellos; pero cuando

mas afortunado que sus competidores, logra ver realizadas sus aspiraciones, el infeliz no encuentra en las grandezas que tanto ambicionaba, sino los vanos humos del orgullo, acompañados de una multitud de digustos y amargas decepciones. Tampoco está ahí la felicidad, porque tampoco con eso quedan satisfechas las necesidades reales del alma.

Lo mismo le sucede al avaro. ¡Cuántos hombres hay en los tiempos que corremos que son avaros sin presumirlo! En efecto, la avaricia no consiste solamente en amontonar oro, sino principalmente en desearlo y quererlo con pasion. La avaricia es el culto del dinero y de las riquezas, y esa religion cuenta con muchos adeptos. Tales son, por ejemplo, todos aquellos de cualquier industria y profesion que sean, que, confundiendo el corazon con la bolsa, hacen consistir la felicidad en las riquezas; pero hagan lo que quieran, aumenten enhorabuena sus caudales y haciendas, acumulen tesoros sobre tesoros, que el vacío del corazon no se llena con escudos como el vacío de la bolsa.

¿En dónde está, pues, la felicidad? Y ¿cómo llenarémos los designios de aquel Dios bueno y grande que solo nos crió para que fueramos felices? Preparándonos acá en la tierra por medio de una vida pura y cristiana para aquel feliz descanso de la eternidad, en el que no solo el alma sino tambien el cuerpo despues de haber resucitado, estarán en perfecta posesion de su último fin, que es

el mismo Dios. Solo los cristianos poseen el secreto de la verdadera felicidad, de aquella felicidad que no pueden arrebatarles los hombres, porque es independiente de las vicisitudes de la vida. En efecto, únicamente Dios para quien y en quien viven los cristianos, puede llenar las necesidades y colmar las aspiraciones de nuestro corazon que, criado por Él exclusivamente para gloria suya, se ha reservado para sí solo como propiedad inalienable.

Si querémos, pues, ser felices en la tierra y en el cielo, sirvamos fielmente á Dios, huyamos del pecado, mensajero siempre de desgracias, y cumplamos con constancia y energía la santa ley de Jesucristo que nos conduce segura é infaliblemente al perfecto descanso de la felicidad eterna.

Á los que padecen.

Todo mortal tiene sus penas: ricos y pobres, jóvenes y viejos, grandes y pequeños, todos, en fin, estamos sujetos á la ley general del dolor. Padecer; tal es nuestra condicion en este mundo; tal el estado en que me encuentro yo, en que te encuentras tú, en que se encontraron nuestros padres, en que se encontrarán nuestros hijos, y del cual no podrá sacarnos ningun esfuerzo humano. Siempre, siempre

y siempre habrá acá en la tierra enfermedades, penas y dolores; viudas y huérfanos; madres que llorarán inconsolables sobre la cuna vacía de sus hijos!...

Desde el pecado original no parece sino que la vida es un prolongado dolor; este dolor podrá ser mitigado, pero nunca totalmente desvanecido.

Siendo esto asi, y nadie lo negará, ¿quién no ve cuán inmensas ventajas reportarémos de la frecuente meditacion de las verdades que pueden contribuir á suavizar nuestras penas y hacérnoslas, si no dulces, á lo menos provechosas?

La primera de estas verdades que nos enseña la Religion y que confirma el simple buen sentido, es que *nada acontece en este mundo sin la expresa voluntad ó formal permision de Dios*: y notad bien que esto es asi, tanto respecto de los males como de los bienes. Dios es el Señor, el único soberano Señor; Él lo gobierna todo, los dispone todo, lo sabe todo; y como nos asegura Él mismo en el Evangelio, ni un solo cabello puede caer de nuestra cabeza sin su voluntad. No brota una brizna de hierba en los campos, no cae una sola hoja en las selvas, no se mueve un grano de arena en la tierra ni una gota de agua en la inmensidad del océano, ó en el fragor de la tempestad, que no lo sepa, ordene y mande Dios omnipotente.

Y si esto pasa con los mas ínfimos seres de la naturaleza, ¿qué será con nosotros que somos el *objeto*

especial de su amor? Nuestra impaciencia, nuestras quejas provienen de la poca fe que tenemos. Siempre inclinados hácia la tierra, no levantamos jamás el corazon hácia arriba; y deteniéndonos en las causas secundarias de nuestras penas, en los hombres, en los acontecimientos que nos afligen, no sabemos remontarnos hasta Dios, parecidos en esto á los animales que muerden el palo y no la mano que les hiere.

Léjos de ser cruel para con nosotros, Dios, al hacernos derramar lágrimas, nos da pruebas de mas grande misericordia; *porque las aflicciones son grandemente útiles á nuestra alma, y de ordinario no nos las envia Dios sino para nuestro mayor bien.* La mayor parte de las veces nos engañamos en el juicio que formamos de las cosas: nos colocamos en un punto de vista falso, porque no es cristiano, y entonces las vemos al revés. Llamamos *mal* lo que en realidad es un *bien*, y *bien* lo que en realidad es un *mal*. Y en efecto, ¿qué es esta vida sino la *preparacion* á nuestra verdadera vida, que es la vida eterna? No hemos venido al mundo para divertirnos, para comer, beber, cantar, dormir, etc...; sino para que cumpliendo la ley de nuestro Criador, merezcamos la dicha infinita del paraíso, á la que nos destina su bondad y que por esta razon es la sola que puede dejar satisfechos todos nuestros deseos. —Luego, todo lo que nos conduzca y acerque á este término será bueno y útil; y será *mejor* lo que nos

prepare una mayor felicidad en la eternidad; por el contrario, lo que se oponga á la felicidad de esa vida venidera será malo y peligroso, y con mayor motivo lo que pueda privarnos de ella. Esa es la realidad, la verdad; lo demás es ilusion. Desde el punto que juzguemos las cosas bajo este criterio, único verdadero, nos será fácil comprenderlo todo: verémos entonces que, siendo obstáculos para la vida eterna que vino á merecernos nuestro salvador Jesús, los placeres, los goces de la vida, la abundancia de lo que halaga á los sentidos ó al orgullo, en fin, todas aquellas cosas que los mundanos llaman *bienes*, verémos, repito, que todas estas cosas son *males* inevitables, ó á lo menos *peligrosos*, y entonces comprenderémos porque las maldijo nuestro Señor en el Evangelio.

Y, por el contrario, las privaciones, las penas, la pobreza, las humillaciones, en una palabra, lo que el mundo llama *males*, todo esto es un *bien*, y un bien real; porque todas estas cosas nos llevan á Dios, nos traen á la memoria las eternas esperanzas y nos apartan de todo lo que es un obstáculo para nuestra salvacion, es decir para nuestra verdadera felicidad. Y hé aquí porque Nuestro Señor Jesucristo repite tantas veces: *¡Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos! ¡Bienaventurados los que lloran y los que padecen, porque ellos serán consolados!*

Hé aquí cual es la verdadera felicidad; no la en-

contramos sino en la eternidad; en la tierra, la felicidad es el consuelo de la esperanza. Ahora bien, para que nuestra esperanza no sea vana, es menester que tomemos en esta vida el camino que conduce al paraíso; de otra suerte nuestra esperanza seria quimérica, ó mejor tendríamos la certeza de ser eternamente desgraciados. Este camino de salud es la vida cristiana, la fuga y el aborrecimiento del pecado, el amor de Jesucristo y la frecuencia de los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Seamos prudentes y no abusemos de la vida, que es un precioso tesoro que Dios no nos presta sino una sola vez. ¡Ay del que desconoce esta verdad! Resolvámonos á todos los sacrificios; sepamos sacar provecho de nuestras penas y dolores; que no tardará en llegar el gran descanso, el instante de los puros y eternos consuelos! *¡Bienaventurados los de corazon puro y sin mancha, porque ellos verán á Dios! ¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de jasticia, porque ellos serán saciados! ¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!*

¿Qué le hice á Dios para que me envie tantas penas?

Tales son las primeras palabras en que prorumpen muchas personas así que tienen un disgusto;

en lugar de dirigir sus súplicas á Dios, se quejan de Dios.

«Hombres de poca fe,» podríamos decirles, como en otro tiempo Nuestro Señor Jesucristo á sus infieles discípulos; ¡hombres de poca fe, que no comprendeis los secretos de Dios! cuando os visite enviándoos penas y trabajos, creedme, no le propongais jamás esta pavorosa cuestion: «¿Qué os he hecho para que me hagais padecer tanto?»

De cada cien veces las noventa y nueve podria reduciros al silencio con solo desarrollar ante vuestros espantados ojos la larga y vergonzosa lista de vuestros pecados, que únicamente os pasan desapercibidos por vuestra indiferencia religiosa. Por estos pecados tan grandes y tan multiplicados, habeis merecido mil veces el infierno con sus sempiternos dolores, y aun os atreveis á quejaros del castigo tan ligero que os impone la justicia de Dios!...

Siempre podria Dios responderos mostrándoos las espantosas llamas del purgatorio... ¿Qué son las penas de la presente vida, en comparacion de las terribles expiaciones que nos esperan mas allá del sepulcro? ¿Sois acaso bastante puro para no temerlas? ¿Sois por ventura tan ciego que no veais que os aguardan grandes y largos tormentos en el purgatorio en penitencia de vuestras faltas? ¿No es, pues, una gran ventaja para nosotros padecer en esta vida? El fuego del purgatorio es el mismo que el del infierno, con la sola diferencia de que no es eterno.

¿Quién podrá habitar en aquel fuego devorador? Y ¿no es una gran dicha para nosotros podernos librar de él, ya que no enteramente, á lo menos en gran parte, por medio de la penitencia cristiana y aceptando santamente las penas que Dios se digne enviarnos, sufriéndolas con paciencia y resignacion?

Siempre, en fin, podría responderos Dios señalándoos su paraíso, su pesebre y su cruz. Vuestro viaje para este mundo es una prueba pasajera. Jesucristo, Dios hecho hombre por vuestra salud, fue el primero en daros ejemplo de paciencia, á fin de que, sabiendo hacer un santo uso de las penas y dolores, santificárais vuestra alma y acumulárais sobre vuestra cabeza un inmenso tesoro de gloria en la eternidad... ¡La eternidad! ¡la eternidad! hé aquí lo que no debemos perder nunca de vista, principalmente cuando somos probados. La pobreza y sus privaciones, la enfermedad con sus angustias, la cárcel con sus horas tan largas y tan llenas de tristeza, la pérdida de los seres que nos son caros, todo cambia de aspecto á la vista de la eternidad.

Cuando padezcais, id á Jesucristo, que solo Él es *consolador*.

«Venid á Mí, dice á todos los desgraciados, venid á Mí todos los que padeceis y estais oprimidos, Yo os consolaré. Tomad mi yugo sobre vuestros hombros, y aprended de Mí que soy manso y humilde de corazon; aquí hallaréis la paz y el reposo de vuestras almas.

«En verdad, en verdad os digo: vosotros lloraréis y padeceréis, mientras que el mundo se regocijará; pero vuestra tristeza se trocará en gozo. ¡La mujer, al parir, sufre y gime cuando llega su hora; pero una vez ha parido, olvida muy pronto sus dolores á la vista del hijo que ha dado á luz!...

«De la misma manera vosotros ahora estais en la afliccion y derramais lágrimas; pero vendré muy luego, y vuestro corazon quedará inundado de alegría, y nada podrá turbar en adelante vuestra felicidad.»

¡Oh! ¡cuán bien habian comprendido estas verdades los Santos que sufrian no solo con paciencia, sino con alegría y transportes de júbilo, y dando gracias á Dios, los dolores físicos y morales que les enviaba la Providencia! ¡Cuán sólida felicidad se preparaban, cuán inmensos méritos contraian con esas pruebas que á nosotros nos llenan de desolacion y amargura!

Así es que se veia á una *santa Ludovina* que, sepultada en el lecho del dolor por espacio de mas de cuarenta años consecutivos, conservaba una serenidad tal, que se hubiera dicho que nada padecia.

Así san Luis, nuestro gran rey de Francia, decia hablando de su cautiverio en Egipto, durante el cual habia sufrido mucho por parte de los sarracenos: «Me alegro mas y doy mas gracias á Dios por la paciencia que me concede en mi cautividad, que si hubiese conquistado toda la tierra.»

Santa Isabel, duquesa de Turingia, arrojada de sus estados con sus cuatro hijos de tierna edad, abandonada de todos y reducida á la mendicidad, fue á un convento de Franciscanos al cual en otro tiempo habia dispensado muchos beneficios, é hizo cantar un *Tedeum* en accion de gracias á Dios por haberle concedido el precioso beneficio de padecer por su amor.

San José de Calasanz, célebre en Italia, decia «que nada son todos los trabajos y penas de este mundo, cuando se trata de ganar el paraíso;» y recordaba estas grandes palabras del apóstol san Pablo: *Las penas de la vida presente no son proporcionadas al eterno peso de gloria que se manifestará en nosotros.*

¡Ánimo pues! quien quiera que seamos, justos ó pecadores, comprendamos el adorable misterio del dolor! Es la visita mas íntima que nos hace Dios, y el mas precioso y sólido don de su misericordia.

«El bien que espero es tan grande, decia san Francisco, que hace dulces todas las penas.» El que quiera ganar el cielo, prepárese á padecer.

¡Padecer! este es el mejor regalo que Dios vió podia hacer á su único Hijo Jesús; á María, que era su esposa, su Madre y su criatura mas escogida y mas amada; á sus Santos; á sus Mártires, y en fin, á todos sus amigos!...

Si padeceis con Jesucristo, con Él seréis coronados.

¡La cruz es el camino de la gloria!

De la paciencia en las enfermedades.

La enfermedad es la triste compañera del hombre durante su viaje por la tierra. Hija del pecado, es la precursora de aquel otro terrible y último castigo que se llama la muerte; es una destruccion parcial y anticipada de esta carne culpable, que habiendo caido bajo el imperio del demonio á consecuencia de la culpa de nuestro primer padre, no puede desde entonces entrar en su morada eterna sin haber sido purificada antes por el bautismo doloroso de la muerte y revivificada por la resurreccion.

Dios, que es el bien infinito y la misma vida, no es el autor de la enfermedad y de la muerte, como no es el autor del pecado, causa única de la una y de la otra. *Dios no hizo la muerte*, dice la sagrada Escritura; y todos los males que aquejan á la humanidad, deben ser atribuidos al demonio, *que tiene el imperio de la muerte* y es *el príncipe de este mundo.*

Pero, aunque Dios no es el autor de la enfermedad ni de la muerte, permite, sin embargo, una y otra, ya como *expiacion*, ya como *prueba;* expiacion del pecado, prueba para la santificacion: y por esto Nuestro Señor Jesucristo, Salvador del

mundo, nos dejó la PACIENCIA cristiana como un bálsamo consolador en esas expiaciones y pruebas.

La paciencia es necesaria á todos los hombres, porque todos tienen algo que sufrir; pero principalmente en las enfermedades, cuyos dolores alivia haciéndolos fecundos para el paraíso. La paciencia nos hace semejantes á Jesucristo nuestro Dios, que tanto padeció en la tierra por nuestro amor y nos legó el adorable ejemplo de su dulzura y serenidad en medio de los mas atroces tormentos.

La paciencia es una disposicion ó virtud cristiana del alma, por la que aceptamos y sufrimos con tranquilidad y resignacion todas las penas á que quiera someternos la divina Providencia. Es una victoria del espíritu sobre la carne, de la gracia sobre la naturaleza, que sojuzga las resistencias de un cuerpo rebelde al dolor y le somete á la voluntad de Dios.

Y en efecto, nadie piense que la virtud de la paciencia consista en una especie de insensibilidad por la cual no nos afecten los males y los padecimientos; pues entonces la paciencia no tendría mérito alguno y el dolor dejaria de ser para nosotros una expiacion y una prueba.

En la vida de sán Francisco de Sales se lee que, visitando un dia este gran obispo á una pobre enferma cuya resignacion le habian ponderado, quiso probar si era real su virtud, y si era de buena ley aquella paciencia. Empezó, pues, á dirigir pre-

guntas á la enferma, á alabar su tranquilidad, á admirar su valor y su silencio, sabiendo bien que por este medio descubriría los verdaderos sentimientos de su corazon. «¡Ay, ilustrísimo señor! respondióle la pobre mujer; si V. S. conociese el fondo de mi alma, no me admiraria como lo hace. V. S. no ve sino el exterior, que efectivamente está sosegado y tranquilo; pero el interior es presa de la mayor turbacion y desórden. Mi paciencia pende de un hilo, y si Dios no prestase su poderosa ayuda, conozco bien que prorumpiria en gritos, quejas y murmullos; pero Dios pone un freno á mis labios, y por esto no me atrevo á quejarme en medio de pruebas cuyo valor tengo la dicha de conocer.»

Cuando el Santo salió del aposento de la enferma, dijo á los que la acompañaban: «Esta mujer tiene la verdadera paciencia cristiana. Mas debemos alegrarnos de sus dolores que compadecerla, porque Dios le tiene en cuenta cada uno de sus sufrimientos.»

Él mismo, cuando enfermo, daba los mas admirables ejemplos de calma y resignacion. Poniendo entonces en práctica lo que habia enseñado á los otros, sufria los mas agudos dolores con una paciencia unida á tanto amor y dulzura, que jamás se le oia exhalar la menor queja ni formar un solo deseo que no estuviese conforme con la santa voluntad de Dios; y veíasele siempre pintada en el rostro, pero principalmente en los ojos, la perfecta

serenidad de su alma que de esta suerte dominaba los dolores y penas. Tomaba sin repugnancia los remedios mas desagradables, obedecia con sencillez á los médicos, y siempre le parecia que hacian demasiado por él los que le rodeaban.

Así san Francisco de Sales, lo mismo cuando estaba enfermo que cuando gozaba de salud, era perfecto imitador del divino Maestro, que en el Evangelio se propone á sí mismo por modelo necesario de todos los cristianos, diciendo á los Apóstoles y en su persona á todos nosotros: *Os he dado ejemplo para que hagais lo que Yo he hecho.*

Compensaciones.

Corre por estos mundos una hermosa cancion en la cual un viejo pastor cuenta á los niños del pueblo la historia de su vida y de sus campañas, de sus penas y de sus alegrías, y termina sus interesantes relaciones con estas palabras tan sencillas como consoladoras:

. . . Dans sa bonté profonde
Dieu, qui créa grands et petits,
Fit du bonheur pour tout le monde:
En vérité, je vous le dis! (1)

Sentencia llena de verdad. Por todas partes hay felicidad como por todas partes hay lágrimas, y la

(1) Palabras que traducidas literalmente en prosa, quieren

divina Providencia ha compensado con maravillosa sabiduría los imprescriptibles derechos de su bondad con los no menos absolutos de su justicia. Puesto que todos somos hijos de Dios, á todos nos envia felicidad y satisfacciones; pero al mismo tiempo, puesto que todos somos pecadores, nos envia á todos expiaciones, dolores y amarguras.

Los pobres se figuran que los ricos tienen por patrimonio todos los bienes y que su dicha es completa. Si supieran que no derraman menos lágrimas los que están arriba que los que están abajo, y que muy á menudo lloran mas los de arriba que los de abajo; verian cuán grande es su error. Un dia entraba yo en casa de una señora muy rica; tenia espléndidas habitaciones, numerosa servidumbre, etc., etc., lo cual no era de extrañar, pues poseia una fortuna que le daba cuatrocientas mil libras de renta. ¿Sabeis cuáles fueron las primeras palabras que me dirigió? «¡Ahí tiene V., me dijo, la mujer mas desgraciada del mundo!» Y contóme como algunos años habia que pasaba los dias y las noches llorando y luchando contra horribles tentaciones de desesperacion. Habia perdido á un marido á quien amaba tiernamente; sus hijos pleiteaban unos contra otros, y el mas pequeño, muy jóven todavía, deshonraba su nombre con la vida disoluta que llevaba. Y sin embargo esta desven-

decir: ...En su inmensa bondad, el Dios que creó á grandes y pequeños, hizo felicidad para todos; de veras os lo digo.

turada mujer tenia cuatrocientas mil libras de renta. Podria citar mil casos semejantes.

Las penas de los ricos no se parecen á las de los pobres: son menos materiales, menos palpables; pero por lo mismo son mas profundas, mas aceradas, mas penetrantes. No son privaciones corporales; no son las angustias del frio y del hambre, dolores terribles sin disputa; pero en cambio son penas que destrozan el corazon. La refinada educacion que reciben los ricos triplica su sensibilidad, llevándola á veces á tal grado de delicadeza, que basta un solo gusto, una ligera contradiccion, para destruir por siempre jamás la felicidad de su existencia.

No sucede otro tanto con los pobres, porque Dios, que les ama, les suaviza la amargura de aquellas penas bajo cuyo peso sucumbirian los ricos. Y sino, ahí está la experiencia que lo atestigua de un modo elocuente: la cruz mas pesada para el obrero es la privacion material y el rudo trabajo de cada dia; pero acostumbrado á una vida dura y penosa y á consecuencia de la misma, conserva una sencillez que hace que encuentre solaz y contento en las mas insignificantes distracciones. El rico está gastado; no goza de nada, y ya desde su juventud han perdido para él todo encanto los placeres mas seductores; mientras que para el pobre, un duro es un tesoro; una simple fruta, un banquete; y el menor goce, un verdadero pla-

cer. Tal es el sistema providencial de las *compensaciones;* y tan bien combinado está, que en verdad, al considerarlo atentamente, no se sabe si las riquezas traen felicidad, ó si es preferible aquella humilde y laboriosa medianía que el Hijo de Dios, nuestro Redentor, escogió para sí en su vida mortal, para su santa Madre y para sus Apóstoles.

En qué consiste la verdadera alegría.

Una de las figuras mas interesantes que nos ofrece la historia, es sin duda alguna san Francisco de Asis, que vivia á principios del siglo XIII. Ya en vida le llamaban el Seráfico, y en efecto mas bien era un ángel que un hombre.

Un dia de los mas rigurosos del invierno en que se dejaba sentir mucho el frio, volvia san Francisco en compañía de fray Leon, uno de sus fieles amigos, á Santa María de los Ángeles, su habitual residencia. Para poder orar á Dios con mas recogimiento, el Santo habia dado órden á su compañero de marchar á algunos pasos de distancia delante de él; caminaban, pues, silenciosos, ocupados ambos en las cosas de Dios. «Fray Leon, exclamó de repente san Francisco, ¿sabes en qué consiste la perfecta alegría, el goce cumplido? Aunque tuviésemos

todas las riquezas, no solo de Italia, sino de Francia, Alemania, España y de todo el mundo ; aunque pudiésemos disponer de todas las cosas á medida de nuestro deseo, y aunque nada nos faltase ; hijo mio , aun con todo eso no tendríamos la perfeccion del goce ; aun con todo eso no seria cabal nuestra satisfaccion.»

Y como el Santo, despues de dichas estas palabras entrara de nuevo en su recogimiento, fray Leon volvió á tomar la delantera, meditando en su corazon lo que acababa de decirle su Padre. Pasados algunos instantes, llamóle san Francisco otra vez, y exclamó lleno de fervor : «Fray Leon, fray Leon, aun cuando gozáramos de todos los placeres de la vida, aun cuando tuviéramos en nuestra casa todas las comodidades de este mundo, y aun cuando nuestra carne nadara en un mar de delicias ; créeme, fray Leon, ni aun en esto encontraríamos un gozo perfecto.»

El buen hermano recogió estas palabras como habia recogido las primeras, y continuó su marcha silenciosa algunos pasos delante de san Francisco.

Por tercera vez llamó el Santo á su amigo: «Fray Leon, díjole, aunque nos viésemos elevados á las mas altas dignidades humanas, aunque mandáramos á los pueblos como los príncipes y reyes, aunque fuesemos señores del mundo y viesemos á todos los hombres prosternados á nuestras plantas, aunque el mismo Señor nos revistiera con la supre-

ma autoridad que ha confiado al Papa y viesemos como todos los fieles vienen á besarnos los piés y á implorar nuestra bendicion; tampoco en todo eso podríamos encontrar, fray Leon, la perfecta dicha.»

Por último, como san Francisco llamara por última vez á fray Leon y le dijera que tampoco estaba la felicidad en la ciencia, en la estimacion de los hombres, ni en la posesion de criatura alguna, ocurrióle al buen hermano responderle: «Padre mio: acabais de hablarme de todas aquellas cosas que ordinariamente seducen y arrastran á los hombres, y me decís que no se encuentra en ellas la felicidad; suplícoos, pues, de parte de Dios que me digais en dónde está la dicha perfecta.»

Y san Francisco le contestó: «Fray Leon, ovejuela de Dios, la dicha perfecta consiste en no buscar sino á Dios en este mundo. Si haces siempre su santa voluntad, si le amas con todo tu corazon, si en todas las cosas procuras agradar á tu Salvador y seguirle hasta el Calvario; si como Él eres manso y humilde de corazon, si perdonas á los que te ofenden, si haces bien á todos por amor de Jesús, si lloras tus pecados haciendo de ellos cumplida penitencia; en una palabra, si tienes una conciencia recta y pura y tu alma se prepara con una vida verdaderamente santa para la eterna felicidad del cielo; entonces, fray Leon, hijo mio, habrás encontrado la verdadera dicha y la verdadera alegría.»

Al hablar así, san Francisco tenia el rostro in-

llamado y los ojos bañados en lágrimas. Fray Leon recogió sus palabras como una leccion del cielo, y se aprovechó tanto de ellas en lo restante de su vida, que vivió lleno de merecimientos y murió en olor de santidad.

Las pequeñas virtudes.

Lo que es pequeño á los ojos de los hombres, muchas veces es grande á los de Dios; y la fe nos enseña que Dios ama á los pequeños, á los humildes y á los de corazon sencillo. Las virtudes consideradas en su parte meramente extrínseca, se dividen en grandes y pequeñas. Las grandes virtudes, ó á lo menos las que los hombres llaman grandes, son virtudes brillantes, sonoras, que todo el mundo ve y admira; las pequeñas, ó las que apellidan tales los hombres, son las virtudes ocultas y modestas, que pasan desapercibidas y se pierden, por decirlo así, en la corriente de una vida buena y santa.

«Todos, decia san Francisco de Sales en su lenguaje siempre lleno de gracejo, todos quieren virtudes deslumbrantes y de aparato, plantadas en lo mas alto de la cruz, para que se les vea de léjos y se les admire, muy pocos se apresuran á coger las

que, como el tomillo y la violeta, crecen al pié y á la sombra de este árbol de vida. Y, sin embargo, estas son las mas odoríferas y las mas regadas con la sangre del Salvador, cuya principal leccion que dió á los cristianos se resume en estas palabras: *Aprended de Mi que soy manso y humilde de corazon.*

No á todos es dado ejercer las grandes virtudes de fortaleza, de magnanimidad, magnificencia, martirio, paciencia, constancia y valor; porque no se presentan con mucha frecuencia las ocasiones de practicarlas. No obstante todos aspiran á ellas por ser esplendorosas; pero cuidado, que muchas veces se desliza inadvertidamente la vanidad en su ejercicio.

En cuanto á las pequeñas virtudes, el mundo apenas las conoce, tiénelas en poco, y preciso es tener un corazon muy puro para estimarlas y quererlas. Efectivamente ¿quién para la atencion en el que es siempre condescendiente con el mal humor del prójimo; en el que sufre con dulzura las imperfecciones ajenas; en el que suporta modestamente un carácter extravagante, una pequeña injusticia, una preferencia inmotivada y, en fin, los mil alfilerazos que constituyen lo que se llama pequeñas miserias de la vida? ¿A quién se le ocurre admirar y ensalzar la humildad de los que reciben sin enojo una negativa; quién admira á los que son agradecidos á los favores, á los que tratan á sus enfermeros con bondad y humanidad, á los que se

toman interés por los pobres y les reciben con afabilidad?

Todo esto nos parece pequeño, no queremos sino virtudes *guapas y bien vestidas*, como añadia san Francisco de Sales; y no pensamos que se compone cási exclusivamente de pequeñas acciones, entre las cuales difícilmente hallan lugar en que colocarse las grandes virtudes. Las ocasiones de ganar gruesas sumas no se presentan cada dia, pero cada dia pueden ganarse algunos céntimos y hasta algunos reales; y hay quienes con el tiempo llegan á ser ricos á fuerza de economizar sus cortas ganancias. ¡Cuántas riquezas espirituales amontonaríamos, y cómo ibamos á allegar grandes tesoros para el cielo, si empleáramos en el servicio de Dios todas las pequeñas ocasiones que se nos ofrecen á cada instante!

Alegrémonos, pues, de que tan fácilmente podamos agradar á Dios y llegar á ser perfectos. No dejemos pasar ninguna ocasion, por pequeña que sea, de santificar nuestra vida y de vivificar con la oracion y la memoria de Dios nuestras menores acciones, trabajos y penas. Hagámoslo todo por Jesucristo, y tendrémos segura una gran recompensa: á semejanza de la hormiga que durante el verano reune grano por grano sus provisiones para el invierno, volverémos á encontrar, despues del trabajo de la vida, nuestras eternas provisiones de felicidad, fruto de humildes y terrestres afanes.

La dulzura ó mansedumbre.

Al hablaros de la *dulzura*, y al invitaros á practicarla, permitidme os diga que os hago un verdadero favor. En efecto, la dulzura es la madre del buen carácter, y en el buen carácter se puede decir que está el secreto de la felicidad de la vida.

La dulzura, mansedumbre ó benignidad, es aquella virtud cristiana por la cual nos conformamos siempre al humor de los demás por amor de Dios, sufriéndolo todo de parte de ellos, y causándoles por la nuestra las menores molestias posibles. La dulzura es á nuestra vida lo que el aceite á los movimientos de una máquina: en apariencia son poca cosa aquellas gotas de aceite que se echan á las ruedas; y sin embargo, ¡ved qué crujidos, qué rechinamiento, qué resistencia, si se las olvida! Otro tanto sucede con la dulzura. Es la virtud de las virtudes; la virtud que nuestro Padre celestial nos recomienda incesantemente como bálsamo de nuestras acciones; la virtud conservadora de la sociedad, y como la mas exquisita flor de la caridad cristiana que debemos practicar en todos tiempos y en todos lugares.

La humildad y la mansedumbre; tal es la gran leccion que nos dió nuestro Salvador. En la sagrada Escritura, á Jesucristo se le da el nombre de *Cordero de Dios*, no solamente á causa del sacrifi-

cio de la cruz, sino tambien de la inalterable mansedumbre que manifestó toda su vida, y sobre todo en su Pasion. ¡Ni una queja, ni una palabra de cólera ó de impaciencia! En casa de Caifás recibe un bofeton y se le trata de blasfemo; y se contenta con preguntar sencillamente al que le injuria: *Si he hablado mal, díme en qué; y si he hablado bien, ¿por qué me hieres?* ¡Y esta admirable mansedumbre la conserva hasta la muerte: pendiente del madero sacrosanto de la cruz y en medio de los horribles dolores de la agonía, no tiene sino palabras de dulzura para sus verdugos; ruega á su Padre celestial que les perdone, y consuela con divinas promesas al ladron arrepentido que está crucificado á su lado!

Nada edifica tanto al prójimo como la dulzura, decia san Francisco de Sales, acabado modelo de mansedumbre cristiana. Todo anunciaba en él esta hermosa virtud, su porte, sus palabras, sus maneras, en una palabra, todo era dulzura. San Vicente de Paul que habia tenido la dicha de verle, decia que no habia visto nunca hombre mas dulce, y añadia que le parecia haber encontrado en él la viva imágen de la bondad del Salvador. Si se veia obligado á rehusar algun favor, porque no le fuera posible concederlo sin detrimento de su conciencia, acompañaba la negativa con tanta gracia y caridad, que todos salian contentos aunque no hubiesen conseguido nada. A todos trataba con igual afabili-

dad, á los superiores y á los iguales, como á los inferiores; á su familia como á los extraños; muy diferente de aquellos que, como decia él mismo, parecen *ángeles en la plaza y demonios en casa.* Nunca se quejaba de las faltas de sus criados; pocas veces les daba advertencias, y en este caso siempre lo hacia con bondad. Bien que la dulzura es el mayor medio de hacerse obedecer, y la experiencia patentiza cada dia la verdad de aquellas palabras del Evangelio: *Bienaventurados los mansos de corazon, porque ellos serán dueños de la tierra.* «He ensayado muchos modos de gobernar, decia santa Juana de Chantal; y he visto que el mejor es el que está basado en la paciencia y en la dulzura.»

Vénse á menudo personas piadosas, mujeres cristianas, por ejemplo, que se quejan de que no pueden convertir á su marido ó á sus hijos. ¿Por qué no emplean el único medio de conseguir este objeto tan deseado? ¿Pretenden acaso coger moscas con vinagre? Mas se logra con la dulzura que con la severidad; y san Vicente de Paul decia que durante su vida habia dado tres reprimendas severas, creyendo tener buenas razones para obrar así, y que, sin embargo, esas tres reprimendas habian sido estériles, mientras las que habia dado con dulzura habian tenido siempre buen resultado.

Con su dulzura san Francisco de Sales alcanzaba de los demás cuanto queria, y acontecíale muchas veces que lograba la conversion de los pecadores

mas obstinados, rebeldes hasta entonces á todos los esfuerzos. Tal era tambien el espíritu de san Vicente de Paul. Una vez este santo sacerdote confió á un misionero de su compañía la conversion de un gran pecador; pero en vano; el misionero no obtenia resultados, por lo cual suplicó á san Vicente que se encargara de ella. Hízolo así, en efecto, san Vicente, y con solo hablar por algunos instantes con aquel pecador, le convirtió sin trabajo. Mas tarde declaró aquel hombre que la dulzura y caridad del Santo habian cautivado al punto su corazon.

Ocasiones hay en que principalmente debemos practicar la virtud de la mansedumbre; por ejemplo, cuando nos hallamos sobreexcitados por la cólera, cuando sufrimos una reprension demasiado severa por parte de algun superior, ó cuando nos veamos insultados por cualquier otra persona. ¡Oh! ¡cuánto agradan al divino Jesús los corazones humildes y mansos que saben sufrir por su amor las afrentas, perdonar á los enemigos y devolver bien por mal! Poco nos cuesta ser dulces y amables cuando todas las cosas van á medida de nuestros deseos; pero á la primera contradiccion que experimentamos, nos enardecemos y arrojamos fuego y llamas como el Vesubio. Hemos de tener una mansedumbre mas verdadera y pasar en esta vida como el lirio entre las espinas, que, aunque estas le punzen, no deja de ser una hermosa flor, igualmente suave, olorosa y agradable. El verdadero cristiano

conserva siempre la paz del corazon y manifiesta en el exterior tanto en la adversidad como en la prosperidad.

Cuando tengamos que contestar á alguno que nos insulte hagámoslo siempre con dulzura y con afabilidad; que una respuesta dulce basta para apagar la cólera. Si nos sentimos alterados, vale mas que callemos; y si alguna vez, á causa de la flaqueza humana, nos hemos dejado arrastrar por la cólera, esforcémonos en calmarnos inmediatamente, busquemos ocasiones de hablar con bondad y mansedumbre al que nos infirió la ofensa.

Guardémonos asimismo del mal humor y del mal carácter. Un alma que ama de veras á Dios, no está nunca de mal humor, porque el pensamiento de la presencia y voluntad de Dios le da paz y resignacion en medio de todas las contradicciones; por lo cual se muestra siempre dulce y amable para con todo el mundo.

Pero no pensemos que podamos alcanzar esta mansedumbre sin hacer verdaderos esfuerzos, sin la práctica de la Religion y sin un grande amor á Nuestro Señor Jesucristo; pues como nos lo enseña la experiencia, nunca somos tan caritativos para con los demás como cuando servimos fielmente á Dios.

Como siempre, tambien en esto la Religion se manifiesta la gran maestra de la felicidad de los hombres; y si su dulce voz no fuese desatendida, si no fuese rechazada la vida no seria tan dura y amarga.

La humildad.

En uno de los pasages mas divinos del sagrado Evangelio, Nuestro Señor Jesucristo nos declara que la perfeccion cristiana consiste en comprender y practicar estas dos palabras: HUMILDAD y MANSEDUMBRE. «Venid á Mí, nos dice, todos los que padeceis y estais oprimidos, que Yo os aliviaré. Tomad mi yugo y aprended de Mí que soy *manso* y *humilde* de corazon; y hallaréis la paz de vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga ligera.»

¿Qué es, pues, la *humildad?* ¿Qué la *mansedumbre?* He aquí dos excelentes motivos de meditacion para un verdadero cristiano.

La humildad es una virtud cristiana por la cual conocemos lo que somos, es decir, nada y miseria. Por ella referimos á Dios la gloria y honor de lo bueno que en nosotros hay, á fin de que no permitiendo enorgullecernos néciamente, no nos elevemos por encima de los demás.

La *humildad* es una virtud, esto es, una fuerza y una victoria. En efecto, á consecuencia del pecado original todos estamos inclinados al orgullo, á la vanidad y á la vanagloria. Para reprimir esta tendencia viciosa se necesita fuerza, es necesario combatir, y combatir ruda y perpétuamente; ahora bien, esta fuerza es la virtud de la humildad.

La humildad es una *virtud cristiana.* En efecto, esta fuerza que se nos ha dado para reprimir nuestro orgullo, nos viene de Jesucristo, única fuente de gracia por que por el Bautismo se instala el Salvador en nuestra alma como un rey en su reino, como un amo en su casa, y derrama en nosotros su espíritu de santidad para comunicarnos todas sus virtudes, y entre ellas su santísima y perfectísima humildad. Jesucristo es, pues, el principio de la humildad de todos sus discípulos; y el Espíritu Santo, que nos une al Salvador para hacernos semejantes á Él, es el manantial inagotable de donde brota en nosotros la humildad. Por medio del sacramento de la Confirmacion, el divino Espíritu nos comunica toda la fuerza de Jesús, dándonos así el medio omnipotente de triunfar de todos los vicios, y en particular de la soberbia. En la Eucaristía y en la oracion, que alimentan esta fuerza, encontrarémos el secreto de la perseverancia en la humildad cristiana.

La humildad *nos da á conocer lo que somos, es decir, nada y miseria.* Para hacernos detestar mas el orgullo y combatirlo con mas energía Jesucristo nos da desde luego á conocer claramente que el orgullo es una locura y una ilusion. Efectivamente, el orgullo está persuadido de que es excelente, si no perfecto; tiene todas sus complacencias en sí mismo, se admira, gusta de las alabanzas y anda á caza de ellas, y le sorprende y le irrita que le nie-

guen la estimacion y aprecio que con tanta largueza se da á sí mismo. Todos estos sentimientos son falsos, contrarios á la verdad y una engañosa ilusion por medio de la cual procura echar á la perdicion nuestras almas Satanás, que es el padre de la soberbia. Pues, ¿qué somos, qué tenemos y qué podemos por nosotros mismos? Nada: todo lo bueno que hay en nosotros, empezando por nuestra misma existencia que creó y que no subsiste sino por Él, nos viene de Jesucristo y pertenece á Jesucristo. ¿Acaso no viene del sol toda la luz que resplandece en la tierra, y no continúa siendo, aun acá abajo, propiedad del sol? Si la tierra fuese capaz de pensar y hablar y viniese á deciros: «Mírame; ¡cuán espléndida soy! ¡cómo resplandezco! esta luz es mia, propiedad mia y yo debo llevarme todo el honor.» ¿qué le responderíais? Os encogeríais de hombros y con mucha razon le diríais: «¡Ah necia! por tí sola no eres sino una masa grosera, opaca, sombría y sin gloria; todo este esplendor, toda esta luz que te rodea viene del sol y al sol pertenece hasta el último rayo. Espera un poco la noche, y quedarás negra como un calabozo.» Lo mismo acontece con Jesucristo y cada uno de nosotros: Jesús es el principio de todo bien, el foco de toda luz, el manantial de toda fuerza y de toda perfeccion: nosotros dependemos de Él enteramente y, como dice el apóstol san Pablo, «nada tenemos que no lo hayamos recibido. ¿A qué, pues, enor-

gullecernos como si estos bienes fuesen de nuestra propia cosecha?» Así, pues, de nosotros y por nosotros solos nada somos, nada tenemos, nada podemos y ningun honor merecemos, ninguna estimacion, ninguna gloria.

Pero no basta esto, sino que debemos ir mas léjos y reconocer, á la luz de la humildad, que no solamente nada somos por nosotros mismos, sino que somos unos infelices llenos de miserias y unos pecadores que hemos merecido mil veces el castigo. Nuestros pecados no vienen de Jesucristo, sino de nosotros; y siendo el pecado una cosa mala, una cosa despreciable y digna de castigo, es muy natural que, en nuestra calidad de pecadores, nos avergonzemos de nosotros mismos, nos despreciemos sinceramente y reconozcamos la perfecta justicia de los castigos y humillaciones que de cuando en cuando nos envia Dios. Tal es el primer efecto de la humildad, la cual nos hace ver claramente que todo lo bueno que hay en nosotros, lo hemos recibido de Dios y que en realidad no somos sino miseria, polvo y nada.

Como consecuencia directa de lo que acabamos de decir, la humildad nos hace referir á Dios la gloria y el honor de cuanto bueno hacemos, y de cuanto los demás aman y estiman en nosotros. El cristiano que ama á su Salvador Jesús, se complace en tributarle de este modo el honor que le es debido, en anonadarse interiormente ante su divina

presencia y en confesar francamente que de su parte no es sino un pobre pecador y que solo confia en la misericordia de su Dios. Síguese de ahí que la humildad es un acto purísimo de amor divino, en lo cual estriba su excelencia. La humildad es la perfeccion del amor de Dios, así como la mansedumbre es la perfeccion del amor al prójimo: y una y otra son la perfeccion del verdadero amor de nosotros mismos.

Concíbese fácilmente como un cristiano verdaderamente humilde no piensa en engreirse y en usurpar la gloria debida á Jesucristo; porqûe con la humildad ante Dios y los hombres somos *personas honradas*. Porque pregunto, ¿es *honrado* el que quita ó retiene los bienes ajenos? Ahora bien, el honor, la alabanza, la estimacion, la gloria y la grandeza únicamente á Dios, que es principio y autor de todo bien, son debidas. La humildad es la verdad y la justicia: ella es en el órden religioso lo que la justicia y la probidad en nuestras relaciones sociales con el prójimo.

Por último, la humildad no nos permite creernos superiores á nuestros hermanos, ni menos nos permite despreciarlos. Y con razon, porque ¿conocemos acaso los secretos de Dios y la medida con que distribuye sus gracias á cada alma en particular? ¿Porque parezco mejor que tú, mas piadoso, mas caritativo, mas pronto en sacrificarme; porque obten-

go mejores resultados en tal ó cual ocasion; porque creo notar en mí mas inteligencia, mas memoria, mas buenas cualidades, etc., tendré motivo bastante para pensar que en realidad y delante de Dios sean mayores mis méritos que los tuyos? Ni por pienso; en esto todo es relativo; si mi señor me entregó cien duros y no le devuelvo sino cincuenta; y tú por el contrario, no habiendo recibido sino veinte y cinco, le traes veinte y cinco, ¿no salta á la vista que tú eres dos veces mejor que yo, aunque yo parezca mas rico que tú? Pues lo mismo sucede en el órden de la gracia y con todos los dones naturales ó sobrenaturales que Dios reparte como le place á cada una de sus criaturas. No nos comparemos jamás con los otros, ni nunca nos tengamos en mas que á los otros, porque nos faltan los elementos necesarios para formar un juicio equitativo. Guardémonos, sobre todo, de despreciar á nadie, quien quiera que sea; no diera el caso que hiciéramos como el fariseo de la parábola, que despreciaba al pobre publicano bendecido y muy ensalzado por Dios á causa de su humildad. ¿Quién sabe si aquel pecador escandaloso, si esa mujer de vida airada, si este hombre que ahora comete acciones tan vituperables, no se convertirán un dia y llegarán á ser grandes santos? Detestemos, despreciemos, vituperemos y condenemos altamente en ellos el mal, como lo condenamos en nosotros mismos; nada tan justo,

cristiano y saludable; pero hagamos siempre distincion entre el pecador y el pecado, y conservemos siempre la caridad en la humildad.

Resumamos, pues; la humildad que Jesús nos recomienda como el fundamento de la santidad evangélica, es *una virtud cristiana que nos hace conocer lo que somos, es decir, nada y miseria, nos hace referir á Dios la gloria y el honor de cuanto bueno hay en nosotros, y no permite que nos enorgullezcamos ni nos tengamos en mas que nuestros hermanos.* ¡Oh Jesús, manso y humilde de corazon, dadnos la verdadera humildad!

Bienaventurados los pobres de espíritu.

A menudo la impiedad oculta su odio bajo el velo de la sonrisa; á menudo halla que el medio mas seguro de vencer á Dios es mofarse de Él. De aquí esas pullas, esas canciones populares, esos juegos de palabras, esas chanzas groseras que corren por calles y plazas y arrojan el ridículo sobre lo mas santo y sagrado.

Al empezar aquella parte de sus predicaciones, que se llama el *sermon de la montaña*, Nuestro Señor Jesucristo dejó caer de sus divinos labios unas

palabras que no han escapado á los insultos de los que tienen la desgracia de ser incrédulos.

El demonio de la impiedad no ha comprendido, ó á lo menos ha hecho como si no lo comprendiera, todo lo sublime y consolador de aquella sentencia y, haciendo un juego de palabras, ha pretendido que el Evangelio no llamaba al cielo sino á las personas destituidas de inteligencia y de educacion. «¿Veis? dice encogiéndose desdeñosamente de hombros: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* ¿No es esto hablar claro? «Los pobres de espíritu,» es decir que solo los ignorantes, los rudos y los idiotas son buenos para cristianos!»

Hay dos clases de *pobres de espíritu:* aquellos de quienes habla el Evangelio, y aquellos de los cuales no habla. Estos últimos componen una clase numerosa de indivíduos que no saben nada y hablan de todo, que siendo superficiales se creen profundos, cuyos juicios en materia de religion, ciencia, filosofía, etc., hacen sonreir de compasion á todo hombre de buen sentido.

Los pobres de espíritu de que habla el Evangelio, no tienen nada que ver con estos. Nuestro Señor los proclama bienaventurados y les promete la felicidad eterna. ¿Quiénes son estos pobres de espíritu? ¿y qué significa esta misteriosa expresion del Evangelio: PAUPERES SPIRITU?

Es inútil decir que «pobres de espíritu» en el

sentido del Evangelio no es sinónimo de ignorante, de hombre falto de inteligencia. ¿No es acaso Dios el padre de las luces, el rey de las inteligencias, el Dios de las ciencias? ¿y qué es la fe sino una divina y magnífica luz sobreañadida á la luz de la razon humana? No; nunca la religion cristiana ha considerado la falta de talento ó de educacion como una cualidad ni como una virtud. Para los cristianos, como para todo el mundo, esta falta es una desgracia y una cosa digna de compasion.

Las palabras del Evangelio quieren decir: ¡Bienaventurados los que no tienen el corazon apegado á los bienes perecederos de este mundo! ¡Bienaventurados los cristianos que por amor de Dios están desasidos interiormente y *en espíritu* de las riquezas, de los honores y de todas las cosas que pasan! En cambio de estos falsos bienes, poseen ya desde ahora á Jesucristo que es el rey del cielo, el cual les admitirá en su reino eterno si perseveran en la pureza de su amor.

Así, pues, la pobreza de espíritu, de que habla el Evangelio, es simplemente el espíritu de pobreza, el voluntario desprendimiento de todo lo que no sea Dios; es el espíritu de humildad y la perfeccion del amor de Jesús; y hé aquí porque nuestro Señor le promete el reino de los cielos. En este sentido divino todos los Santos han sido *pobres de espíritu*. ¿Quién ha tenido mas *espíritu*, mas talento, mas finura y mas penetracion que san Fran-

cisco de Sales, por ejemplo? En todas sus obras chispea el ingenio, y las doctrinas mas altas y santas se hallan sazonadas con comparaciones tan llenas de gracia; con observaciones tan delicadas y profundas que, al leer aquellas hermosas páginas, no podeis dejar de exclamar: ¡cuán bueno y cuán discreto es san Francisco de Sales!

Y, sin embargo, san Francisco de Sales fué un *pobre de espíritu* en toda la extension de la palabra; para él nada habia que tuviese verdadera importancia sino el amor de Dios y el cumplimiento de su voluntad; en nada se buscaba á sí mismo; daba á las iglesias y á los pobres cuanto poseia, y tenia tan poco cuidado de sí mismo, que de todo estaba contento, de la enfermedad cómo de la salud, de las injurias como de los honores, de las incomodidades como del bienestar. Dábalo todo, hasta las camisas, la vajilla y los muebles. Traia unos vestidos tan viejos y rotos que un mendigo, á quien habian dado unos calzones del santo Obispo, creyó que se burlaban de él y fue á quejarse con el Santo que no pudo contenerse la risa á la vista de aquellos andrajos. Del mismo modo san Cárlos Borromeo, el gran cardenal y arzobispo de Milan, que pertenecia á una de las principales familias y poseia inmensas rentas, daba cuanto tenia; benigno y condescendiente para con los demás, solo era duro y riguroso consigo mismo; llevaba una vida austera en extremo, pues dormia sobre duras ta-

blas; no comia sino pan y hortalizas, no bebia sino agua y no evitaba molestia alguna; un dia llegaron á contar hasta ocho remiendos en su púrpura de cardenal. Tambien aquel grande hombre era *pobre de espíritu.*

Y san Francisco de Asís, uno de los santos mas interesantes y simpáticos, que en su juventud tenia la fama de ser el mas valiente y apuesto caballero, así como el jóven mas discreto, alegre y cumplido de su tiempo y de su tierra. Conoció que valia mas el cielo que la tierra, vió que la prudencia y el simple buen sentido aconsejaban abandonar las bagatelas de un momento para adquirir las realidades eternas; y lo abandonó todo, hasta los vestidos que le diera su opulenta familia, y cubriendo sus delicadas carnes con un grosero saco, ceñidos los lomos con una cuerda y con los piés descalzos, falto, en una palabra, de todas las cosas á excepcion del único tesoro necesario, que es Jesucristo, exclamaba con el corazon rebosando de júbilo, con el alma abrasada de amor y los ojos bañados en lágrimas: *¡Deus meus, et omnia!* ¡Dios mio, Vos lo sois todo para mí!

Otro tanto puede decirse de todos los Santos y proporcionalmente de todos los verdaderos cristianos. Si queremos alcanzar el cielo, si queremos ser discípulos de Jesucristo, es preciso que seamos todos *pobres de espíritu*, es decir, debemos estar prontos á renunciar todas las ventajas de este mun-

do, para servir y amar á nuestro divino Señor. Los que no estén resueltos á dejarlo todo, si así lo exige el servicio de Dios, no son cristianos como los quiere el Evangelio, y el reino de los cielos no ha sido criado para ellos. La pobreza de espíritu es el sublime compendio de la moral cristiana.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



ÍNDICE.

PRIMERA PARTE.

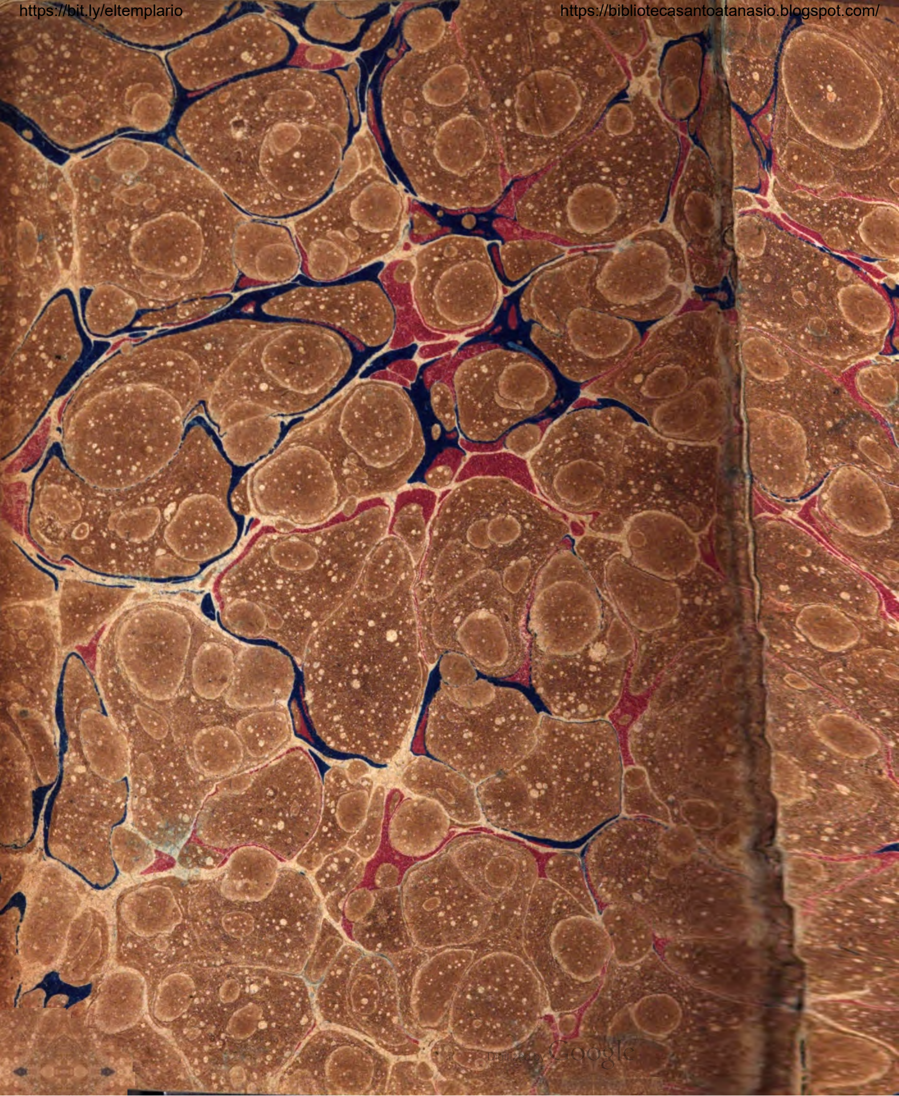
SEGUNDA PARTE.

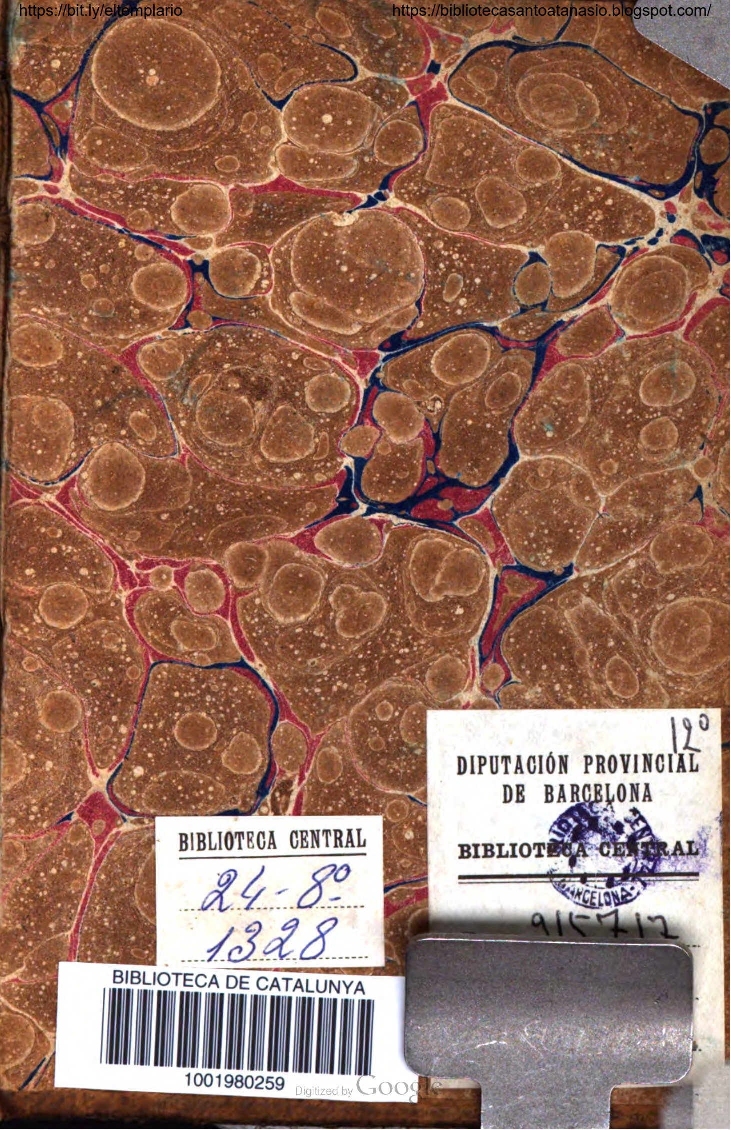
TERCERA PARTE.



FIN DEL ÍNDICE.






12°
DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE BARCELONA
BIBLIOTECA CENTRAL
BIBLIOTECA CENTRAL
24-8°
1328
BIBLIOTECA DE CATALUNYA
1001980259
Digitized by Google

